

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

STAR WARS

ESTRELLA DE CRISTAL

martinez roca

VONDA N. MCINTYRE

Autora ganadora de los premios Hugo y Nebula

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

Estrella de Cristal

Vonda N. McIntyre

Capítulo 01.

Los niños habían sido secuestrados.

Leia cruzó el prado a la carrera dejando atrás a los cortesanos y al chambelán de Munto Codru, a su séquito de ayudantes y a la joven paje que —yendo totalmente en contra del protocolo— había entrado con paso tambaleante en la sala de recepciones de Leia, sangrando por la nariz y los oídos y en un estado de aturdimiento tan grande que sólo era capaz de emitir balbuceos incoherentes.

Pero Leia había logrado entender lo que quería decirle: Jaina, Jacen y Anakin habían sido raptados.

Leia corrió a través de los árboles y a lo largo de un sendero cubierto de un musgo suave y esponjoso que llevaba hasta el campo donde tanto les gustaba jugar a sus niños. Jaina siempre se imaginaba que el camino era la trayectoria de una nave espacial que se estaba preparando para entrar en el hiperespacio; Jacen fingía que era una gran avenida repleta de misterios; y Anakin, que estaba pasando por una fase de literalidad, insistía en que no era más que un sendero que cruzaba el bosque para acabar llegando hasta la pradera.

Los niños adoraban el bosque y la pradera, y a Leia le encantaba lanzar exclamaciones maravilladas ante los tesoros que le traían: un insecto diminuto que se removía nerviosamente, una piedra en cuya matriz había atrapados pedacitos de una materia reluciente —¡gemas rarísimas, tal vez!—, o los minúsculos fragmentos de una cáscara de huevo.

Las lágrimas le nublaban la vista. Una zapatilla se enredó en los frondosos tallos del musgo y Leia tropezó, logró recuperar el equilibrio antes de caer y siguió corriendo, levantando las faldas de su túnica ceremonial lo más arriba posible para que los pliegues no le estorbaran.

«En los viejos tiempos... —pensó—. ¡Ah, sí, en los viejos tiempos hubiese llevado botas y pantalones, y entonces mi vestimenta no hubiese sido ningún obstáculo y no me habría hecho tropezar como ahora!»

La respiración le ardía en la garganta.

«¡Y habría podido correr desde mi sala de recepciones hasta la pradera del bosque en unos momentos, y no me habría quedado sin aliento al hacerlo!»

La verde luz del atardecer bailoteaba a su alrededor en una incesante agitación que provocaba cambios continuos en el juego de luces y sombras. La claridad fue aumentando delante de Leia, allí donde el bosque terminaba de repente para ser sustituido por la pradera llena de estanques y arroyos en la que habían estado jugando sus hijos.

Leia corrió hacia ella, jadeando y sintiendo que le pesaban las piernas.

«¿Cómo ha podido llegar a ocurrir? —gritó para sus adentros—. ¿Cómo es posible que haya ocurrido algo semejante?»

La respuesta —la única manera en que había podido llegar a ocurrir— la aterrizzaba. Su capacidad para percibir la presencia de sus niños había sido neutralizada durante un corto período de tiempo, y sólo una manipulación de la Fuerza podía producir semejante efecto.

Leia llegó a la pradera y corrió hacia el arroyuelo en el que Jaina y Jacen habían chapoteado y jugado, y donde habían enseñado a nadar al pequeño Anakin.

Había un cráter que se abría como una herida en la esponjosa extensión de hierba y que no había estado allí antes. Los tallos en forma de hojas habían quedado achatados en un gran círculo alrededor del retazo de tierra desnuda.

«¡Una bomba de presión!», pensó Leia, horrorizada.

Una bomba de presión había estallado muy cerca de sus niños. «¡No están muertos! —se dijo—. No pueden estar muertos... Si estuviesen muertos, yo lo sabría.»

Chewbacca yacía junto a la zona devastada por la detonación, y Leia pudo ver el brillo de la sangre sobre su pelaje marrón.

Cayó de rodillas junto al wookiee sin prestar atención al barro. Temía que hubiese muerto,

pero Chewbacca todavía respiraba y la sangre aún estaba fluyendo de sus heridas. Leia puso la mano sobre el profundo tajo de la pierna en un intento desesperado de detener el flujo de sangre y salvarle la vida. El potente latir del corazón de Chewbacca estaba haciendo que la sangre saliera de sus venas y fuera expulsada de su cuerpo a gran velocidad. Al igual que la joven paje, el wookiee también sangraba por los oídos y las fosas nasales.

Un sonido espantoso que parecía un lamento fúnebre escapó de los labios de Chewbacca. No era un gemido de dolor, sino un grito de rabia y remordimiento.

—¡No te muevas! —exclamó Leia—. ¡No te muevas, Chewbacca! La doctora llegará en seguida. Te pondrás bien... ¿Qué ha ocurrido? Oh, ¿qué ha ocurrido?

Chewbacca volvió a dejar escapar aquel terrible grito ahogado, y Leia comprendió que su desesperación era tan grande que deseaba morir. El wookiee había adoptado a la familia de Leia, haciéndola suya y convirtiéndola en su Familia del Honor, y no había conseguido proteger a los niños.

—¡No puedes morir!

«Tiene que vivir —pensó—. Chewbacca tines queue vivid. Sólo él puede decirme quién se ha llevado a mis niños...»

--¡Velvet! Velvet a mí, Chewbacca...

El séquito de Leia y el chambelán salieron corriendo del bosque, pisoteando los delicados tallos de 'hierba' y lanzando gritos de dolor y de furia en cuanto sintieron los cortes producidos por sus afilados bordes. Los hijos de Leia habían vagabundeado a placer por toda la pradera sin dejar huellas y sin sufrir ningún daño, pues los tallos de hierba siempre se separaban ante ellos como por arte de magia.

«Magia para mis niños mágicos —pensó Leia—. Creía haberles protegido lo suficientemente bien, creía que nunca podría ocurrirles nada malo...»

Lágrimas abrasadoras se deslizaron por sus mejillas.

Los cortesanos, consejeros y guardias se detuvieron formando un círculo a su alrededor.

—Mi señora, mi señora... —exclamó el chambelán de Munto Codru.

El sol y el viento habían hecho enrojecer el rostro del señor Iyon, y el chambelán parecía sentirse extremadamente incómodo al aire libre.

—¿Han traído a la doctora? —preguntó Leia—. ¡Traigan inmediatamente a la doctora!

—Ya he enviado a buscarla, mi señora.

El señor Iyon intentó conseguir que Leia se levantara y trató de contener el flujo de sangre que brotaba de la herida de Chewbacca, pero Leia le apartó con un empujón y una seca negativa. El pulso de Chewbacca estaba empezando a volverse cada vez más irregular, y Leia temía que su corazón pudiera dejar de latir de un momento a otro.

«No morirás, Chewbacca —pensó—. No debes morir. ¡No permitiré que mueras!»

Leia recurrió a sus escasos conocimientos Jedi para proporcionarle nuevas energías, y mientras lo hacía lamentó amargamente el que las responsabilidades de su vida de estadista hubieran impedido que recibiese un auténtico adiestramiento a fondo en los misterios de la Fuerza.

Leia sabía que si permitía que el chorro caliente de la sangre de Chewbacca se le escurriese entre los dedos, la vida del wookiee se iría junto con él.

La doctora cruzó la extensión de hierba a la carrera. Su wyrwulf galopaba detrás de ella, transportando su instrumental médico y su botiquín. Ver al wyrwulf de la doctora hizo que Leia se acordase de que el wyrwulf del señor Iyon había estado jugando con sus niños en la pradera.

El wyrwulf también había desaparecido.

La doctora Hyos se arrodilló junto a Leia, y examinó de un rápido vistazo la herida de Chewbacca y los primeros auxilios que le había prestado Leia.

—Ah —dijo—. Buen trabajo.

—Ahora tenéis que venir conmigo, princesa —dijo el chambelán.

—¡Todavía no! —exclamó la doctora Hyos—. Después de todo, sólo tengo cuatro manos... La princesa está muy bien donde se encuentra ahora.

El wyrwulf se dejó caer sobre sus cuartos traseros entre Leia y la doctora Hyos, y después volvió su enorme cabeza en un movimiento lento y fluido para contemplar a Leia con la líquida y

límpida mirada de sus grandes ojos azules. La criatura tenía un espeso pelaje marrón del que sobresalían los mucho más gruesos pelos negros conocidos como pelos-centinelas.

El wyrwulf de la doctora jadeó y empezó a babear mientras dejaba que su lengua le colgara sobre los colmillos. El rostro del animal era realmente grotesco, y su aliento caliente y acre hizo que Leia torciese el gesto.

Las cuatro manos de la doctora Hyos, que parecían tan torpes y lánguidas cuando su propietaria las dejaba en reposo, se movieron velozmente sobre las grandes cestas sujetas a los flancos del wyrwulf.

—¿Ves lo que estoy haciendo, querido mío? —preguntó la doctora Hyos en voz baja y suave volviéndose hacia la peluda criatura—. La hemorragia siempre es lo más importante, y nuestra princesa la ha detenido.

La doctora siguió hablándole al wyrwulf, y le fue explicando todo lo que hacía.

La doctora Hyos extrajo vendajes de presión de un compartimento mientras escogía el medicamento indicado de entre los contenidos en otro. Siempre explicaba al wyrwulf lo que estaba haciendo a cada momento. Sus largos dedos dorados eran muy diestros, y se movían con firmeza y seguridad.

Leia se permitió un momento de esperanza a pesar de que sus manos estaban cubiertas por la cálida sangre de Chewbacca. El wookiee había cerrado los ojos y había dejado de moverse.

—Apartad la mano de la herida cuando el vendaje se vaya sellando a sí mismo, princesa —dijo la doctora Hyos.

Leia obedeció, y la doctora Hyos ejerció presión sobre el vendaje para unirlo al flanco de Chewbacca. El vendaje reaccionó ejerciendo una presión en sentido contrario sobre la mano de Leia, y después se adhirió a Chewbacca y fue extendiendo sus conectores a través del pelaje del wookiee. El wyrwulf lo observaba todo con la lengua asomando entre sus fauces.

Leia se echó hacia atrás hasta apoyarse sobre los talones. Tenía las manos pegajosas y la túnica manchada de sangre, y contempló todo aquello viéndolo con la nitidez horrorizada de quien no tiene más remedio que creer en algo que le hubiese parecido imposible hacía tan sólo unos momentos.

La doctora Hyos examinó a Chewbacca, y frunció el ceño ante los hilillos de sangre medio seca que habían brotado de sus orejas y sus fosas nasales.

—Una bomba de presión... —dijo.

Leia recordó el sonido de un trueno que parecía surgir de un sueño lejano. Había pensado —¡y qué terriblemente despacio había funcionado su mente entonces! que el buen tiempo de primera hora de la mañana habría cedido paso a la lluvia y que Chewbacca no tardaría en traer a los gemelos y al pequeño Anakin de la pradera, y ese pensamiento había hecho que se sintiera llena de ternura hacia sus hijos. Podría robar unos momentos a sus deberes para jugar con ellos y hacerles mimos, y admiraría sus nuevos tesoros mientras se aseguraba de que se comían todo el almuerzo.

Ya era media tarde. ¿Cómo era posible que el día estuviera tan avanzado, cuando hacía tan poco tiempo aún era hora de comer?

—Mi señora... —dijo el chambelán Iyon, pero no repitió su intento anterior de apartar a Leia de Chewbacca.

—Que cierren el puerto y que bloqueen todos los caminos —dijo Leia—. ¿Se puede interrogar a la paje? Que se pongan en contacto con el controlador del tráfico portuario... ¿Existe alguna posibilidad de que los secuestradores hayan salido del planeta?

Mientras hablaba, Leia tuvo la horrible impresión de que cualquier medida que pudiera adoptar resultaría inútil, o de que ya era demasiado tarde para ponerla en práctica incluso en el caso de que pudiera servir de algo.

«Pero si han huido, entonces podría perseguirles a bordo del Alderaan —pensó—. Podría alcanzarles. Mi pequeña nave es capaz de alcanzar a cualquier vehículo espacial...»

—Me temo que cerrar el puerto no sería una decisión muy inteligente, mi señora.

Leia clavó la mirada en el chambelán, y empezó a dudar del señor Iyon a pesar de que el alto dignatario de Munto Codru había gozado de toda su confianza hacía tan sólo unos momentos.

—Se han llevado a su...

Leia titubeó, no muy segura de qué palabras debía emplear. —Se han llevado a mi wyrwulf, mi señora —replicó el chambelán—. Cierto.

—Sí, se han llevado a su wyrwulf. ¿Es que no le importa?

—Me importa muchísimo, mi señora. Y además comprendo nuestras tradiciones, en tanto que vos no las comprendéis..., y os ruego que me perdonéis por decíroslo. En cuanto a lo de cerrar el espaciopuerto, no es necesario hacerlo.

—Los secuestradores intentarán huir de Munto Codru —dijo Leia.

El señor Iyon extendió sus cuatro manos hacia ella.

—No lo harán —replicó—. Existen ciertas tradiciones, ¿sabéis? Si las seguimos, podemos tener la seguridad de que no les ocurrirá nada a los niños... Eso también forma parte de la tradición.

Leia conocía las antiguas tradiciones del secuestro y el rescate de Munto Codru, y su existencia era el motivo por el que Chewbacca siempre se había mantenido cerca de los niños en todo momento y por la que el viejo castillo estaba rodeado por un servicio reforzado de seguridad y vigilancia. Para los habitantes de Munto Codru, la práctica del secuestro espectacular era un deporte político tradicional que tenía una gran importancia.

Y Leia no sentía ni el más mínimo deseo de tomar parte en aquella peculiar actividad deportiva.

—Es un secuestro muy audaz —dijo el chambelán.

—¡Y muy cruel! —exclamó Leia—. ¡Chewbacca está herido! Y la bomba de presión... Mis niños...

Leia se calló e intentó controlar su voz y reprimir su miedo.

—Los organizadores de este secuestro hicieron estallar una bomba de presión sólo para demostrar que eran capaces de hacerlo, mi señora —dijo el señor Iyon.

—¡Pero se supone que nadie ha de resultar herido durante esos secuestros suyos!

—Nadie de noble cuna, princesa Leia —dijo el señor Iyon.

—Mi título oficial es «Jefe de Estado», señor —replicó Leia con visible irritación—, no «princesa»... Hace mucho tiempo que he dejado de serlo. El mundo del que era princesa fue destruido hace muchos años, y ahora vivimos en una República.

—Lo sé, mi señora, y os ruego que disculpéis nuestras viejas y anticuadas costumbres.

—Deben de saber que no tienen ni una sola esperanza —dijo Leia—. Me refiero de escapar, de que se les entregue un rescate. Y si llegan a hacerles...

Leia descubrió que era incapaz de pronunciar la palabra «daño».

—Os ruego que me permitáis aconsejaron en este asunto —dijo el chambelán, y se inclinó sobre ella—. Si aplicáis las reglas de la República —siguió diciendo en un tono repentinamente apremiante—, el único resultado que obtendréis será el desastre, la tragedia...

—Los secuestradores deben de ser muy valientes —dijo la doctora Hyos, y tanto en su expresión como en su voz sólo parecía haber aprobación—. Pero también deben de ser jóvenes y carentes de experiencia. La familia... ¿Cuál puede ser? —Se volvió hacia el señor Iyon—. ¿Los Sibiu, tal vez?

—No cuentan con los recursos suficientes —dijo el chambelán.

Leia pensó que fueran quienes fuesen los secuestradores sólo necesitaban los recursos de la Fuerza y, para ser exactos, los del lado oscuro de la Fuerza.

El señor Iyon movió una mano en un gesto que abarcó a Chewbacca y el cráter del suelo.

—Habrán necesitado un esquife y un rayo tractor, y tener conexiones con algún contrabandista de armas para obtener la bomba de presión dijo.

—Ah. Los Temebiu, entonces...

—Podría ser —dijo el chambelán—. Son ambiciosos.

—Pues yo les enseñaré a dejar de serlo —masculló Leia.

—Mi señora, por favor... Vuestros hijos no sufrirán ningún daño. De hecho, no pueden sufrir ningún daño, ya que ésa es la única forma de que los secuestradores alcancen sus objetivos. Incluso puede que esto les parezca una gran aventura...

—¡Nuestro amigo Chewbacca ha sufrido heridas tan graves que ha faltado muy poco para que muriese! —gritó Leia—. A mis niños eso no les parecerá nada divertido, ¡y a mí tampoco me lo parece!

—Es realmente lamentable, desde luego —dijo el chambelán—.

El wookiee quizá no comprendió la información sobre nuestras tradiciones que se le proporcionó... No tendría que haber ofrecido ninguna clase de resistencia, naturalmente.

—Que cierren el espaciopuerto —repitió Leia con voz enronquecida. Estaba demasiado enfadada para responder al comentario del chambelán—. No quiero correr el riesgo de que los secuestradores puedan salir de Munto Codru.

—Muy bien —dijo el señor Iyon—. Es posible..., pero debemos obrar con una gran cautela, por supuesto. Debemos hacerlo de una manera que..., que divierta en vez de ofender...

El chambelán se sumió en un silencio absorto.

La doctora Hyos le tomó el pulso a Chewbacca en la gran vena que había estado a punto de ser afectada por la herida.

—Estable. Bien, ya está... Y ahora, a cirugía.

Chewbacca, que apenas estaba consciente, contempló a Leia con los ojos vidriosos y llenos de incompreensión.

—Medicina de urgencia en el campo de batalla —dijo la doctora Hyos—. Llevo mucho tiempo sin practicarla, y ya empezaba a pensar que nunca volvería a ver un campo de batalla.

—Eso mismo pensaba yo —dijo Leia.

El wyrwulf aulló.

Leia rara vez había temido por la seguridad de Jaina, Jacen y Anakin.

Había pensado en ella y había hecho todo lo necesario para que estuviesen a salvo, desde luego. Había hablado del tema con Invierno, su niñera, y con Han y Luke, y con Cetrespeó, el Supremo Señor de las Preocupaciones; pero ella casi nunca había sentido preocupación por sus hijos. Sabía que percibiría la existencia de cualquier peligro apenas surgiese. Su falta de adiestramiento Jedi no afectaba en lo más mínimo a su continua percepción de los niños. Además, aun suponiendo que llegara a darse el improbable supuesto de que no percibiese la proximidad del peligro, Leia podía tener la seguridad de que Luke lo detectaría. Invierno protegería a los niños en cualquier circunstancia incluso al precio de su vida si fuera preciso; y cuando Chewbacca acompañaba a la familia de Leia, como hacía con gran frecuencia, siempre pasaba mucho tiempo al lado de los niños. ¿Quién podía garantizar su seguridad mejor que el wookiee?

Y Han, su querido Han, había ayudado a hacer posible la lenta expansión de la paz. Todos los niños debían estar a salvo, y el vivir libres de peligros no era algo que sólo debiera ser posible para los hijos de aquellos que habían acabado con el Imperio.

O eso había pensado Leia.

Leia siguió a los ayudantes de la doctora Hyos mientras llevaban a Chewbacca al departamento de cirugía del antiguo castillo de Munto Codru.

Se sentía muy sola. Han y Luke habían partido en busca de nuevas aventuras con la bendición de Leia. Invierno había aprovechado la oportunidad que ofrecía aquel recorrido por una zona totalmente pacificada para asistir a una conferencia sobre los niños que huían de sus hogares, y también se encontraba a varios mundos de distancia.

La coincidencia no divertía en lo más mínimo a Leia.

Esperó delante del departamento de cirugía mientras la doctora Hyos y sus ayudantes atendían las heridas de Chewbacca. Los cortesanos y asistentes revolotearon alrededor de Leia hasta que ésta los despidió con un tenso esfuerzo de cortesía.

El wyrwulf se había tumbado delante de las puertas del departamento de cirugía. La doctora Hyos le había explicado que no podría entrar en la sala de operaciones hasta que tuviese algunos años más, y lo había dejado de guardia. La criatura se fue adormilando poco a poco, y su cabeza se inclinó lentamente hacia adelante hasta que acabó sosteniéndose sobre las puntas de sus temibles colmillos.

El chambelán Iyon entró a toda prisa en la sala de espera, una austera estancia de muros de piedra lisa totalmente desprovistos de adornos.

—No hay ningún rastrodijo—. Ni uno solo... Los secuestradores son muy osados y muy astutos, desde luego. Debemos esperar a que se pongan en comunicación con nosotros, mi señora.

—¿Esperar? —exclamó Leia—. No me parece una decisión muy..., muy acertada dadas las circunstancias.

En su juventud Leia habría escogido una descripción bastante más dura, y habría dicho que le parecía una decisión estúpida, insensata y pura y simplemente digna de un imbécil.

La petición de rescate llegará por la mañana —dijo el chambelán, intentando tranquilizarla.

—¡Por la mañana...! ¡Por la mañana los secuestradores ya pueden haber escapado!

—No pueden escapar, mi señora. El puerto está cerrado. Y además no escaparán... No tienen ninguna razón para hacerlo.

—Pero ya han pasado dos horas —dijo Leia—. ¡Los que se llevaron a mis niños también han robado dos horas!

El señor Iyon frunció el ceño.

—¿Qué queréis decir con eso de que han robado dos horas, mi señora? —preguntó—. Estuvisteis trabajando durante toda la hora del mediodía. Los cronos funcionan a la perfección, el sol se encuentra en el lugar correcto...

El chambelán se calló, consciente de que su torpe intento de bromear no había conseguido disipar la tensión que flotaba en el aire.

—Han robado dos horas —repitió Leia—. ¡No eran unos secuestradores corrientes! Unos secuestradores corrientes nunca habrían logrado atravesar nuestras defensas. No habrían podido dejar inconsciente a Chewbacca, ¡y no habrían podido robarnos ni un solo minuto de tiempo!

—Pero mi señora, tal como ya os he explicado... Bien, el caso es que Munto Codru produce secuestradores de una rara calidad —dijo el chambelán, y la contempló con expresión entristecida.

«Cree que mi reacción es un mero resultado del miedo y del dolor —pensó Leia—. Si le digo que sospecho que un seguidor del lado oscuro es responsable de este hecho incalificable, entonces pensará que he enloquecido.»

Las puertas del departamento de cirugía se abrieron. La doctora Hyos saludó al wyrwulf dándole una palmadita en la cabeza. Después fue hacia Leia y le cogió las manos, y mantuvo cada mano de Leia apretada entre dos de las suyas.

--Chewbacca se pondrá bien —dijo—. Sus oídos necesitarán algún tiempo para recuperarse de los efectos de la bomba de presión, y estará bastante débil mientras su organismo va reponiendo toda la sangre que ha perdido.

—¿Le ha dicho...?

—No está en condiciones de decir nada a nadie, princesa Leia. Ahora Chewbacca debe dormir, o su vida correrá peligro.

—¿Ha enviado mi mensaje a Han y Luke? —preguntó Leia, volviéndose hacia el chambelán.

—Sí, mi señora, pero lamento tener que deciros que... Bueno, se encuentran demasiado cerca de la Estación Crseih, y la actividad de ese sistema estelar es terriblemente violenta. El agujero negro, su compañero cuántico de cristal... Su influencia bloquea todos los medios de comunicación.

—Entonces debemos enviar una nave.

—El puerto está cerrado, mi señora.

—¡He sido yo quien lo ha cerrado! ¡Puedo ordenar que una nave salga del planeta!

El chambelán intentó consolar a Leia acariciándole una mano con inmensa delicadeza mientras la contemplaba con gran preocupación.

—Debemos mantener la ficción —dijo—. El puerto ha sido cerrado debido a una avería en los equipos de rastreo y detección. Si una nave sale de él, entonces la emergencia queda públicamente revelada como un embuste..., y eso significará que habremos lanzado un insulto mortal a los secuestradores.

—Pero usted dijo que ellos sabrían...

—Los secuestradores lo saben —replicó la doctora Hyos—. Ellos lo saben, y nosotros también. En cuanto a los demás, pueden pensar lo que quieran porque lo que piensen carece de importancia. Lo que realmente importa es la percepción, no la realidad.

—La doctora Hyos tiene razón, mi señora —dijo el chambelán—. Os suplico que sigáis adelante con vuestro programa de actividades para la tarde igual que si no hubiera ocurrido nada. Recurrid a todo el valor por el que tanto os honramos y admiramos... Hacedlo por el bien de los niños.

Leia intentó disimular sus temblores e hizo un desesperado esfuerzo para tratar de pensar con claridad.

«Para cuando una nave haya podido llegar hasta Han, lo que vaya a ocurrir ya habrá ocurrido de todas maneras —pensó—. Hacer que venga aquí no me servirá de nada.»

—Volveré a la sala de recepciones —dijo por fin— y cumpliré con mis obligaciones y con las citas concertadas. Si no hemos tenido noticias de... Si para la puesta del sol seguimos sin saber nada...

—Os ruego que esperéis hasta mañana por la mañana, mi señora. —El rostro del chambelán estaba ensombrecido por la preocupación—. Os aseguro que para entonces ya habremos recibido instrucciones.

—Haré lo que tenía programado hacer —dijo Leia, y salió de la sala de espera.

—Leia... —dijo la doctora Hyos.

—Mi señora... —dijo el chambelán.

—¿Qué?

Leia se volvió hacia ellos y les fulminó con la mirada.

El señor Lyon movió las manos sin decir palabra, y contempló con visible preocupación las manos ensangrentadas y la túnica manchada de barro de Leia.

«He recibido a embajadores y jefes de estado llevando ropas mucho peores —pensó Leia—. Y algunas estaban mucho más sucias...»

Leia se estaba lavando la sangre de Chewbacca de las manos. Su túnica era una causa perdida, pues no sólo estaba manchada de sangre y de barro, sino que la delicada tela había quedado muy maltrecha debido al contacto con los afilados tallos de hierba de la pradera. Leia la arrojó al reciclador, y lanzó sus zapatillas detrás. Después se quedó inmóvil en el centro de su cuarto de baño, vestida únicamente con un delgado camisón, y empezó a temblar. Bajó los párpados para ocultar el reflejo que le mostraba su cabellera despeinada, sus ojos desorbitados y su rostro tenso y cansado, y se concentró en busca de la calma y la certidumbre que tan desesperadamente necesitaba.

De repente el canturreo estridente y aflautado de Erredós hizo vibrar la atmósfera de la habitación. El androide se estaba acercando. Un instante después Leia oyó una voz aguda e infantil que habló en un tono entre tembloroso y vacilante.

—No, no lo recuerdo, no lo recuerdo...

Erredós volvió a emitir un veloz canturreo.

Leia corrió hacia las voces. Entró en su dormitorio y sintió la suavidad sedosa de las alfombras bajo sus pies descalzos, y una codru-ji, una nativa de Munto Codru que parecía bastante joven, retrocedió con paso tambaleante hacia una pared.

—No lo sé —dijo—. No lo recuerdo.

El pie delantero de Erredós precedió a su cuerpo cilíndrico, y su cabeza en forma de cúpula y sus pies traseros aparecieron en el umbral un instante después. El androide estaba acosando a la codru-ji, y la empujaba hacia Leia.

—Sólo vi que los pequeños ya no estaban, y que el grande estaba herido. Fui corriendo a buscar ayuda, nada más...

Era la joven paje que había informado del secuestro. Las manchas de sangre habían desaparecido de su rostro recién lavado. Sus abrasiones habían sido atendidas, y sus ropas desgarradas habían sido sustituidas por un camisón de hospital.

Leia corrió hacia ella.

—Oh, pobrecita... —murmuró.

La joven paje no reaccionó, y Leia le puso la mano en el hombro.

El roce sobresaltó de tal manera a la codru-ji que dio un salto y giró sobre sí misma mientras sus pies no tocaban el suelo. La joven paje aterrizó con las cuatro manos tensas detrás del cuerpo, y retrocedió rápidamente alejándose de Leia.

Un instante después la vio y abrió mucho los ojos. —Perdonadme, perdonadme...

Leia la tomó con cariñosa delicadeza por un brazo superior y la hizo entrar en el dormitorio.

—¿Qué estás haciendo fuera de la cama? —preguntó—. Deberías estar descansando... Tienes que recuperarte.

—El pequeño androide vino a buscarme, y comprendí que debía suplicaros que me perdonaseis...

—Oh, Erredós... ¿Cómo has podido hacer algo semejante? —exclamó Leia—. Ve a buscar a la doctora Hyos, ¡y deprisa!

El androide emitió un trino, retrocedió, volvió a avanzar y acabó deteniéndose como si no supiera qué hacer.

—¡Deprisa!

El androide cruzó el umbral con un nuevo canturreo que fue bajando velozmente por toda la escala tonal.

Leia llevó a la joven paje hasta un diván e intentó ayudarla a sentarse en él. Al principio la codru-ji se resistió.

—No, no debo sentarme...

—Tranquilízate —dijo Leia—. Olvídate del ceremonial, ¿de acuerdo?

Leia intentó hacerla sentar, pero las rodillas de la joven paje se negaron a doblarse. Leia permitió que siguiera de pie y permaneció inmóvil junto a ella.

—Le salvaste la vida a Chewbacca —dijo—. Y además diste la alarma, y...

La codru-ji estaba mirándola fijamente y parecía no entender nada.

—Lo siento mucho, mi señora. No puedo oíros... —dijo por fin. Se llevó las manos a las orejas y se echó a llorar con sollozos silenciosos que hicieron temblar todo su cuerpo.

—No sé qué ocurrió... —dijo después con la voz entrecortada por las lágrimas—. Estaban allí, jugando, y entonces... —Se estremeció y se encogió sobre sí misma, y Leia se preguntó si estaría volviendo a experimentar los efectos de la bomba de presión—. Yo... Debí de quedarme dormida, mi señora. ¡Tendrían que exiliarme! Y cuando desperté los pequeños ya no estaban, y... —Se rozó los delicados pabellones en forma de concha de sus orejas, y dejó escapar un estridente silbido en su lenguaje—. Quiero decir que el señor Chewbacca está malherido y... ¡Y yo no puedo oír nada, mi señora!

Leia la abrazó —con dificultad, debido a las diferencias físicas existentes entre ellas, pero con gran ternura—, e intentó calmarla.

La doctora Hyos entró en el dormitorio, y se mostró bastante indignada al enterarse de que el reposo de su paciente había sido perturbado.

—No entiendo en qué podía estar pensando Erredós para traerla aquí —dijo Leia—. No debería estar levantada, naturalmente...

No debería estar acostada —fue la bastante crítica respuesta (le la doctora Hyos—. Pero tenéis razón. Debe descansar y recuperarse.

La joven paje retrocedió ante la doctora Hyos y aferró las manos de Leia.

—Lo siento tanto... —murmuró.

—Te perdono —dijo Leia articulando las palabras muy despacio y moviendo exageradamente los labios al hacerlo—. Te perdono. ¿Me has entendido?

La joven paje vaciló durante unos momentos, y después acabó asintiendo y permitió que la doctora la sacara del dormitorio.

Erredós se quedó en los aposentos de Leia, y se dedicó a lanzar silbidos nerviosos y a ir de un lado a otro mientras Leia se vestía. Los ruidos que emitía la irritaban, pero el pequeño androide parecía incapaz de guardar silencio y estarse quieto, y tampoco quería decirle qué andaba mal. Erredós la siguió cuando Leia salió de sus aposentos. Llegaron a un cruce de pasillos, y Erredós empezó a rodar por uno que llevaba al exterior mientras Leia erguía los hombros y avanzaba con paso decidido hacia la sala de reuniones.

Erredós lanzó un silbido insistente.

—No puedo —dijo Leia—. He de... He de fingir que no ocurre nada.

Entró en la sala de recepciones. El herald, que normalmente era tan eficiente, la miró y la despidió con los ojos. Después dio un paso hacia ella como si quisiera echarla de allí y se puso en posición de firmes de repente, reconociéndola por fin a pesar de sus toscas prendas.

—La Jefe de Estado de la Nueva República, hija de...

—¡No tenemos tiempo para recitar toda la lista de títulos! —le interrumpió Leia.

El herald se calló. Todos los ocupantes de la sala, los ayudantes y consejeros de Leia y los codru-ji, le lanzaron miradas llenas de confusión. El chambelán dio un paso vacilante hacia ella.

Leia atravesó la sala de recepciones y sus botas resonaron estrepitosamente sobre las losas

pulimentadas del suelo. Ocupó su sitio en el círculo de asientos, se echó hacia atrás y cruzó las piernas. La gruesa tela de sus pantalones, tan nuevos que aún estaban bastante rígidos, crujió con el roce. Leia se obligó a ofrecer un aspecto lo más tranquilo y relajado posible.

—Le pido disculpas, embajador Kirl —dijo mientras se volvía hacia el representante de la provincia de Kirl—, y le agradezco su paciencia. Hemos tenido un pequeño..., un pequeño problema doméstico. —Leia hizo que sus labios se curvaran en la sonrisa más encantadora y deslumbrante de todo su repertorio—. Ya sabe cómo son estas cosas... —añadió, y de repente se sintió totalmente incapaz de seguir hablando.

El apuesto embajador kirliano, que había tomado su nombre de su provincia, extendió sus cuatro manos ante él y le devolvió la sonrisa.

—Desde luego que lo sé —dijo Kirl—. Mi trabajo se ha visto interrumpido en muchas ocasiones por..., por un pequeño problema doméstico, como acabáis de llamarlo. No hay ninguna necesidad de pedir disculpas, aunque es extremadamente amable por vuestra parte ofrecérmelas.

Hasta aquel momento Leia siempre había pensado que sus ampulosos modales resultaban muy graciosos, y en algunos momentos incluso los había encontrado encantadores; pero mientras oía hablar al embajador tuvo la impresión de que sus palabras no se acababan nunca, y le pareció que cada sílaba brotaba de sus labios con la viscosa lentitud de la melaza.

El día siguió transcurriendo y se hizo interminable. El sistema político de Munto Codru era tan complejo y retorcido que Leia tenía que recibir embajadores de una sucesión de entidades políticas independientes que parecía no terminar jamás, y Leia pensó que no tenía nada de extraño que la República apenas se hubiera fijado en aquel mundo y que lo considerase tan poco importante. Munto Codru consumía la mayor parte de sus energías enfrentándose a sus discrepancias internacionales y tratando de resolverlas, y a sus ciudadanos les quedaba muy poco tiempo o atención sobrantes para dedicar a las cuestiones de la cooperación interplanetaria, que se movían dentro de una escala mucho más grande. Habían necesitado años para acceder a escoger un chambelán, y un año más para ponerse de acuerdo y nombrar al señor Iyon.

La campana del anochecer sonó por fin, y el embajador se inclinó ante Leia y se retiró. Los ayudantes se dispusieron a cerrar las puertas de la sala de recepciones, y quienes seguían en la sala de espera silbaron y suspiraron en su lenguaje. Las puertas se cerraron por fin y acallaron los sonidos.

—¿Alguna noticia? preguntó Leia con voz tensa y enronquecida por la preocupación.

—No, mi señora —dijo el chambelán—. Pero no debemos esperar recibir ninguna noticia hasta mañana. Es la tradición.

—Sí, pero esos otros... ¿Qué querían? —preguntó Leia—. ¿Está seguro de que no eran los secuestradores, y de que no han venido para tratar de hablar conmigo?

—¿Qué otros, mi señora?

—Toda esa gente que quedaba en mi sala de espera.

—No tienen ninguna importancia, mi señora —dijo el señor Iyon—. Son pequeños asuntos insignificantes, muchos de ellos inventados con el único fin de que el peticionario pueda volver a su casa y decir: «He conocido a la princesa... ¡He hablado con la Jefe de Estado de la Nueva República!».

—Aun así, me gustaría hablar con ellos.

—Ya volverán. Y ahora debéis comer, mi señora... Mañana negociaréis con los secuestradores y los niños regresarán a casa, y todo volverá a ser como antes.

Leia se obligó a relajar las manos que habían estado oprimiendo los brazos de su sillón.

Las uñas de sus dedos habían dejado diminutas curvas en la gruesa tapicería de satén.

Leia entró con paso apresurado en el silencio del departamento de cirugía. La doctora Hyos estaba inmóvil detrás de su escritorio, y tenía los ojos cerrados. La doctora dormitaba de pie y mantenía los cuatro brazos levemente extendidos mientras se movía de una manera casi imperceptible, como si estuviera ejecutando una danza a cámara lenta o estuviera envuelta en una suave brisa, conservando el equilibrio en todo momento. Leia nunca había visto a un nativo de Munto Codru dormido.

«Qué postura tan extraña... —pensó—. ¿Es normal, o se trata de una peculiaridad única de la doctora Hyos? Bueno, quizá se ha quedado dormida de pie... Yo estoy a punto de hacerlo.»

El wyrwulf yacía a los pies de la doctora. La criatura alzó su horrible cabeza y contempló a Leia con aquellos ojos espantosamente brillantes. Después dejó escapar un resoplido y volvió a apoyar la cabeza en las patas delanteras, pero no cerró los ojos. Leia no tenía ninguna razón para temer al wyrwulf, pero eso no impedía que su presencia siempre le resultara levemente desconcertante.

Leia dejó que la doctora siguiese durmiendo. Dio un amplio rodeo para no tener que pasar cerca del wyrwulf y entró en la habitación de Chewbacca, moviéndose con lenta cautela para no hacer ningún ruido.

Chewbacca yacía sobre una hamaca que sostenía su enorme cuerpo, y su pierna estaba cubierta por vendajes de regeneración. Leia había temido que encontraría al wookiee sumergido en un tanque bacta, en estado de animación suspendida y totalmente incapaz de comunicarse.

Se sentó en una silla colocada al lado de la hamaca y observó a Chewbacca, sintiéndose cada vez más llena de impaciencia ante su sueño. La respiración de Chewbacca era rápida y entrecortada. Leia quería que despertase. Quería hablar con él y averiguar qué había visto, y enterarse de si Chewbacca también había perdido dos horas o si había observado lo sucedido y podía confirmar las sospechas de Leia sobre los acontecimientos.

Y, naturalmente, también quería tranquilizarle, decirle que no le culpaba de...

La furia surgió de la nada repentinamente y se adueñó de ella, extendiéndose en una oleada tan poderosa e irresistible que Leia dejó escapar un jadeo ahogado.

Sí, en realidad le culpaba de lo ocurrido. Estaba muy enfadada con Chewbacca, desde luego, y no tenía absolutamente nada que decirle.

Leia se puso en pie y salió de la habitación andando de espaldas. Cerró la puerta, giró sobre sí misma..., y estuvo a punto de chocar con la doctora Hyos.

--¡Oh! Vi que estaba durmiendo, y no quise despertarla.

—¿Ha hablado con Chewbacca?

—No, yo... —¿Cómo podía admitir esas emociones cuando quien las inspiraba era el amigo más antiguo y querido de su esposo?—. Está sedado, ¿no?

—Por supuesto. Ha sufrido heridas muy graves.

—¿Había tratado a algún wookiee con anterioridad, doctora? —No. Chewbacca es el primer representante de su especie que pone los pies en nuestro mundo.

Pero entonces... ¿Cómo sabe qué tratamiento hay que aplicarle?

—Mi trabajo consiste en saber qué se debe hacer en cada caso. Tampoco he tratado a ningún ser humano, pero cuando anunciaron que su misión diplomática había sido aprobada, hice algunas averiguaciones sobre las criaturas que no tardarían en visitarnos.

—Chewbacca tiene suerte —dijo Leia.

«No tiene preocupaciones, sólo la negrura de la inconsciencia —pensó—. Cuando esté curado y despierte, ya sabré qué ha ocurrido..., y habré vivido cada momento de infierno de la espera.»

—Sus heridas son muy graves —dijo la doctora Hyos—, y ha perdido una cantidad de sangre muy grande. Si hubiese tenido suerte, no habría sufrido ningún daño.

—¿Puede despertarle? Sólo durante un momento... Si vio algo, cualquier cosa que... —La paje no vio nada y tampoco oyó nada. Dudo mucho que Chewbacca llegara a ver algo. Despertarle supondría un gran riesgo para él.

—Pero tal vez...

—Un riesgo innecesario.

La doctora Hyos hizo girar suavemente a Leia hasta dejarla de cara a la entrada del departamento de cirugía y la alejó de la habitación de Chewbacca.

—Ha tenido un día largo y realmente terrible —dijo después—. Intente descansar. Una operación de secuestro nunca resulta fácil de sobrellevar. Pero mañana...

Un gemido estridente la interrumpió de repente, y la doctora Hyos echó a correr hacia la habitación contigua. Leia la siguió, siendo consciente de que el wyrwulf también la seguía. Las

garras de la criatura repiquetearon ruidosamente sobre el suelo.

La joven paje estaba inmóvil en el centro de la habitación. Todavía llevaba el camisón de hospital, y su cuerpo estaba rodeado por un arnés que la mantenía erguida. La doctora se detuvo junto a ella y acarició sus cortos cabellos mientras intentaba tranquilizarla. Después hablaron en su lengua, intercambiando silbidos y trinos que se encontraban más allá de los límites de la capacidad auditiva de Leia. La paje no tardó en volver a adormilarse. La doctora Hyos retrocedió mientras la contemplaba con cara de preocupación.

—¿Se pondrá bien? --preguntó Leia.

—¿Todavía está aquí?

—¿Se pondrá bien?

—La bomba le ha afectado la audición.

—Pero usted ha estado hablando con ella... Podía oír lo que le decía. Se curará, ¿verdad?

—Me temo que nunca conseguirá recuperar la capacidad de oír los sonidos situados en los límites de nuestro espectro auditivo, pero vivirá.

—Me alegro —dijo Leia.

—¿De veras? —exclamó la doctora Hyos.

—¿De que no vaya a morir? ¡Por supuesto que sí!

—Nuestros oídos son mucho más sensibles que los de los seres humanos, y bastante más delicados. Nuestras comunicaciones más íntimas siempre se desarrollan en el extremo superior de la escala de sonidos —dijo la doctora Hyos en voz baja y suave—. Imagínese que su cuerpo ha perdido toda la sensibilidad táctil. Imagínese que sus sentidos han quedado reducidos a la mitad de lo que eran antes..., y estoy hablando de todos sus sentidos. Ustedes los humanos tal vez podrían soportar una existencia semejante, pero el futuro de esa joven será muy... difícil.

—Oh —murmuró Leia—. No lo sabía. Lo siento mucho. —Se volvió hacia la joven paje y la contempló con renovada simpatía—. No estaría más cómoda acostada?

—Los adultos no duermen acostados.

El wyrwulf alzó la cabeza y clavó sus ojos en Leia.

—Váyase y descanse —dijo la doctora Hyos con afable dulzura.

Leia se arrojó sobre su cama con un grito de desesperación. ¿Cómo había logrado sobrevivir a aquel día insoportable que parecía no querer terminar nunca? Los músculos le dolían a causa de una tensión continua que era incapaz de disipar. Leia lamentó, como había hecho tantas otras veces en el pasado, que sus responsabilidades políticas le hubieran impedido estudiar los misterios Jedi.

«Apuesto a que Luke se limita a decirle a su cuerpo: "Ya está bien de rigidez. Relájate." —pensó Leia sin poder controlar su irritación—. O se dice a sí mismo "No siento ningún dolor", y deja de sentirlo... ¿Cómo podré esperar hasta mañana para tener noticias de los secuestradores?»

No dudaba de las palabras del chambelán cuando le había asegurado que el secuestro tal como se practicaba en Munto Codru no tenía como objetivo causar daños a sus víctimas, y sin embargo estaba convencida de que sus hijos corrían un peligro mortal. Si los secuestradores habían llegado a aliarse con un practicante de los rituales del lado oscuro...

Tenía que ser eso. El chambelán y la doctora Hyos, a los que Leia consideraba admirables y dignos de todo su respeto, opinaban que quienes practicaban el arte del secuestro espectacular eran gentes de honor. Pero los secuestradores de los niños de Leia se habían comportado de una manera implacable y cruel, pues habían causado graves daños físicos a Chewbacca y a la joven paje cuando éstos ya se hallaban inconscientes y no podían hacer nada contra ellos.

«¡La bomba de presión! —pensó Leia—. No la hicieron estallar para poder llevar a cabo el secuestro. Fue detonada para eliminar evidencias, para destruir las pruebas de que alguien había utilizado el poder del lado oscuro...»

Se acostó sobre la espalda y permitió que las lágrimas acudieran a sus ojos. La piedra traslúcida del techo brillaba con una claridad perlina por encima de ella y sus delicadas y complejas tallas eran un misterio para Leia, al igual que lo eran para todo el mundo. Las sociedades contemporáneas de Munto Codru utilizaban los antiguos castillos como capitales provinciales, o los rehuían por considerarlos lugares encantados; pero aquellos palacios laberínticos habían sido

construidos por una civilización anterior. Esa civilización había escrito su historia sobre muros de roca cubiertos de tallas tan diminutas que las piedras parecían cristales desgastados por el agua. La civilización había desaparecido, y sólo había dejado sus castillos y sus historias ilegibles.

Las lágrimas abrasadoras hicieron que las tallas se fueran volviendo borrosas ante los ojos de Leia.

La llamada del anunciador tintineó en la antesala de sus aposentos, y Leia se apresuró a levantarse de la cama.

«¡Quizá ha llegado algún mensaje!», pensó.

Salió corriendo de su dormitorio. Cuando abrió la puerta vio al señor Iyon inmóvil delante del umbral.

—¿Ha tenido...?

—No, mi señora —dijo el chambelán—. Os aseguro que se comunicarán con nosotros por la mañana, y os ruego que me creáis. —¡Entonces ya podrán estar en cualquier sitio!

—No. Estarán cerca de aquí.

—No están cerca —insistió Leia—. Ya hemos esperado el tiempo suficiente, señor Iyon. ¡A estas alturas seguramente ya tienen que haber escapado!

—Pero escapar es totalmente innecesario, mi señora, y resulta preferible no alejarse..., especialmente cuando se trata de unos niños pequeños. Incluso podrían estar en el castillo.

—¿En el castillo? ¿Cómo podrían estar en el castillo? ¡No están aquí!

—¿Acaso puede haber un escondite mejor que uno que está justo al lado de nuestros oídos? El castillo tiene millares de años. Sus sótanos y túneles se prolongan por el subsuelo, y llegan hasta la montaña...

—¡Entonces yo lo sabría! ¿Es que no lo entiende? Si estuvieran cerca, yo lo sabría... Debemos iniciar la búsqueda.

El señor Iyon la contempló con silenciosa solemnidad durante unos momentos, y después la cogió delicadamente del brazo y la llevó hasta un sillón. Cuando Leia estuvo sentada, el señor Iyon se sentó delante de ella, manteniendo un precario y cauteloso equilibrio en el borde del mullido sofá.

—Si así lo ordenáis, mi señora... En ese caso os obedeceré, naturalmente, pero...

—¡Lo ordeno!

—... pero antes desearía estar totalmente seguro de que comprendéis lo que me estáis pidiendo que haga.

—Yo... —Leia titubeó—. Tiene algo más que decirme, ¿verdad?

El señor Iyon asintió con una lenta inclinación de la cabeza, y clavó la mirada en los complejos dibujos de la alfombra.

—Si algo perturba las negociaciones, sea lo que sea —siguió diciendo—, entonces todas las partes implicadas en el secuestro sufren una grave humillación. Los secuestradores se verían obligados a replicar.

—¿Haciendo daño a los niños?

—Si dañaran a cualquier persona de noble cuna, estarían sacrificando sus propias ambiciones —dijo el señor Iyon. Después se quedó callado, y cuando continuó hablando lo hizo con visible dificultad—. Pero si os negáis a negociar, entonces los secuestradores pueden sentirse inclinados a hacer algún tipo de sacrificio..., con el fin de demostrar su sinceridad.

Leia no conseguía comprender qué estaba intentando decirle. ¿Cómo podían arreglárselas los secuestradores para hacer un sacrificio, si sus propias tradiciones les prohibían hacer daño a los niños?

—Su wyrwulf... dijo por fin—. Teme que sacrifiquen a su wyrwulf.

El señor Iyon alzó la cabeza, la miró a los ojos y no dijo nada.

—¡Pero no se trata de unos secuestradores normales y corrientes! —exclamó Leia—. ¿Es que no lo entiende? ¡Ningún habitante de Munto Codru está involucrado en esto!

—¿Estáis totalmente segura de ello, mi señora?

Leia lo estaba y lo había estado, pero se encontraba tan cansada y se sentía tan desgarrada por el dolor y la pena que la tentación de creer que por la mañana todo se habría resuelto y que

los niños volverían a estar con ella, sanos y salvos, estaba empezando a resultarle casi irresistible.

«Esperaré un poco antes de darle una respuesta —pensó—. Puedo dedicar unos cuantos minutos a pensar en lo que acaba de decirme el chambelán Iyon.»

El señor Iyon hizo entrechocar sus manos izquierdas y uno de sus ayudantes entró en la habitación, trayendo consigo una bandeja sobre la que había una delicada tetera antigua de piedra, una taza de té y un platito lleno de galletas. La luz brillaba a través de la piedra de la tetera, oro líquido que se movía delicadamente entre tallas tan antiguas como las que cubrían las paredes del castillo.

—Me he tomado la libertad de hacer que os trajeran un poco de té —dijo el chambelán—.

Es muy relajante.

Leia no había comido nada en todo el día. Hacía tan sólo un momento hubiese podido jurar que nunca sería capaz de volver a comer, pero su boca reseca se llenó repentinamente de saliva, y su estómago dejó escapar un gruñido nada elegante en cuanto sus fosas nasales captaron la fragancia del té y el delicioso olor de las galletitas recubiertas de pequeñas nueces.

—Muchas gracias, señor Iyon —dijo Leia, agradeciéndole sinceramente aquella interrupción—, pero no ha hecho traer una taza para usted. Hay otra en la cómoda.

—Ya he comido, mi señora.

—Insisto —dijo Leia, sintiéndose invadida por una repentina suspicacia, y un poco avergonzada de sí misma por reaccionar de aquella manera.

El ayudante trajo otra taza, sirvió el té y se retiró. Leia cogió su taza y una galleta.

—Son las mejores golosinas de todo el amplio repertorio que sabe preparar el jefe de cocineros —dijo—. ¿Las ha probado alguna vez?

Leia dio un mordisco a la galleta, segura de que al jefe de cocineros le resultaría tan imposible permitir que alguien adulterase su receta como balancearse de una araña de cristal a otra durante un banquete de gala. La galleta se desvaneció dentro de su boca como si estuviese hecha de aire, dejándola impregnada de un sabor entre dulce y especiado que empezó a mitigar su hambre casi al momento.

—No puedo comer golosinas, mi señora —dijo el chambelán, y suspiró—. Pero tomaré una taza de té con vos --añadió, y apuró su taza de un solo sorbo.

Leia, sorprendida y todavía llena de sospechas, tomó un sorbo de té mientras se preguntaba si habría cometido un error comiéndose la galleta. El que todavía tuviera la capacidad de llevar a cabo cualquier acción normal la asombraba, pues tenía la sensación de que debería estar persiguiendo al enemigo, corriendo de un lado a otro con un desintegrador en la mano.

«Y en los viejos tiempos por lo menos sabíamos quién era el enemigo», pensó.

—Habéis sido muy amable al traer las últimas modas de Coruscant a Munto Codru —dijo el chambelán, intentando cambiar de tema—. Estamos muy lejos del centro del gobierno, y las noticias viajan muy despacio.

—¿Cómo...?

Leia se acordó de lo que llevaba puesto: unos resistentes pantalones de campaña, una camisa de cuero flexible y gruesas botas. Abrió la boca para explicar que no se había sentido capaz de enfrentarse a la perspectiva de tener que ponerse otro complicado traje de la corte, y un instante después se preguntó si el señor Iyon no estaría reprochándole con una gran sutileza sus gustos en lo tocante a la indumentaria.

Pero las palabras del chambelán no habían podido ser más sinceras. Leia se ruborizó, e intentó encontrar alguna manera de explicárselo que impidiese que el señor Iyon sospechara que se estaba burlando de él.

—Bueno, no es exactamente el último grito en cuestión de modas —dijo, y volvió a tomar un sorbo de su té—. Pero resulta muy cómodo, y...

Leia se encogió de hombros.

El señor Iyon bostezó, y sus delgados labios se tensaron revelando su prominente dentadura. El chambelán se apresuró a cerrar la boca con un chasquido claramente audible.

—¡Os pido disculpas, mi señora!

Leia las aceptó con una inclinación de cabeza, y un instante después también se encontró bostezando.

—Deberíamos haber tomado té de pimienta en vez de esta variedad —dijo—, aunque es

deliciosa.

Después hizo un gran esfuerzo para recordar la pregunta a la que estaba intentando responder. El señor Iyon había dicho que los niños debían de estar cerca, pero Leia dudaba mucho que eso fuese posible.

«Si estuvieran escondidos cerca... Bueno, entonces yo lo sabría, ¿no? —pensó—. Lo sentiría, ¿verdad? No, tienen que haber sido secuestrados por un maestro del lado oscuro... Aunque quizá todo esto no tenga nada que ver con el lado oscuro —pensó un momento después, en un intento desesperado de hallar alguna explicación que le aportara un poco de consuelo—. Puede que el castillo esté construido sobre algún mineral de propiedades tan particulares que distorsiona mis percepciones... Si los ysalamiri pueden causar perturbaciones en la Fuerza, ¿por qué no puedo encontrarme ante algún fenómeno extraño surgido de las profundidades de este planeta?»

Leia volvió a bostezar. El señor Iyon la imitó al instante, como si fuera su imagen en el espejo. El sueño estaba empezando a atraer a Leia con un poder irresistible.

—Debemos...

Su voz se fue debilitando hasta disiparse, y Leia no pudo recordar lo que había querido decir.

—Buenas noches, mi señora —dijo el chambelán con afable dulzura.

Se puso en pie, levantándose del sofá con tanta dificultad como si estuviera agotado, y tuvo que apoyarse con sus cuatro brazos para conseguirlo. El señor Iyon fue hacia la puerta, y tropezó una vez durante el trayecto. Leia tenía tanto sueño que fue incapaz de extrañarse ante aquella sorprendente infracción de la etiqueta y la elegancia diplomáticas por parte del chambelán, que siempre era tan puntilloso y consciente de sus deberes.

La necesidad de dormir acabó imponiéndose a sus temores. Leia se dijo que debía levantarse, pero el sillón resultaba tan cómodo y acogedor...

«Descansaré un momento —pensó—. Sólo un momento...»

Capítulo 02.

—Igual que en los viejos tiempos, ¿eh, chico? —preguntó Han Solo mientras se volvía hacia Luke Skywalker. Luke le sonrió desde el asiento del copiloto del *Halcón Milenario*.

—Igual que en los viejos tiempos, cierto, con la única diferencia de que el Imperio no está intentando convertirnos en una nubecilla de polvo espacial.

—Desde luego.

—Y no hay ningún Jabba el Hutt que quiera arrancarte la piel a tiras por haber lanzado ese cargamento de especia al vacío... —Así es.

—Y nadie está intentando cobrar viejas deudas de juego pendientes.

—Eso también es verdad —dijo Han.

«Pero puede que acabe contrayendo unas cuantas deudas de juego nuevas —pensó mientras lo decía—. Después de todo, ¿para qué están las vacaciones si no?»

—Y, en último lugar, ahora ya no puedes comerte con los ojos a todas las mujeres hermosas que se cruzan en tu camino.

—¡Pues claro que puedo hacerlo! —exclamó Han, y un instante después se apresuró a defenderse mientras Luke soltaba una risita—. Eh, mirar no tiene nada de malo... Leia y yo sabemos muy bien qué tipo de relación nos une, ¿de acuerdo? Confiamos el uno en el otro, y Leia no es nada celosa.

Las risitas ahogadas de Luke se convirtieron en estrepitosas carcajadas.

Y a ti no te importaría en lo más mínimo que se dedicara a flirtear con el embajador kirliano —logró decir por fin en cuanto hubo dejado de reír—. Sí, no cabe duda de que ese embajador es un tipo realmente muy apuesto...

—Mirar no tiene nada de malo —insistió tozudamente Han—.

Y un pequeño flirteo inocente tampoco tiene nada de malo, pero en cuanto a ese embajador kirliano... Bueno, será mejor que vigile dónde pone las manos. ¡Las cuatro! Eh, chico, escucha: el flirteo es uno de los inventos más maravillosos de la civilización —añadió, y sonrió de oreja a oreja.

Luke no soportaba que Han le llamara «chico», y Han le llamaba «chico» a cada momento

precisamente porque sabía que no lo soportaba. Luke se limitó a clavar la mirada en el hiperespacio sin decir nada.

—Tendrías que flirtear más, ¿sabes? —siguió diciendo Han.

—Tal vez yo pueda ayudarle en ese aspecto, amo Luke —dijo Cetrespeó, inclinándose hacia adelante en el asiento de pasaje—. Cuento con una extensa biblioteca de poesía amorosa en varios lenguajes adecuados a los órganos vocales humanos que se halla totalmente a su disposición, y también puedo proporcionarle un gran número de datos sobre etiqueta, información médica y...

—No tengo tiempo para flirteos o para la poesía amorosa —replicó Luke—. Al menos, no en estos momentos.

Cetrespeó volvió a reclinarsse en el asiento de pasajeros. El androide quedaba situado justo en el límite del campo visual de Han, y parecía una sombra. Cetrespeó había cubierto su reluciente acabado dorado con una capa de laca púrpura para disfrazarse, y Han todavía no se había acostumbrado al cambio.

—No te tomes las cosas tan condenadamente en serio —dijo Han volviéndose hacia Luke—. ¿Es que los Caballeros Jedi no se divierten nunca? Los pequeños Caballeros Jedi tienen que salir de algún sitio, ¿no? Apuesto a que el viejo Obi-wan...

—¡No tengo ni idea de lo que hubiese hecho Ben!

El tono de Luke era de preocupación y cansancio, no de ira, y al oírle Han se sintió profundamente afectado por la soledad fundamental que impregnaba toda la vida del joven Jedi.

—No sé qué hacían los otros Caballeros Jedi —siguió diciendo Luke en voz baja y suave—. No conocí a Ben durante el tiempo suficiente, y el Imperio destruyó tantos registros y archivos, y... Bueno, sencillamente no lo sé.

Han deseó que Luke consiguiera encontrar a alguien con quien compartir su vida y su trabajo. Su matrimonio con Leia se había ido haciendo más sólido con el transcurrir del tiempo, y se había ido desarrollando poco a poco con cada año y cada día que pasaba. A medida que sus años de felicidad se iban sucediendo uno detrás de otro, Han se había ido sintiendo cada vez más preocupado por la soledad de su cuñado.

—Tómatelo con calma, Luke —dijo Han—. Tranquilo, ¿de :uerdo? Lo estás haciendo muy bien...

--Pero las tradiciones...

—Bueno, tal vez tengas que irlas inventando sobre la marcha. No creo que eso sea tan terrible, ¿verdad? —preguntó Han—. En los viejos tiempos eso siempre se nos dio muy bien.

—Sí. En los viejos tiempos...

Luke parecía muy abatido.

—¿Y quién sabe qué descubriremos cuando lleguemos al sitio al que vamos? Tal vez nos encontremos con unos cuantos Caballeros Jedi que podrán ayudarte en la Academia.

—Tal vez —dijo Luke—. Eso espero.

El *Halcón Milenario* emergió del hiperespacio y atravesó las cintas y ondulaciones de luz para sumergirse en el espacio normal.

Las alarmas aullaron, y los escudos anti-radiaciones surgieron de la nada para envolver el casco del *Halcón*.

Han lanzó una maldición ahogada. Había esperado encontrarse con un considerable flujo de radiaciones en aquella región del espacio —de hecho, había instalado los sistemas de protección necesarios para que el *Halcón* pudiera soportarlo—, pero ni en sus momentos más pesimistas había esperado tropezarse con algo tan poderoso como las tormentas de rayos X que se agitaban furiosamente a su alrededor.

Echó un vistazo a los sistemas de la nave para asegurarse de que no habían sufrido ningún daño, y dedicó unos instantes a contemplar el exterior. Han quedó tan impresionado que dejó escapar un suave silbido.

Un denso panorama estelar muy brillante se desplegaba alrededor de la nave alejándose en todas direcciones. Dos cúmulos estelares chocaban en aquella parte del espacio, y bandas de gigantes rojas que parecían venas de sangre resplandeciente serpenteaban a través de regiones repletas de enanas blancas. Las estrellas estaban tan apiñadas que formaban un inmenso sistema

caótico y giraban unas alrededor de otras, tirando de sus vecinas y atrayéndolas hacia un sinfín de danzas distintas mientras robaban materia estelar de la superficie de la estrella más próxima.

El caos reinaba en toda la imposibilidad espacial que era aquel círculo-danza de estrellas. Nadie podía predecir los cambios que sufriría la pauta de cada estrella..., y eso suponiendo que alguien hubiera sido capaz de encontrar una pauta para empezar a trabajar en ella, desde luego. Las estrellas del cúmulo no tardarían en salir disparadas en todas direcciones, alejándose velozmente en una dispersión que ocurriría muy pronto —al menos en la escala del tiempo astronómico—, aunque también cabía la posibilidad de que todo el amasijo de estrellas se derrumbara sobre sí mismo. Su masa se iría encogiendo poco a poco hasta adquirir el tamaño de un planeta primero, y de una luna, un puño y una cabeza de alfiler después...,

luego se esfumaría.

—Si se me permite el atrevimiento... —dijo Cetrespeó—. Bien puedo sentir cómo los rayos X atraviesan mi caparazón exterior y se abren paso hasta llegar a mis sinapsis, y eso a pesar de todo el blindaje extra que se ha instalado en el *Halcón*. Francamente, me resulta bastante difícil imaginar los efectos que pueden estar produciendo sobre sus estructuras biológicas, que son mucho más delicadas que la mía. La Estación de Investigación de Crseih fue concebida y construida para soportar este ataque continuo, por lo que sugiero que nos coloquemos debajo del blindaje del espaciopuerto lo más pronto posible.

Un deslumbrante destello luminoso que no parecía tener ningún origen concreto cruzó a toda velocidad el campo visual de Han como si quisiera subrayar el comentario de Erredós, y Han comprendió que era un rayo cósmico que acababa de atravesar su retina.

—Buena idea, Cetrespeó —dijo.

Han trazó un curso directo hacia la Estación de Investigación de Crseih.

Han estaba pilotando el *Halcón Milenario* a través del sistema estelar más extraño con el que se había encontrado jamás. Una enana blanca muy vieja que agonizaba y se hallaba en avanzado proceso de cristalización giraba alrededor de un agujero negro, siguiendo una trayectoria orbital elíptica salvajemente excéntrica.

Una pequeña estrella amarilla de lo más corriente había orbitado apaciblemente una inmensa supergigante blancoazulada en aquel mismo lugar hacía eones. La estrella azul fue envejeciendo poco a poco, y acabó colapsándose.

La estrella azul se convirtió en una supernova y lanzó luz, radiaciones y restos de materia estelar al espacio.

Su luz todavía seguía viajando por el universo bajo la forma de una tremenda explosión visible en galaxias muy lejanas.

El paso del tiempo hizo que los restos del núcleo de la supergigante fueran colapsándose bajo la fuerza de su propia gravedad. El resultado fue la aparición de masa degenerada que adoptó la estructura de un agujero negro.

La violencia de la supernova alteró la órbita de la compañera de la nova, la estrella amarilla. La órbita de la estrella amarilla fue decayendo poco a poco.

La estrella amarilla empezó a caer hacia el cuerpo inimaginablemente denso del agujero negro. El agujero negro absorbía todo aquello que entraba en su zona de influencia, la luz incluida; y cuando capturaba materia —incluso si la materia capturada consistía en toda una estrella amarilla— desgarraba los átomos, dispersándolos en un disco de acreción en continuo crecimiento. Las partículas subatómicas implosionaban durante su descenso hacia el ecuador de la singularidad, y emitían gigantescos chorros de radiación. El disco de acreción giraba a una velocidad fantástica y brillaba con un calor inimaginable, creando una pira funeraria para la estrella amarilla destruida.

El plasma se desplazaba en espirales que formaban un gigantesco torbellino enloquecido, moviéndose tan deprisa y calentándose con tal intensidad que lanzaba un torrente de rayos X al espacio. Los gases resplandecientes acabaron precipitándose hacia el agujero negro invisible y se fueron aproximando más y más, pareciendo caer con mayor lentitud a medida que iban sintiendo la influencia de la relatividad.

Aquel universo los había perdido para siempre.

Ese había sido el destino de la pequeña estrella amarilla.

El sistema contenía una tercera estrella: la enana blanca que agonizaba, y que seguía brillando con todo el resplandor de su antiguo calor a pesar de que se estaba congelando lentamente debido a un proceso de enfriamiento que acabaría convirtiéndola en cristal cuántico. Cuando el *Halcón Milenario* entró en el sistema, la enana blanca estaba cayendo hacia el agujero negro, moviéndose en la curva interior de su excéntrica órbita elíptica.

—¿Habéis visto eso'? —preguntó Han—. Todo un espectáculo, ¿eh?

Desde luego que sí, amo Han —respondió Cetrespeó—, pero no es más que una sombra de lo que ocurrirá cuando el agujero negro capture a la estrella de cristal.

Luke había clavado la mirada en el remolino del agujero negro, y no dijo nada.

Han aguardó.

—¡Eh, chico! Vuelve con nosotros, ¿quieres?

Luke se sobresaltó.

—¿Qué pasa?

—No sé dónde estabas, pero no estabas aquí.

—Oh... Estaba pensando en la Academia Jedi. No me gusta separarme de mis estudiantes ni siquiera durante unos días, pero si consigo encontrar a otros Jedi lo suficientemente bien adiestrados... Bueno, eso cambiaría mucho las cosas tanto para la Academia como para la Nueva República, y...

—Creo que no lo estamos haciendo del todo mal —dijo Han, un poco irritado. Llevaba años manteniendo la paz con la ayuda de personas corrientes, y en su opinión los Caballeros Jedi podían llegar a causar más problemas de los que eran capaces de resolver—. ¿Y si todos están utilizando el lado oscuro?

Luke no replicó.

Han rara vez hablaba de sus pesadillas, pero lo cierto era que tenía pesadillas en las que veía cuál podía ser el final de sus niños si eran tentados por el lado oscuro.

En aquellos momentos estaban a salvo, pues acompañaban a Leia en un recorrido planetario por mundos remotos y pacíficos de la Nueva República. Ya debían de haber llegado a Munto Codru, y estarían visitando las hermosas montañas de la zona templada del planeta. Han sonrió mientras imaginaba cómo su princesa y sus niños eran recibidos en uno de los misteriosos y antiguos castillos de Munto Codru, que parecían salidos de un cuento de hadas.

Las prominencias solares ardían en la superficie de la enana blanca. El *Halcón* la dejó atrás, y siguió avanzando hacia la región más peligrosa del agujero negro.

Han puso los escudos a la potencia máxima que podían proporcionar los sistemas de energía, y cruzó la zona de radiaciones peligrosas a toda velocidad. El disco de acreción brillaba y flameaba desprendiendo una áspera claridad actínica.

Ni la enana blanca ni el agujero negro poseían planetas naturales, y sólo contaban con unos cuantos escombros distantes y un halo de cometas congelados. Pero la enana blanca poseía un planetoide artificial.

La Estación Crseih había sido un centro secreto de investigación del Imperio, y se había desplazado de un lugar oculto a una localización escondida y un destino secreto bajo las órdenes directas del Emperador. Fuera donde fuese, siempre había estado envuelta en la aureola del mal.

Casi todos los registros de sus trabajos habían sido destruidos cuando cayó el Imperio. Sus investigadores habían huido, para rendirse a la Nueva República o para esfumarse. Han sólo estaba seguro de una cosa con respecto a Crseih: la estación investigadora había sido enviada a aquel sistema estelar para que encontrase una forma de adaptar el poder destructivo del agujero negro a las ambiciones marciales del Emperador.

Crseih había fracasado pero seguía existiendo, escondida en los confines de la civilización y aislada por la disrupción de las estrellas agonizantes que estallaban incesantemente. Todavía contaba con algunos habitantes, que se conformaban con haber quedado libres del yugo del Imperio. Los moradores de Crseih también vivían fuera de la Nueva República, y no contaban con la protección de su justicia.

Y tampoco tenían que soportar las limitaciones que ésta imponía.

Han sumergió el *Halcón Milenario* en la sombra de la Estación Crseih y dejó escapar un suspiro de alivio. La luz de la enana blanca seguía cayendo sobre su nave, pero la masa de la estación les protegía de los temibles rayos X que brotaban del agujero negro.

Un grueso blindaje que hacía pensar en un paraguas hecho de retazos cubría la mitad del irregular planetoide artificial que era la Estación Crseih. Los parches se habían ido extendiendo a medida que iba creciendo la estación. El blindaje formaba las cúpulas de alojamiento y los corredores de las conexiones de aire. Era transparente al espectro visual, y protegía al equipo y a los habitantes de las radiaciones de alta energía. El blindaje estaba recubierto por pautas de sombra y luz que producían curiosas iridiscencias, y se oscurecía cada vez que sufría la embestida de un chorro de radiaciones particularmente intensas.

Han posó el *Halcón Milenario* sobre una extensión de piedra ennegrecida por las toberas. Considerada como espaciopuerto, Crseih no podía ofrecer gran cosa aparte de algunos mecánicos de hiperimpulsores que iban de un lado a otro, unos cuantos reaprovisionadores, y una compañía de alquiler que estaba especializada en blindajes.

Han hizo los arreglos necesarios para obtener un blindaje extra que diera un poco más de protección al *Halcón*. Unos minutos después un vehículo de superficie avanzó lentamente hacia ellos remolcando la enorme lámina transparente.

Son muy eficientes —dijo Luke.

—O se aburren muchísimo. Está claro que no hay mucho tráfico... —Han torció el gesto—. Lógico, ¿verdad? Las primeras vacaciones de que puedo disfrutar en mucho tiempo, y acabo metido en este desierto vacío.

—¿Dónde está tu contacto, Cetrespeó? —preguntó Luke.

Unas cuantas docenas de naves de varios modelos y antigüedades estaban posadas sobre la explanada de roca calcinada. La gran mayoría contaba con la protección de gruesos blindajes, pero algunas se hallaban desnudas y habían quedado expuestas a la intemperie cósmica, que las estaba destruyendo lentamente.

—Estoy prácticamente seguro de que se encuentra aquí y se dispone a recibirnos, amo Luke. —Cetrespeó echó un nervioso vistazo por la mirilla—. Quizá venga en el vehículo de superficie.

Cetrespeó se removió en el asiento. Han había empezado a recibir mensajes incomprensibles hacía algunas semanas, pero Cetrespeó había reconocido el lenguaje y había dicho que apenas se utilizaba desde hacía mucho tiempo. Los mensajes transmitían rumores sobre acontecimientos bastante extraños que estaban teniendo lugar en la Estación Crseih.

—Me temo que yo tengo la culpa de que nos hayamos embarcado en esta investigación —dijo Cetrespeó.

Han le había ordenado que contestara a los mensajes utilizando aquel mismo lenguaje casi desconocido, y le había pedido que concertara una cita. Cetrespeó era Cetrespeó, naturalmente, por lo que había decidido cargar con toda la responsabilidad de la expedición.

—Espero que no estemos siguiendo una pista falsa —siguió diciendo Cetrespeó.

—No importa, Cetrespeó —dijo Han—. Si la pista es falsa, nadie te culpará por ello.

—Oh, pero si resultara que los rumores carecen de todo fundamento, entonces no podría sobrevivir a la vergüenza y...

Han dejó de prestar atención a las preocupaciones de Cetrespeó. Si no conseguían encontrar a los Jedi perdidos Han lo lamentaría por Luke, naturalmente; pero se alegraba de estar allí, y seguiría sintiéndose satisfecho tanto si el viaje acababa siendo unas vacaciones como si se convertía en una nueva aventura.

Volvió la mirada hacia el puesto avanzado. Las obleas pegadas al suelo de las conexiones atmosféricas cubrían, protegían e interconectaban los distritos de la estación, algunos muy bien equipados y atendidos, otros a medio derrumbar y en camino de acabar siendo montones de escombros. Las instalaciones de investigación del Imperio habían sido abandonadas, pero la comunidad que había surgido alrededor de ellas había continuado existiendo. Algunos de sus habitantes habían descubierto otras formas de sobrevivir y prosperar, y habían seguido adelante sin la presencia del Imperio ni la atención de la Nueva República.

Los representantes diplomáticos y los embajadores concentraban su atención en planetas más poblados que se encontraban más cerca del centro del poder.

«Y eso es todo un alivio —pensó Han—. Aquí no habrá embajadores ni atuendos ceremoniales, y no tendré que soportar ni un solo banquete de gala...»

El vehículo de superficie se detuvo de repente.

—¿Cómo desean pagar este servicio? —preguntó su conductor. —Mediante una carta de recursos —respondió Han.

—Sólo aceptamos créditos garantizados.

El vehículo de superficie empezó a retroceder.

—¡Eh, espere un momento! —gritó Han—. ¿Sabe...?

Pero se apresuró a cerrar la boca. Había estado a punto de preguntarle si sabía quién era, pero viajaba de incógnito y naturalmente el conductor no sabía quién era.

Pensarlo hizo que se sintiera invadido por una agradable sensación de libertad.

—La carta de recursos debe ser depositada, amo Ha... —La programación de memoria de Cetrespeó entró en acción justo a tiempo, y le prohibió utilizar el verdadero nombre de Han—. Eh..., señor. De lo contrario, no se puede acceder a los fondos.

—Ya lo sé. —Han sonrió—. Supongo que sólo quería exhibirla un poquito. Todos esos sellos y firmas, ya sabes...

Y una identidad falsa, claro.

El vehículo de superficie ya se estaba alejando hacia las conexiones atmosféricas.

—¡Eh, vuelva aquí! —gritó Han—. Le pagaremos con dinero en efectivo.

Enséñeme su moneda.

Han mostró los bordes arcoirizados de unos cuantos billetes de la Nueva República, y se alegró de que el Senado todavía no hubiera llegado a promulgar una ley ordenando el abandono de la moneda física. Eso habría supuesto la desaparición de uno de los pocos lazos que seguían uniéndole a los viejos tiempos y a sus días de contrabandista, ya que la vida de contrabandista habría resultado mucho más dura si no hubiese existido ese dinero al que resultaba considerablemente difícil seguirle la pista. Esa era la razón por la que el Senado quería prescindir de él, naturalmente.

El vehículo de superficie volvió a avanzar y fue maniobrando hasta que el escudo cubrió al *Halcón*. El conductor abrió los cierres, y el blindaje quedó suelto y colocado en su sitio. El vehículo de superficie acabó deteniéndose debajo del *Halcón*.

Han desactivó los sistemas de energía del *Halcón* y conectó varios artefactos de seguridad, algunos de ellos notablemente astutos y sofisticados.

—Bien, salgamos fuera —dijo cuando hubo terminado—. Y recordad quiénes somos... Mejor dicho, recordad quiénes no somos, ¿de acuerdo?

Cetrespeó se había camuflado mediante la capa de laca color púrpura y Han se había dejado crecer la barba, pero Luke no había hecho nada para disfrazar su apariencia.

—No sé, chico... —dijo Han mirándole fijamente—. Sigo pensando que deberías hacer algo. ¿Afeitarte la cabeza, quizá? De lo contrario, podemos estar seguros de que alguien acabará reconociéndote tarde o temprano.

Luke le lanzó una mirada entre perpleja e interrogativa.

—No me voy a afeitar la cabeza —replicó—, y nadie me reconocerá.

Han se sintió repentinamente mareado, y un instante después los rasgos de Luke se volvieron borrosos y cambiaron ante sus ojos. Han se encontró contemplando a un individuo totalmente distinto: el nuevo Luke tenía el cabello más oscuro, medía un palmo más de altura, era más delgado, y tenía unas facciones tan corrientes que resultaría muy difícil que pudieran quedar grabadas en la memoria de quienes las vieran.

—¡Maldición! —exclamó Han—. ¡Eh, a mí no!

La imagen tembló y se esfumó, revelando nuevamente a Luke. —Muy bien —dijo—. No afectaré tus percepciones, pero nadie más me reconocerá.

—De acuerdo.

Salieron de la nave.

Han deseó que Chewbacca estuviera con ellos, pero viajar de incógnito con el wookiee al lado hubiese supuesto correr un riesgo considerable. La barba probablemente permitiría que Han no fuese identificado, pero un humano y un wookiee de pelaje marrón viajando juntos... No

hubiese salido bien, ya que esa imagen hacía que los súbditos de toda la República pensarán al instante en el general Han Solo y su amigo Chewbacca, el Héroe de la Nueva República.

La entrada del vehículo de superficie se abrió ante ellos al final de la rampa del *Halcón Milenario*, y estaba sumida en la penumbra. Un pistón traslúcido obstruía el camino de Han. Lo empujó, y sintió que se movía en su mano. Han empujó con más fuerza. El pistón se estremeció, tembló y acabó chocando con el casco del vehículo de superficie. Unos cuantos pistones más, cada uno segmentado y con un bulto facetado en cada articulación, surgieron de la nada y se desplegaron delante de él hasta quedar atravesados en el umbral.

—¡Eh! —chilló Han.

—¡Suélteme, maldita sea! —replicó el conductor.

—Suéltale —dijo Luke—. Le estás agarrando el brazo, o la pierna, o... Bueno, el caso es que le estás agarrando un apéndice. —¿Y cómo lo sabes?

Luke se limitó a contemplarle en silencio.

Han soltó el pistón.

—Odio que hagas eso, ¿sabes? —murmuró Han.

—Primero se paga, y luego se entra —dijo el conductor.

Han separó varios billetes del fajo que llevaba en el bolsillo y se los alargó al conductor.

Un apéndice delgado y traslúcido se apartó de la entrada, y se fue desplegando frente a ella hasta que las cuatro garras en que terminaba quedaron suspendidas delante del rostro de Han. Las garras eran muy afiladas y de un color azul acero, y Han vio que cada una era tan larga como su mano.

—Qué uñas tan bonitas... —dijo.

Depositó los billetes entre las garras y éstas se cerraron con gran delicadeza sin que las puntas atravesaran el papel.

—Muchas gracias —dijo el conductor—, pero no es suficiente. —¿Quiere más dinero? ¿Ahora? —exclamó Han—. ¿Por posarnos en un trozo de roca?

—Por posarse en un trozo de roca debajo de un escudo alquilado —dijo el conductor—, que les resultará muy útil cuando se aproxime la próxima tormenta de rayos X. Ah, y le recuerdo que estamos hablando de un escudo que es de mi propiedad..., aunque si lo prefieren puedo llevármelo ahora mismo.

Han había pensado que el flujo de radiaciones ya era lo bastante potente como para que pudiese ser calificado de tempestad de rayos X, pero en Crseih aquello estaba considerado como un día de buen tiempo espacial. Cuando la enana blanca se aproximara al agujero negro y éste empezara a arrancar los gases calientes de su superficie, los rayos X se intensificarían hasta convertirse en una auténtica tormenta espacial que desencadenaría todo un huracán de radiaciones.

—Una tormenta de rayos X producirá efectos muy nocivos en los sistemas del Hal..., de su nave en el caso de que ésta quede sin protección, señor —dijo Cetrespeó.

—Ya lo sé —replicó Han.

Sacó tres billetes más del fajo y los metió entre las garras del conductor. «Esto nos va a dejar bastante escasos de efectivo —pensó—. Bah, no importa... La carta de recursos resolverá ese problema.»

Las garras se retiraron, y los otros pistones se separaron ante ellos con un leve chirrido mecánico. Los ojos de Han ya se estaban acostumbrando a la penumbra. El conductor estaba sentado en el otro extremo de la cabina del vehículo de superficie, y empezó a colocar las patas a su alrededor como si fuesen un montón de ramas secas.

—El viaje hasta Crseih es gratis —anunció.

—Muchísimas gracias —replicó Han.

El *Halcón* retiró la rampa detrás de ellos y bloqueó su escotilla. Cetrespeó estaba contemplando el interior del vehículo de superficie.

—¿No tiene ningún otro pasajero? —preguntó.

—Sólo dispongo de espacio para ustedes —dijo el conductor.

Cetrespeó dijo unas cuantas palabras en un lenguaje tan extraño que Han sintió una punzada de dolor en los oídos. Cetrespeó ya le había hablado en ese lenguaje cuando le tradujo los

mensajes llegados de la Estación Crseih.

¡Cetrespeó cree que este tipo puede ser nuestro contacto!», pensó Han.

El conductor se apresuró a mover varios apéndices, incluidos unos cuantos que estaban provistos de pelos aurales y puntiagudas espinas defensivas.

—Eh, ¿qué infiernos está diciendo? —preguntó, volviéndose hacia Cetrespeó—. ¿Por qué intenta provocarme una irritación en los órganos auditivos?

—Le pido disculpas —se apresuró a decir Cetrespeó—. No he dicho nada que tuviera ninguna importancia. Me temo que le he tomado por otra persona.

El vehículo de superficie situó la nave espacial debajo de su escudo e inició el avance hacia la ciudad.

El conductor detuvo el vehículo de superficie dentro de su hangar, y la conexión atmosférica avanzó hacia la puerta. Han bajó del vehículo y puso los pies en la Estación Crseih, y Luke y Cetrespeó le siguieron.

El vehículo de superficie fue retrocediendo lentamente y se alejó con un estrépito metálico.

—Arañas... —murmuró Han, y se estremeció—. Lo siento, pero las arañas siempre me dan escalofríos.

—¿Arañas? —exclamó Cetrespeó—. ¿Hay arañas? ¿Dónde? Debo tener mucho cuidado y evitar que tejan sus telas en mis articulaciones. Oh, vaya, recuerdo que en una ocasión conocí a un androide que...

—Me refería al conductor —dijo Han.

—Pero el conductor no era una araña —replicó Cetrespeó.

—Estaba hablando de manera metafórica —dijo Han.

—Pero...

—Oh, olvídalo —dijo Han—. Olvida que he abierto la boca, ¿de acuerdo?

—Ese conductor sabía cómo hacer negocios, ¿eh? —dijo Luke. Han se rió.

—Sí, tienes toda la razón. Un tipo bastante codicioso, ¿no? Cetrespeó dio unos cuantos pasos hacia adelante y miró nerviosamente a su alrededor.

—¡Estoy seguro de que nuestro contacto tiene que estar cerca de aquí! —exclamó, a pesar de que no había nadie más en todo el hangar.

Han se volvió hacia Luke.

—¿Y ahora qué? ¿Tienes alguna idea de dónde debemos empezar a buscar a esos Jedi perdidos tuyos?

Luke meneó la cabeza. Un mechón de cabellos le cayó sobre la frente, y durante un momento pareció el joven lleno de entusiasmo y sin ninguna experiencia de la vida que había sido cuando Han le vio por primera vez. Pero Luke ya no era un jovencito que tenía que madurar, pues con el transcurrir de los años había ido desarrollando una presencia casi de otro mundo que Han encontraba conmovedora y alarmante al mismo tiempo.

—Esperaba que sería capaz de percibir... —Luke se encogió de hombros y puso cara de abatimiento—. Pero no hay nada. Quizá se están protegiendo con alguna clase de escudo. Puede que se estén ocultando. Después de la forma en que fueron perseguidos y cazados por el Imperio, ¿quién podría reprocharles que lo hiciesen?

—Bueno, pues yo suponía que ya se habrían dado cuenta de que hace años que no hay ningún Imperio —replicó Han.

—Pero hay muchas personas que quieren que vuelva —dijo tozudamente Luke.

De acuerdo, de acuerdo...

Han no creía que existiera ningún grupo de Jedi perdido. Por otra parte, cuanto más tiempo invirtiera Luke en su búsqueda, más durarían las vacaciones de Han.

«Después de todo, quizá será mejor que empiece a seguirle la corriente», se dijo.

La abigarrada claridad multicolor del torbellino llameante se volvía gris y mucho más suave bajo los escudos transparentes que impedían el paso a las radiaciones. Pequeñas sombras aparecían y desaparecían, tachonando el suelo con puntitos de oscuridad.

Han alzó la mirada. El agujero negro y su disco de acreción iban creando un violento amanecer a medida que la Estación Crseih giraba sobre su eje. El remolino de fuego y claridad cegadora se extendía a lo largo de una cuarta parte del cielo visible, y la enana blanca surgiría

en cuanto éste se hubiera ocultado. La enana blanca se precipitaría hacia el centro del sistema estelar, y tanto ella como su compañero irían subiendo, y se aproximarían más y más la una a la otra hasta que acabasen apareciendo juntas para consumir los cielos con su ígneo resplandor.

Han evitó volver la vista hacia el disco de acreción del agujero negro a pesar de que se hallaba bajo la protección de los escudos. La exhibición natural de fuegos de artificio consumía más energía en un instante que todas las celebraciones concebidas por la civilización desde el comienzo de la historia.

Avanzó por la conexión atmosférica hacia la primera cúpula de la estación propiamente dicha. Una atmósfera caliente y húmeda impregnada de una fetidez casi tropical envolvió su cuerpo. Casi podía ver el aire, y tuvo la impresión de que le bastaría con extender los dedos y cerrarlos para poder agarrar un puñado.

«Supongo que la mayor parte de la gente que vive aquí procede de mundos tropicales —pensó—. Después de todo, mantener fresco el interior de una estación espacial no resulta tan difícil...»

Pero en una estación como Crseih conseguir un ambiente fresco era un objetivo que parecía casi imposible de alcanzar. Los sistemas de refrigeración sobrecargados hacían vibrar el suelo. Los escudos protegían las zonas habitadas absorbiendo los rayos X, pero las enormes cantidades de energía que llegaban hasta la estación volvían a ser irradiadas en forma de calor..., y el calor tenía que ir a algún sitio. Los sistemas de refrigeración hacían cuanto podían para transportarlo hasta el lado nocturno de Crseih, donde podía ser dispersado en el vacío del espacio; pero con el agujero negro a un lado de la estación y la enana blanca al otro, el lado nocturno de Crseih apenas llegaba a ser una delgada rebanada de sombras.

Han extendió un dedo y lo puso a un palmo de distancia del muro de la conexión atmosférica, y lo retiró casi al instante. La superficie estaba incómodamente caliente a pesar de todos los enérgicos esfuerzos de los sistemas de refrigeración.

Cetrespeó avanzaba delante de él con su caminar presuroso y envarado, y tenía un aspecto francamente extraño con su disfraz de laca color púrpura. El androide continuaba su fútil búsqueda del contacto que había esperado encontrar en Crseih.

Expliqué con toda claridad a nuestro comunicante que debía venir a recibirnos —dijo Cetrespeó en un tono entre quejumbroso e irritado—. No consigo entender qué...

Luke pasó junto a Han.

«Acaba de pasar junto a mí, ¿verdad? —pensó Han—. ¿He visto Luke o no le he visto? ¡Oh, maldición, cómo odio que haga ese tipo de cosas...!»

—Creo que sería preferible no divulgar nuestros planes, CetresPeó --dijo Luke.

—Pero amo Luke... Yo nunca... ¡Le aseguro que no estaba utilizando mi transmisor!

—Te creo, por supuesto, pero te sugiero que dejes de utilizar tu unidad vocal.

—Muy bien, amo Luke —replicó Cetrespeó—. Si lo prefieres así...

El androide siguió avanzando, y su lenguaje corporal expresó, con tanta claridad como las palabras, que había esperado ser recibido por el contacto en la pista de descenso.

El calor y la humedad no tardaron en hacer que el sudor corriese a chorros por la espalda y los costados de Han y que le perlara la frente, quedándose pegado a ella sin poder llegar a evaporarse. Han se limpió la cara y se subió las mangas, agradeciendo el que por una vez no tuviera que preocuparse de ofrecer un aspecto elegante y cuidado.

Leia y los asesores de Han habían ido consiguiendo que prestara un poco más de atención a su indumentaria con el paso de los años. En vez de ponerse lo primero que encontraba dentro del armario y utilizar la combinación que el androide de limpieza hubiera creado al traer la ropa, fuera cual fuese ésta, Han había empezado a vestirse tomando en consideración sus deberes de cada día. Normalmente conseguía librarse de tener que vestir el uniforme de gala, a menos que su programa de la jornada incluyera la inspección de un contingente de tropas regulares, pronunciar un discurso ante ellas o una recepción diplomática. Han Solo odiaba los uniformes, y los discursos y las recepciones tampoco le entusiasmaban excesivamente.

Para aquel viaje ni siquiera se había traído un uniforme; y aunque los pantalones ya bastante deshilachados y la camisa vieja y muy cómoda que llevaba resultaban un poco demasiado gruesos para el clima de la Estación Crseih, Han se sentía deliciosamente libre.

Ni uniformes, ni discursos ni recepciones...

Han dejó escapar una carcajada.

—Esto va a resultar muy divertido —dijo.

Doblaron una curva de la asfixiante conexión atmosférica, y vieron que el tubo seguía extendiéndose ante ellos y que estaba desierto. —¿Dónde está Cetrespeó? —preguntó Luke.

—No lo sé —replicó Han—. Probablemente heriste sus sentimientos al decirle que se callara.

—Lo único que le dije fue que no andara pregonando nuestros planes a los cuatro vientos.

—¿No sabes dónde está?

—Podría encontrarle —dijo Luke—, pero prefiero no hacerlo. De hecho, prefiero no emplear ningún poder a larga distancia... No quiero delatarnos.

—¿Y por qué no lanzas una bengala? Deja que los Maestros Jedi nos encuentren.

—Familiaricémonos un poco con este lugar antes —dijo Luke—. Después de todo, no sabemos gran cosa sobre los Jedi que ando buscando... Sólo tenemos los rumores, y esas historias tan extrañas.

—Tienes razón, chico. —«Cuánto más tiempo dedique Luke a su búsqueda, más tardaré en tener que ponerme otro uniforme...»—. Sí, tienes toda la razón... Tómate todo el tiempo que quieras.

—Y si son Jedi... Bueno, entonces quiero asegurarme de que no tienen nada que ver con el lado oscuro.

—Pero si estuviéramos cerca de alguien que utilizara los poderes del lado oscuro, tú lo sabrías, ¿verdad? Te darías cuenta de su presencia, ¿no?

—Por supuesto que sí —dijo Luke.

—Estupendo.

—Creo que lo sabría. —Luke se volvió hacia la pared traslúcida del túnel, y contempló las cúpulas lejanas que se alzaban entre los cráteres que puntuaban las planicies rocosas—. Espero que lo supiera...

Han puso cara de exasperación y siguió andando.

—¿Qué es lo que digo siempre? —masculló—. Dan más problemas de los que resuelven, eso es lo que digo siempre...

Cruzó el umbral de la salida de la conexión atmosférica y entró en la primera cúpula de la Estación Crseih. Los ruidos y la claridad le rodearon al instante, envolviéndole en una capa de novedades tan espesa y pegajosa como aquella atmósfera caliente saturada de vapores.

Luke le siguió con más cautela, y se detuvo junto al hombro derecho de Han para contemplar lo que tenían delante. Han se preguntó qué radio de alcance tendría la ilusión del disfraz que podía proyectar Luke. ¿Qué efectos produciría sobre los habitantes de la estación? ¿Verían a Luke tal como realmente era cuando estuvieran lejos de él, y pensarían que se habían confundido cuando estuvieran más cerca y vieran que tenía un aspecto distinto al que habían creído percibir en un principio; o sería quizá que el efecto local de disfraz envolvía a Luke igual que una capa y proyectaba la imagen deseada a todo el que le mirase?

Han no tenía forma alguna de saberlo, pues Luke había cumplido la promesa que le había hecho de no afectar a las percepciones de su amigo y compañero de viaje. En lo que concernía a Han, el joven que se hallaba inmóvil junto a él era Luke Skywalker, piloto y cuñado suyo y, casualmente, también Caballero Jedi. Luke llevaba su túnica, que por suerte no se diferenciaba demasiado del atuendo cotidiano empleado por muchos humanoides. La túnica no identificaba a Luke como un Jedi, y los holgados pliegues ocultaban su espada de luz.

Han se acarició la barba, una costumbre que había adquirido mientras se la estaba dejando crecer. Durante las últimas semanas antes de que él y Luke iniciaran su viaje, Han había estado bastante nervioso y ardía en deseos de partir. Acariciarse la barba no había hecho que creciese más deprisa, desde luego, pero el gesto había acabado convirtiéndose en una especie de talismán, un recordatorio de que dentro de dos semanas primero —si conseguía llevar a cabo aquella revista de tropas—, y dentro de una semana después —si conseguía pronunciar aquel condenado discurso y salir bien librado—, estaría lejos de allí y podría volver a ser libre.

La gigantesca primera cúpula de la Estación Crseih por fin se extendía a su alrededor, y Han pensó que parecía una feria ambulante. Grupos musicales, malabaristas, acróbatas y

comerciantes mostraban sus habilidades o exhibían sus artículos.

Un grupo de brebishems estaba amontonado a un lado del camino, retorciéndose y rodando de un lado a otro mientras fruncían sus largos hocicos y hacían aletear sus enormes orejas en forma de hoja. Estaban tan pegados los unos a los otros que parecían un solo organismo, como si sus blandas pieles color malva repletas de arrugas y surcos se hubieran derretido debido al roce. Un gemido continuo emanaba del grupo, y no había forma de saber si aquel sonido gutural era producido por un solo alienígena o por todos ellos.

Luke arrojó una moneda a la cesta colocada delante del grupo de brebishems.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Han.

—Para demostrarles que sé apreciar los valores de su arte. —¿Arte?

Han miró de soslayo a Luke, pero su amigo parecía haber hablado totalmente en serio.

—Bueno, la danza o la bolo-pelota deben de parecerles igual de extrañas, ¿no?

—Tienes derecho a tener tu opinión, Luke —dijo Han.

Una imagen de la última vez en que había bailado con Leia surgió repentinamente de su memoria y se abrió paso por entre sus pensamientos. Había sido en una recepción en algún lugar, pero Han no pudo recordar cuándo o ni siquiera en qué planeta se había celebrado. Sólo se acordaba de que habían disfrutado de unos cuantos minutos libres de diplomacia, brindis y saludos, y de que él y Leia se habían abrazado y habían danzado bajo la luz fracturada por los espejos que caía sobre el suelo iridiscente de la pista de baile. El recuerdo hizo que Han sintiera una aguda punzada de soledad y deseo que le desgarró el corazón.

—Por favor, honorables señorías... ¿Quédales alguna monedita para mí? —Una criatura tan pequeña que sólo le llegaba a la cadera estaba tirando de la manga de Han. Un abundante pelaje gris verdoso ocultaba los contornos de su cuerpo—. ¿Permanece todavía alguna moneda en sus bolsillos, y puede ser para mí?

—No, no tengo suelto —dijo Han, y apartó de sus bolsillos aquellos dedos muy largos y delgados que parecían tan frágiles como ramitas secas.

—Espera un momento —dijo Luke—. Yo tengo algunas monedas.

Le dio una a la criatura, y cuando le habló empleó un tono muy suave y lleno de afabilidad. Los dedos huesudos se apresuraron a coger la moneda y la hicieron desaparecer bajo el áspero pelaje.

La criatura resopló y pasó junto a ellos para ir hacia la conexión atmosférica.

—¿Se aproximan más pasajeros? —preguntó con expresión esperanzada.

—No, sólo estamos nosotros —dijo Han.

Unos cuantos mendigos más convergieron sobre Han y Luke, y no tardaron en aparecer varios guías y vendedores de tchochke.

—¡Son míos, son míos! —gritó la criatura—. ¡Buscad los vuestros en otro sitio!

Todos ignoraron las protestas del ser cubierto de pelos.

—No, gracias, no queremos nada —dijo Han, abriéndose paso a través del grupo y tirando de Luke.

Han pensó que no le costaba nada imaginarse a Luke repartiendo hasta el último de los escasos créditos que les quedaban antes de que hubieran dejado atrás la entrada.

No tardaron mucho en poder escapar. Los mendigos, guías y vendedores se retiraron a sus lugares habituales en los alrededores de la entrada y esperaron la llegada de clientes más receptivos.

Pero la criatura peluda había seguido a Han y Luke a través del gentío, y empezó a trazar cautelosos círculos a su alrededor mientras murmuraba «Míos, míos».

—¿Has visto al androide que llegó con nosotros? —le preguntó Han.

Estiró el cuello intentando ver a Cetrespeó entre el caos de la cúpula de recepción. Han Solo era capaz de ver por encima de casi todas las cabezas en un grupo de seres humanos de estatura normal, pero el número de formas de vida inteligente de Crseih era tan grande que su elevada estatura quedaba reducida a una simple talla media, y además Han tenía que recordarse que estaba buscando a un androide púrpura, no dorado.

—Los androides nunca llevan monedas encima —dijo la criatura peluda—. Los androides no tienen bolsillos. Pedir monedas a los androides no servir de nada, y no haber ninguna razón para hacerlo.

—Quizá podrías ayudarnos de otra manera —dijo Luke.

—¿Ayudar? —preguntó la criatura con obvia suspicacia—. ¿Trabajar?

—No. Bastaría con que nos enseñaras dónde podemos encontrar un buen alojamiento. Queremos que nos ayudes a orientarnos por la Estación Crseih, ¿entiendes?

—¡Eh, yo puedo encontrar alojamiento sin necesidad de que nadie me ayude! —exclamó Han, sintiéndose un poco insultado—. Ya no viajo tanto como antes, pero todavía no estoy tan oxidado como para no ser capaz de encontrar alojamiento en...

—¡Cállate! —susurró Luke fulminándole con la mirada.

Han quedó tan sorprendido que dejó de protestar al instante.

—Alojarse, sí, alojarse —dijo la criatura peluda—. Y sitios para comer y sitios para comprar ropas bonitas, sitios especializados en vestir los tamaños y las formas del humano...

La criatura se alejó a grandes zancadas que hicieron temblar su espeso pelaje.

Luke la siguió. Han alzó los ojos hacia el techo con expresión suplicante. El techo ni replicó ni hizo nada para ayudarle, por lo que Han acabó encogiéndose de hombros y echó a correr detrás de Luke.

—De acuerdo, pero prefiero colgarme antes que aceptar consejos sobre la moda de un tipo que lleva un traje de pelos... —masculló mientras seguía a su amigo.

La criatura peluda guió a Han y Luke por varias conexiones atmosféricas y una sucesión de cúpulas totalmente distintas las unas de las otras. El ruido y la agitación de la primera cúpula no tardaron en esfumarse. Entraron en una región llena de almacenes y máquinas gigantescas, y después llegaron a un parque en el que la vegetación alienígena trepaba por los muros y moderaba la claridad del torbellino con hojas que tenían todos los colores del arco iris.

—¿Adónde vamos? —preguntó Han—. La cúpula del carnaval tiene que estar llena de hoteles y albergues.

—No para vosotros —replicó la criatura peluda—. No son bastante buenos para vosotros.

Siguieron alejándose de las luces, el ruido y la acción, y fueron adentrándose por regiones mucho más tranquilas y silenciosas donde no tardaron en verse rodeados de jardines y edificios orgánicos de escasa altura. El nervioso interés que Han había sentido al principio se esfumó rápidamente, y empezó a tener la sensación de que la atmósfera estaba envolviéndole en un montón de mantas calientes saturadas de humedad.

—Luke, esto parece el centro de la nada —jadeó—. Nunca encontraremos nada aquí.

—Ten paciencia —replicó Luke.

—¿Que tenga paciencia? ¡He estado teniendo montones de paciencia! Llevamos medio día andando.

Luke ignoró las quejas de Han salvo por una fugaz sonrisa ante su exageración, y siguió andando detrás de la criatura peluda.

Entraron en la cúpula más grande de todas las que habían visto hasta aquel momento. La parte superior se curvaba a tal altura por encima de sus cabezas que había nubecillas flotando en el ápice, y una suave brisa desplazaba el aire caliente de un lado a otro haciendo que circulase por el interior de la cúpula. La criatura peluda llevó a Han y Luke hasta un edificio que había sido construido siguiendo los contornos de un cráter. La fachada del edificio descendía hasta un estanque que ocupaba todo el fondo del cráter, y se alzaba junto a éste hasta formar una torre. Dos alas del edificio contorneaban la circunferencia del enorme agujero.

—Aquí... —dijo la criatura peluda—. Aquí es perfecto —añadió, y extendió un brazo hacia una abertura coronada por un arco de forma irregular.

Han cruzó el umbral, y se encontró en una habitación fresca y sumida en la penumbra donde no parecía haber nada salvo el sonido y el olor del agua en movimiento. Volvió la cabeza y vio que Luke se había quedado inmóvil en el umbral. Luke era una silueta oscura que se recortaba contra la áspera claridad del exterior, y Han dio un respingo. Durante un momento pudo ver tanto a Obi-Wan Kenobi como a Anakin Skywalker, Lord Vader, en la figura inmóvil de Luke. Después Luke fue hacia él lanzando miradas de curiosidad a su alrededor, y la ilusión se desvaneció al instante.

Han volvió a la entrada y echó un vistazo. La criatura peluda había desaparecido, y Han frunció el ceño.

—¿Por qué has querido seguir a ese tipo hasta aquí? le preguntó a Luke, que se había puesto de cuclillas al lado del estanque.

Luke metió la mano en la corriente. Después cogió un poco de agua en la palma, la olió y la probó con la punta de la lengua.

—Necesitábamos un guía nativo —dijo por fin.

—Bien, pues se supone que ya tenemos uno —replicó Han señalando el umbral con la mano.

—Y además puede resultarnos útil —dijo Luke.

—Lo dudo —murmuró Han.

—Y... Bien, el caso es que me recuerda a Yoda.

—¿Crees que esa cosa puede ser uno de los Jedi que andas buscando?

—Pensé que podía ser uno de ellos, pero ya no lo creo. Aunque podría haberlo sido.

Han abrió la boca para soltar algún comentario que criticara sarcásticamente la capacidad para tomar decisiones de Luke, pero pensó que quizá no fuese el momento más adecuado para ese tipo de bromas y volvió a cerrarla. La preocupación de Luke y su visible inseguridad no resultaban nada propias de él, y le inquietaban un poco.

¡Eh! —gritó—. ¿Hay alguien? ¿Podemos alojarnos aquí, sí o no?

Han pensó que aquel sitio quizá no fuese un hotel después de todo. La criatura peluda podía haber querido burlarse de ellos, y tal vez había acabado llevándoles hasta algún comercio o incluso a una vivienda privada.

—Sí, ser humano. Estoy aquí.

Una imagen se formó sobre el estanque, y onduló y tembló esparciendo chorros de luz que se difundieron por aquella curiosa habitación de forma irregular. Han no consiguió distinguir ninguna forma determinada entre aquella aurora hipnótica.

Queremos tres habitaciones —dijo—, dos para humanos y una adecuada para un androide.

—¿Para qué duración temporal?

La voz musical se fue volviendo más nítida, al igual que la imagen.

—Para una estancia indefinida.

—Pago de dos días estándar por adelantado, si tienen la bondad.

Han entró en su habitación y cerró la puerta dando un golpe seco. El hotel se había quedado con casi todo el efectivo de que disponía.

La habitación valía lo que le habían cobrado por ella, desde luego. Era muy lujosa y tenía de todo, desde alta cocina con entrega instantánea en la alcoba hasta un patio que permitía contemplar el espectacular lago del cráter que se extendía muy por debajo de él. Pero si Han no conseguía negociar la carta de recursos, él y Luke no tardarían en andar peligrosamente cortos de dinero.

Han tenía un mal presentimiento acerca de la carta de recursos. La Estación Crseih se encontraba demasiado alejada de las rutas comerciales, y la Nueva República había permitido que pasara demasiado tiempo aislada y sin sentir su poder. Los derechos, privilegios y servicios con los que Han se había acostumbrado a contar no existían allí.

Crseih era la clase de sitio por el que Han se había movido a sus anchas antes de convertirse en el general Han Solo, uno de esos lugares en los que podía posar el *Halcón*, entrar en cualquier establecimiento y destacar o pasar desapercibido según le viniera en gana. Han se preguntó si todavía poseía aquella habilidad.

«Te has ablandado demasiado —se dijo—. Te has vuelto demasiado confiado y perezoso... Ya va siendo hora de hacer algunos cambios, y también va siendo hora de que haga algo para mejorar nuestra situación financiera.»

Sabía que Luke no aprobaría su plan.

Han cogió su chaqueta y se dispuso a salir en el mismo instante en que Luke llamaba con los nudillos a la puerta que conectaba sus habitaciones. En vez de responder, Han salió a toda prisa y cerró la puerta principal sin hacer ningún ruido, y se alejó rápidamente por el pasillo.

La carta de recursos que Han llevaba en el bolsillo no tenía ningún valor. Su primer impulso fue romperla en un montón de trocitos y arrojarla al cráter más próximo, pero eso no sólo sería una estupidez sino que además era prácticamente imposible. La carta de recursos no estaba impresa sobre papel, sino en una hoja de plástico para archivos que era casi indestructible. Los

bordes le rasgarían la piel mucho antes de que Han hubiera conseguido romperla.

Por lo que había podido descubrir hasta el momento, en toda la Estación Crseih no había nadie interesado en honrar una carta de recursos emitida con cargo al tesoro de la Nueva República. Un comerciante había parecido estar dispuesto a comprársela, pero Han hubiese tenido que estar mucho más desesperado de lo que estaba para cerrar el trato, ya que el precio ofrecido había sido ridículamente bajo. El comerciante hubiese hecho un gran negocio, desde luego, ya que la carta era negociable por el portador. Una carta de recursos era negociable en prácticamente cualquier lugar del universo..., salvo en la Estación Crseih.

—Oh, qué infiernos... —murmuró.

—¿Tiene...`?

—¡No! —gritó Han sin mirar a su alrededor—. ¡No tengo ni una moneda?

—¿... un momento, señor? —La espectral se colocó delante de él, tan delicada como un junco en un estanque primaveral—. Lo único que deseo de usted es un momento de su tiempo.

—Oh, claro —dijo—. Todos los que quieras...

Los espectrales siempre le habían fascinado. Parecían humanos, pero no lo eran. Los seres humanos no podían resistirse a la belleza etérea de los espectrales, y a su vez éstos se sentían fascinados por los seres humanos. Su capacidad seductora no tenía nada que envidiar a la de los incubos y súcubos de las leyendas, pero eran tan frágiles como telarañas. Una relación física entre un ser humano y un espectral significaría la muerte segura para el espectral.

«Pero el mirar no hará daño a nadie», se dijo Han.

La espectral sonrió. Su larga y sedosa cabellera verde oro se desplegaba alrededor de su cabeza como un halo, y sus enormes ojos negros buscaron la mirada de Han. La espectral le rozó la mano con las yemas de sus delicados dedos. Su piel de un moreno dorado brillaba, y sus uñas color oro crearon delicados hoyuelos sobre la mano de Han. Aquel roce casi imperceptible hizo que Han sintiera un escalofrío.

—¿Qué quieres? —le preguntó en un tono repentinamente áspero.

La espectral sonrió.

—Nada. Quiero darte algo. El camino que lleva a la felicidad... —¡Más bien a tu muerte! —exclamó Han.

—No —dijo ella—. No, no soy así... No soy una de ellas. Yo solía...

La espectral apartó la mirada del rostro de Han y contempló la calle, y acabó bajando los ojos hacia los restos de basura que pasaban revoloteando junto a sus pies descalzos.

Después se puso de puntillas. La evolución de su raza nunca había pretendido que los espectrales pudieran poner las plantas de los pies rectas sobre el suelo, y sus piernas y sus pies eran bastante más parecidos a los de un fauno que a los de un ser humano.

—Antes solía acosar a los humanos —dijo la espectral—. Vuestra especie me fascinaba. Os seguía, os provocaba... ¡Sois tan excitantes! Llegué a pensar que compartir esos momentos de intimidad con un humano quizá valiera la pena..., incluso si ésa iba a ser la última experiencia de mi vida. —La espectral volvió a sonreír, y una expresión beatífica iluminó su rostro—. Pero acabé comprendiendo que estaba equivocada y que mis pensamientos también lo estaban, ¡y desde entonces me he dedicado a ayudar a los demás para que también vean la verdad! ¡Quiero hacerles comprender la gran verdad de que todos somos iguales, y de que podemos compartir la comunión en la alegría si nos entregamos a Waru!

Han dejó escapar una carcajada. La espectral retrocedió de un salto, al principio sobresaltada y asustada, y luego visiblemente preocupada.

—Oh, señor... ¿He dicho algo que te ha parecido gracioso?

—Has dicho algo que me ha sorprendido mucho —replicó Han. Movi6 una mano en un gesto que abarc6 la cúpula, las tabernas y las luces y todos aquellos establecimientos en los que se podía satisfacer cualquier deseo siempre que se dispusiera del dinero suficiente para pagarlo—. La verdad es que no me esperaba un serm6n religioso..., no aqu6.

La espectral volvió a sonreír y se le acerc6 un poco m6s.

—¿Acaso hay alg6n sitio mejor que 6ste? Ven conmigo y te lo ense6ar6. Todos somos iguales, y Waru nos dar6 alegr6a.

—Gracias, pero... No, muchas gracias —replic6 Han.

—Tal vez en otro momento —dijo la espectral, y su voz encerraba una delicada promesa.

Después se alejó de puntillas, movió una mano saludándole por encima del hombro y se esfumó entre la multitud.

Han soltó una risita ahogada y entró en la taberna más cercana.

Un instante después ya había olvidado su encuentro con la espectral, tal como había olvidado todos los encuentros con espectrales que lo habían precedido. Acordarse de ellos no servía de nada, y Han sabía que torturarse pensando en lo imposible era una forma muy estúpida de perder el tiempo.

La taberna estaba oscura, recalentada y llena de humo. Inciensos intoxicantes impregnaban la atmósfera y se mezclaban con el olor acre del vino. Han se sentó en la barra y se relajó un poco. Podía identificar los mundos natales de la mitad de clientes del local, y los de la otra mitad le eran totalmente desconocidos.

«La frontera —pensó—. Sí, Crseih es una auténtica frontera...» Sonrió para sí mismo, y volvió a reír.

Había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que cruzó una frontera.

—El mínimo son dos elementos.

Han se volvió hacia la barra. No había nadie. Alzó la mirada y la bajó. Seguía sin haber nadie.

Un delgado tentáculo tiró de su manga.

—El mínimo son dos elementos.

Han vio que se encontraba rodeado de tentáculos que se agitaban, permanecían inmóviles o se curvaban alrededor de jarras, copas de vino o botellas a lo largo de toda la barra. Se levantó para ver qué había detrás de la barra, pero el delgado tentáculo se estiró delante de su rostro y le obligó a retroceder.

—Si desea ingerir líquidos tonificantes, ha venido al lugar adecuado. —La voz hacía pensar en un montón de varillas de acero cayendo sobre un suelo metálico—. Si desea satisfacer su curiosidad, entonces me permito sugerirle que visite el museo de la cúpula contigua.

—Lo siento —dijo Han, sintiéndose un poco ofendido. —No me considero insultado. El mínimo son dos elementos. El tentáculo estaba preparado para servirle al instante en cuanto

Han solicitara su consumición.

Han volvió a dejarse caer sobre su taburete.

De acuerdo, pues póngame dos elementos —dijo—. ¿Qué tal polonio y plumbio?

—No sirvo ninguno de los dos aquí —dijo la voz.

Entonces me conformaré con dos jarras de la cerveza local —replicó Han.

—Magnífica elección para un individuo valeroso.

El tentáculo se esfumó detrás de la barra.

Han rebuscó en su memoria intentando encontrar una especie extremadamente tímida que tuviera muchos tentáculos, pero no consiguió acordarse de ninguna que encajara con el camarero. Se apoyó en la barra y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Cuando volviera a casa tendría tiempo más que suficiente para hacer investigaciones sobre aquella especie a la que no había llegado a ver, y tal vez incluso podría organizar una expedición para invitarla a unirse a la Nueva República.

Recorrió la taberna con la mirada. No era un local para familias, eso estaba claro. Había poca luz y las humaredas de vapores intoxicantes eran muy espesas. Los grupitos de clientes se inclinaban sobre robustas mesas o encima de algún que otro estanque de reunión. Han podía oír un rumor de voces absortas en muchas conversaciones, pero ninguna hablaba lo bastante alto para que pudiese oír lo que estaba diciendo.

Dos jarras de cerveza de gran tamaño fueron depositadas sobre la barra con un tintineo detrás de él, y el tentáculo que le había servido su consumición desapareció antes de que Han pudiera darse la vuelta. La cerveza reboseó de las dos jarras y se derramó sobre la madera llena de grietas y arañazos.

Han tomó un sorbo de cerveza, esperando encontrarse con un sabor aguado o con un disolvente capaz de cauterizarle la garganta. Pero la cerveza era suave y fuerte al mismo tiempo, y Han sintió cómo su sabor se extendía sobre su lengua. Tragó el sorbo de cerveza, y el líquido difundió un agradable calor por todo su estómago. Se acabó la primera jarra, y después

empezó a tomar sorbitos de la segunda mientras continuaba inspeccionando la taberna con la mirada.

Un sonido líquido atrajo su atención. El delgado tentáculo estaba dando golpecitos sobre la barra, al principio con suavidad y luego con más insistencia, y siguió haciéndolo hasta que una de las ventosas del tentáculo se adhirió a la barra y se soltó. El proceso fue repetido una y otra vez, acompañado por un *pop* viscoso en cada ocasión.

—¡Eh, cuidado! Va a acabar haciéndose un lío de tentáculos —dijo Han, y se rió.

La cerveza se había ido extendiendo por su organismo, llenándolo de un agradable zumbido. Descubrió que podía oír las conversaciones mucho mejor que antes, y pensó que casi podía distinguir las palabras. Han tomó otro sorbo.

—Ya ha demostrado su valor, noble humano —dijo la voz del encargado de la barra—. No tiente a su suerte dejando de cumplir con sus obligaciones.

—¿Mis qué? —preguntó Han.

--¡Sus obligaciones! Ocupa mi espacio, ingiere mis comestibles...

Han soltó una risita.

—No me estás hablando en tu lengua nativa, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —dijo el encargado del bar, y su tono indicaba que esta vez sí se sentía considerablemente ofendido. —En ese caso, creo que te entendería mejor si te dejaras de rodeos y hablaras con claridad.

—¡Paga!

—Clarísimo, desde luego... —dijo Han.

Sacó una moneda de su bolsillo y la arrojó sobre la barra. El tentáculo se enroscó sobre ella, colocó con gran delicadeza una ventosa sobre la superficie de la moneda y la levantó. El tentáculo se desvaneció detrás de la barra, y cuando volvió a aparecer la moneda ya se había esfumado.

—¿Qué hace la gente de aquí cuando quiere divertirse un rato?

—preguntó Han.

—Lo que estamos haciendo. —El tentáculo onduló velozmente, y la punta señaló cada mesa, estanque de reunión y esquina del local—. ¿Necesita entretenimiento adicional?

--Bueno, la verdad es que me gusta jugar un ratito de vez en cuando. Ya sabes, una...

—¿Bolo-pelota, tal vez? Existe un campeonato.

--Estaba pensando en algo más sedentario..., y un poquito más arriesgado.

El tentáculo se retorció hasta formar un nudo, y después se alzó sobre el hombro de Han y señaló con la punta. Han giró sobre sí

mismo e incrustó la nariz en el pecho de un gigante.

Han alzó la mirada. Una humana mejorada bajó la vista hacia él y sonrió de oreja a oreja.

¿Estoy ante un deportista amante del riesgo y las emociones fuertes? —le preguntó.

La estatura de la humana mejorada había sido incrementada mediante la manipulación genética y su fuerza había sido aumentada gracias a la cirugía, con el resultado final de que la mujer era una

cabeza más alta que Chewbacca.

—Bien, debo confesar que he hecho apuestas en algunas ocasiones —dijo Han.

—¿Y crees que esto podría interesarte?

La humana mejorada abrió la mano, y Han vio la baraja de cartas que había estado ocultando en su enorme palma. La parte de atrás estaba adornada con un complicado dibujo de nudos. La humana aumentada movió la mano, y la baraja giró velozmente entre sus dedos. La primera carta mostraba las efigies de la Fortuna y el Riesgo, y estaba iluminada con pintura oro y verde esmeralda. Han sonrió.

—Oh, me interesa —dijo—. La verdad es que me interesa muchísimo...

Capítulo 03.

Anakin se estaba retorciendo furiosamente en los brazos de Jaina e intentaba bajarse de ellos.

—¡Hombres malos, Jaya! —exclamó—. ¡Hombres malos! —Estate quieto, Anakin —dijo Jaina.

Abrazó a su hermano pequeño, pero únicamente consiguió que sus retorcimientos se volvieran todavía más frenéticos. El rostro de Anakin aún mostraba las señales del llanto. Había dejado de llorar, pero seguía estando tan enfadado y asustado que todo su cuerpo temblaba.

—¡Papá! —gritó—. ¡Papá! ¡Quiero a papá!

Un instante después el pequeño ya volvía a llorar.

Jaina también estaba asustada y confusa, pero intentaba disimularlo.

Se encontraban sobre un retazo de la suave hierba de Munto Codru que tenía la forma de un círculo perfecto. Jacen y el wyrwulf de negro pelaje del señor Chambelán estaban durmiendo sobre la hierba al lado de Jaina. Jaina quería despertar a Jacen, pero acababa de despertarse y sabía que el despertar dolía. Antes nunca había sentido dolor al despertarse, y en toda su vida no podía recordar ni una sola vez en que el despertar hubiera traído consigo dolor.

La extensión de hierba ya no formaba parte de la pradera, sino que se hallaba en una gigantesca habitación de metal. Estaba en el centro del suelo metálico, como si alguien la hubiera sacado de la pradera recortándola con un enorme cuchillo para pasteles. Muros de metal se alzaban hasta una gran altura rodeándola por todas partes, y Jaina no había podido ver ninguna puerta. Unas luces muy potentes incrustadas en el techo derramaban su áspera claridad sobre ella.

—No llores, Anakin —dijo—. Vamos, no llores... Yo cuidaré de ti. Tengo cinco años, así que cuidaré de ti porque tú sólo tienes tres. —¡Tengo tres años y medio! —chilló Anakin.

—De acuerdo, tres y medio... —dijo Jaina.

Anakin sorbió aire por la nariz y se frotó la cara, que estaba hinchada y pegajosa a causa del llanto.

—Quiero a papá —dijo.

Jaina también deseaba que su padre estuviera allí. Y su madre, e Invierno, y Chewie... Pero no lo dijo. Tenía que comportarse como una adulta, porque era la mayor. De hecho, ya faltaba muy poco para que le salieran los dientes de persona mayor. Su diente delantero de la derecha estaba muy flojo, y Jaina lo movió un poco empujándolo con la lengua mientras pensaba qué podía hacer.

Tenía dos años más que Anakin. Aunque... De acuerdo, sólo tenía un año y medio más que él. En cuanto a Jacen, sólo era cinco minutos mayor que él. Jaina y Jacen eran gemelos, aunque no eran idénticos. El cabello de Jaina era castaño claro y muy lacio, y el de Jacen era oscuro y rizado; pero esa diferencia de aspecto no tenía nada que ver con la edad, y no impedía que Jaina siguiera siendo la mayor de los dos.

—¡Bájame! —exigió Anakin—. ¡Bájame, Jaya!

—Te bajaré si me prometes que no saldrás de la hierba —dijo Jaina.

Anakin hizo un puchero y sacó el labio inferior. Lágrimas de frustración e ira brillaban en sus ojos oscuros. Cuando se le prohibía hacer algo, fuera lo que fuese, el pequeño Anakin siempre reaccionaba con tozuda obstinación.

—¿Lo prometes? —preguntó Jaina.

—No saldré de la hierba —acabó diciendo Anakin.

Jaina bajó a su hermano pequeño, y Anakin echó a correr sobre la hierba. Después se detuvo allí donde terminaba y miró a su alrededor. Jaina apartó la vista de él durante un segundo y se inclinó

sobre Jacen, deseando que despertara de una vez. El wyrwulf se agitó y dejó escapar un gemido ahogado.

Jaina miró a su alrededor buscando a Anakin. El pequeño estaba pasando el pie por encima del límite de la hierba. Jaina corrió hacia él, le cogió por los hombros e hizo que retrocediera.

—¡Te dije que no salieras de la hierba!

—Estoy en la hierba —insistió Anakin, y señaló el suelo con un dedo—. Sólo es un suelo, Jaya. No hay krakanas.

En el último sitio que habían visitado durante la gira diplomática de su madre no les habían

permitido nadar en el océano. Mon Calamari era un planeta básicamente acuático, y sus océanos estaban repletos de krakanas. Los krakanas eran capaces de comerse cualquier cosa, incluso niños... y, de hecho, especialmente niños.

Después de haber estado en Mon Calamari, cada vez que alguien le prohibía hacer algo a Anakin, el pequeño respondía diciendo ¡No hay krakanas!».

Jaina no quería asustarle, y en realidad aún no sabía si había algo a lo que debieran temer. Le habría gustado saber cómo habían llegado hasta allí. Tenía que haber ocurrido algo muy malo, pero tal vez el haberles llevado tan lejos era la única forma de rescatarlos que habían podido emplear.

Jaina deseó que mamá, papá, tío Luke, Invierno, Chewie y el señor Cetrespeó estuvieran allí, aunque pensándolo bien se habría conformado con cualquiera de ellos.

Jacen dejó escapar un gemido quejumbroso. Jaina agarró la mano de Anakin y tiró de él a través del pequeño retazo de hierba hasta que llegaron al sitio en el que yacía su hermano.

—Cógele la mano a Jaso —dijo Jaina.

Anakin rodeó la mano de Jacen con sus dos manecitas, y Jaina le cogió la otra mano.

—Jaso, Jaso... Despierta, Jaso --dijo Anakin—. ¡Vamos, dormilón!

Jacen abrió los ojos.

--¡Ay! —exclamó, igual que había hecho Jaina al despertar—.

¡Ay!

Jaina podía percibir lo que estaba sintiendo su hermano en aquellos momentos, y él también podía percibir sus sensaciones. Jaina sintió que le dolía la cabeza, y pensó que era como si alguien invisible le estuviera gritando al oído.

Se les llenaron los ojos de lágrimas, y el labio inferior de Jaina empezó a temblar. Jaina apretó los labios para contener el llanto, y notó que el diente delantero derecho se le volvía a mover.

Después Jaina hizo que el dolor y el grito se fueran muy lejos, y consiguió alejarlos de ella y de Jacen antes de que su hermano gemelo hubiera despertado del todo.

Se suponía que no debía utilizar sus capacidades Jedi a menos que el tío Luke estuviera con ellos, y se suponía que Jacen tampoco debía utilizar las suyas. En cuanto a Anakin, la prohibición era especialmente rigurosa en su caso. El tío Luke les estaba enseñando lo que podían hacer, y cómo hacerlo bien.

Pero había momentos —como aquél, por ejemplo— en los que resultaba terriblemente difícil no hacer algo.

Jacen se sentó y unos cuantos tallos de hierba se adhirieron a su camisa. Había unos cuantos más pegados a su rizada cabellera castaño oscuro. Jaina se pasó las manos por los cabellos, pero no encontró ningún tallo de hierba. Su cabellera castaño claro era muy lacia, por lo que casi nunca se le pegaba nada. Jacen se pasó los dedos por entre los mechones, y acabó dejándose la cabellera tan despeinada como de costumbre. Los tallos de hierba cayeron al suelo.

—¿Ya estás bien? —preguntó Jaina.

—Ya estoy bien —respondió Jacen, y miró a su alrededor—. ¿Dónde estamos?

—¿Recuerdas qué ocurrió?

—Estábamos jugando con Chewie...

—... y de repente dio un salto...

—... y luego se cayó...

—... y después se quedó dormido.

—Yo también me quedé dormido.

—¡El esqui! —exclamó Anakin—. ¡Jaso se ha olvidado del esqui!

—¿Qué esqui?

—¡Yo lo vi! —insistió Anakin.

—¡Oh, esto no es un esqui! —exclamó Jacen.

Tenía razón. La habitación en la que se encontraban era tan grande que habría podido contener sin ninguna dificultad a una nave de pequeñas dimensiones como un esqui.

—Puede que el esqui nos trajera aquí.

—¿Y dónde estamos? —preguntó Jacen.

Jaina se encogió de hombros. Podían estar dentro de una nave espacial, o en un edificio enorme.

Incluso podían estar en el subsuelo de Munto Codru. Jaina y Jacen habían hecho unas cuantas exploraciones debajo del castillo. Habían encontrado salas, cavernas y túneles; pero nunca habían encontrado ningún lugar cuyo aspecto fuese ni remotamente parecido al de la inmensa estancia en la que se hallaban.

—¿Estás bien, wyrwulf?

Jacen se inclinó sobre el wyrwulf del señor Chambelán y le acarició el pelaje. La capa de suaves pelos negros brillaba debajo de los pelos guardianes, que eran más gruesos y ásperos y de un negro más mate. El wyrwulf movió los párpados. Después dejó escapar un gimoteo, se irguió y empezó a jadear.

—Eres un guau muy bueno —dijo Anakin.

Jacen miró a su alrededor.

—Puede que Chewie esté por aquí —dijo—. Puede que también esté dormido.

Se levantó de un salto y salió del círculo de hierba.

No ocurrió nada.

—¿Ves, Jaya? —dijo Anakin, muy satisfecho de sí mismo—. ¡No hay krakanas!

El pequeño fue corriendo a reunirse con Jacen, y el wyrwulf echó a trotar detrás de ellos.

Jaina dio un paso para seguirles, pero se detuvo enseguida. Estaba segura de que no les ocurriría nada mientras estuvieran sobre la hierba, pero no quería dejar solos a sus hermanos. Después de todo, era la mayor.

Volvió corriendo al centro del retazo de hierba, se inclinó y empezó a apartar los tallos plumosos y suaves buscando su multiherramienta. Sabía que estaba allí. Jaina la había traído a la pradera para inspeccionar cosas con ella, y se había levantado de un salto cuando vio caer a Chewie. Después se había quedado dormida, así que tenía que haberla dejado caer.

¡Allí estaba!

Jaina la cogió, y se la metió en el bolsillo para mantenerla escondida mientras pensaba que su multiherramienta haría que no corriese ningún peligro. Después fue a reunirse con sus hermanos.

Sus pies resonaron sobre el suelo metálico. Jaina se detuvo junto a Jacen, y vio que estaba contemplando la pared. Anakin no se tomó la molestia de examinarla, y le dio una patada.

—¡Pared mala!

—Eh, no hagas eso —dijo Jacen—. Te harás daño.

Anakin le fulminó con la mirada y volvió a lanzar la puntera de su zapato contra la pared, aunque se aseguró de que la patada fuese tan floja que en realidad ni siquiera se la podía considerar como tal.

—Tiene que haber una puerta, o no habríamos podido entrar aquí —dijo Jacen, que siempre tendía a emplear la lógica.

—Puede que haya una trampilla —dijo Jaina—. Una puerta secreta, ya sabes... —Golpeó el metal con los nudillos, y el ruido le indicó que la pared era totalmente sólida. Jaina alzó la mirada—. Se sostiene por ahí —dijo.

Jacen también alzó la mirada hacia el techo. Unas delgadas vigas metálicas se curvaban sobre sus cabezas, y las luces colgaban de ellas.

Tenemos que buscar una puerta entre las vigas —dijo Jaina.

Fue andando por la habitación sin dejar de dar golpes en la pared y encontró algunos lugares que sonaban a hueco, pero no consiguió encontrar una puerta. Jaina metió la mano en el bolsillo, sacó su multiherramienta y desplegó el taladro.

—Se supone que no has de hacer eso —dijo Jacen.

—¡No lo hago! —replicó Jaina.

Pero ya había puesto en contacto el taladro con la pared. Se suponía que sólo debía utilizarlo cuando estuviera trabajando en el taller, y nunca sobre paredes, suelos o muebles. De todas maneras el taladro no podía perforar metal, y sólo resultaba efectivo con la madera.

Jaina decidió probar suerte de todas maneras, y se dedicó a empujar su diente suelto con la lengua mientras se concentraba. Pero el taladro no surtió ningún efecto, y enseguida volvió a esconderse dentro del mango.

Cuando tuviera siete años, Jaina podría utilizar una multiherramienta para metales..., siempre que fuera buena y se comportara de manera responsable, naturalmente.

Jaina deseó tener siete años, y pensó que aún faltaba una eternidad para que los tuviera.

Acabó decidiendo abrir la parte de la lente. La utilizó para inspeccionar la pared tan

atentamente como pudo, y le pareció distinguir una línea. ¿Sería una grieta?

Una puerta se abrió de repente ante ella.

Jaina retrocedió de un salto. Agarró la mano de Anakin y se apresuró a ponerse delante de él mientras volvía a esconder la multiherramienta dentro de su bolsillo.

Jacen y Jaina se pusieron el uno al lado del otro, y se prepararon para defender a su hermano pequeño.

El wyrwulf se agazapó y empezó a gruñir.

Anakin gimoteó e intentó abrirse paso entre Jacen y Jaina para poder ver lo que estaba ocurriendo.

Un hombre alto y muy apuesto cruzó el umbral. Su cabellera alternaba las franjas doradas con las de color cobre y canela, su piel era muy pálida, y sus ojos enormes y muy negros. Su rostro era muy delgado, y tenía las facciones tan marcadas que sólo parecían contener ángulos. Llevaba una larga túnica blanca.

El hombre bajó la mirada hacia Jaina y sonrió.

—Pobres niños... —dijo.

Después se arrodilló delante de ellos.

—¡Mis pobres niños! Oh, cómo lo lamento... Venid conmigo, y yo cuidaré de vosotros a partir de ahora.

—¡Quiero a mi papá! —gritó Anakin—. ¡Mamá!

—Lo siento mucho, señor —dijo Jaina empleando sus mejores modales de la corte—. No podemos ir con usted.

—No nos está permitido —le explicó Jacen—. No le conocemos.

—Ah, niños... ¿Es que no os acordáis de mí? No, claro, cómo ibais a acordaros... Acababais de nacer. ¡Soy Hethrir, vuestro padre-custodio!

Jaina le miró fijamente, no muy segura de qué debían hacer. Nunca había oído hablar de un padre-custodio llamado Hethrir, pero ella y Jacen tenían montones de madres y padres custodios, al igual que el pequeño Anakin.

—¿Caramelos? —preguntó Anakin con voz esperanzada. El apuesto desconocido sonrió.

—Por supuesto..., en cuanto os hayáis aseado un poco.

Sus padres-custodios siempre les traían juguetes, y golosinas de las que nunca se les permitía disfrutar salvo con ocasión de aquellas visitas.

—¿Conoces la contraseña? —preguntó Jaina.

Su madre le había dicho que nunca debía ir con nadie que no conociese la contraseña.

El padre-custodio Hethrir se sentó en el suelo delante de ellos.

El wyrwulf se dejó caer sobre el metal, apoyó la cabeza en sus colmillos y clavó la mirada en el padre-custodio Hethrir.

—Ha ocurrido algo terrible, niños —dijo Hethrir—. He venido a visitarlos, a ver a mi queridísima amiga Leia y a mi viejo camarada Han... También quería conocer a vuestro tío Luke, ¿sabéis? ¡Pero cuando llegué vi algo horrible! ¡Vi un terremoto! —Miró a Jaina e inclinó la cabeza a un lado—. ¿Sabes qué es un terremoto?

Jaina asintió con creciente preocupación.

—Lo siento mucho, niños. El castillo... ¡Era tan viejo! Se derrumbó, y...

Hethrir se interrumpió y respiró hondo. El labio inferior de Jaina estaba temblando de nuevo, y sintió que se le nublaba la vista. Jaina parpadeó. No quería escuchar lo que el padre-custodio Hethrir tuviera que decirles.

--Vuestra mamá estaba en el castillo. Y vuestro papá, y vuestro tío Luke... Vosotros estabais en la pradera. ¿Os acordáis? El suelo se abrió de repente y se tragó a mi gran amigo Chewbacca, y estuvisteis a punto de caer por aquella horrible grieta, pero yo acababa de llegar y fui a toda velocidad hacia vosotros, y conseguí salvaros. Pero no pude salvar a mi querido amigo Chewbacca, y... —Bajó la mirada y se limpió una lágrima de la mejilla, y después volvió a alzar la vista hacia ellos—. Lo lamento muchísimo, niños. Siento mucho que no pudiéramos rescatar a vuestra mamá, vuestro papá o vuestro tío.

Anakin empezó a gimotear.

¡Papá! ¡Mamá! ¡Tío Luke!

Jaina le cogió la mano y atrajo al pequeño Anakin hacia ella. —No llores —murmuró. Anakin dejó de gimotear, pero siguió sollozando y sorbiendo aire por la nariz.

—Pero papá y el tío Luke...

La voz de Jacen temblaba un poco, pero también estaba impregnada de suspicacia.

Jaina le dio un suave empujón con los pensamientos, y Jacen se calló de repente.

—No hablemos de eso ahora —dijo el padre-custodio Hethrir, y sonrió.

Se había dado cuenta de lo que acababa de hacer Jaina, y eso le había irritado a pesar de que siguiera sonriendo. Jaina se asustó tanto que buscó refugio en el centro de su ser, y fingió que nunca había establecido contacto mental con Jacen.

—Si hubiera llegado a posarme, si el terremoto no se hubiera producido... Bueno, entonces vuestros padres me habrían traído ante vosotros para presentarme y me habrían explicado cuál era

vuestra contraseña. ¡Habríamos disfrutado de una gran fiesta, y habríamos llegado a ser muy amigos!

Hethrir extendió las manos hacia Jacen y Jaina.

—Vuestra queridísima familia ha desaparecido, niños míos —dijo—. La República me ha pedido que me ocupe de vosotros, que os proteja y que os enseñe todo lo que debéis saber. Siento mucho que..., que vuestro papá y vuestra mamá hayan muerto.

Jaina se pegó a sus hermanos. ¿Cómo podía haber llegado a ocurrir algo semejante? Pero después de todo, ¿qué razón podía haber para decir una mentira tan terrible?

—Se... Se supone que debemos ir con Invierno —dijo Jaina, y no consiguió impedir que le temblara la voz—. Si ocurre algo... —¿Invierno? ¿Quién es Invierno?

—Es nuestra aya —dijo Jaina.

—Está de viaje —dijo Jacen.

—¿Vas a cuidar de nosotros hasta que vuelva?

—¿Podemos llamarla para decirle que regrese? —preguntó Jacen con repentina esperanza.

—Volverá enseguida —dijo Jaina.

—Sus servicios ya no son necesarios —dijo el padre-custodio Hethrir—. ¡Niños, niños! Sois muy importantes... ¡Vuestras capacidades son preciosas! No podéis ser criados, no podéis ser educados por... por una sirvienta.

—¡No es una sirvienta! ¡Es nuestra amiga!

—Tiene que vivir su propia vida, y no puede educaros adecuadamente sin tener a nadie que pague vuestros gastos.

Jaina sintió un deseo casi incontenible de gritar que el padre custodio Hethrir era un mentiroso y salir corriendo, pero no había ningún sitio al que pudiera huir. Y quizá su padre y el tío Luke habían llegado mientras ella y sus hermanos estaban jugando en la pradera, y quizá era verdad que se había producido un terremoto antes de que su padre pudiera venir a verles, y quizá el padre-custodio Hethrir realmente les había rescatado después de todo.

Y tal vez Invierno no volvería..., nunca.

Aunque también cabía la posibilidad de que el padre-custodio Hethrir no supiera que su padre, el tío Luke y el señor Cetrespeó habían partido en una misión secreta. Se suponía que nadie estaba enterado de ello salvo Chewbacca y su madre, ¡pero Jaina lo sabía! Y se lo había contado a Jacen, naturalmente, porque Jacen era su hermano gemelo. Tal vez nadie había podido decírselo al padre-custodio Hethrir porque entonces su padre y el tío Luke hubieran corrido peligro, y eso significaba que su padre y el tío Luke podían estar perfectamente. Pero Jaina no podía decirlo, porque entonces sería ella quien estaría haciendo que su padre y el tío Luke corriesen un grave peligro.

Anakin se había acurrucado junto a ella y seguía lloriqueando. Estaba intentando contener el llanto, pero sus lágrimas ya habían dejado una mancha en la camisa de Jaina. El wyrwulf del señor Chambelán también se había ido acercando a Jaina, y estaba pegado a su costado como si se sintiera muy solo y triste.

«Y también puede ser que el padre-custodio Hethrir no sea quien dice ser —pensó Jaina de repente—. Puede que se lo haya inventado todo, lo del terremoto y lo demás... Quizá nos ha secuestrado.»

«Puede que mamá, papá, el tío Luke y Chewbacca estén bien.»

Jaina alzó la mirada hacia el padre-custodio Hethrir. Sus enormes ojos oscuros relucían con el brillo de las lágrimas. Hethrir le devolvió la mirada, y siguió inmóvil con las manos extendidas hacia ella.

Un segundo juego de párpados se movió de repente en cada ojo del padre-custodio Hethrir. Jaina pudo ver a través de ellos, porque parecía como si fuesen de humo. Los párpados eliminaron las lágrimas, y después volvieron a desaparecer.

Y Jaina se echó a llorar de repente, sin quererlo y casi sin darse cuenta.

«No llores —se riñó furiosamente—. Vamos, no llores... ¡Si no lloras, eso querrá decir que mamá está viva!»

Jaina hizo un terrible esfuerzo de voluntad y logró dejar de llorar.

—Tienes que decir que creemos en lo que nos ha dicho, Jacen —murmuró Jaina—. Eres el mayor, y por eso tienes que decirlo.

—Soy el mayor —dijo Jacen—. Soy el hermano mayor, padre-custodio Hethrir.

—Lo recuerdo —dijo el padre-custodio Hethrir—. Sí, recuerdo muy bien vuestro nacimiento, y lo felices que estaban vuestro padre y vuestra madre... «Este es Jacen, nuestro primogénito —me dijeron—, y ésta es Jaina, nuestra hermosa hija.»

«¡Es un mentiroso! —pensó Jaina—. ¡Es un mentiroso!» —Te creemos, padre-custodio Hethrir —dijo Jacen.

Durante un momento Jaina pensó que Jacen quizá hablaba en serio, pero enseguida se dio cuenta de que eso era imposible. No se atrevía a establecer contacto mental con su hermano gemelo para confirmarlo y quedarse totalmente tranquila, porque el padre-custodio Hethrir se daría cuenta si lo hacía.

Las lágrimas volvieron a fluir de sus ojos.

«Ahora ya puedo llorar --pensó—. Da, igual que llore, porque estoy fingiendo y porque he de fingir, ¡y mamá, papá, el tío Luke y Chewbacca están vivos!»

Jacen, Jaina y Anakin se abrazaron y se echaron a llorar. —¡Papá, papá! —gimoteaba Anakin.

El padre-custodio Hethrir cogió a Jaina de la mano. Luego hizo lo mismo con Jacen y se las apretó con suave delicadeza. Su piel estaba muy fría. Después tiró de la mano de Jaina, y la niña no tuvo más remedio que acercarse a él. Jaina quería estar lo más lejos posible de Hethrir, pero no podía resistirse.

«¡No creo que sea mi padre-custodio! pensó Jaina—. Nunca se lo volveré a llamar.»

Hethrir rodeó a Jaina y a sus hermanos con los brazos. Jaina se estremeció.

—Pobres niños —dijo—. Pobres niñitos... Oh, siento muchísimo que vuestros padres hayan muerto.

El llanto de Anakin se hizo todavía más estrepitoso.

Jaina y Jacen intentaron consolarle. Anakin sorbió aire por la nariz y empezó a hipar, y acabó quedándose dormido con la mejilla apoyada en el hombro de Jaina mientras los hipos hacían temblar todo su cuerpecito.

—Vamos, vamos... Oh, mis pobres niños —dijo Hethrir—. Habéis tenido un día tan terrible... Venid conmigo, que ya va siendo hora de que os acostéis.

Jaina se puso en pie y cogió a Anakin en brazos. Su hermano pequeño pesaba mucho.

Siempre cenamos antes de irnos a la cama dijo.

Hethrir se puso en pie. Era muy alto. Después bajó la mirada hacia Jaina y le sonrió.

—Pero ahora viviréis conmigo —dijo--, y en mi casa ya es hora de irse a la cama.

Hethrir movió las manos empujándoles hacia el umbral. Jaina vio otra silueta inmóvil en la oscuridad, y se asustó tanto que se detuvo.

Ven, Tigris dijo Hethrir—. No te quedes escondido entre las sombras.

Tigris dio un paso hacia adelante. Su aspecto no tenía nada de aterrador y ni siquiera era un adulto, pues sólo debía de tener doce o trece años. Llevaba una túnica marrón, y Jaina pensó que la túnica era horrible. Necesitaba urgentemente un buen lavado, y el dobladillo se había descosido en algunos lugares.

La cabellera de Tigris mostraba unas franjas muy parecidas a las de Hethrir, pero en su caso los colores eran el plata y el negro. También necesitaba un lavado urgente, y que la peinaran.

La madre de Jaina nunca hubiese permitido que ella fuera por el mundo con aquellos pelos. Tigris tenía la piel pálida y los ojos negros y muy grandes, como los de Hethrir.

—No dejes que nuestra nueva hermana tenga que cargar con el niño —dijo Hethrir—. Vamos, Tigris, un poco de educación...

«¿Son hermanos? —se preguntó Jaina—. ¿Cómo es posible? Hethrir es tan viejo... Y además Hethrir no se comporta como si fuese el hermano de Tigris. Yo nunca le hablaría en ese tono tan seco a Anakin.»

Tigris intentó coger a Anakin, y Jaina retrocedió. Jaina saltó hacia adelante y se puso delante de ella para proteger a su hermano pequeño, y los dos juntos crearon la barrera que el tío Luke les había enseñado a levantar. Nadie sería capaz de atravesarla. ¡No permitirían que Tigris cogiese a Anakin!

La barrera empezó a brillar con un resplandor iridiscente alrededor de Jaina.

Y un instante después se desmoronó, esfumándose tan deprisa como un castillo de arena barrido por la marea.

Oh, vamos, vamos... —dijo Hethrir—. ¡Nada de tonterías! ¿Es que vuestro tío no os ha dicho nunca que no debéis comportaros de esa manera? Estáis siendo muy, muy malos y traviesos.

Hethrir volvió a arrodillarse delante de ellos.

—Yo os enseñaré cómo debéis usar vuestras capacidades —siguió diciendo—. Os daré clases, igual que hacía vuestro tío Luke... Pero hasta que seáis mayores, sólo podréis usarlas bajo mi supervisión.

Jaina abrazó a Anakin con más fuerza.

—¿Lo habéis entendido?

Jaina sabía lo que iba a ocurrir, y también sabía que no podía hacer nada para impedir que ocurriese.

—¿Lo habéis entendido? —insistió Hethrir.

Jacen había retrocedido hasta pegarse a Anakin, con lo que su hermano pequeño quedaba protegido entre sus cuerpos. El wyrwulf gruñó.

Y de repente el cuerpo del wyrwulf se deslizó a gran velocidad sobre el suelo metálico, y acabó chocando con la pared. El wyrwulf dejó escapar un gáñido y se quedó totalmente inmóvil.

—¡Oh, pobre guau! —chilló Anakin.

Hethrir agarró a Jacen por los hombros y tiró de él hacia adelante, apartándole de Anakin. Después apartó a Jacen a un lado, y ni siquiera se molestó en utilizar los poderes de la Fuerza que acababa de revelar. No necesitaba hacerlo, ya que era un adulto. Jacen se retorció intentando escapar, pero Hethrir siguió sujetándole sin ninguna dificultad.

—¿Lo habéis entendido?

Tigris cogió a Anakin. Sus ojos estaban llenos de tristeza y de una vaga esperanza. Jaina no pudo hacer nada para detenerle. No podía moverse, y tampoco podía establecer contacto mental con su hermano. No sabía qué estaba pensando Jacen. Jacen volvió la cabeza hacia ella, y Jaina vio que su hermano gemelo estaba muy asustado. Jaina sólo estaba segura de una cosa, y era que Jacen tampoco sabía lo que estaba pasando por su cabeza en aquellos momentos.

—¡Jacen! —gritó—. ¡Anakin!

¡Podía hablar! Pero Jaina decidió que no le diría nada a Hethrir.

—Sí, veo que ya lo entiendes —dijo Hethrir.

Hethrir la cogió de la mano e hizo lo mismo con Jacen, y empezó a tirar de ellos obligándoles a seguirle.

—¿Y el wyrwulf del señor Chambelán? —gritó Jacen—. Ya sois demasiado mayores para tener una mascota —respondió Hethrir.

La puerta se cerró, y el wyrwulf aulló detrás de ellos.

Hethrir era tan alto y caminaba tan deprisa que Jaina tuvo que echar a correr para no quedarse rezagada. Tigris avanzaba en silencio a su espalda.

Jaina apenas podía ver nada. Tropezó, y Hethrir la incorporó de un tirón y siguió caminando.

—¡Para! --gritó Jaina con toda la potencia de sus pulmones—. ¡Oh, para! ¡No! ¡Socorro!

—¡Socorro! —gritó Jacen—. ¡Socorro! ¡Suéltanos!

—¡Jaya, Jasa! —chilló Anakin.

Jaina tiró desesperadamente de la mano de Hethrir e intentó mirar por encima del hombro. Anakin se estaba retorciendo frenéticamente en un intento de escapar de los brazos de Tigris, y Tigris reaccionó apretándole con más fuerza hasta que la presión llegó a ser lo suficientemente grande como para hacer daño. Los ojos oscuros de Anakin relucían con el brillo de las lágrimas.

—¡Deja en paz a mi hermano! —gritó Jacen, y también empezó a debatirse intentando escapar a la presa de Hethrir.

Y entonces Anakin empujó a Tigris.

Tigris lanzó un grito de dolor, y faltó muy poco para que dejase caer al pequeño. El muchacho logró seguir sujetándole hasta que los pies de Anakin entraron en contacto con el suelo, y después Tigris le soltó. Tigris juntó las manos y se las frotó desesperadamente, y luego las sacudió y las pasó por su mugrienta túnica como si quisiera limpiárselas.

Hethrir se detuvo y soltó la mano de Jaina y la de Jacen.

Jaina corrió hacia Anakin y abrazó a su hermano pequeño. Anakin enterró el rostro en su hombro. Jacen se arrodilló sobre el suelo junto a ellos y los rodeó con los brazos. Jaina conocía muy bien la expresión hosca y decidida que acababa de aparecer en su rostro.

Hethrir se alzó sobre ellos. Parecía muy enfadado, y clavó la mirada en Anakin.

Después sonrió.

Se puso en cuclillas junto a ellos, y contempló a Anakin con gran atención.

—Tal como esperaba —murmuró—. Tal como esperaba, del linaje de los Skywalker...

Extendió una mano y acarició los cabellos de Anakin. Los enredos se alisaron y desaparecieron bajo el delicado contacto de los dedos de Hethrir..., y de repente Hethrir agarró un mechón de cabellos de Anakin y tiró con fuerza de él.

Anakin lanzó un grito de dolor, sorpresa e ira. Jaina estaba tan enfurecida que mordió a Hethrir a través de la túnica. Jacen empezó a golpearle en el brazo con los dos puños.

Hethrir ni siquiera pestañeó a pesar de que Jaina le había clavado los dientes con todas sus fuerzas.

Las capacidades de Anakin hicieron erupción de repente a su alrededor. La oscuridad del pasillo se disipó de repente, y chorros de luz surgieron por entre los dedos de Hethrir. Jaina dejó escapar un jadeo ahogado. La mano de Hethrir parecía la mano de un esqueleto.

La luz creada por Anakin se fue disipando poco a poco.

Jaina sintió como si una manta mojada y fría hubiera caído sobre ella y estuviera envolviéndola por todas partes.

Tigris apartó a Jacen y Jaina de Hethrir. El diente flojo de Jaina se desprendió de repente y quedó enganchado en la manga de Hethrir. Jaina quedó tan sorprendida que dejó de morderle. Anakin estaba mirando fijamente a Hethrir y tenía los ojos muy abiertos.

—¡Silencio! —ordenó Hethrir en voz baja y suave antes de que Anakin pudiese emitir ni un solo sonido.

Su voz llenó de miedo los corazones de los tres niños. Jacen agarró a Jaina de la mano, y Jaina apenas pudo sentir el roce de sus dedos.

Anakin alzó la mirada hacia Hethrir. El pequeño estaba terriblemente asustado, y empezó a temblar. Jaina intentó ir hacia él. Era la mayor, y eso significaba que tenía unas responsabilidades; pero Tigris la agarró por el hombro y la detuvo.

—Haz lo que se te ordena —dijo—, y así nadie te hará daño ni hará daño a tus hermanos.

Nadie la había tratado así con anterioridad, y Jaina no podía entender por qué la estaban tratando de aquella manera desde que había despertado.

El tío Luke podía afectar a sus capacidades, y también podía afectar a las de Jacen e incluso a las de Anakin..., lo cual era una suerte, desde luego. Anakin era demasiado pequeño para poder entender lo que hacía, pero el tío Luke nunca había apagado la luz de Anakin. El tío Luke nunca había asfixiado a Jaina y Jacen con una manta horriblemente fría y húmeda que Jaina ni siquiera podía ver o tocar, y menos aún agarrar para quitársela de encima y tirarla al suelo. El tío Luke la ayudaba a guiar sus capacidades para que pudiera usarlas de la manera adecuada y fuera aprendiendo a conocerlas mejor. A veces incluso añadía su poder al de Jaina para mostrarle cómo podía llevar a cabo lo que estaba intentando hacer.

¡Pero nunca así!

—Llévalas a sus habitaciones --dijo Hethrir volviéndose hacia Tigris—, y vuelve conmigo en cuanto lo hayas hecho.

—Obedeceré, Hethrir —dijo Tigris.

Su voz estaba llena de admiración.

—Quiero mi diente —dijo Jaina.

Hethrir se sacudió la manga y el diente de Jaina cayó al suelo. Tigris no permitió que fuera a recogerlo.

Hethrir cogió en brazos a Anakin. El hermano pequeño de Jaina no se resistió. Anakin no podía resistirse.

—Deja que se quede con nosotros, por favor —le imploró Jaina—. Sólo tiene tres años...

Jaina se calló durante un momento esperando oír cómo Anakin protestaba diciendo que tenía tres años y medio, pero el pequeño no dijo nada.

—Si dejas que se quede con nosotros nos portaremos bien —dijo Jaina, impulsada por la desesperación.

Hethrir bajó la mirada hacia ella. Jaina ya sabía que la bondad que brillaba en sus ojos no era más que una mentira, como todo lo que les había dicho.

—Si sois buenos, quizá permita que veáis a vuestro hermano —dijo—. Dentro de unos días..., o de una semana.

Hethrir giró sobre sí mismo haciendo que su larga túnica blanca se arremolinase alrededor de sus talones, y desapareció en la oscuridad llevándose consigo a Anakin. Lo último que Jaina vio de su hermano pequeño fueron sus ojos, muy abiertos y desorbitados por el miedo.

Tigris empujó a Jaina y Jacen a lo largo del pasillo hasta que llegaron a una curva. El poder de Hethrir seguía rodeando a Jaina, y hacía que tuviera la sensación de estar envuelta en una manta fría y húmeda.

—Me estoy helando —murmuró.

—Tonterías —replicó Tigris—. No hace ni pizca de frío.

Jaina se sintió insultada y avergonzada al mismo tiempo, y notó que la invadía una mezcla de miedo e ira. Nadie la había tratado jamás así, ni siquiera cuando era pequeña. Siempre había intentado utilizar sus capacidades de la manera correcta, y siempre había tratado de comportarse responsablemente. Apenas hubo comprendido el significado de aquella palabra, Jaina ya supo que iba a jugar un papel muy importante en su vida.

Deseó que su madre estuviera allí para poder hablar con ella. Nunca, nunca, nunca se le permitía utilizar sus capacidades para hacer daño a alguien. Pero Jaina se preguntó qué ocurriría sino le quedaba más remedio, si tenía que impedir que alguien le hiciera daño o se lo hiciera a Jacen, si tenía que llegar a defender a su hermano pequeño... Jaina era tan responsable de Anakin como lo era de utilizar correctamente sus capacidades.

Se suponía que debía utilizar la barrera para defenderse, pero ya sabía que no daría ningún resultado.

«Hethrir puede disipar la barrera —pensó Jaina—. Si realmente fuese nuestro padre-custodio, nunca haría eso... No creo que conozca a papá, y no creo que sea amigo de mamá. —Jaina siguió pensando y cuando llegó, el nuevo pensamiento fue como un sol que iluminó la oscuridad de aquel pasillo—. ¡Y tampoco creo que mamá, papá y el tío Luke hayan muerto!»

Y Jaina se sintió convencida por primera vez de que no habían muerto.

Intentó atraer la mirada de Jacen para averiguar si sabía que sus padres estaban vivos.

Jaina volvió la cabeza hacia su hermano gemelo. Tigris puso la mano en su sien —su mano estaba caliente y el contacto no fue brusco ni brutal, pero el propósito del gesto no podía estar más claro—, y la obligó a mirar nuevamente hacia adelante.

—Aquí siempre caminamos erguidos y sintiéndonos orgullosos de hacerlo —dijo Tigris—. Mantenemos la vista clavada en lo que tenemos delante, para así poder ver aquello a lo que debemos enfrentarnos.

—Eso es una tontería —dijo Jaina—. ¡Entonces se te pasan por alto muchas cosas!

—Y nunca contradecimos a nuestros mayores —dijo Tigris.

—¿Qué significa «contradecir»? —preguntó Jacen.

—Ser impertinente —respondió Tigris.

—¿Y qué es ser impertinente? preguntó Jaina.

No conocía el significado de ninguna de aquellas palabras, por lo que si Tigris estaba intentando decirle que significaban lo mismo Jaina seguía sin entender a qué se refería. Tigris había empezado a comportarse como si estuviera enfadado, ya que no dijo nada más y les apremió a avanzar más deprisa.

Jaina se preguntó si no habría alguna forma de abrirse paso a través del peso húmedo de aquella manta que la envolvía. La manta la seguía allí donde fuese, y siempre estaba a su alrededor. Era invisible, y cuando se tocaba el brazo Jaina no podía sentir que hubiera nada rodeándolo.

Pero la sensación de que Hethrir mantenía su fría y pesada mano encima de su hombro la acompañaba en todo momento. Jaina no paraba de retorcerse intentando librarse de ella, como hacía Anakin cuando se removía en sus brazos si lo llevaba auestas. Intentar liberarse de aquel peso estaba empezando a dejarla exhausta.

El pasillo terminaba en una gran habitación de piedra que tenía forma de cuadrado. La habitación estaba sumida en la penumbra, pero por lo menos no estaba tan oscura como el pasillo y había una débil claridad grisácea que surgía del techo. El techo era muy bajo comparado con los techos a los que estaba acostumbrada Jaina, tan-I o que Tigris hubiese podido tocarlo extendiendo el brazo y poniéndose de puntillas. Hethrir apenas habría tenido que estirarse para poder hacerlo.

La habitación de piedra no tenía paredes, sólo puertas de madera. Cada puerta rozaba las dos puertas que la flanqueaban, y todas las puertas estaban cerradas. No había ventanas. Jaina se preguntó si habría alguna forma de salir de allí volviendo por donde habían venido.

«O quizá tendré que probar suerte con todas las puertas —pensó—. Debe de haber por lo menos cien... ¡Puede que haya siete mil! Una de ellas tiene que llevar fuera de aquí... Pero si esto es una nave espacial —comprendió un instante después, y cayó en la cuenta de que hasta aquel momento no tenía ninguna pista sobre si lo era o no—, entonces salir de aquí no nos va a servir de nada.»

Jaina estaba agotada. Intentó fingir que no quería echarse una siesta —las siestas eran para los niños pequeños, como Anakin—, pero los párpados le pesaban mucho y amenazaban con cerrarse en cualquier momento.

Tigris empujó a Jacen y Jaina hasta el interior de la gran habitación de piedra. Había ecos por todas partes. Tigris se detuvo y se quedó inmóvil entre los gemelos. Jaina tenía tanto sueño que se apoyó en él, y le faltó muy poco para quedarse dormida de pie.

La mano de Tigris reposaba sobre su hombro. Era la única fuente de calor que existía en todo el universo. Durante un segundo —sólo durante un segundo—, su roce casi le pareció un apretón lleno de cariño y bondad. Jaina pensó que Tigris quizá la levantaría en sus brazos y la llevaría hasta un sitio donde pudiera echar una siesta, y que luego la arroparía como hacía Invierno; y se dijo que entonces todo iría bien y que ya no tendría que preocuparse por nada.

Pero enseguida se acordó de dónde estaba y de lo que había ocurrido, y tal vez Tigris también lo recordó, porque la sacudió bruscamente e hizo que se despabilara.

—¡Basta! —exclamó después—. Nada de tonterías... Aquí no dormimos a menos que estemos acostados en la cama. ¡No podemos perder el tiempo siendo perezosos y quedándonos dormidos a cada momento!

—¡No estaba dormida! —replicó Jaina, lo cual era más o menos verdad.

—Yo tampoco —dijo Jacen.

Parecía tener tanto sueño como Jaina. Jacen también debía de estar envuelto en una de las asfixiantes mantas de Hethrir.

«Pero cuando estemos en la cama todo irá bien —pensó Jaina—. Se estará caliente y cómodo, y podré sacar la mano de debajo de las sábanas y Jacen podrá sacar la mano de debajo de las suyas, y después nos cogeremos de la mano. Y aunque no podamos hablar con los pensamientos, siempre podremos hablar bajito...»

Jaina sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y se le nubló la vista. Hasta aquel entonces nunca había tenido que recurrir a esos disimulos sólo para poder estrechar la mano de su hermano gemelo. ¡De hecho, nunca había tenido que pensar en disimular o esconderse! Además, Jaina no conseguía recordar un solo momento en el que no hubiera sido capaz de enviar sus pensamientos a Jacen. Estaba tan cansada, hambrienta y agotada y tenía tanto frío que estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo. Lo único que se lo impidió fue saber que muy pronto podría hablar con Jacen y que entonces los dos podrían decidir qué debían hacer.

El empujón de Tigris hizo que siguieran avanzando. Llegaron a una de las puertas, y Tigris la abrió. Jaina pensó que habría otro pasillo muy largo detrás de ella, y no estuvo muy segura de si sería

capaz de volver a recorrer una distancia tan grande con lo cansada que estaba.

Pero al otro lado de la puerta no había prácticamente nada salvo una habitación diminuta cuya anchura era la misma de la puerta y que tendría dos veces esa distancia de fondo.

Jaina se detuvo, sintiéndose muy confusa. Quizá había otra puerta al final de la minúscula habitación, pero no podía ver ningún pomo o control automático, y no logró encontrar ni una sola señal que le indicara dónde podía encontrarse el borde de la puerta. La puerta abierta era de madera muy gruesa y estaba llena de señales y

arañazos, y el interior de la habitación era de aquella misma roca tan fea que desprendía una débil claridad grisácea.

Tigris soltó la mano de Jacen y le empujó, haciendo que diera unos cuantos pasos hacia el interior de la habitación.

Y la puerta se cerró con un golpe seco detrás de él. —¡Jacen! ¡Jacen! —gritó Jaina.

Logró soltarse de la presa de Tigris. Corrió hacia la puerta y manoteó frenéticamente buscando un pomo para abrirla, pero Tigris la

apartó. Jacen llamó a gritos a su hermana desde el otro lado de la puerta, y Jaina apenas pudo oírle.

—Venga, venga... —dijo Tigris—. No seas niña. Aquí no gritamos ni lloramos. Somos valientes.

Jaina se volvió hacia él, hecha una furia.

—¡Yo soy muy valiente! —exclamó.

Intentó pegarle, pero Tigris le agarró las dos manos y la inmovilizó, y Jaina no pudo hacer absolutamente nada.

—¡Soy valiente, y quiero estar con mi hermano!

—Es hora de dormir —dijo Tigris—. Mañana harás menos tonterías y te portarás mucho mejor. Ven conmigo.

«Quizá todavía pueda hablar con Jacen a través de la pared —pensó Jaina, sintiéndose cada vez más desesperada—. Si tenemos un poco de suerte, a lo mejor...»

Se volvió hacia la puerta contigua a la de Jacen y le lanzó una mirada llena de esperanza.

Pero Tigris la apartó implacablemente de la puerta de Jacen y tiró de ella hasta que llegaron al otro extremo de la enorme estancia cuadrada. Después abrió la puerta de una habitación tan minúscula como la de Jacen, pero que no podía estar más lejos de la de su hermano.

Tigris le soltó la mano, y Jaina alzó la mirada hacia él.

—Demuéstrame que eres valiente —dijo Tigris.

Después volvió la vista hacia la habitación, y Jaina comprendió que Tigris quería que entrara en ella sin necesidad de que se lo ordenara.

Jaina alzó la cabeza hacia él, y clavó la mirada en sus grandes ojos negros.

—Quiero volver a casa —dijo.

—Ya lo sé —replicó Tigris en voz baja y suave. Titubeó durante un momento, y después movió la mano en un gesto que abarcó toda la minúscula habitación—. Pero... Pero no puedes volver.

Jaina entró en la habitación. No tenía otra elección, y Tigris cerró la puerta detrás de ella.

El fantasmagórico resplandor gris que brotaba de la piedra se fue desvaneciendo poco a poco para ser sustituido por la oscuridad. Jaina buscó algún orificio e intentó encontrar otra salida o una forma de desmontar la cerradura o las bisagras de aquella enorme y sólida puerta de madera. No consiguió encontrar nada, aparte de unas cuantas grietas diminutas que habían astillado la

madera de forma casi imperceptible allí donde alguien la había pateado.

Jaina recorrió el perímetro de la diminuta habitación y fue tocando las paredes mientras lo hacía. No encontró nada. Después las golpeó con los nudillos, pero el sonido que produjo al hacerlo era muy hueco y no obtuvo ninguna contestación.

Llegó al fondo de la habitación, y sintió que los pies se le hundían de repente. Jaina cayó de rodillas y acabó tendida en el suelo, que era blando y un poco viscoso. El resplandor fantasmal ya casi había desaparecido del todo. Jaina podía ver sus dedos, pero el suelo era una masa de oscuridad. Descubrió que podía hacerlo retroceder si lo empujaba con las manos. La zona blanda tenía el tamaño justo para que pudiese hacerse un ovillo en ella, y se acostó para averiguar qué tal estaba en esa postura. Tenía frío, pero eso era debido a la manta invisible de Hethrir. Jaina quería estar en su cama. Quería su colcha de siempre y a Eba, el muñeco wookiee suave y peludo que Chewbacca le había traído junto con Aba, un muñeco gemelo para Jacen, cuando volvió de su último viaje a su mundo natal.

La luz acabó de esfumarse. La habitación quedó totalmente a oscuras, y Jaina se estremeció.

«Voy a fingir que hemos ido al campo —pensó Jaina—. Sí, estamos de acampada, pero hemos perdido todo el equipo. O quizá se ha caído al agua, da igual... Sí, todo se ha mojado y tendremos que arreglarlo.»

Pensó en un colchón de acampada muy mullido debajo de ella. El colchón acababa de secarse, y resultaba muy cómodo y caliente. Después se imaginó que se tapaba con su manta de acampada, que era muy lista y siempre sabía cuándo Jaina tenía frío y cuándo tenía que empezar a darle calor. También sabía enroscarse a su alrededor para protegerla del viento. A veces le gustaba mojarse, porque a su manta le encantaba nadar. Después se echaba en el suelo y se quedaba totalmente plana, porque no tenía pies, y se agitaba y se retorció hasta que su pelaje había quedado bien seco y caliente. Así Jaina podía taparse hasta los hombros con ella, y se quedaba dormida enseguida. Cuando era pequeña, incluso le gustaba dormir con ella en casa.

«Mamá también ha venido al campo —pensó Jaina—. Y papá, Invierno, el tío Luke, y el señor Cetrespeó, y Erredós no ha venido porque no le gusta que se le llenen de tierra las orugas, pero está en casa y no le ha ocurrido nada. Hemos hecho tostadas encima de la hoguera del campamento, y Anakin está durmiendo al otro lado del fuego, y Jacen también está aquí, y luego hemos preparado un poco de cacao bien caliente...»

Un puntito de luz apareció ante ella, parpadeando y bailando como si fuese una llama diminuta. Jaina extendió la mano hacia él y Jacen se la rodeó con los dedos, y Jaina dejó de temblar...

Tigris volvió lo más deprisa posible a los aposentos de Lord Hethrir.

«He cometido una estupidez —iba pensando mientras se apresuraba—. No tendría que haber tratado de consolar a los niños... Ha sido una estupidez y una debilidad por mi parte. ¡Lo único que he conseguido con eso es que ellos también se vuelvan estúpidos y débiles!»

Se arrodilló delante de la puerta de Lord Hethrir, pero no llamó. Lord Hethrir ya sabía que Tigris estaba allí. Su señor se dignaría prestarle atención cuando le conviniese y cuando llegara el momento adecuado.

Tigris utilizó el rato de espera para pensar en todos los errores que había cometido.

La puerta de Lord Hethrir se abrió por fin cuando Tigris ya empezaba a notar un agudo dolor en las rodillas, y Tigris sintió el peso de la mirada de Hethrir sobre sus hombros. Alzó la cabeza y le miró a los ojos.

—Has tardado más de lo necesario —dijo Hethrir.

—Sí, Lord Hethrir.

Por un momento —pero sólo por un momento—, Tigris pensó en mentir y echar la culpa del retraso a los pequeños. Los niños eran unos impertinentes y nunca obedecían las órdenes, desde luego, pero no era su impertinencia la que le había hecho tardar más de lo que hubiese debido.

—He obrado mal y he errado, Lord Hethrir —dijo Tigris por fin—. Estuve hablando con los niños. Les dije lo que deseabais de ellos, pero me extendí de manera innecesaria y pasé demasiado rato hablándoles. He sido... débil y estúpido.

Hethrir se alzó sobre él dominándole con su estatura. No expresó ninguna ira. Nunca lo hacía. Tigris se preguntó si había algún momento en el que sintiese ira, o si su mente estaba

demasiado avanzada para padecer semejante defecto.

Me has decepcionado, Tigris —dijo Hethrir.

Tigris percibió la desilusión, y se sintió terriblemente avergonzado de sí mismo. Nunca conseguía complacer a Hethrir, y todos sus esfuerzos para lograrlo siempre acababan fracasando.

—Pero has confesado tu error, así que te daré otra oportunidad —siguió diciendo Hethrir—. Levántate.

Tigris obedeció. Hethrir volvió a entrar en sus aposentos, y después volvió la cabeza hacia Tigris y le lanzó una mirada llena de impaciencia.

—¡Ven!

Tigris siguió a Hethrir. Estaba asombrado, ya que Hethrir rara vez le invitaba a cruzar el umbral de sus aposentos. Tigris se sintió muy honrado al poder entrar en la magnífica sala de recepción con su gruesa alfombra que cubría las baldosas doradas, sus paredes de madera-cuerpo pulida y sus tubos de luz que se curvaban a lo largo del techo para trazar complicados dibujos.

Anakin, el más pequeño de los tres niños recién llegados, estaba sentado e inmóvil en el centro de la alfombra. Su energía había disminuido considerablemente desde que Tigris le había visto por última vez, pero el pequeño ya empezaba a brillar de nuevo, y estaba envuelto por una débil claridad que bailoteaba y parpadeaba.

—Has confesado tu debilidad —repitió Hethrir—, y eso te ayudará a encontrar el camino que te llevará a la fortaleza. Te perdonaré. ¿Qué opinas de este niño?

Tigris contempló al pequeño.

—Podría llegar a ser muy fuerte —dijo—. Su luz brilla... Le habéis envuelto en un velo.

Hethrir asintió.

—Una observación muy adecuada.

El elogio hizo que Tigris sintiera un escalofrío de excitación y agradecimiento. Pensó que en realidad no era un elogio, pero era lo más aproximado a él que podía esperar de Hethrir. ¡Por una vez no había desilusionado a su amo y señor!

—Gracias, Lord Hethrir.

—El niño vendrá conmigo para ser purificado —dijo Hethrir. —¿Va a ser purificado? —exclamó Tigris, tan sorprendido que olvidó su posición por un momento.

«¿Este niño..., un Joven del Imperio? —pensó—. Si mi señor está dispuesto a presentar a este niño tan rebelde y desobediente para que sea sometido a la purificación, ¿por qué no me presenta a mí?»

—No ha recibido ningún adiestramiento, mi señor... No es un Guardián, y ni siquiera es un ayudante...

Hethrir le miró fijamente, sin enfurecerse y sin pronunciar ni una palabra. Tigris calló al instante y se sumió en un silencio aterrizado.

—El niño vendrá conmigo para ser purificado —repitió Hethrir, como si Tigris no hubiera abierto la boca—. Lleva mi mensaje a los ayudantes: deben preparar mi nave.

—Sí, Lord Hethrir —murmuró Tigris.

Tigris se puso en pie, y vaciló durante un momento después de hacerlo.

«Lord Hethrir no puede haber olvidado la recepción de mañana por la mañana —pensó—. ¿Me está volviendo a poner a prueba?

—¡Oh, cómo anhelo servirle de otra manera que no sea meramente transmitiendo mensajes! Sí, anhelo ganarme el derecho a ser purificado... ¡No temo al peligro!

»Lord Hethrir tal vez cree que me he olvidado de la recepción —siguió diciéndose Tigris—. Tal vez piensa que mis esperanzas son tan arrogantes que no soy capaz de recordar mis deberes y obligaciones.»

—¿Tenemos a algún miembro de la Juventud del Imperio con nosotros, mi señor? —preguntó por fin.

—Desde luego que no. Todos están trabajando en pro del Renacimiento del Imperio, y se hallan muy ocupados minando los cimientos de la Nueva República —replicó Lord Hethrir, y su tono parecía indicar que se estaba impacientando.

—En ese caso, mi señor... ¿Debo solicitar al Jefe de Guardianes que negocie con vuestros invitados? —preguntó Tigris.

—¿Mis invitados...? —murmuró Hethrir—. ¿El Jefe de Guardianes?

—Mañana por la mañana, mi señor.

Hethrir guardó silencio durante unos momentos.

¡Permitir que el Jefe de Guardianes recibiera a mis invitados sería tan disparatado como..., como permitir que fueras tú quien se encargara de recibirles, mi estúpido Tigris!—dijo secamente por fin—. ¡No tengo la más mínima intención de partir antes de que lleguen mis invitados! ¿Por qué has pensado que podía llegar a hacer algo semejante?

—Os he entendido mal—se apresuró a decir Tigris, y os ruego que me perdonéis.

Hethrir suspiró.

Siempre me estás pidiendo disculpas y que te perdone, pero nunca cambias para conseguir que el pedir disculpas resulte innecesario. ¡Eso es lo que debes tratar de lograr!

Tigris inclinó la cabeza. No se le ocurría nada que decir salvo que lo lamentaba muchísimo, y no quería volver a decir eso. Sabía hasta qué punto había decepcionado a Lord Hethrir. Tigris tiró de una manga de su maltrecha túnica marrón, siendo muy consciente de lo lejos que estaba aún de poder sustituirla por la tónica color óxido de un ayudante o el mono de vuelo azul claro de los Guardianes.

Hethrir se puso en pie y su túnica blanca onduló alrededor de su cuerpo con un siseo casi imperceptible. La delicada tela oscilaba y formaba pliegues con cada movimiento del Lord, y el sonido hizo que Tigris sintiera un estremecimiento.

El zumbido quejumbroso de la espada de luz de Lord Hethrir reverberó por toda la habitación, y la luz gris plateada de la hoja proyectó sombras sobre las manos vacías de Tigris. Tigris alzó la cabeza para ver el resplandor del sable lumínico de Lord Hethrir, y lo contempló con el asombro que sentía cada vez que lo veía.

La hoja se desvaneció.

—Inténtalo una vez más, Tigris —dijo Lord Hethrir, y le alargó la empuñadura de la espada de luz.

Tigris curvó los dedos sobre la empuñadura y sintió su calor. La espada de luz era demasiado grande para las manos de Tigris, pero la sujetó tan bien como pudo.

Sabía qué era lo que Lord Hethrir quería que hiciese.

La hoja de la espada de luz de Lord Hethrir sólo podía ser activada mediante el uso de la Fuerza. Hethrir nunca aceptaría en sus círculos interiores a quien no fuese capaz de cerrar el circuito y generar la hoja de energía.

Tigris intentó establecer una conexión con la Fuerza, y se esforzó desesperadamente para desplegar su ser y sus pensamientos y crear la hoja. Lo intentó con todas sus energías, pero... Pero no ocurrió nada. La espada de luz siguió fría y muerta.

—Mía! —exclamó Anakin, y extendió las manos hacia Tigris. Lord Hethrir se volvió hacia Anakin, y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de ternura.

—No, mi pequeño —dijo—. Tú no necesitas mi espada de luz.

Después volvió a concentrar su atención en Tigris, y dejó escapar un nuevo suspiro. Cogió su espada de luz, colgó la empuñadura de su cinturón y la ocultó bajo los pliegues de su túnica. Tigris tuvo un fugaz atisbo de la segunda espada de luz que llevaba. Era más pequeña, y Tigris nunca se la había visto empuñar. Tigris estaba convencido de que conseguiría salir triunfante de la prueba el día en que Lord Hethrir le permitiera probar suerte con aquella espada de luz. Tigris sólo había intentado hacer una alusión a esa posibilidad en una ocasión, y desde entonces el recuerdo del hosco silencio de su amo y señor había impedido que volviera a emitir esa sugerencia.

—Vete —dijo Lord Hethrir.

—Sí, Lord Hethrir —dijo Tigris.

Había decepcionado a su mentor, y se había vuelto a fallar a sí mismo..., y estaba asustado.

Los niños que eran incapaces de establecer contacto con la Fuerza no merecían el privilegio de poder inclinarse ante la presencia de Lord Hethrir.

Jaina tenía tanta hambre que acabó despertando. ¡Qué oscuro estaba todo! ¿Dónde estaban la luna y las estrellas?

«Quizá está muy nublado», pensó.

Y un instante después se acordó de lo que había ocurrido.

Dejó escapar un jadeo ahogado y se incorporó. Extendió las manos delante de ella —Jacen le había estado sosteniendo la mano, ¿verdad?—, pero no pudo ver a su hermano gemelo y no pudo oírle, y tampoco consiguió encontrarle.

La zona blanda del suelo recuperó la solidez de repente. Jaina se sobresaltó tanto que se levantó de un salto. El sitio que la habitación utilizaba como cama había desaparecido.

Buscó la puerta a tientas, y descubrió que seguía siendo de la misma madera rugosa. Las bisagras estaban al otro lado, igual que la cerradura.

—Déjame salir dijo Jaina. La puerta no respondió—. Ábrete. Por favor...

No ocurrió nada. Jaina lo intentó en un par de lenguajes más, pero tampoco consiguió abrir la puerta.

Suspiró.

«Bueno, la verdad es que ya sabía que no iba a funcionar», pensó.

No se atrevía a utilizar sus capacidades para explorar la cerradura de la puerta, pero no intentarlo le daba todavía más miedo que hacerlo.

Jaina envió sus pensamientos hacia la cerradura, y la gruesa y gélida manta del poder de Hethrir cayó sobre ella apenas lo hizo.

Jaina se encogió y apartó sus pensamientos de la puerta. Había conseguido ver la cerradura durante unos momentos. Era muy sencilla y consistía únicamente en un pestillo, pero éste muy grande y pesado y además había casi un palmo de madera interponiéndose entre el pestillo y Jaina.

«Podría desmontarlo —se dijo Jaina—. Sé que podría hacerlo..., si pudiera llegar hasta él, claro. Incluso podría volver a montarlo después sin que me sobrara ninguna pieza.»

Volvió a estremecerse. El peso frío y húmedo de la manta de Hethrir seguía rodeándola por todas partes, pero Jaina supuso que volvería a esfumarse como antes si se portaba bien. Tenía las manos muy frías y se las metió en los bolsillos, pensando únicamente en calentárselas.

Y entonces sus dedos se encontraron con su multiherramienta. Jaina la sacó de su bolsillo.

«¿Cómo he podido olvidarme de ella?», pensó. Desplegó la herramienta para la madera y la colocó sobre la puerta. Se suponía que no debía utilizar su multiherramienta en las casas o con el mobiliario, pero Jaina estaba segura de que aquello era un caso muy especial. Unas cuantas astillas se desprendieron del grueso panel. La puerta se abrió, y una débil claridad cayó sobre Jaina. Se apresuró a retroceder de un salto, y metió la multiherramienta dentro de su bolsillo para esconderla.

—¡Ay!

La habitación había estado tan oscura que la luz le hizo daño en los ojos, y Jaina los cerró.

—Sal —dijo Tigris.

Jaina no podía verle, pero reconoció su voz y salió de la habitación parpadeando y frotándose los ojos.

Tigris cerró la puerta detrás de ella.

Jaina vio a Jacen al otro extremo de la habitación, inmóvil delante de su puerta. Su hermano gemelo tenía los hombros encorvados. Corrió hacia él, y un instante después Tigris la agarró y la detuvo. Jaina se debatió, pero no consiguió soltarse. Tigris la obligó a quedarse quieta delante de su puerta. Jaina recorrió la habitación con la mirada. Había un niño inmóvil delante de cada puerta, y todos eran distintos y venían de distintos mundos. Ninguno de ellos se movía.

Todos parecían estar muy cansados y asustados, y sus ropas estaban sucias y harapientas.

Niños de más edad vestidos con túnicas color rojo óxido que se mantenían muy tiesos e inmóviles formaban una doble fila en el centro de la gran habitación de piedra.

—Aquí no corremos —dijo Tigris—. Siempre esperarnos el permiso del Guardián.

Tigris señaló el otro extremo de la gran habitación. Un joven muy alto que llevaba puesto un mono de vuelo azul claro estaba inmóvil delante de la entrada observando todo lo que ocurría en la habitación. El joven se cruzó de brazos.

—Y después los ayudantes nos enseñan cómo hay que formar, y después vamos allí donde se nos ordena que vayamos.

Los ayudantes se desplegaron en abanico, siluetas de rostros inexpresivos que se movían con increíble precisión, y se fueron colocando a intervalos regulares como si los niños harapiientos fuesen un rebaño al que se disponían a pastorear. Jacen permaneció tozudamente inmóvil al otro extremo de la habitación, quieto delante de su puerta.

Jaina miró fijamente a Tigris y no se movió.

—¿Por qué? —preguntó—. ¡Quiero estar con Jacen! ¿Y dónde está Anakin?

—¡Ya te he dicho que aquí nunca somos impertinentes! —No he sido impertinente. ¡Ni siquiera sé qué es eso! ¡Date la vuelta! —le ordenó secamente Tigris.

Jaina clavó la mirada en el suelo, y Jaina hizo lo mismo al otro extremo de la habitación.

¿Quieres desayunar? —preguntó Tigris.

Jaina alzó la vista hacia él.

—¡Sí!

Pues entonces obedece y haz lo que se te dice que hagas.

Jaina torció el gesto y volvió a clavar la mirada en el suelo. Tigris tuvo que acabar empujándola para conseguir que se moviese, y un ayudante hizo lo mismo con Jacen.

—¡Camina! —dijo Tigris.

Los otros niños empezaron a moverse hacia adelante marcando el paso al unísono. Tigris empujó a Jaina hacia ellos.

Pero Jaina se negó a marcar el paso con los otros niños.

Empezó a arrastrar los pies sobre el cemento, y Tigris tensó sus dedos largos y flacos alrededor de su hombro; pero no le dijo que dejara de hacerlo, así que Jaina siguió arrastrando los pies. El ruido resultaba claramente audible entre el *tromp, tromp, tromp* de los pies de los otros niños que avanzaban en formación. Un segundo arrastrar de pies se añadió al sonido de los de Jaina, reforzándolo y también en discordancia con el ruido regular de los niños.

Jaina volvió la cabeza hacia el otro extremo de la habitación. Jacen le sonrió, y un instante después el ayudante que tenía al lado le hizo girar la cabeza y se la dejó vuelta hacia adelante.

Pero el daño ya estaba hecho. Jaina avanzó unos cuantos metros alternando el caminar con el saltar, un pie, ¡salto!, el otro pie, ¡salto! Otros niños rompieron el paso a su alrededor y empezaron a saltar, correr y arrastrar los pies.

Una niña centauriforme de color rojo y oro movió sus pezuñas en una rápida danza. Después empezó a trotar sin moverse del sitio mientras agitaba su larga cola de un lado a otro, azotándose los flancos llenos de manchitas con ella. La niña alzó la cabeza y dejó escapar un prolongado y ruidoso alarido lleno de alegría, y tanto Jacen como Jaina respondieron a él.

Tigris tiró de Jaina.

—¡Basta! ¡Deja de hacer ruido!

Sus uñas se hundieron en la piel de Jaina.

--¡Ay! —chilló. Podía fingir que Tigris no le había hecho daño, pero no vio ninguna razón para ocultar su irritación—. ¡Eh, suéltame! ¡Eres malo!

Los dedos de Tigris se aflojaron durante un momento y después volvieron a tensarse en una presa todavía más fuerte que la de antes, y la obligaron a quedarse quieta. Las capacidades de Jaina temblaban al borde del estallido, pero la niña logró controlarse a sí misma.

El poder de Hethrir había empezado a difuminarse poco a poco, y Jaina temía que pudiera volver.

Los otros niños se habían quedado inmóviles. Un Guardián rodeó el brazo de Jacen con su mano al otro extremo de la habitación.

—Todos debemos aceptar la disciplina —dijo Tigris—. Eres una niña, y no puedes saber lo que es correcto y conveniente para ti.

Debes obedecerme, como yo obedezco a los Guardianes y a Lord Hethrir.

—¿Por qué no puedo saltar? ¿Por qué no puedo correr? ¿Por qué no puedo gritar?

—Porque todo eso es malo para la disciplina. Debes aprender cómo controlarte a ti misma.

Jaina ya había abierto la boca para replicar, pero las palabras de Tigris hicieron que volviese a cerrarla. El tío Luke dedicaba casi todas sus clases a enseñarle cómo controlar lo que era capaz de hacer.

—¡Pero el tío Luke me deja correr y saltar! —protestó por fin—. Eso no tiene nada que ver

con...

—Luke Skywalker ha muerto —dijo Tigris. —Pero...

—¡Basta de discusiones! —casi gritó Tigris—. Ponte en la fila sin hacer más ruidos y sigue al niño que tengas delante.

Jaina se alegró de que Tigris la hubiese interrumpido, ¡porque había estado a punto de decirle que sabía que el tío Luke estaba vivo!

«Y mamá también está viva —se recordó a sí misma—, y papá, y...»

Hethrir apareció de repente junto a ellos. Jaina tuvo la impresión de que podía ver símbolos plateados sobre su túnica, encima de sus hombros y esparcidos por su pecho.

—¡Lord Hethrir! —exclamó Tigris, y cayó de rodillas. —¿Qué es todo este alboroto? —preguntó Hethrir.

—Estaba explicando nuestras costumbres a la niña —dijo Tigris sin apartar la mirada del suelo.

—No se las expliques —replicó Hethrir—. Limitate a dar órdenes.

—¿Dónde está mi hermano pequeño? —preguntó Jaina—. ¿Dónde está Anakin?

—Te has portado muy mal —dijo Hethrir, y cuando siguió hablando alzó la voz para que todos los niños y los ayudantes pudieran oírle—. He decidido anular el desayuno debido al mal comportamiento de esta niña, y ahora iréis directamente a la sala de estudio sin desayunar.

—¡Eso no es justo! —dijo Jaina—. Que no haya desayuno... Que no haya desayuno para nadie, ¿y sólo porque he dado unos cuantos saltos y no he marcado el paso?

—¡Calla! —le susurró Tigris.

Hethrir salió de la habitación sin volver a dirigir la palabra a Jaina, y su túnica blanca se deslizó en un veloz remolino sobre el suelo mientras se iba.

Jaina estaba tan hambrienta que su estómago gruñía y hacía ruiditos. Ella y Jacen no habían comido nada desde el almuerzo del día anterior, y Jaina sintió que se le hacía la boca agua cuando se acordó de la sopa y los bocadillos, y de la fruta que habían tomado como postre.

—¡No es justo!

—Has infringido las reglas. —Tigris se puso en pie—. Formas parte de un grupo, y las reglas son de aplicación a todo el grupo.

—Pero...

—Silencio —dijo Tigris—. Lord Hethrir no ha dado la orden de cancelar el almuerzo..., todavía.

Jaina miró a los otros niños y pensó que todos debían de estar muy enfadados con ella. Ninguno dijo nada ni la miró. Jaina se dio cuenta por primera vez de lo terriblemente flacos que parecían todos, y pensó en lo hambrientos que debían estar. Quería decirles que lo sentía mucho, pero temió que si hablaba Lord Hethrir podía decidir dejarles sin almuerzo además de sin desayuno.

Jaina acabó decidiendo rendirse y obedecer, y se puso en movimiento con los demás niños cuando la fila empezó a avanzar.

Pero procuró que sus pasos no estuvieran del todo acompasados con los de sus compañeros de formación.

Jaina estaba tan hambrienta que apenas podía pensar, y se aburría tanto que a duras penas si podía mantenerse despierta. No entendía por qué tenía que estar sentada en aquel cubículo diminuto y carente de luz solar y aire fresco aprendiéndose de memoria la información que aparecía en el aire delante de sus ojos. Ya conocía la mayor parte de ella, como el alfabeto y las tablas de tiempo. En cuanto a las cosas que no conocía, no conseguía entender qué razón podía llegar a tener para querer guardarlas en su memoria. Jaina acabó decidiendo que no tenía sentido esforzarse, y el número de respuestas equivocadas indicado en grandes cifras que flotaban sobre su cabeza fue aumentando muy deprisa. Pero a Jaina le daba igual.

Acabó quedándose dormida.

—Debes de ser una niñita muy estúpida.

Jaina despertó de golpe y muy sobresaltada. No había oído llegar a Tigris, que se le había acercado por detrás. Jaina se puso en pie y le fulminó con la mirada.

—¡No soy estúpida! ¡Soy muy lista! ¿Por qué eres tan malo conmigo?

Tigris extendió un dedo y señaló las cifras traslúcidas y temblorosas que indicaban el total de

respuestas equivocadas. Las uñas de sus dedos estaban sucias y mordisqueadas.

—No debes pensar que soy malo porque obro de esta manera —replicó—. Lo hago únicamente para que aprendas disciplina. —Te portas mal, y eres malo.

—Si no quieres que sea malo y que me porte así, entonces tendrás que responder a las preguntas.

—¡Son preguntas estúpidas!

—Eres una niña muy impertinente. ¿Acaso crees saber lo que te conviene mejor que Lord Hethrir? ¡Eres muy ignorante!

—¡No lo soy! ¡No lo soy! ¡Me encanta aprender cosas, pero todo esto no son más que tonterías!

—¿Qué altura tiene la cascada más alta del planeta Firrerre?

—Sé cómo averiguar qué corriente de agua es el origen de un río —replicó Jaina, y empezó a sentir una nueva esperanza—. ¡También sé cómo averiguar la altura de una cascada aunque no puedas llegar hasta el sitio en el que empieza!

—Pero Lord Hethrir no te ha preguntado esas cosas —dijo Tigris—. Lord Hethrir te ha preguntado qué altura tiene la cascada más alta del planeta Firrerre. ¿Lo sabes?

—No, no lo sé. Pero es otra pregunta estúpida... ¿A quién le importa cuál sea la respuesta? Siempre puedo buscarla en alguna base de datos.

—Su altura es de mil doscientos sesenta y tres metros. Lord Hethrir opina que todas las personas educadas deberían conocer esos hechos, ¡y ahora siéntate delante de tu pantalla y aprovecha las enseñanzas que te ofrece!

Jaina pensó que no tenía otra elección.

—Sigue siendo una pregunta estúpida —murmuró.

Capítulo 04.

Leia estaba soñando sonidos. Se encontraba rodeada de oscuridad, pero había un sinfín de silbidos y canturreos quejumbrosos que llegaban hasta ella procedentes de todas las direcciones. Las voces creaban formas en la noche. Leia gritó y extendió las manos hacia ellas, intentando alcanzar aquellas tres pequeñas siluetas tan frágiles y preciosas.

Dejó escapar un jadeo ahogado y despertó de repente. Se había quedado dormida en el sillón. Las luces percibieron su movimiento y se hicieron más intensas.

«Qué pesadilla tan horrible...», pensó.

Y un instante después se acordó de que no había sido una pesadilla.

Erredós dejó escapar un silbido lastimero junto a ella.

¡Oh! Me has asustado... —dijo Leia—. ¿Qué pasa, Erredós? ¿Hay alguna noticia...?

—No la había—. ¿Me has despertado para que me vaya a la cama? —Leia sonrió melancólicamente—. Creo que ya no importa mucho dónde esté.

Se puso en pie y sintió la tensión muscular que le había dejado la espalda y el cuello rígidos y doloridos.

Seguía estando adormilada, y le daba vueltas la cabeza. Era noche cerrada, y todavía faltaban horas para que amaneciese.

¡Así que el señor Iyon me drogó después de todo! —exclamó, y meneó la cabeza intentando disipar las neblinas del sueño—. ¡Oh, le voy a...!

Entonces se acordó de que el chambelán Iyon había compartido el té con ella, y comprendió que por eso había bostezado y había tropezado cuando iba hacia la puerta. Quizá había ido corriendo a su habitación y había caído en el sopor de la droga.

Le enfurecía que le hubieran administrado un sedante sin que ella lo supiese, pero había que tener en cuenta las creencias y los temores del chambelán, y Leia pensó que no podía culparle.

Erredós empezó a rodar hacia la puerta.

—Buenas noches —dijo Leia.

Erredós se detuvo y fue hacia ella, y después reinició su avance hacia la puerta.

—¿Qué ocurre?

El androide dejó escapar un silbido perentorio, y se volvió hacia la puerta con un zumbido de servomotores.

Erredós se quedó quieto delante de la puerta y esperó. —¿Adónde vas? ¿Quieres que vaya contigo?

Erredós cruzó el umbral.

Leia le siguió.

—Sí, Erredós, de acuerdo, pero... Oye, ¿adónde vamos? ¿Es que Chewbacca ha despertado? ¿Se trata de eso?

Siguió a Erredós por el pasillo. El castillo estaba sumido en el silencio y la penumbra. Las siluetas talladas sobre cada superficie se agitaban en los límites del campo visual de Leia, moviéndose y volviendo a vivir sus historias; pero cuando volvía la mirada hacia ellas permanecían totalmente inmóviles, simples tallas en la piedra.

Erredós no fue por el camino que llevaba al departamento de cirugía.

—Eh, es por aquí... —dijo Leia.

El androide continuó avanzando sin detenerse. Leia apretó el paso para no perderle de vista y le siguió, sintiendo que la invadía una mezcla de inquietud y curiosidad.

Siguió a Erredós hasta salir del castillo, y notó la cálida caricia del aire nocturno que fluía a su alrededor. Ni siquiera conocía la existencia de aquella entrada. El castillo era tan enorme y laberíntico que Leia se había limitado a aprenderse de memoria las rutas que llevaban hasta los sitios a los que necesitaba llegar.

Las varias lunas de Munto Codru bailaban en el cielo por encima de su cabeza, y las llamadas y gritos de las criaturas nocturnas puntuaban un silencio que habría sido absoluto de no ser por ellas.

—¿Adónde vas? —susurró Leia.

Todos los sonidos cesaron de repente a su alrededor. Leia se detuvo, asustada por aquel cambio tan brusco. Permaneció inmóvil sin hacer ningún ruido, y los sonidos de la noche volvieron a reanudarse lentamente, primero los más lejanos y luego cada vez más cerca de ella, y por fin acabó pudiendo oír ruiditos casi junto a sus pies.

Erredós silbó. La voz del androide se confundió con las de las criaturas nocturnas, y éstas siguieron emitiendo sus llamadas sin asustarse en lo más mínimo.

Erredós entró en el bosque y rodó a lo largo del sendero que llevaba hasta la pradera. Leia se detuvo allí donde empezaba el campo en el que habían desaparecido los niños, titubeó durante unos momentos y acabó siguiendo al pequeño androide. Entró en el bosque que se extendía al otro lado del claro, y de repente tuvo que jadear para tragar aire y se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

«Te estás comportando como una niña asustada —se dijo, y un instante después se corrigió a sí misma—. O como una madre aterro rizada...»

No tardó en comprender hacia donde se estaba dirigiendo Erredós, y alcanzó al androide.

—¿Qué hay en la pista? Erredós, ¿sabes dónde están los niños? ¿Están escondidos en alguna de las naves?

La pequeña pista de descenso del recinto del castillo contenía unas cuantas naves espaciales. Las naves de mayores dimensiones tenían que descender en el espaciopuerto principal, ya que las instalaciones y sistemas de control de la pista del castillo eran bastante primitivos. Pero si los secuestradores tenían acceso a alguna de las naves de esa zona, podían haberse escondido en ella. A nadie se le habría ocurrido buscarles allí, ya que no podían despegar del espaciopuerto principal sin permiso previo, y el espaciopuerto principal no estaba dando ese permiso a nadie.

—¡Respóndeme, Erredós!

Erredós guardó silencio.

Había tres naves posadas en la pequeña pista. La primera era una nave correo, la misma que Leia había deseado enviar en pos de Han y Luke. La segunda era un modelo local muy antiguo y de diseño bastante complicado, un navío de Munto Codru que había sido puesto a disposición del chambelán.

La tercera era el Alderaan, el orgullo y la alegría de Leia. El *Alderaan* era una nave pequeña, esbelta y muy veloz provista de sistemas hiperimpulsores. Luke le había reprochado en más de una ocasión que dedicara sus escasas horas libres a aprender a pilotarla en vez de consagrarlas a estudiar los secretos de los Jedi, pero la verdad era que aprender a pilotar el *Alderaan* resultaba mucho más sencillo que aprender a ser un Caballero Jedi y exigía mucho menos tiempo..., y también era mucho más divertido. Tal vez ésa fuera la razón por la que Leia amaba tanto aquella pequeña nave. Sus responsabilidades para con la Nueva República hacían que Leia no tuviera muchas ocasiones de divertirse, y su nave había acabado convirtiéndose en una de sus escasísimas distracciones.

Toda la gente a la que conocía se hallaba en las mismas circunstancias, desde luego. Luke trabajaba y

se esforzaba hasta el agotamiento puro y simple. Leia opinaba que lo hacía de manera deliberada, aunque no estaba segura de si obraba de aquella forma para ponerse a prueba a sí mismo o simplemente para alcanzar un nivel de logros superior; pero había momentos en que la asustaba. Leia solía desear que ella y Luke hubieran crecido juntos y que hubiera podido conocer a su hermano de niño, ya que eso le habría permitido comprenderle mejor.

Han nunca ponía a prueba los límites de su resistencia de manera deliberada. Había tenido que enfrentarse a muchas pruebas y momentos difíciles durante su vida, y nunca necesitaba buscar más dificultades de las que ya tenía; pero aun así también había algunos momentos en los que abusaba de sí mismo sin darse cuenta de lo que hacía. Leia solía llegar a casa muy tarde después de una recepción diplomática o una reunión con sus consejeros que se había prolongado más de lo previsto para encontrar a Han roncando con el rostro encima de su escritorio. En una ocasión se había quedado dormido mientras se estaba dando un baño. Leia estaba convencida de que si hubiera vuelto a casa sólo cinco minutos más tarde de lo que lo hizo, Han se habría ahogado.

Esa era la razón por la que él y Luke habían emprendido aquella misión. Estaban al borde del colapso, y necesitaban unas pequeñas vacaciones.

Leia dudaba de que Luke consiguiera encontrar otros Caballeros Jedi durante su búsqueda, pero albergaba la esperanza de que le serviría para descansar un poco. En cuanto a Han, esperaba que aprovecharía la ocasión para relajarse y disfrutar de la vida como había hecho en los viejos tiempos.

Leia siguió a Erredós cuando el pequeño androide entró en la pista. Había supuesto que se detendría delante de la nave correo, y tragó aire con una mueca de preocupación cuando vio que Erredós pasaba de largo ante ella. ¿Estaría yendo hacia la nave del chambelán? El señor Iyon había obrado con la mejor de las intenciones incluso cuando la había drogado. Pero si sus niños estaban en su nave, si el chambelán había secuestrado a sus hijos para incrementar su prestigio en Munto Codru...

Erredós dejó atrás la nave del chambelán y fue hacia la de Leia. Leia echó a correr detrás del androide.

«¡Nadie puede entrar en el Alderaan sin mi consentimiento! —se dijo—. ¡Nadie! Ni siquiera Han... ¡Y estoy totalmente segura de que ni los gemelos ni Anakin pueden hacerlo! Mis niños no saben cómo funcionan los sistemas de control de la escotilla de la nave, así que los secuestradores no pueden haberles obligado a abrirla.»

El corazón le estaba latiendo a toda velocidad. Alguien que tuviera una gran experiencia en el uso de la Fuerza y mucho poder tal vez sería capaz de entrar en su nave sin activar las alarmas.

Leia logró calmarse con un terrible esfuerzo de voluntad. «Pronto lo sabrás —se dijo—. Sí, pronto lo sabrás...»

Erredós se detuvo al lado del Alderaan.

Leia puso una mano sobre el flanco plateado de su nave. No había ninguna señal de identificación que enturbiara su impoluto acabado, tan nítido y brillante que hacía pensar en un charco de mercurio. La nave estaba registrada a nombre de una persona que no existía, una segunda identidad que Leia había creado para que algún día pudiera tomarse unos cuantas semanas libres y volar hasta un lugar tranquilo y agradable sin ser reconocida, aunque no tenía ni idea de cuándo ni cómo podría hacerlo. La firma de su nave ni siquiera contenía su nombre y se limitaba a un número, pues el nombre de *Alderaan* habría supuesto una pista demasiado clara sobre la verdadera identidad de la propietaria de la nave. Casi todos los ciudadanos de Alderaan habían perecido durante el ataque de la *Estrella de la Muerte*, y sólo hubo un puñado de supervivientes. La princesa Leia Organa había sido uno de ellos.

—¿Hay alguien dentro, Erredós? —murmuró Leia.

El androide emitió un zumbido casi imperceptible. Erredós había imitado a la perfección el sonido que producía el Alderaan cuando estaba activando sus sistemas durante los preparativos del despegue.

—Muy bien. Les detendré antes de que puedan irse. No te preocupes, Erredós...

Leia ejecutó la secuencia de entrada y la escotilla se abrió ante ella. Después entró en su nave y avanzó por sus pasillos sin hacer ningún ruido.

No experimentó ninguna sensación de intrusión, y no percibió ninguna señal de que hubiera alguien a bordo. Erredós avanzaba detrás de ella, moviéndose en silencio sobre sus orugas. Leia no encendió las luces. En caso de necesidad, podía moverse por todo el *Alderaan* con los ojos cerrados sin ninguna dificultad. Llegó a su camarote y echó un vistazo: nada. No había nadie escondido en el segundo camarote, y el morro, el almacén y la cocina también estaban vacíos. Leia avanzó sigilosamente hacia la cabina sintiendo cómo el corazón le martilleaba dentro del pecho.

La cabina también estaba vacía.

¿Podrían estar escondidos en la sección de motores? Era la única posibilidad que quedaba.

Leia llegó a la compuerta de la sección de motores, se detuvo delante de ella y aguzó el oído. No pudo oír nada. No había sonidos de conspiración, gritos de niños asustados o los chillidos estridentes que lanzaba Anakin cuando sufría una de sus breves pero feroces rabietas. Quizá estaban todos dormidos.

Un zumbido muy suave surgió de la nada y la envolvió de repente.

Leia volvió la cabeza para mirar por encima del hombro, esperando ver a Erredós haciendo una nueva imitación de los sonidos de su nave.

El pasillo estaba vacío detrás de ella.

El zumbido se fue intensificando. Alguien había iniciado el procedimiento de despegue.

Leia cerró la escotilla de un manotazo y fue corriendo a la cabina de pilotaje.

Erredós había desplegado una serie de conectores para introducirlos en los sistemas de control de la nave, y estaba empezando a activar los impulsos del *Alderaan*.

—¡Para, Erredós! —exclamó Leia—. ¿Qué estás haciendo? No puedo...

Una serie de datos surgió de la nada y apareció delante de ella.

La pantalla le mostró los caminos espaciales de Munto Codru, un planeta muy viejo en cuyos alrededores siempre había muy poco tráfico. Ninguna nave había llegado o partido desde hacía varios días.

Salvo una...

Había una trayectoria que se alejaba de la superficie. El rastro alcanzaba la velocidad de escape, se apartaba del planeta, entraba en el hiperespacio y desaparecía.

—¿Qué es esto, Erredós?

El androide respondió con un trino musical.

Leia jadeó y se dejó caer en el sillón de pilotaje.

Estaba contemplando la trayectoria de una nave que podía pertenecer a los secuestradores.

—¿Por qué nadie me lo había enseñado antes?

Erredós le mostró que la información había desaparecido de los registros del espaciopuerto. La única información no manipulada era la que estaba almacenada dentro de la estructura metálica del pequeño androide.

—Se han ido... —murmuró Leia, abatida—. ¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo lo descubriste?

Cetrespeó le canturreó una explicación. El androide podía tener que navegar por el espacio local en cualquier momento, y como precaución había adquirido la costumbre —o tal vez el instinto— de ir siguiendo el tráfico espacial. Cuando los secuestradores atacaron, Erredós comparó los datos contenidos en sus bancos de memoria con el informe enviado por el espaciopuerto, y observó que existía una disparidad.

Erredós creía que la contradicción era una pista que podía llevar hasta los secuestradores.

Leia estuvo de acuerdo con las conclusiones a las que había llegado Erredós. Munto Codru atraía muy poco tráfico espacial. Aquella disparidad en los registros se había producido justo en el momento de la desaparición de los niños, por lo que resultaba demasiado sospechosa y demasiado conveniente.

El zumbido que surgía de los motores del *Alderaan* había seguido intensificándose poco a poco.

Leia sabía que debía desactivar los sistemas del *Alderaan*, volver al castillo y conferenciar con sus asesores. Lo que debía hacer era hablar durante horas y más horas, intentando decidir qué curso de acción seguir y qué aconsejaba la prudencia..., mientras agonizaba pendiente de los caprichos de quienes le habían arrebatado a sus niños.

Sí, lo que debía hacer era mantener una discusión interminable con el chambelán Iyon sobre si se trataba de un auténtico secuestro al estilo de Munto Codru o no...

—Supongo que te das cuenta de que si despegamos y nos equivocamos, de que si realmente es uno de esos secuestros espectaculares de Munto Codru... dijo Leia, tanto para sí misma como para Erredós—. Bueno, en ese caso estaremos poniendo en peligro al wyrwulf del señor Iyon, ¿verdad?

Erredós respondió con un canturreo que bajó velozmente por la gama tonal.

«¿He captado incertidumbre? —se preguntó Leia—. ¿O es mi propia incertidumbre la que creo

detectar?»

La alternativa más cómoda para ella era creer en el señor Iyon, esperar unas cuantas horas más y negociar con la familia de Munto Codru para acabar viendo cómo los niños corrían hacia ella y se lanzaban a sus brazos, seguidos por la enorme y horripilante silueta negra del wyrwulf del chambelán Iyon.

Pero Leia no podía creer en lo que le había dicho el señor Iyon. No podía creer que un secuestrador de Munto Codru fuese capaz de atravesar sus sistemas de seguridad y llevarse a sus niños burlando la protección de Chewbacca. Leia creía que se estaba enfrentando a unos secuestradores mucho más poderosos y siniestros.

Leia pensó que los secuestradores habían herido a Chewbacca y habían hecho estallar la bomba de presión para ocultar sus verdaderas acciones e intenciones. «Han hecho que no nos diéramos cuenta de que transcurrían dos horas —se dijo—. Y se llevaron al wyrwulf del señor Iyon para reforzar la ilusión de que se trataba de un secuestro al estilo de Munto Codru, para distraernos mientras escapaban...»

En ese caso, los niños se encontraban muy lejos de Munto Codru y corrían un peligro letal.

Leia puso una mano sobre el caparazón de Erredós.

—Sí, tienes razón —dijo—. He de asumir ese riesgo.

Erredós dejó escapar un estridente pitido de asentimiento. —Lo siento, señor Iyon —murmuró Leia—. Espero estar en lo cierto.

Leia tensó las tiras del arnés de seguridad sobre su cuerpo, las introdujo en los cierres y activó los controles. Después llevó a cabo la secuencia de conteo lo más deprisa posible, apurando al máximo los márgenes de seguridad. Su nave cobró vida a su alrededor.

Activación.

El *Alderaan* se alzó sobre la pista.

Los sensores del espaciopuerto reaccionaron en cuanto el *Alderaan* se hubo elevado por encima de las nubes, y un controlador de tráfico que parecía tener bastante sueño se apresuró a enviar un mensaje a Leia.

—Espaciopuerto de Munto Codru a WU-9167, interrumpa su trayectoria.

Si Leia replicaba, sabrían quién estaba pilotando la nave. Tendría que dar explicaciones, justificar sus actos..., y Leia no podía hacerlo. Sólo sabía que no le quedaba otra elección.

Pero tampoco podía permitir que se supiera que la Jefe de Estado de la Nueva República había empezado a comportarse de una manera tan errática.

—Espaciopuerto de Munto Codru a WU-9167, vuelva a su base. Los sistemas de supervisión hiperespacial están siendo reparados. ¡Seguir su trayectoria actual podría resultar muy peligroso para usted y su nave!

Erredós respondió con una veloz transmisión musical.

—Espaciopuerto de Munto Codru a WU-9167, su respuesta no es aceptable. Corre el riesgo de recibir una reprimenda oficial y de que se le imponga una multa y se le confisque la nave.

Erredós replicó con una explicación lo más diplomática posible. La política de secreto empleada por el chambelán empezó a trabajar en su contra. La policía del espaciopuerto sólo sabía que Leia estaba desobedeciendo una orden administrativa. Podían imponerle una multa. Podían planear confiscar su nave o quitarle la licencia de pilotaje, eso cuando regresara y suponiendo que lo hiciera. Pero aquello no era un asunto de naturaleza auténticamente policial. No sospechaban que fuese una secuestradora que intentaba huir, porque no sabían que se hubiera producido ningún secuestro.

—Espaciopuerto de Munto Codru a WU-9167, si se trata de una emergencia podemos enviar un tractor en su persecución.

—¡Oh, Erredós! —exclamó Leia.

Lo último que necesitaba en aquellos momentos era tener que hacer acrobacias para huir de un remolcador espacial y su rayo de tracción.

Erredós transmitió un estruendoso sonido electrónico sospechosamente parecido a una maldición y cortó la conexión.

—Supongo que eso lo has aprendido de Han, ¿no? —preguntó Leia.

El *Alderaan* llegó a las capas superiores de la atmósfera. El aire se estaba volviendo cada vez

más tenue, por lo que el calor se disipaba rápidamente. La temperatura del casco de la nave bajó a toda velocidad, y pasó de muy caliente a muy fría.

El azul del cielo se volvió índigo primero, y púrpura y negro después. Las estrellas no tardaron en hacerse visibles.

Una estrella se movía. Leia vio los destellos de luz reflejados en el casco lleno de arañazos del remolcador espacial orbital cuando éste alteró su curso para interceptar la trayectoria que estaba siguiendo el *Alderaan*.

El remolcador se preparó para detenerles y desplegó un rayo de tracción entre el *Alderaan* y el punto del hiperespacio a través del que habían escapado los secuestradores.

--¿Qué potencia tiene ese rayo? preguntó Leia—. ¿Hasta dónde tenemos que llegar para poder huir de él?

Erredós no respondió a sus preguntas.

—Y yo que creía que eras perfecto... —murmuró Leia. En vez de cambiar el curso del *Alderaan*, Leia aceleró. Erredós le lanzó un pitido de advertencia.

No me importa —replicó Leia—. Tenemos energía más que suficiente. Si el rayo establece contacto con nosotros, tendremos que romper la tracción.

—Espaciopuerto de Munto Codru a WU-9167, estarnos siguiendo su trayectoria. No pierda la calma... Creo que podremos contrarrestar su aceleración. ¿Está herido, piloto? Si puede desconectar sus motores, nos facilitará muchísimo el trabajo.

El controlador del tráfico espacial estaba consiguiendo que su voz sonara firme y tranquila. Si el *Alderaan* hubiese tenido problemas, Leia le habría agradecido enormemente que estuviera intentando reconfortarla.

El *Alderaan* aceleró hacia el rayo de tracción.

La pantalla de Leia le mostraba el rayo que estaba esperando la llegada de su nave para rodearla con un campo de energía tan pegajoso y difícil de atravesar como la melaza. Leia aumentó el aflujo de potencia a los motores.

«Por lo menos no estamos en situación de combate —pensó—. No corren ningún peligro intentando detenerme, así que no he de preocuparme por su seguridad.»

Leia no estaba pensando en su propia seguridad, y si lo hacía le parecía que apenas tenía importancia.

—Espaciopuerto de Munto Codru a WU-9167, prepárese para establecer contacto con el rayo de tracción. Vamos a hacerle bailar un poco en cinco, cuatro...

Erredós metió sus orugas y ruedas en el hueco de seguridad y se encogió sobre sí mismo para quedar lo más pegado posible al suelo de la cabina. Leia le fulminó con la mirada.

—¿Qué te hace pensar que conoces la potencia del rayo de tracción? —preguntó.

—... tres, dos, uno... ¡Conexión!

El *Alderaan* se estremeció violentamente cuando el rayo de tracción envolvió el casco y empezó a reducir su velocidad. Leia pidió el máximo de potencia a sus motores, y el *Alderaan* tembló a su alrededor. La tensión a la que estaba siendo sometida su nave era tan grande que Leia no pudo evitar torcer el gesto en una mueca de preocupación, temiendo lo que pudiera ocurrirle a su querido *Alderaan*.

Los escudos del *Alderaan* resistieron el tirón del rayo, y la pequeña nave de Leia quedó libre durante un momento. El remolcador espacial reaccionó con una velocidad sorprendente para un modelo tan viejo y anticuado, y volvió a atrapar el casco del *Alderaan* con su rayo de tracción. El *Alderaan* se debatió intentando librarse de su presa. Los escudos temblaron, y fueron comprimidos hasta el límite de su resistencia.

El *Alderaan* empezó a moverse cada vez más despacio, abriéndose paso a través del rayo como si éste fuera una poderosa corriente.

«Si realmente estuviese en apuros —pensó Leia—, supongo que ahora le estaría agradeciendo sus esfuerzos al encargado de mantener ese remolcador en tan buen estado, sea quien sea.»

Los escudos aguantaron. El *Alderaan* logró avanzar un poco más, dando otro paso hacia la huida.

El casco se estremeció.

El rayo de tracción se rompió. El repentino cambio abofeteó toda la estructura del *Alderaan* e incrustó a Leia en el almohadillado protector del sillón, empujándola con tanta fuerza que la dejó sin aliento. Leia luchó contra las franjas de dolor que le nublaban la vista, y consiguió corregir el curso de su nave.

El *Alderaan* respondió recobrando la estabilidad y volviendo a avanzar a toda velocidad.

¡No! —gritó el controlador del tráfico espacial, que por fin parecía haber agotado sus reservas de calma. Lo siento...

Todas las estrellas estallaron, convirtiéndose en líneas multicolores que fueron irradiadas alrededor de la trayectoria del *Alderaan*.

¡Lo hemos conseguido! _exclamó Leia.

Un alarido de alivio y dolor creó ecos por toda la nave. --¿Qué ha sido eso? —gritó Leia.

Se quitó a toda prisa las tiras del arnés, se levantó de un salto y fue corriendo hacia la parte trasera de la nave.

Chewbacca yacía en la litera del segundo camarote, el camarote que había estado vacío cuando Leia lo inspeccionó en busca de secuestradores.

¿Qué...? ¿Cómo? _balbuceó Leia.

Erredós pasó junto a ella, se detuvo junto a Chewbacca y dejó escapar un trino de alegre satisfacción.

—¿Que tú le dejaste entrar? _exclamó Leia—. Pero... Pero... Oh, ¿cómo has podido...? ¿Fue por eso por lo que permitiste que pensara que mis niños estaban escondidos debajo de los motores, para tener tiempo de meter a Chewbacca en mi nave? ¡Está herido! ¿Cómo se va a curar? ¿Qué voy a hacer con un wookiee herido a bordo?

Leia se calló e intentó calmarse. Estaba tan enfadada que a duras penas podía hablar, y sabía que lo poco que pudiese decir no tendría ningún sentido.

Chewbacca soltó un rugido.

Leia tuvo que hacer un considerable esfuerzo de concentración para poder entenderle. Había pasado mucho tiempo escuchando al wookiee y estudiando su lenguaje para ser capaz de comunicarse con el amigo más antiguo y querido de su esposo. Seguía siendo incapaz de articular los sonidos guturales del lenguaje de Chewbacca, pero había hecho unos cuantos progresos en su comprensión.

Chewbacca acababa de expresar su inquietud, preocupación y pena por no haber podido proteger a Jacen, Jaina y Anakin, pero el rugido no contenía ni la más mínima sombra de remordimiento por haber decidido ir con ella.

—No voy a regresar —dijo Leia volviéndose hacia Erredós—. No voy a llevarle de vuelta con la doctora Hyos, ¿entendido? ¡Espero que hayas traído suficientes medicinas!

El *Alderaan* contaba con un botiquín, naturalmente, pero Chewbacca era enorme y su herida era muy grave. En cuanto a Leia, su adiestramiento médico era de lo más rudimentario y se reducía a lo que había ido aprendiendo aquí y allá en los viejos tiempos de la lucha contra el Imperio.

Leia cruzó el camarote hasta detenerse junto a Chewbacca y bajó la mirada hacia él. El wookiee gimió.

—Lamento que estés herido —dijo Leia, y ya sé que quieres ayudar. Pero preferiría que te hubieras quedado en Munto Codru. Todo el mundo te reconocerá, Chewbacca, y es precisamente por eso por lo que no has podido ir con Han. Tendrás que quedarte a bordo de la nave incluso cuando estés lo suficientemente recuperado para poder levantarte.

Chewbacca se apresuró a gruñir una veloz réplica.

—Supongo que tienes razón —admitió Leia de mala gana—. Tú y Han... Sí, la gente os reconocería. A ti y a mí... Bueno, tal vez no nos reconozcan. Tendré que pensar en ello.

La enorme palma de Chewbacca le rozó el dorso de la mano, y los dedos del wookiee se curvaron alrededor de su muñeca en un apretón muy cálido y lleno de delicadeza. Leia apartó bruscamente la mano. Intentó reprimir la ira que sentía hacia Chewbacca, pero no lo consiguió.

—Duérmete —dijo—. Se supone que has de estar dormido. Después salió corriendo del camarote antes de que su ira pudiese

herir a Chewbacca todavía más de lo que ya lo había hecho.

Entró en la cabina del *Alderaan* y se dejó caer sobre el asiento de pilotaje.

Empezó a respirar despacio y muy profundamente. Leia todavía estaba muy enfadada y preocupada, por lo que el ejercicio careció de la fluidez habitual. El ritual de relajación era una de las pocas capacidades Jedi que había empezado a aprender; aunque cuando le había dicho a Luke que ya sabía cómo llevarlo a cabo, su hermano había replicado diciéndole que nadie llegaba a entender nunca del todo las técnicas Jedi.

—Cada vez que llegas a una nueva fase —le había dicho Luke—, te das cuenta de que en realidad no has comprendido nada y de que debes volver al comienzo, a las prácticas más básicas, y aprender todo aquello que se te pasó por alto la última vez.

—Una manera excelente de dar ánimos —había replicado Leia, empleando un tono bastante seco que Luke había decidido pasar por alto.

Cierto —había dicho por fin—. Es maravilloso, ¿verdad? Siempre hay algo nuevo que descubrir. Siempre hay algo nuevo...

El pulso y la respiración de Leia se fueron volviendo más lentos y regulares, y por primera vez desde aquella mañana sintió un leve destello de esperanza y experimentó una todavía muy tenue sensación de la presencia de sus niños. El centro de su ser anhelaba llegar hasta ellos.

Erredós entró en la cabina de pilotaje.

El destello se desvaneció al instante.

—No pienso dirigirte la palabra —dijo Leia.

Erredós se fue después de dejar escapar un zumbido quejumbroso.

Leia tuvo que empezar de nuevo. Podía utilizar su potencial no adiestrado tanto si se hallaba tranquila como si estaba frenética. Cuando estaba tranquila obtenía más control, y cuando impulsaba su potencial con la furia obtenía más poder..., y junto con la furia también llegaba un peligro más grande.

El hiperespacio brillaba y se retorecía a su alrededor, y Leia estaba decidida a encontrar una pista en algún lugar de aquellos dibujos y pautas eternamente cambiantes.

Tenía que encontrarla...

Creyó verla y se lanzó sobre ella, pero la pista eludió sus desesperados esfuerzos y desapareció.

«Relájate —se dijo—. Relájate, y entonces tal vez podrás dar con ellos...»

Era como ordenarse a sí misma que dejara de estar preocupada, y resultaba igualmente imposible de conseguir.

Leia decidió abandonar su infructuosa búsqueda de una calma desapasionada y abandonó toda pretensión de mantener la compostura.

Dejó en libertad toda su ira, su terror y su dolor. Las lágrimas inundaron sus ojos y le nublaron la visión, y empezaron a bajar por sus mejillas. La furia era como una especia que sazónaba el terror. Leia golpeó los brazos del sillón de pilotaje con los puños apretados. Empezó a sollozar, a gemir y a mascullar las maldiciones más terribles utilizadas por los miembros más duros y salvajes del nada selecto círculo de amistades que Han había ido acumulando durante sus días de contrabandista.

Y gritó.

La rabia, el terror y el dolor se hicieron añicos a su alrededor y desaparecieron. La fuerza de su amor y de su pena se abrió paso a través de aquellas emociones y estalló en una resplandeciente realidad blanca y azul.

Una línea escarlata brillaba a través del dominio blanco azulado y se introducía en los suaves colores de arco iris del hiperespacio. Leia la vio y sintió su presencia, y pudo oír su color. Después pudo saborearlo y olerlo.

Se lanzó sobre los controles del *Alderaan* e impulsó su pequeña nave a lo largo de aquella pista color rojo sangre.

«Erredós tenía razón —pensó—. Los niños han pasado por aquí. No era un secuestro al estilo de Munto Codru...»

Sintió un estremecimiento de alivio que se confundió con el temblor de los sollozos. Había hecho la elección correcta, pero sus niños corrían un peligro todavía más grande que el que

amenazaba al wyrwulf del señor Iyon.

Y Erredós siguió rodando nerviosamente de un lado a otro delante de la puerta de la cabina mientras lanzaba silbidos de confusión e inquietud.

La enana blanca en proceso de cristalización estaba aproximándose velozmente a la Estación Crseih mientras caía hacia el agujero negro. Las dos estrellas salían y se ocultaban en oposición, creando días muy largos y noches muy cortas.

Han entró en el hotel agradeciendo aunque sólo fuesen unas pocas horas de relativo frescor, y fue avanzando por los caminos que serpenteaban entre los plácidos arroyuelos y las lagunas cristalinas.

En su habitación la única fuente de claridad era el reflejo de las luces de la orilla que espejeaban sobre el lago del cráter.

Han se despojó de la chaqueta, se quitó las botas de un par de patadas y se arrojó sobre la cama. El trayecto desde la primera cúpula de la Estación Crseih hasta la cúpula-parque del hotel era muy largo. Han se sentía bastante cansado, pero estaba muy satisfecho de sí mismo.

El zumbido quejumbroso de una espada de luz le sobresaltó, y Han giró sobre sí mismo. La luz azulada invadió hasta el último rincón de la habitación e incluso reveló la presencia de una voluta de polvo debajo de la cama, como si aquella luz fuese demasiado poderosa para proyectar sombras.

¿Dónde has estado?

Luke estaba tumbado en el diván de la esquina, envuelto en su túnica y con las piernas extendidas. La espada de luz se apagó, y la habitación volvió a quedar sumida en la penumbra.

—Fuera, paseando y disfrutando de mis vacaciones —respondió Han sin inmutarse—. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

La hoja de la espada de luz volvió a cobrar vida, y su zumbido atravesó las neblinas de júbilo y excitación que se habían adueñado del cerebro de Han.

Ese ruido me va a hacer estallar la cabeza —dijo.

Luke llevó a cabo un par de ataques rituales. Un tajo, una parada, una estocada... El aire vibraba. La hoja pasó a escasos centímetros de la pared, un tapiz y el brazo del diván.

La luz de su hoja revelaba que Luke parecía muy preocupado y cansado.

¿Qué has estado haciendo? —preguntó mientras dejaba que la hoja de energía se escondiese en la empuñadura de la espada de luz.

—He estado mejorando nuestra situación financiera.

Han elevó el nivel de intensidad de las luces de la habitación. Después cogió su chaqueta, metió las manos en los bolsillos y empezó a sacar puñados de créditos. Han dejó que los billetes se esparcieran sobre la cama y sobre el suelo, e incluso sobre los pies de Luke.

Luke los contempló con expresión impasible.

—No necesitábamos mejorarla —dijo por fin.

—¡Estábamos al borde de la ruina! exclamó Han—. Oye, enseña una carta de recursos en la frontera y lo único que conseguirás es que todo el mundo se ría de ti... Y quizá también consigas que te den un golpe en la cabeza cuando vayas por un callejón para quitártela y llevarla a algún sitio en el que puedan utilizarla.

—Pero el ganar dinero mediante los juegos de azar no presenta ningún riesgo, naturalmente —replicó secamente Luke.

—Esta noche no podía perder, chico —dijo Han—. Pensaron que podían atraerme a su pequeña partida y desplumarme, pero no podía perder. Podría haber conseguido que fuéramos ricos en vez de conformarme con dejarnos en una situación acomodada, pero... Bueno, pensé que no había ninguna necesidad de ser codicioso y que no debía correr el riesgo de jugar una mano de más. Así que recogí mis ganancias y les agradecí el buen rato que había pasado jugando con ellos, y la estupenda cerveza de la que había disfrutado, y aquí estoy. Sano y salvo..., y forrado de pasta.

—¡Estaba preocupado por ti! —dijo Luke—. Desapareciste sin decir palabra...

—No deseaba discutir contigo —dijo Han mirando fijamente a su cuñado—. No habrías querido venir conmigo, así que... —¿Cómo lo sabes? No me lo preguntaste.

—¿Habías venido?

—No.

—¿Ves?

—¡Pero es que eso no tiene ninguna importancia! He venido aquí para cumplir una misión, un propósito que... Yo...

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó Han, sintiéndose repentinamente preocupado—. ¿Por qué estás tan alterado?

—Algo muy extraño está ocurriendo en la Estación Crseih —dijo Luke, y su voz sonó tensa y llena de inquietud—. Sí, algo muy extraño está ocurriendo aquí, y no sé qué es... Creo que deberíamos tener mucho cuidado.

—Estoy de vacaciones —dijo Han, intentando bromear—. Tener mucho cuidado es lo último que estoy dispuesto a hacer en estos momentos.

Luke no dijo nada, y se limitó a clavar la mirada en el recuadro de negrura de la ventana.

—Estoy cansado —acabó diciendo Han—. Me voy a dormir. Dormiré hasta muy tarde y desayunaré en la cama, y puede que también decida almorzar en la cama. Y luego... Bueno, luego puede que vuelva a la taberna. —Bostezó—. Haz como yo, chico: relájate. Si hay alguien a quien debas encontrar aquí, ya acabarás dando con él. O él dará contigo.

Han permaneció erguido el tiempo suficiente para librarse de la camisa, pero estaba demasiado cansado para quitarse el resto de sus ropas y acabó dejándose caer de espaldas sobre la cama.

—Y mañana puedes tratar de encontrar a Cetrespeó —dijo volviéndose hacia Luke.

—Ya lo he hecho —replicó Luke sin inmutarse.

—Oh, ¿sí? —farfulló Han, que estaba medio dormido—. ¿Y dónde está? —añadió mientras buscaba a tientas el extremo de las mantas para taparse con ellas antes de quedarse dormido del todo.

—Aquí mismo, gen..., quiero decir señor.

Cetrespeó entró en la habitación de Han, casi invisible con su nueva piel color púrpura.

—Estupendo, magnífico —dijo Han con la voz enronquecida por el sueño—. Mañana tú y Luke podéis ir de caza y encontrar a nuestro misterioso informador.

Han sintió que se le cerraban los párpados y se oyó roncar, y se dijo que ya estaba prácticamente dormido.

—Ya lo he hecho, señor —dijo Erredós—. Está aquí.

Han soltó un resoplido y se despertó de repente.

—¿Aquí? —preguntó irguiéndose en la cama, todavía medio dormido—. ¿Aquí? ¿Y para qué infiernos has traído aquí a ese tipo?

Han siguió haciendo esfuerzos para despertar del todo mientras pensaba en lo que habían estado diciendo. Luke había estado jugando con su espada de luz —¿habría estado utilizando su disfraz, o había llegado a prescindir de él?—, y Han no se había preocupado de vigilar su lengua. El informador quizá ya sabía que Luke Skywalker y Han Solo estaban investigando los extraños informes referentes a la Estación Crseih.

—Porque tenemos que hablar —dijo entonces una mujer.

La nueva voz era suave y musical, pero el tono no podía ser más serio.

Han dejó escapar un gemido de agotamiento y giró sobre sí mismo, envolviéndose en las mantas y sábanas para quedar oculto a los ojos del intruso.

—Vuelve por la mañana —dijo, y su voz casi quedó ahogada por la ropa de cama—. No, pensándolo mejor, creo que prefiero que vuelvas por la tarde...

No tenemos tiempo que perder, Solo.

Han se irguió de golpe y apartó de un manotazo las mantas y sábanas de su cara. Aquella mujer sabía quiénes eran...

La espada de luz de Luke zumbó y la hoja creó una línea de luz que se deslizó a través de la penumbra de la habitación de Han. La iluminación fantasmagórica del arma Jedi permitió que Han viese el rostro de su informadora. No la reconoció.

—Ya no te acuerdas de mí, ¿verdad, Solo? —dijo la mujer con resignación—. No debería sorprenderme, pero me decepciona ver que me has borrado de tu memoria.

Fue su voz la que permitió que Han acabara recordando quién era, y en cuanto lo hizo contuvo el aliento.

—Permítame presentarle a... --empezó a decir Cetrespeó. —¿Xaverri? ¡Xaverri! —exclamó Han mientras se volvía hacia Cetrespeó—. Ya hemos sido presentados.

Luke permitió que la hoja de su espada de luz se desvaneciera. La habitación volvió a quedar sumida en la penumbra que creaba la pálida claridad del torbellino llameante.

Han acabó de librarse de las sábanas y las mantas y se puso en pie. El corazón le estaba latiendo a toda velocidad, y se sentía como si acabara de tomar parte en una larga carrera.

Xaverri le miró fijamente. Tenía casi su misma estatura. Antes casi siempre le miraba a los ojos, pero Xaverri ya no llevaba las botas de tacón alto que habían sido una parte tan importante de su manera de vestir cuando Han la conoció. El peinado de su abundante y rizada cabellera negra tampoco era tan complejo como antes, pues Han vio que se la había cortado hasta convertirla en una apretada masa de rizos pegados al cráneo. En vez de sedas reveladoras, Xaverri llevaba unos pantalones y una camisa de confección muy sencilla y tela barata.

—Me acuerdo de ti, Xaverri —dijo Han en voz baja—. Pues claro que me acuerdo de ti... Nunca podría llegar a olvidarte.

Cuando la conoció, Xaverri se comportaba de una manera tan despreocupada como temeraria. Rehuía cualquier responsabilidad, y actuaba según el impulso de cada momento. Corría riesgos extraordinarios, y durante mucho tiempo Han creyó que se limitaba a buscar las emociones porque le gustaban y disfrutaba con ellas. Los dos se habían enfrentado jubilosamente a los riesgos, y habían experimentado la excitación y las grandes emociones juntos.

Han acabó descubriendo que a Xaverri le daba igual vivir que morir, y por aquel entonces no había comprendido el porqué.

Pero el paso del tiempo había hecho que lo comprendiera. Xaverri había arriesgado su vida confiando en que sería capaz de actuar más deprisa que los altos cargos del Imperio y ser más lista que ellos, y siempre había ganado.

Durante aquellos días embriagadores de terror y excitación, Han había empezado a preguntarse si Xaverri ganaba porque no le preocupaba perder. Si perdía, moriría y eso pondría fin a su dolor y su pena. Cuando ganaba, la venganza aliviaba un poco el dolor y la pena.

Xaverri había cambiado. Cuando Han la conoció en los viejos tiempos, se ocultaba debajo del maquillaje, la ropa cara y las joyas. Había realzado el brillo dorado de su tez y había disfrazado las redondeces de su rostro de piel suave y delicada, y ocultaba el marrón claro de sus ojos detrás de realzadores de iris confeccionados con plata opaca, el verde penetrante y gélido de la esmeralda o los diamantes extrañamente facetados.

Pero el resplandor de su belleza y su apasionamiento siempre lograban atravesar aquel barniz de sofisticación. Xaverri ya no se escondía detrás de ningún camuflaje, y la llama de su espíritu ardía y brillaba con tanta intensidad como antes. Han no habría reconocido una holofoto suya, pero su voz y su fortaleza eran las mismas de siempre.

—¿Cómo supiste que era yo? —preguntó.

—¿Cómo podía no saberlo? —replicó Xaverri—. Os envié el mensaje.

—¿Y por qué no dijiste que eras tú? ¿Por qué no utilizaste alguno de los lenguajes que conozco?

—Porque no quería que mi mensaje pudiera ser leído por cualquiera. —Xaverri titubeó antes de seguir hablando—. Y... Porque no estaba muy segura de si responderías en el caso de que supieras que el mensaje venía de mí.

Han abrió la boca para protestar, pero se lo pensó mejor y no dijo nada.

«Tal vez tenga razón —pensó—. Me avergüenza admitirlo, pero tal vez tenga razón...»

—Al principio no te reconocí —admitió Xaverri, y le rozó la barba con las yemas de los dedos—. Pero en cuanto hablaste...

Han tenía la sensación de haber vuelto repentinamente a los viejos tiempos, cuando sus pensamientos y los de Xaverri coincidían con la extraña exactitud de un objeto y de su imagen reflejada en el espejo.

No podía hablar directamente de aquella época, y Han se sorprendió ante la turbulencia de sus emociones y la intensidad del dolor que estaba sintiendo.

—¿Qué has estado haciendo durante todos estos años? —preguntó—. ¿Qué has estado haciendo en la República, ahora que todos los esbirros del Imperio han desaparecido?

—No han desaparecido, Solo —replicó Xaverri.

Xaverri siempre le había llamado Solo. En la sociedad en cuyo seno había nacido, el nombre venía en último lugar después de una larga lista de referencias ancestrales. Xaverri había supuesto que Han se llamaba Solo y que era huérfano o de clase baja, por lo que sólo tenía un pre-nombre. En cuanto hubieron aclarado el malentendido, Xaverri ya se había acostumbrado a llamarle Solo y Han se había acostumbrado a que se dirigiera a él llamándole Solo.

—No han desaparecido —siguió diciendo Xaverri—. Algunos... Algunos de los que se enfrentaron a vosotros han muerto, pero muchos se ocultan detrás de una fachada de respetabilidad y esperan mientras hacen cuanto pueden para debilitar a vuestro gobierno y provocar su caída. Esperan que llegue su oportunidad, Solo.

—Pues entonces tendrán que esperar durante mucho tiempo —dijo Han.

—Ojalá sea así. Mientras tanto, siguen siendo tan codiciosos y venales como siempre lo fueron. Cuando les ofrezco más riquezas, descubro que siguen siendo igual de susceptibles a la tentación...

—La sonrisa de Xaverri era tan exultante como implacable—. Y ahora son todavía más vulnerables debido a que han perdido el poder. No osan atraer la atención de vuestras autoridades. Puedo hacerles cosas terribles..., y ellos no pueden quejarse ni protestar.

Han rió mientras se imaginaba a los arrogantes altos cargos del Imperio a los que había conocido humillados por el miedo y las depredaciones de Xaverri, pero volvió a ponerse serio enseguida.

—Deberías decirme quiénes son —murmuró—. Si me dices quiénes fingen ser, entonces el peso de la justicia de la Nueva República podrá caer sobre ellos.

—Mi justicia es más dura e implacable, y más satisfactoria —replicó Xaverri—. Cuando me haya vengado lo suficiente, tal vez te revele los nombres de aquellos a los que he humillado y arruinado. Y después humillaré y arruinaré a unos cuantos más, y te revelaré sus identidades. Así yo habré hecho mi justicia, y la República también podrá hacer la suya.

Han deseó poder borrar los terribles recuerdos de Xaverri y su necesidad de vengarse, pero en los viejos tiempos no había podido ayudarla, y tampoco podría hacerlo en aquellas nuevas circunstancias. Deseó haberla abrazado apenas la reconoció, pero la idea de hacerlo después de haber dejado pasar unos minutos hizo que se sintiera extrañamente incómodo. Retrocedió un paso y miró a su alrededor buscando sus botas. Su agotamiento se había esfumado.

—Ya veo que has conocido a Luke y a Cetrespeó —dijo mientras se sentaba en el borde de la cama para ponerse las botas.

—Sí. —Xaverri inclinó la cabeza en un movimiento dirigido a Cetrespeó—. No suelo ser recibida con tal despliegue de diplomacia, desde luego... —Después se volvió hacia Luke—. Y no había esperado que la Nueva República respondiera a mi llamada enviando a tan lustres investigadores.

—Decidimos...

—... que el informe merecía una respuesta lo más seria posible —se apresuró a decir Han, interrumpiendo a Luke.

Luke podría haber dicho lo mismo que él acababa de decir, pero también cabía la posibilidad de que se le hubiera escapado que Han estaba utilizando el extraño informe enviado por Xaverri como excusa para tomarse unas vacaciones. Han no quería que Xaverri se enterase de que no se había tomado en serio su mensaje.

—Volviendo a tu informe, no decía nada sobre la fuente de esos fenómenos tan extraños —dijo Luke sin inmutarse—. ¿Nos hablarás de ella ahora?

—No —replicó Xaverri.

Luke se levantó de un salto.

—¡Pero debes hacerlo! ¿Quién...?

—Os la enseñaré —dijo Xaverri.

—¡Basta con que me lo digas! —exclamó Luke.

—No me creerías. Tienes que verlo con tus propios ojos.

Jaina avanzaba lentamente por el pasillo, una de las muchas siluetas que formaban la hilera de niños. Los ayudantes se aseguraban de que la fila se mantuviera recta, y un Guardián se encargaba de supervisar a todo el grupo. Tigris caminaba cerca de ellos.

«¿Siempre les dan eso para almorzar?», pensó Jaina. Todavía sentía en la boca el sabor a rancio de la sopa que se le había servido. Había probado una cucharada y después —cortésmente, tal como se le había enseñado a hacer, porque Jaina era una niña muy educada dijeran lo que dijeran Hethrir y los Guardianes— había dicho que estaba horrible. En realidad lo que quería decir con eso no era sólo que supiera mal sino también que se había echado a perder, pero Jaina se había callado esa última parte.

No la había comido. Todos los demás la habían acabado, y Jaina le había dado la suya a la niña centauriforme de cuerpo color rojo y oro. Pero un pequeño matón llamado Vram se la había quitado de las manos y la había arrojado al suelo, y después había ido a delatarlas. Los ayudantes le habían entregado una fruta como recompensa. Vram les caía muy bien.

El estómago de Jaina emitió un gruñido ahogado. Tenía un hambre espantosa.

Alguien le rozó el hombro, y Jaina volvió la cabeza.

—Pronto jugar —dijo la niña centauriforme de color rojo y oro—. Jugar, ahora.

Tenía un acento muy marcado, pero Jaina logró entenderla.

La niña centauriforme fingió trotar sin moverse del sitio, tal como había hecho cuando Jaina cruzó la sala de reunión corriendo y dando saltos. Sus delicadas pezuñas repiquetearon sobre la piedra.

Tigris volvió la mirada hacia ellas para detener aquel alegre ruidito, pero cuando lo hizo la niña rojo y oro ya volvía a marcar el paso con todos los demás mientras su cola se movía enérgicamente de un lado a otro.

Jaina se preguntó qué habría querido decir.

«¡Jugar? —pensó—. Tigris es tan malo y desagradable que no creo que nos deje jugar nunca... ¿Por qué puede decirme lo que he de hacer? ¡No es un Guardián, y me parece que ni siquiera es ayudante!»

La hilera de niños empezó a avanzar por otro pasillo muy largo. Jaina se preguntó por qué había tanta distancia entre un lugar y otro en aquellos interminables túneles subterráneos. Debían de haber resultado muy difíciles de construir. El castillo de Munto Codru estaba repleto de túneles, pero allí servían para conectar centenares de habitaciones, salas de almacenamiento, mirillas y lugares secretos. Aquí los túneles no tenían ventanas, puertas, curvas ni desviaciones. Cada túnel se limitaba a tener un comienzo y un final, con tal vez sólo un pequeño giro o esquina en toda su longitud.

¡Y de repente Jaina vio luz! Era luz real, blanca y llena de color, no aquella fantasmagórica claridad grisácea. El resplandor llameante cayó sobre ella y silueteó los cuerpos de los niños que la precedían. Jaina quería echar a correr hacia él, y sintió deseos de lanzar gritos de alegría.

Los otros niños subieron un tramo de escalones delante de ella y entraron en la luz. Los rayos de claridad blanca se esparcieron sobre ellos y los bañaron con su resplandor, pero los niños siguieron caminando. Cuando viera el sol, Jaina alzaría la cabeza hacia él y dejaría que la cubriera con su luz. Correría hacia aquella claridad y...

—Alto.

Todos los niños se detuvieron al instante en cuanto oyeron la orden del Guardián. Jaina estaba a pocos pasos de distancia de aquella claridad deslumbrante que relucía al final del tramo de escalones y contuvo el aliento, temiendo que volvieran a llevarla de vuelta a la oscuridad.

El Guardián llamó a Tigris con un brusco movimiento de la mano y Jaina contempló con expresión consternada aquella luz que anhelaba tan desesperadamente, sintiéndose cada vez más segura de que Tigris iba a sacarla de la fila y de que la obligaría a volver a la penumbra del cubículo de estudio o a la oscuridad de la celda dentro de la que había dormido.

Tigris le levantó el mentón, la hizo girar hasta que quedó de cara a él y la obligó a alzar la cabeza hasta que Jaina le estuvo mirando a los ojos.

—Puedes caminar por el patio de juegos y puedes hablar en voz baja —le dijo—. No puedes gritar. No puedes correr. No puedes cavar en la arena. No debes arrancar las hojas. ¿Lo has entendido?

Jaina asintió. Los dedos flacos y sucios de Tigris le pellizcaron el mentón. Tigris la miró y la soltó.

—¡Y no puedes acercarte a la valla! —dijo.

—¿Por qué tenéis tantas reglas? —preguntó Jaina.

—Eso no es una regla —dijo Tigris—. Si te acercas a la valla... ¡Entonces el dragón te comerá!

¡Un dragón! Jaina estaba fascinada.

Los Guardianes permitieron que los niños reanudaran la marcha, y Jaina salió del pozo y emergió a la luz del sol.

La claridad era muy potente, y hacía un calor mucho más intenso del que Jaina estaba acostumbrada a tener que soportar. Parpadeó para eliminar las chispitas de colores que habían invadido su campo visual y buscó a Jacen, ardiendo en deseos de ver a su hermano gemelo e intentando descubrir dónde estaba y cómo podían escapar de allí para volver a su casa.

El wyrwulf del señor Chambelán corrió hacia ella cruzando velozmente la extensión de arena. Jaina cayó de rodillas ante la criatura y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Oh, estás bien! ¿Te han dejado salir aquí solo? Pero tienes mucha suerte, ¿sabes? ¡No tienes que estudiar todas esas lecciones estúpidas!

Jaina sintió el roce áspero de los gruesos pelos protectores negros del wyrwulf en su rostro. Alguien había colocado un pesado collar de metal y cuero alrededor del cuello de la criatura, y Jaina intentó liberar al wyrwulf.

—Lo siento_ acabó diciendo—. No puedo quitártelo...

Sus dedos no tenían la fuerza suficiente para abrir el collar.

El wyrwulf dejó escapar un gemido quejumbroso y se apoyó en ella.

—Vamos a explorar. Jaina se puso en pie—. Tenemos que averiguar si hay alguna manera de salir de aquí.

Miró a su alrededor.

El patio de juegos se extendía por el fondo de un desfiladero. El desfiladero no era demasiado profundo, pero sus laderas eran muy abruptas y lisas, y resultarían muy difíciles de escalar.

Tenía que haber algún camino que llevara hasta arriba porque Jaina pudo ver a varios Guardianes, siluetas minúsculas vestidas con sus uniformes azul claro, que giraban y hacían fintas en lo alto del desfiladero mientras practicaban mandobles, estocadas y paradas con espadas de luz.

Jaina les contempló con incredulidad. ¿Cómo era posible que aquellas personas tan malas tuvieran espadas de luz? Las espadas de luz eran para la gente buena, como los Caballeros Jedi. Jaina quería llegar a ser una Jedi. Quería ser lo suficientemente mayor para construir su espada de luz y aprender a utilizarla. También quería ser mecánico, piloto de naves de carreras y batería.

Dio la espalda a los Guardianes que seguían practicando en la cima del risco y continuó buscando una manera de escapar. El wyrwulf del señor Chambelán trotaba detrás de ella.

El otro extremo del cañón estaba bloqueado por una valla. Jaina fue hacia ella, pensando que tal vez no resultaría tan difícil de escalar como las laderas rocosas.

No estaba en Munto Codru. No estaba en ningún mundo que hubiera visitado jamás. Aquel planeta era muy pequeño, y el horizonte que se podía ver al otro lado de la valla se encontraba muy cerca de ella. El horizonte se curvaba y el sol diminuto y abrasador se movía en el cielo, avanzando a tal velocidad que no costaba nada percibir el movimiento de las sombras.

«Esto no es un mundo de verdad —pensó Jaina—. Es demasiado pequeño. Es un mundo fabricado, un mundo que alguien ha construido... Si fuese un mundo de verdad, no podría tener tanta gravedad. ¡Y además gira tan deprisa que su día sólo dura un par de horas!»

Unas cuantas plantas cubiertas de espinos intentaban crecer en la arena reseca. Jaina las contempló, y por mucho que se esforzó se sintió totalmente incapaz de imaginarse queriendo arrancar una de aquellas hojas espinosas.

No había nada con que jugar, sólo la arena del fondo del desfiladero que se extendía alrededor del pozo de la escalera y la valla que mantenía encerrados a todos los niños.

Alguien rozó a Jaina por detrás. La niña centauriforme apareció de repente y bailoteó delante

de ella. Su espalda y sus costados estaban salpicados de manchitas blancas, y unas pequeñas protuberancias de aspecto aterciopelado se abrían paso a través de los mechones enredados de su cabellera rizada, asomando justo por encima de sus pómulos.

—Eres distinta —dijo la niña de color rojo y oro.

--Me llamo Jaina.

—Yo me llamo Lusa. —Lusa lanzó una mirada de soslayo al wyrwulf—. ¿Muerde?

—No, es sólo que tiene los dientes muy grandes. ¿Ves a mis hermanos?

Jaina miró a su alrededor, pero en el patio de juegos sólo había aproximadamente la mitad de los niños que habían formado las hileras en la sala de reunión.

Lusa miró a Jaina y le cogió la mano.

—Nos mezclan cada día —dijo—. Cada día es distinto. Mañana tus hermanos están en este grupo, yo no. Mañana tú estás en su grupo, yo sigo aquí.

Jaina necesitó un poco de tiempo para entender la manera de hablar de Lusa.

«Me está explicando varias cosas distintas que pueden llegar a ocurrir —pensó Jaina—, pero no importa. Al menos no son cosas horribles... Claro que yo quiero ver a Jacen ahora, no mañana o al día siguiente. Y quiero saber si Anakin se encuentra bien.»

Jaina y Lusa cruzaron el patio de juegos cogidas de la mano. Lusa daba un salto a cada tres o cuatro pasos, subiendo por el aire y cayendo sobre sus cuatro patas.

—Quiero correr —dijo con la voz llena de tristeza cuando se dio cuenta de que Jaina la estaba observando sin tratar de disimular su curiosidad—. Quiero galopar, y saltar...

—Yo también —dijo Jaina.

Saltó igual que había hecho Lusa, y aterrizó sobre las plantas de los pies. No era lo mismo que correr, pero ayudaba un poco. El wyrwulf la contempló en silencio.

La zona de juegos terminaba a unos diez pasos de la valla. Los otros niños iban y venían por los alrededores, pero ninguno cruzaba aquella frontera que parecía ser temida y respetada por todos.

Jaina dio un paso hacia ella.

—¡No! —exclamó Lusa, y le agarró la mano—. El dragón... Te comerá.

—Quiero ver al dragón —respondió Jaina.

«¡Y por qué debería creer que hay un dragón? —pensó un instante después—. Hethrir me dijo que mi mamá había muerto, y no lo creo. No creo nada de lo que dice. Tampoco creo nada de lo que dice Tigris, y además pienso que es un niño muy malo y cruel.»

Miró a su alrededor intentando ver a Tigris, pero había desaparecido. Unos cuantos ayudantes que parecían bastante aburridos estaban hablando entre ellos, y apenas prestaban atención a los niños.

—Ahí no hay ningún dragón —dijo Jaina.

—Sí que hay —dijo Lusa—. Un dragón vive allí. ¡La arena esconde al dragón!

El viento había ido desplazando la arena al otro lado de la verja hasta crear una serie de pequeñas dunas.

Ése no es sitio para que se esconda un dragón —dijo Jaina. Dio otro paso hacia la valla.

Un lagarto enorme surgió de la arena. El lagarto rugió, y el sonido fue tan ensordecedor como el trueno y el vendaval.

Chorros de arena salieron disparados hacia arriba alrededor del lagarto, y cayeron sobre la valla y el pelo de Jaina.

Jaina lanzó un chillido de miedo y deleite. El wyrwulf soltó un gáñido ahogado. Los otros niños echaron a correr y huyeron a toda prisa hacia la seguridad de la escalera. Jaina quería quedarse donde estaba, en aquella franja de terreno donde no entraba nadie, para poder ver qué haría el dragón; pero Lusa tiró de ella para obligarla a retroceder. Lusa intentó correr hasta la escalera tirando de Jaina, pero Jaina se resistió con tanta energía que las dos acabaron deteniéndose.

Las dos niñas se habían quedado inmóviles allí donde terminaba

la franja de arena a la que no se acercaba nadie, y se volvieron para contemplar al dragón.

Era como si Jaina se hubiera vuelto invisible de repente. El dragón se había agazapado sobre sus cuatro patas y movía su gruesa cola de un lado a otro. El dragón gruñó, y volvió la cabeza lentamente mirando primero en una dirección y luego en otra. Jaina pensó que era un

animal muy hermoso. No parecía demasiado ágil, pero no cabía duda de que sería un enemigo temible en el combate. Sus patas eran gruesas y muy musculosas, y tenía una cola corta y robusta con una protuberancia recubierta de pinchos óseos en la punta. Su enorme cabeza alargada era casi toda boca, y las enormes mandíbulas estaban repletas de dientes muy grandes que goteaban saliva.

Sus escamas parecían abalorios resplandecientes, y alternaban el negro con el marrón y el rosa.

—Se esconde en la arena —dijo Lusa—. La arena es igual que sus escamas.

El dragón resopló y parpadeó. Retrocedió unos cuantos pasos sin dejar de menear la cola de un lado a otro, y después excavó un hoyo en el suelo para poder disfrutar del calor y utilizó sus enormes patas para arrojar arena sobre su espalda. Cuando se hubo quedado inmóvil entre dos de aquellas pequeñas dunas, el dragón parecía una duna más.

—¡Es maravilloso! —exclamó Jaina.

Deseó que Jacen estuviera allí, y pensó que le habría encantado ver al dragón.

«Quizá tendré una oportunidad de contárselo —pensó de repente—. Después de todo, sólo necesito un segundo...»

Estuvo a punto de tratar de enviarle sus pensamientos sobre el dragón, pero la mera idea bastó para hacer que se tropezara con la nube fría del poder de Hethrir, que parecía estar flotando al acecho en todo momento sobre su cabeza.

Jaina acabó decidiendo que sería mejor esperar.

—¿Qué come? —preguntó.

—Niños —respondió Lusa con voz lúgubre—. Nos come a nosotros cuando somos malos.

Oh, qué tontería —dijo Jaina—. ¿Le has visto comerse a alguien alguna vez?

No, pero dijeron... —Lusa la miró con sus grandes ojos rojo y oro, y parpadeó—. Nos dijeron... Hicieron rugir al dragón. No se nos comió, sólo nos rugió.

La niña centauriforme movió la cola de un lado a otro y echó la cabeza hacia atrás agitando su revuelta melena.

—¡Sólo nos rugió!

Jaina sonrió.

Los otros niños fueron saliendo cautelosamente del pozo de la escalera y se colocaron detrás de Jaina y Lusa.

—¡No se te ha comido!

—Apuesto a que ni siquiera come niños —dijo Jaina—. Apuesto a que come... bichitos pequeños, peces, plantas o algo por el estilo.

—¡Aquí no hay peces! —chilló Vram con su voz estridente de niño que intentaba hacerse el adulto.

¡Pensaba en peces de la arena! —replicó Jaina—. ¿Nunca has oído hablar de los peces de la arena? ¡Tú nunca has estado en ningún sitio!

Los otros niños asintieron, pero ninguno puso los pies en la franja de arena de la que siempre se habían mantenido alejados. Jaina tuvo que admitir que el dragón resultaba bastante aterrador, sobre todo cuando aparecía de repente por entre la arena. Tal vez no se la comiera, pero podía derribar la valla y aplastarla bajo sus patas, quizá incluso sin quererlo ni darse cuenta de que lo hacía.

Tres naves surgieron repentinamente del espacio y surcaron a gran velocidad el cielo por encima del desfiladero.

¡Mirad! —exclamó Jaina con la voz temblorosa por la excitación.

Le había bastado con ver las naves para estar totalmente segura de que su padre había venido a salvarla con el *Halcón Milenario*, o que su madre acababa de llegar a bordo del *Alderaan*. Jaina no hubiese podido explicar cómo lo sabía, pero lo sabía y le bastaba con eso.

El wyrwulf alzó el hocico hacia las naves y les lanzó un aullido.

Jaina no reconoció ninguna de las naves. Dos eran tan oscuras como el *Halcón* y una brillaba como el *Alderaan*, pero la forma de las dos naves oscuras no se parecía en nada a la del *Halcón*, y la que brillaba era dorada en vez de plateada.

Los otros niños siguieron a las naves con la mirada. Todos se habían quedado callados de repente, y parecían estar muy asustados. Jaina pensó que algún ayudante vendría de un

momento a otro para decirle que se callara, y quizá incluso les enviaría a la cama sin cenar.

Jaina estaba tan hambrienta que deseó no haber rechazado aquella sopa asquerosa, y lamentó haber gritado.

Todos los ayudantes habían desaparecido, y el Guardián que se encargaba de supervisarles se había esfumado con ellos.

—¿Es que no nos vigilan mientras estamos aquí? —preguntó Jaina.

Los otros niños miraron a su alrededor, y un susurro impregnado de temor se esparció por entre ellos.

—¿Qué ocurre?

Los otros niños se pegaron los unos a los otros sin decir palabra, y Lusa movió las patas en una nerviosa pirueta.

--¿Qué pasa, Lusa? ¿Qué va a ocurrir?

Lusa alzó la cabeza, y Jaina vio que tenía los ojos desorbitados por el miedo. Su larga melena-crin revoloteó alrededor de su rostro.

—Vienen a por nosotros, para llevársenos... --Lusa se tapó las protuberancias aterciopeladas de su frente con las manos, como si quisiera protegerlas—. ¡Te cortan los cuernos!

--¡Te van a enviar muy lejos de aquí! —Vram estaba sonriendo con perversa satisfacción y señaló primero a Lusa y luego a Jaina—. ¡Os van a enviar lejos, lejos, os van a enviar muy lejos! —canturreó—. ¡Lord Hethrir siempre envía lejos a los niños y niñas malas cuando vienen las naves!

«Me pregunto si pueden enviarnos a un lugar que sea todavía peor que éste —pensó Jaina—. ¿Por qué está tan asustada Lusa?»

—¡Estupendo! —dijo después—. ¿Quién quiere quedarse en este sitio tan horrible? —Se volvió hacia Lusa y la cogió de la mano—. ¡Nos iremos juntas, y mi papá vendrá y nos rescatará!

—¡No sabes nada! —gritó Vram—. ¡Cada una irá a un sitio distinto! ¡Estaréis solas!

Eso asustó bastante a Jaina. Lusa estaba temblando. Podían llevarse a Lusa y hacer que no se volvieran a ver nunca. ¡Y lo peor era que también podían separarla de Jacen y Anakin!

Vram estaba dando saltitos de pura alegría y señaló a Lusa con un dedo.

—¡Les he oído decir que se te iban a llevar y que te cortarían los cuernos! Te cortarían los cuernos para siempre... ¡Te está bien empleado!

Lusa se encogió sobre sí misma e intentó alejarse de él.

«Yo no tengo cuernos que puedan cortarme —pensó Jaina—. ¿Qué me harán?»

Estrechó con más fuerza los dedos de Lusa. El wyrwulf del señor Chambelán se pegó a ella.

Lusa fue retrocediendo hacia los otros niños hasta que ella y Jaina formaron parte del grupo. Lusa siguió abriéndose paso entre los niños hasta que llegaron al centro.

«Si continúo agarrando a Lusa de la mano, todo irá bien —pensó Jaina—. Basta con que no la suelte, y entonces no se nos llevarán a ninguna de las dos.»

Jaina podía sentir el calor de los dedos de Lusa en su mano. La niña centauriforme estaba temblando. Lusa se encogió sobre sí misma y agachó la cabeza haciendo que su melena cayera hacia adelante. Pero hiciera lo que hiciese seguía siendo más alta que los otros niños, y los cuernos-protuberancias aterciopeladas sobresalían por entre sus rizos pese a sus desesperados esfuerzos para ocultarlos.

—No te cortarán los cuernos —murmuró Jaina—. ¿Por qué iban a hacerlo? ¡Tus cuernos son muy bonitos!

Te cortan los cuernos para que seas fea —dijo Lusa con voz temblorosa—. Te cortan los cuernos para obligarte a obedecer, pero mis cuernos aún no han atravesado el terciopelo... —Miró fijamente a Jaina con los ojos llenos de miedo. — ¡Si rasgan el terciopelo moriré!

Jaina abrazó a Lusa. Sintió un deseo casi incontenible de golpear a Vram por haberles asustado y, en especial, por haber asustado a Lusa. Pero su madre siempre le decía que no debía pegar a nadie. Jaina pensó que si todos los niños decidieran formar un círculo alrededor de Vram y mirarle fijamente en silencio, tal vez conseguirían que se callara y que les dejase en paz de una vez.

Una doble fila de ayudantes salió del pozo de la escalera antes de que Jaina pudiera tratar de convencerles de que pusieran a prueba su teoría. Un Guardián encargado de supervisarles caminaba detrás de los ayudantes, y éstos rodearon a los niños tal como Jaina había estado

pensando que debían hacer con Vram.

En fila dijo el supervisor—. Venga, poneros en fila y caminad bien erguidos.

—¡Ha dicho que en fila! —gritó Vram, y empujó a uno de los niños más pequeños haciendo que saliera del grupo.

El niño se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Jaina saltó hacia adelante para agarrarle antes de que cayera, pero Lusa tiró de ella y la obligó a retroceder. Jaina se debatió hasta que logró soltarse, y corrió hacia el pequeño. Vram ya estaba alzando la mano para darle una bofetada cuando Jaina se la agarró. Estaba justo detrás de él, y tiró de su mano hasta hacerla pasar por encima del hombro del chico. Vram cayó al suelo casi encima de sus pies, y Jaina tuvo que apartarse de un salto para que no se los aplastara.

Lusa se apresuró a ponerse junto a ella, y el wyrwulf gruñó. Los tres se enfrentaron al pequeño matón y le fulminaron con la mirada. Vram acabó encogiéndose sobre sí mismo y se pegó al suelo.

«¡Nos tiene miedo! —pensó Jaina—. Claro que si el wyrwulf del señor Chambelán me gruñera, yo también me asustaría mucho...»

La blanca piel de Vram se había vuelto casi gris, y los puntiagudos mechones de pelos que cubrían su cabeza apuntando en todas direcciones se habían pegado a su cráneo. Vram fue retrocediendo poco a poco, y el niño al que había empujado se apresuró a desaparecer en el grupo.

Vram se irguió de repente y se contoneó de un lado a otro mientras un rubor de satisfacción se iba extendiendo rápidamente por su cara.

—Será mejor que os pongáis en fila --dijo.

—Poneros en fila, niños.

La voz de Hethrir hizo que Jaina sintiera un estremecimiento.

Hethrir acababa de aparecer al final de la escalera. Había hablado en voz baja y suave, pero su tono no admitía réplica. Los niños se dispersaron y se apresuraron a formar una fila, arrastrando los pies sobre la arena con los ojos llenos de temor.

Vram fue corriendo hasta Hethrir y alzó la mirada hacia él.

—¡Estaba haciendo que se pusieran en fila! ¡Lo estaba haciendo, Lord Hethrir!

—Ya he visto que lo estabas haciendo —replicó Hethrir con afabilidad, y después puso la mano sobre la cabeza de Vram y alisó su revuelta cabellera.

El sol que se movía a gran velocidad ya casi rozaba la ladera del desfiladero, y se ocultó un minuto después. Unos reflectores se encendieron alrededor de los niños, bañándolo todo con una claridad tan cegadora que Jaina tuvo que parpadear.

Hethrir salió de la escalera, y su larga túnica blanca se deslizó sobre la arena con un susurro casi imperceptible.

Los Guardianes avanzaban detrás de él, magníficos en sus impecables uniformes azules, sus medallas frotadas hasta hacerlas brillar y sus galones que resplandecían. Sus espadas de luz colgaban de sus cinturones.

Detrás de ellos venían más ayudantes que guiaban al segundo grupo de niños. Era el grupo de Jacen. Jaina quiso correr hacia él, pero temía que si lo hacía tal vez volvería a crearles problemas a todos.

Tigris acabó apareciendo en lo alto de la escalera. ¡Y Jaina vio que Anakin dormía apoyado en su hombro!

Pero aún faltaba mucho rato para la hora de la siesta de Anakin.

«¿Qué le pasa? —se preguntó Jaina—. ¿Le habrán hecho daño? Espero que sólo le hayan hecho dormir, como hicieron en la pradera cuando se nos llevaron.»

Los ayudantes dispusieron al grupo de Jacen hasta que todos los niños y niña que lo formaban quedaron de cara al grupo de Jaina. Los Guardianes se alinearon delante de Hethrir, y los ayudantes formaron una hilera detrás de ellos.

Hethrir permaneció inmóvil en el centro del cuadrado durante unos momentos y acabó volviéndose hacia Jaina, Lusa y el wyrwulf del señor Chambelán. Vram no apartaba la mirada de ellos y tenía los labios curvados en una sonrisa malévola. Lusa golpeó la arena con la pezuña de una pata trasera, y Vram corrió a esconderse detrás de Hethrir.

—Poneros en la fila.

La voz de Hethrir sonó tan seca y terrible que Jaina se asustó mucho.

—¡No!

Quería que Hethrir se enfadara con ella para que la enviara lejos de allí junto con sus hermanos.

De repente se encontró en la fila, y se sintió como si alguien acabara de abofetearla. «No lloraré —pensó con desesperación—. ¡No voy a llorar!»

Anakin dejó escapar un quejido soñoliento y volvió a quedarse callado. Jaina quería correr hacia él, pero no podía moverse.

El wyrwulf del señor Chambelán gruñó. Un instante después emitió un chillido ahogado, y Jaina vio cómo pegaba las orejas al cráneo y se agazapaba. El wyrwulf se quedó totalmente inmóvil.

Lusa se había quedado sola. Hethrir dejó paralizada a la niña-centauro con su mirada.

—Tal vez lamentarás haberme desafiado —dijo, y le dio la espalda.

La niña-centauro corrió hacia la fila. Estaba temblando. El wyrwulf se pegó al costado de Jaina.

Hethrir inclinó la cabeza en una seña dirigida a la hilera de Guardianes, y uno de ellos avanzó hacia Hethrir con paso contoneante y altivo.

—Has demostrado tu valía y eres digno de unirse a mi punta de lanza —dijo Hethrir—. Eres digno de unirse a la Juventud del Imperio.

Dos Guardianes avanzaron hacia el Joven y le ofrecieron una capa de un tono azul tan claro que casi podía pasar por blanco. El nuevo Joven del Imperio se la puso.

Jaina vio cómo acariciaba el ribete de piel con el rostro radiante de felicidad y orgullo.

—¡Gracias, mi señor! —exclamó—. ¡El Imperio Renacido! «¿El Imperio Renacido? —pensó Jaina—. ¿Qué es eso?»

Sabía que el Imperio había sido maligno. ¿Qué razón podía tener nadie para querer que volviera?

Hethrir llamó a un ayudante con un gesto de la mano.

—Mereces la purificación —dijo, y le puso la mano sobre la cabeza—. Ahora eres un Guardián. Te llevaré para que renazcas al servicio del Imperio.

Tres Guardianes rodearon al muchacho, y cuando se apartaron éste se alzó orgullosamente con su nuevo uniforme azul claro de Guardián.

Después Hethrir puso la mano sobre la cabeza de Vram.

—Buen muchacho... —dijo—. Ahora eres uno de mis ayudantes.

Un ayudante avanzó hacia Vram sosteniendo una túnica rojo óxido en sus manos. Dos ayudantes más ayudaron a Vram a quitarse su camisa llena de manchas y sus pantalones harapientos, y deslizaron la túnica sobre su cabeza.

Vram hinchó el pecho, sonrió y se puso lo más tieso posible para poder exhibir mejor su nuevo uniforme.

Hethrir se volvió hacia los niños de la fila de Jaina y clavó la mirada en Lusa. La niña centauriforme se encogió sobre sí misma, visiblemente asustada.

Hethrir movió una mano y Lusa avanzó con un trotecillo nervioso.

Hethrir le alargó una espada de luz, pero en vez de la lente que habría debido estar incrustada en el extremo sólo había un pequeño globo de cristal. Jaina se preguntó qué sería en realidad aquella falsa espada de luz.

—Mira —dijo Hethrir.

El globo de cristal se iluminó durante unos momentos y volvió a oscurecerse.

—Cógela —dijo Hethrir mirando fijamente a Lusa.

La niña-centauro obedeció.

—Enciéndelo como he hecho yo —le ordenó Hethrir.

Lusa hizo girar la espada de luz entre sus dedos, intentando comprender cómo se las había arreglado Hethrir para activarla.

—Utiliza tu mente —dijo Hethrir—. Observa con atención.

Hethrir se volvió hacia el nuevo Joven del Imperio y le hizo una seña con la cabeza. El Joven alzó su espada de luz y la hoja cobró forma con un zumbido estridente.

Su espada de luz era distinta de la del tío Luke, y tenía que activarla utilizando la Fuerza.

Eso era lo que Hethrir quería que Lusa hiciera con la falsa espada de luz.

¡Y Lusa podía hacerlo! Durante un segundo Jaina pudo percibir con toda claridad que su amiga era capaz de establecer contacto con la Fuerza y utilizarla. No había recibido adiestramiento y no tenía ninguna experiencia, pero poseía la capacidad. Jaina se imaginó que ella y su amiga habían entrado en la orden de los Caballeros Jedi, y que viajaban por toda la galaxia y vencían a los poderes malignos en todas partes.

Poderes malignos como Hethrir y su Imperio Renacido...

El poder de Hethrir envolvió a Lusa y bloqueó su talento. El globo de cristal de la falsa espada de luz siguió oscuro.

—¡Está haciendo trampa! —gritó Jaina.

La manta fría de Hethrir cayó sobre ella, y Jaina dejó escapar un jadeo ahogado. Lusa dejó caer el artefacto de prueba y saltó hacia ella para ayudarla, pero el poder de Hethrir la hizo caer al suelo a mitad del salto. Lusa intentó levantarse y gimió.

—Has fracasado —dijo Hethrir mirándola fijamente.

Dos ayudantes levantaron a Lusa y se la llevaron.

—No... —La voz de Lusa se convirtió en un grito. ¡No!

—No me desafíes —dijo Hethrir—. Estoy haciendo todo esto por tu propio bien.

Jaina hizo un esfuerzo desesperado y corrió hacia Lusa y le rodeó el cuello con los brazos. El wyrwulf correteaba de un lado a otro, confuso y muy trastornado, y no paraba de gruñir. Lusa abrazó a Jaina y pegó las protuberancias calientes y suaves de sus cuernos a su frente. Lágrimas abrasadoras de ira y miedo ardieron en los ojos de Jaina.

El poder de Hethrir las fue separando muy lentamente. Jaina hacía cuanto podía para tratar de permanecer inmóvil, pero el poder de Hethrir era tan grande que vencía su resistencia sin ninguna dificultad. Jaina tuvo la sensación de estar precipitándose por el borde de un abismo, y sus manos resbalaron por el cuello de Lusa y acabaron deslizándose sobre sus brazos. Lusa hundió las cuatro patas en el suelo, y sus pezuñas dejaron señales en la arena cuando Hethrir la apartó de Jaina y apartó a Jaina de ella.

Las niñas se cogieron de las manos, y se aferraron la una a la otra con todas sus fuerzas.

«Mientras la tenga cogida de la mano todo irá bien —pensó Jaina—. Mientras...»

Sus manos dejaron de tocarse.

Lusa gritó. Jaina intentó llegar hasta ella con sus pensamientos..., y el poder de Hethrir volvió a caer sobre ella y la envolvió como un montón de arena mojada. El despliegue mental de Jaina se desvaneció, y la sacudida hizo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo.

No podía levantarse. Jaina se quedó inmóvil sobre la arena, sollozando de rabia y desesperación. Jacen dejó escapar un grito y echó a correr hacia ella, y Hethrir volvió a usar su poder e hizo que también cayera al suelo.

Hethrir las obligó a permanecer inmóviles sobre la arena mientras iba poniendo a prueba al resto de los niños. Unos cuantos consiguieron hacer aparecer la lucecita dentro del globo de cristal, pero la gran mayoría fracasaron. El peso de la arena mojada invisible impidió que Jaina pudiera ver si Hethrir estaba haciendo trampa con algunos de ellos.

Hethrir utilizó su prueba para dividir a los niños en dos grupos, uno que incluía a Jaina y Jacen y el otro que incluía a Lusa. Lusa mantenía la cabeza inclinada y no se movía, y su cuerpo temblaba de vez en cuando bajo aquel calor casi insoportable. El wyrwulf del señor Chambelán jadeaba, y se había apoyado en una de sus patas delanteras. Hethrir no lo sometió a la prueba. Se limitó a extender la mano sin mirar a la criatura, y dos ayudantes fueron hacia ella y unieron cadenas al grueso collar y después se llevaron a rastras al wyrwulf.

Todos los niños estaban aterrorizados. Lloraban, gemían, se encogían debajo de su coraza corporal o agitaban su pelaje, y cada especie expresaba el temor y la pena a su manera.

En el grupo de Jaina sólo había niños humanos. Unos cuantos niños humanos habían sido enviados al grupo de Lusa, pero el grupo de la niña centauriforme estaba compuesto básicamente por otras especies. Jaina pensó que eso resultaba bastante extraño. Todos los Guardianes y ayudantes eran humanos, y Jaina pensó que eso era todavía más extraño.

Lusa miró a Jaina por encima del hombro, y sus ojos se encontraron durante un momento.

—Llévame a mí —dijo Jaina mirando a Hethrir—. ¡No te lleves a Lusa, no le cortes los cuernos!

Hethrir no prestó ninguna atención a sus palabras. Los Guardianes empezaron a bajar por la escalera. Sus medallas y sus galones brillaban y destellaban. Unos cuantos ayudantes se llevaron al grupo de Lusa, y dos de ellos desaparecieron por la escalera tirando del wyrwulf, que no paraba de gruñir.

Los ecos del grito de Lusa brotaron del túnel.

—¡Lusa! —gritó Jaina.

Vram señaló a Jaina con un dedo.

—¡Eres tonta, eres tonta!

«Quizá sólo vuelven al sitio en el que estaban antes de que viniéramos al patio de juegos— pensó Jaina con desesperación—. Quizá es a mí a quien Hethrir va a enviar lejos..., ¡y a Jacen, y probablemente a Anakin! Sí, nos enviará muy lejos de aquí porque le damos demasiados problemas... No tenemos cuernos que puedan cortarnos. ¡Si Lusa se queda y nosotros nos vamos, entonces no corre ningún peligro y no le pasará nada!»

Hethrir fue hasta donde yacía Jaina y bajó la vista hacia ella. Su mirada recorrió su rostro durante un momento, y la sensación asfixiante de estar rodeada por arena mojada desapareció. Jaina se puso en pie. Jacen también se levantó. Los gemelos se abrazaron. Jaina estaba muy cansada, y apenas podía moverse.

—Bien, y ahora regresad a vuestros cubículos y estudiad mucho —dijo Hethrir, volviendo a usar su voz afable y bondadosa—. Los otros niños se van lejos de aquí porque no valen tanto como vosotros. Podéis quedaros, porque espero que haréis que acabe sintiéndome muy orgulloso de vosotros.

—¡Nunca! —gritó Jaina—. Nunca, nunca, nunca... ¡Lusa vale tanto como yo, y nunca haré nada para que te sientas orgulloso de mí!

Capítulo 05.

El *Alderaan* salió del hiperespacio. La línea escarlata llevaba a una región del espacio fría y oscura donde la estrella más cercana se encontraba a años luz de distancia.

Un estallido de miedo, dolor y desesperación borró el rastro. Leia gritó.

«Si han hecho algún daño a mis niños... —pensó—. Si les han tocado aunque sólo sea un pelo de la cabeza... Si han...» El recuerdo del dolor se desvaneció.

«No he percibido la muerte —pensó Leia—. ¡No era una muerte! Y no eran Jaina, Jacen o Anakin... ¿Quién era?»

El miedo que había captado no era el miedo a la muerte, sino el miedo a seguir viviendo. Leia se estremeció, y se sintió incapaz de imaginarse qué le podía ocurrir a una persona para que llegase a crear un terror semejante.

Leia hizo una lenta y temblorosa inspiración. Estaba bañada en sudor, y se sentía exhausta.

Después se inclinó sobre los controles y empezó a examinar el espacio con los sensores de su nave. Leia observó y escuchó. Y descubrió una nave.

—¡Ahí está! —exclamó—. Ya os tengo...

Leia tuvo que reprimir el impulso de lanzarse sobre aquella nave. Haber encontrado a sus niños no le serviría de nada si se precipitaba de cabeza en una trampa. Erredós entró a toda velocidad en la cabina.

—¡Sigo sin dirigirte la palabra! —le gritó Leia.

Erredós extrajo la firma de la nueva nave de los sensores y la trazó en el aire. Después el androide trazó otra firma junto a ella: era

la identificación de la nave de los secuestradores contenida en sus registros.

Las dos naves no podían ser más distintas la una de la otra.

¡No! —exclamó Leia—. No, tienen que ser ellos... ¡He seguido su pista hasta aquí, y no hay ningún rastro que se aleje! Tal vez la nave estaba disfrazada de alguna manera...

Dio más potencia al sensor para ver qué aspecto tenía la nave desconocida, y el resultado la hizo enmudecer. El navío que acababa de descubrir era un enorme carguero habilitado para el transporte de pasajeros del tipo que el Imperio había utilizado para llevar colonos reclutados a la fuerza desde una estrella a otra. Viajaba muy despacio, y transportaba a su cargamento dormido a velocidades sublumínicas. Al Imperio no le importaba en lo más mínimo que los

colonos —prisioneros políticos, convictos y demás indeseables— perdieran todo contacto con sus familias y amistades, que vivían sus existencias de manera normal y envejecían y morían. Mientras tanto los colonos regían durmiendo, atrapados en sueños de un nuevo mundo que les acogería con los brazos abiertos o en las pesadillas de un planeta que acabaría con todos ellos. Habían sido esclavos en todo salvo en el nombre, y eran enviados a preparar un nuevo mundo hasta que sus dueños y señores decidieran volver a utilizarlos.

«Hemos estado buscando estas naves —pensó Leia—. Hemos estado intentando rescatarles... ¡No me extraña que no pudiéramos dar con ellas, si están escondidas en los confines del universo!»

Leia frunció el ceño. El transporte de pasajeros parecía ser un pecio que flotaba a la deriva. Sus motores estaban muertos y sus sistemas interiores apenas funcionaban.

—¿Qué está haciendo aquí? --se preguntó en voz alta—. No podemos haber tropezado con esta nave por pura casualidad... Sería una coincidencia excesiva.

Los sensores del *Alderaan* detectaron la presencia de una segunda nave primero, y de una tercera después.

No puedo creerlo... ----murmuró Leia.

Había docenas de naves dentro del radio de alcance de sus sistemas perceptores.

Había descubierto un cementerio de naves abandonadas. Los gigantescos cascos flotaban en un cúmulo que giraba lentamente, e iban dando vueltas los unos alrededor de los otros en una compleja danza caótica.

Chewbacca rugió, un grito lleno de pena y comprensión. Leia se levantó de un salto del sillón de pilotaje.

—¿Qué estás haciendo de pie? ¿Qué estás haciendo despierto? ¿Es que estás decidido a...?

Leia logró callarse antes de que las últimas palabras de la frase hubieran conseguido salir de su boca. Si acusaba a Chewbacca de intentar suicidarse, temía que el wookiee quizá se limitaría a decirle que tenía razón.

Chewbacca avanzó con paso cojeante y se instaló en el asiento del copiloto, moviéndose muy despacio y con visible dificultad. Después la miró. Leia le fulminó con la mirada, pero la expresión de sus rasgos se acabó suavizando.

—Lo siento —dijo----. Te he estado echando la culpa de todo, y no tendría que haberlo hecho. No sé qué ocurrió, pero fuese lo que fuese... Bueno, estoy segura de que no pudiste haberlo evitado. Tal vez ni siquiera Luke hubiese podido hacer nada.

Chewbacca se llevó una mano al espeso pelaje marrón de su garganta. Después alzó el mentón, hundió los dedos por entre la gruesa capa de vello y acabó revelando una manchita de pelos blancos. Permitió que Leia la contemplara durante un momento, y después volvió a bajar la cabeza.

—¿Es...?

Chewbacca emitió un gruñido de asentimiento.

Chewbacca había sido esclavo. No había sido colono-esclavo, sino el juguete y la propiedad de un alto cargo imperial. Leia sabía muy poco sobre aquella parte de su vida, aunque sí sabía que el wookiee había sido sacado a la fuerza de los exuberantes y mágicos bosques de su mundo. Chewbacca había sido encadenado. Cada acto de desafío había sido castigado salvajemente, y se le había obligado a trabajar hasta que el agotamiento acabó llevándole a las puertas de la muerte.

El joven Han Solo de la Armada Imperial le había devuelto la libertad. Han le había salvado la vida, pues ningún wookiee podía vivir durante mucho tiempo siendo esclavo.

—¿Es eso lo que ocurrió aquí? —preguntó Leia. ¿Crees que el Imperio secuestraba naves en vuelo, que se llevaba a sus pasajeros?

—¡Oh, pero eso no tiene ningún sentido! Movié una mano señalando los informes de los sensores—. Son naves-colonia imperiales, Chewbacca... El Imperio no obtendría esclavos de sus propias naves porque todas esas personas ya habían sido esclavizadas por el mismo Imperio. Nunca abandonaría naves de esta manera. Se las habría llevado y habría vuelto a utilizarlas. El Imperio era maligno, cierto, pero también era eficiente.

Leia examinó los informes con más atención.

—Oh, no... —murmuró.

Las naves todavía contenían pasajeros, y muchos de ellos habían muerto. Pero algunos seguían vivos..., aunque no tardarían mucho en morir.

Xaverri precedió a Han por el camino, y fue guiándoles a lo largo de un sendero que llevaba hasta otra cúpula. El sendero se internaba por una frondosa espesura de enormes arbustos que se enredaban y se confundían unos con otros. Las ramas se iban anudando para formar paredes impenetrables y un techo de hojas, y sólo permitían la entrada de una lúgubre luz color verde oscuro. El sendero giraba y serpenteaba, y se iba adentrando cada vez más en la espesura.

«Parece una trampa —pensó Han—. Confío en Xaverri, pero... Bueno, la verdad es que en el pasado le confié mi vida muchas veces, y nunca tuve que llegar a lamentarlo.»

Pero también le había confiado su corazón.

«Eso fue en los viejos tiempos —se dijo Han—. Ahora todo es distinto.»

Han caminaba detrás de Xaverri, con Luke y Cetrespeó siguiéndole. El sendero era tan estrecho que sólo podía ser recorrido por una persona a la vez.

«Ojalá Chewbacca estuviera con nosotros...», pensó Han, como ya había pensado varias veces desde que inició aquella expedición.

—¡Mire, amo Luke! —exclamó Cetrespeó—. Cada hoja tiene una forma distinta... Fíjese en cómo se caen cuando las toco.

La voz quejumbrosa de Cetrespeó quedó un poco rezagada detrás de Han, y entonces fue cuando se fijó en las hojas por primera vez. Cetrespeó tenía razón: las formas de las hojas eran muy extrañas, y las superficies irregulares estaban moteadas por colores que hacían pensar en salpicaduras. Han deslizó la mano a lo largo de una rama, y varias hojas cayeron al suelo en un lento revoloteo.

—Me pregunto si no deberíamos volver a la nave y equiparnos con sensores de radiación— dijo Cetrespeó—. Creo que la cantidad de radiación que atraviesa los blindajes de las cúpulas tal vez sea un poco superior de lo que está dispuesta a admitir la administración de Crseih. Han dobló una curva del sendero, y la voz de Cetrespeó se fue desvaneciendo a su espalda—. Oh, pero si casi puedo sentir cómo mis circuitos de inteligencia empiezan a estallar bajo la ofensiva de las radiaciones...

—Pues a mí no me parece que le esté ocurriendo nada raro a tu inteligencia —dijo Luke.

Han soltó una risita ahogada y alargó su zancada para alcanzar Xaverri. Quería hablar con ella a solas.

Pero en cuanto estuvo caminando junto a ella descubrió que no sabía qué decirle. Quería saber qué había ocurrido en su vida durante los años transcurridos desde que se separaron, pero sentía una timidez nada característica de él que le impedía preguntárselo directamente.

—Reconociste a Luke —dijo por fin, volviendo la cabeza hacia Xaverri.

—Sí.

—Luke me dijo que nadie le reconocería.

—Le exigí alguna prueba de que era un auténtico representante de la Nueva República, y entonces hizo desaparecer su disfraz.

—Así que al principio te parecía que tenía un aspecto distinto, ¿eh?

—Muy distinto, pero me liberó de su influencia. —Xaverri tembló con un estremecimiento casi imperceptible—. Tiene unas capacidades enormes, Solo, y sabe usarlas con una gran habilidad... Ni siquiera me di cuenta de que estaba afectando mis percepciones hasta que dejó de hacerlo.

—Sí, tiene mucho talento —replicó Han—, pero nunca ha tenido ocasión de terminar su adiestramiento formal.

—Ah —dijo Xaverri—. Se afirma que eso es muy peligroso. —Sí, y Luke ya ha tenido ocasión de darse cuenta de ello. —Había oído ciertos..., ciertos rumores sobre ese tema —dijo Xaverri.

¿De veras? —preguntó Han—. Creíamos que habíamos logrado impedir que llegara a ser del conocimiento general.

—Tal vez lo habéis conseguido —dijo Xaverri—. Pero no olvides que soy una persona bastante

especial..., y que he invertido considerables cantidades de mis energías y esfuerzos en la creación y el mantenimiento de muchos canales de comunicación.

—Algunos de ellos son mejores que los míos —admitió Han, y el comprenderlo le irritó un poco.

—Algunos de ellos son distintos a los tuyos, Solo —replicó Xaverri—. Hay muchas personas que están dispuestas a hablar con un ladrón o que podrían haber hablado con un joven contrabandista..., pero que en cambio no están dispuestas a hablar con un general de la Nueva República.

A Han no le gustaba tener que admitir lo mucho que había cambiado desde los viejos tiempos. Pero tanto si lo admitía como si no, la verdad era que había cambiado mucho.

—Podrías ser de gran utilidad a la República —dijo.

—¿Yo? —Xaverri se rió—. No, Solo... Perdería todo mi valor apenas me convirtiese en un recurso más de la República.

—Tu trabajo sería mantenido en secreto.

—Nada es secreto. Y tú lo sabes, Solo.

—Bien, en ese caso... ¿Por qué te has puesto en contacto con nosotros, Xaverri? ¿Qué es lo que quieres?

—¡No quiero nada de ti! —replicó Xaverri con irritación—. La República ha hecho que mi trabajo resulte mucho más difícil que antes. Como presas no tenéis ningún valor. Todos sois tan dignos y honorables..., ¡tan aburridos!

Xaverri le miró fijamente durante un momento, y después su ira se fue disipando poco a poco para ser sustituida por la preocupación.

—He oído hablar de fenómenos que son tan extraños como peligrosos —siguió diciendo por fin—. Los he investigado, y creo que suponen una amenaza para la República.

—Acabas de decir que la República no te gusta nada —dijo Luke.

Han dio un respingo. Luke acababa de aparecer detrás de ellos sin producir ni el más mínimo sonido y sin ningún aviso previo, y Han esperó que Luke no hubiera oído cómo comentaba sus puntos flacos con Xaverri.

Para ser exactos, no ha dicho que no le guste la República —intervino Cetrespeó en su tono más pedante—. Lo que ha dicho...

No tengo ninguna cuenta pendiente con la República, y no hay nada que me obligue a enfrentarme con ella—le interrumpió Xaverri—. Obtengo menos beneficios que antes, desde luego, pero no necesito mucho dinero para vivir. Tal vez me retire pronto.

Pero dijiste que... —murmuró Han.

—¡Oh, tienes que recordar cómo era todo antes! —exclamó Xaverri con visible irritación—. Cuando el Emperador gobernaba, sus esbirros entraban por la fuerza en nuestras casas; el soborno y el chantaje eran la única protección de que disponíamos; y yo necesitaba grandes sumas de dinero para proteger mi mundo natal de sus incursiones, para impedir que mis amigos murieran, y para evitar que sus hijos fueran incorporados a las cuadrillas de trabajos forzados. E incluso entonces... Sí, incluso entonces hubo momentos en los que mis esfuerzos no bastaron para evitar esos horrores.

Se le quebró la voz, y Han le acarició la muñeca. Xaverri movió la mano de tal manera que sus dedos se curvaron alrededor de los de Han, y después los apretó durante un momento y los soltó enseguida.

—Sí —murmuró Han—. Todavía recuerdo cómo era la vida entonces.

Y gracias a la República ahora ya no necesito sumas de dinero tan enormes, ¿entiendes? —siguió diciendo Xaverri, que había vuelto a recuperar el control de su voz—. Ahora me basta con sumas moderadas —añadió con una sonrisa.

—¿Cuánto falta? —preguntó Luke de repente.

—Aún nos queda un poco de camino —dijo Xaverri—. ¿Estás cansado, Jedi?

—Siento curiosidad —dijo Luke.

—Ten paciencia, chico.

«Igual que en los viejos tiempos —pensó—, cuando Luke era impaciente y temerario, además de joven y falto de experiencia...» Durante los últimos años Luke había desarrollado la capacidad de sumirse en un estado de calma tan profunda que Han la encontraba un poco inquietante.

Siguieron avanzando por aquel laberinto de vegetación, caminando en silencio. El sendero

que serpenteaba a través de los arbustos se iba haciendo más angosto, y el techo de hojas estaba cada vez más cerca. Han tuvo que inclinarse, y las ramas empezaron a arañar la capa de laca púrpura de Cetrespeó y se deslizaron sobre ella con chirridos estridentes.

Han no tardó en sentir punzadas de dolor en la espalda, y el trayecto ya no le recordó tanto los viejos buenos tiempos.

Estaba a punto de rendirse y pedir que hicieran un alto para descansar un rato cuando el túnel terminó repentinamente delante de una cúpula traslúcida. Xaverri se metió por una abertura y desapareció. Han la siguió, moviéndose con envarada torpeza. La túnica de Luke rozó el suelo con un susurro ahogado detrás de Han cuando se inclinó para seguirle.

—Oh, un momento, por favor... Me resulta muy difícil doblarme en ese sentido —dijo Cetrespeó.

El androide se inclinó poco a poco hasta quedar acostado, se deslizó por la abertura con un crujido de metal cuando su cuerpo rozó el borde del material de la cúpula, y acabó reuniéndose con ellos al otro lado para ponerse en pie con un estridente zumbido de sus servomotores.

Han recorrió la nueva cúpula con la mirada. Estaba casi tan oscura como el túnel de hojas sumido en la penumbra de la débil claridad verdosa. Pero aquel verdor fantasmagórico había poseído una indefinible cualidad de vida y crecimiento, y en cambio la oscuridad crepuscular de la cúpula resultaba vagamente opresiva.

Estaban rodeados de gigantescas piedras que se alzaban a su alrededor. Las rocas se sostenían en precario equilibrio encima de un acantilado, que en realidad era la escarpada ladera de un cráter colosal que parecía haber sufrido un derrumbamiento parcial.

Xaverri se deslizó por encima de una piedra enorme y medio resquebrajada, y Han fue avanzando cautelosamente detrás de ella. Desde aquella posición privilegiada podían ver toda la cúpula. El suelo se encontraba muy por debajo de ellos, y el centro del cráter estaba ocupado por un pequeño complejo de edificios. Los edificios eran de color dorado y estaban brillantemente iluminados, y su presencia suponía el único punto de color y de luz existente en todo el campo visual de Han. Las delicadas líneas del complejo trazaban una enrevesada caligrafía sobre la piedra.

Han se preguntó cuál podía ser el significado de aquella curiosa disposición de formas y colores.

—Ése es nuestro destino —dijo Xaverri.

—¿Qué andamos buscando? ¿Por qué es tan especial?

Xaverri meneó la cabeza y se negó a responder directamente.

No lo creerás a menos que lo veas con tus propios ojos se limitó a decir.

Luke volvió a ponerse en movimiento y fue hacia un hueco que se abría entre dos rocas. Xaverri bajó rápidamente del peñasco al que había trepado. Las puntas de sus dedos apenas llegaron a rozar la manga de Luke, y Xaverri retiró la mano casi enseguida. Luke entró en el refugio que ofrecían las piedras y se detuvo.

Han bajó de un salto para reunirse con ellos.

—¿Qué pasa, chico?

Luke estaba pálido y parecía muy tenso, y tenía los ojos clavados en la lejanía. Había puesto la mano sobre la empuñadura de su espada de luz.

Cetrespeó se inclinó solícitamente sobre Luke y colocó un largo dedo purpúreo sobre su frente. Luke meneó la cabeza y se apartó del dedo de Cetrespeó, aunque apenas pareció haberse enterado del contacto.

Me temo que el amo Luke ha contraído alguna enfermedad —dijo Cetrespeó—. Su temperatura es anormalmente baja. Tal vez sea alguna variedad desconocida de trastorno provocado por la adaptación a un nuevo entorno...

—Lo único que ocurre es que tu sensor está cubierto de pintura púrpura, Cetrespeó —dijo Luke pacientemente.

Cetrespeó inspeccionó la punta de su dedo y dejó escapar una exclamación consternada.

—Pero Cetrespeó tiene razón —intervino Han—. Tienes un aspecto horrible... ¿Qué ocurre?

—Yo... No lo sé —replicó Luke—. Algo... Hay algo ahí, pero yo nunca...

Luke volvió a desviar la mirada hacia la lejanía, como si la conversación no hubiera existido

jamás.

—¡Jedi! —exclamó Xaverri.

Luke se volvió de mala gana hacia ella.

—Deja que te guíe_dijo Xaverri—. Ya he sido aceptada, y hay un camino bastante fácil de recorrer un poco más adelante siguiendo por el borde... Preferiría que nadie más llegara a enterarse de esta pequeña escapada.

La mirada de Luke se movió velozmente por entre las piedras, como si pudiera avanzar a grandes saltos por entre ellas, deslizarse por encima del risco, ignorar la casi invisible línea serpenteante del sendero y llegar a su meta sin necesidad de dar ningún rodeo.

«Y probablemente puede hacerlo», pensó Han.

Muy bien —dijo Luke.

Tigris respondió a la llamada de Lord Hethrir, que deseaba verle en su sala de recepciones. Llevaba consigo al pequeño Anakin, que dormía más que cualquier otro niño de su edad al que hubiese conocido hasta entonces.

Hethrir había construido su sala de recepciones privada con la madera más hermosa y delicada que se podía encontrar en todo el Imperio. La llamaban madera-cuerpo, porque era muy parecida a la carne de la raza que habitaba en el bosque antes de que el Emperador reclamara aquel mundo para sí. Los altos cargos y funcionarios favoritos del Emperador habían sido recompensados con el derecho a explotar ciertos recursos naturales, y la recompensa de Hethrir había consistido en el derecho a exportar la madera-cuerpo. Lord Hethrir había empezado a acumular su gran fortuna gracias a aquella licencia imperial, pero también había utilizado generosamente la madera para sí mismo. Las paredes, el suelo y el techo de la cámara brillaban con su hermoso resplandor.

La superficie de la madera-cuerpo pulimentada era del rosa más pálido imaginable. Estaba veteada por diminutas franjas carmesíes, que resplandecían con suaves destellos luminosos como si fueran piedras preciosas talladas y pulidas. Tigris siempre había pensado que la madera parecía estar viva y, de hecho, se afirmaba que los árboles de madera-cuerpo poseían una cierta inteligencia. Se decía que lloraban cuando Hethrir los talaba, y Tigris casi estaba dispuesto a creer que lo hacían. Sabía que su madera sangraba, pues tenía a su cargo la tarea y el honor de limpiar los riachuelos escarlata antes de que se acumularan en el suelo y llegaran a mancharlo.

«¿Cuándo permitirá Lord Hethrir que haga algo realmente importante?», se preguntó. Tigris cambió de sitio al pequeño Anakin, intentando encontrar una postura que resultara más cómoda para sus doloridos brazos.

Se preguntó cuándo decidiría Lord Hethrir que había llegado el momento de venderle, tal como hacía con los otros niños inferiores. ¡Ni siquiera conseguía pasar la primera prueba! Tigris agradecía con todo su ser a su señor que le hubiera permitido seguir a su lado durante tanto tiempo.

Lord Hethrir estaba dando la bienvenida a sus invitados en la cámara de recepciones. Lord Qaqqqu, la Dama Ucce y Lord Cnorec se inclinaron ante él en aparatosas reverencias, Lord Hethrir recompensó su respeto con un simple asentimiento de cabeza. Estaba sentado en un sillón de oro y piel repleto de almohadones de satén. Lord Hethrir miró a Tigris y movió el mentón, señalándole una alfombrilla extendida en el suelo al lado de su sillón.

Tigris se sentó en ella sintiéndose emocionado y lleno de gratitud. ¡Era la primera vez que se le permitía sentarse a los pies de Lord Hethrir!

Anakin se removió y se despertó mientras Tigris se sentaba. Tigris intentó ocultar su terror, y fue más consciente que nunca del precioso peso del niño que sostenía en sus brazos. ¿Y si hacía algo mal? ¿Y si Anakin se le caía, o si hacía algo que provocara que se echase a llorar?

Pero Anakin se limitó a clavar la mirada en los ojos de Tigris y se metió el pulgar en la boca. Después se pegó al hombro de Tigris y volvió a quedarse dormido.

Los invitados se aproximaron a Hethrir, haciendo una segunda serie de respetuosas reverencias mientras avanzaban.

Éste es bastante joven, ¿verdad, Lord Hethrir? —preguntó Lord Qaqqqu, señalando a

Anakin y sonriendo de oreja a oreja para demostrar que estaba bromeando.

Sí, es demasiado joven —dijo Lord Hethrir sin inmutarse—. Tendremos que dejar que crezca..., o enviarlo de vuelta al sitio del que ha venido.

—¿Enviarlo de vuelta, mi señor? —exclamó la Dama Ucce—. ¿Creéis que sería prudente...? —La Dama interrumpió su comentario un momento más tarde de lo que hubiese debido hacerlo para no despertar la ira del Lord cuando comprendió que acababa de insultar a Lord Hethrir—. Lo que quería decir... Oh, por supuesto, qué estúpida soy... Queríais decir que podéis borrar sus recuerdos y devolverlo luego, naturalmente. Sois tan sabio...

—También podríais permitir que me quedase con él —dijo Lord Cnorec—. Creo que es adorable. Así no os daría problemas, y yo me encargaría de recompensar vuestra amabilidad.

—De momento seguirá conmigo —dijo Lord Hethrir—. Me divierte. No tenéis que preocuparos por la posibilidad de que revele vuestra existencia o vuestra profesión a la Nueva República.

Los tres invitados se inclinaron ante él por tercera vez. Tigris contempló con respetuoso temor cómo las palabras de Lord Hethrir bastaban para controlar la situación. Lord Hethrir estaba jugando con ellos, naturalmente, pues no tenía la más mínima intención de entregar al pequeño Anakin a nadie. El niño era la clave de todos sus planes.

Los invitados temían a Lord Hethrir, aunque cada uno era dueño de una nave armada y quizá incluso de una flota entera de naves. Los invitados de Hethrir habían conseguido salvarse a sí mismos y a sus recursos de la caída del Imperio. Se habían escondido y habían ocultado la existencia de sus grandes riquezas, sus seguidores y sus naves estelares, haciendo que todo aquello se volviera invisible a la percepción de los usurpadores.

Todos ellos eran fieles vasallos y servidores de Lord Hethrir. Cuando el Lord estuviese preparado y el Imperio Renacido venciera a la Nueva República, entonces Hethrir se convertiría en Emperador, y aquellos invitados y todos sus otros seguidores le reconocerían públicamente.

Tigris quería estar al lado de Lord Hethrir cuando eso ocurriera. Quería llevar la chaqueta azul claro del uniforme de la Juventud del Imperio o el uniforme azul claro con medallas de un Guardián, o aunque sólo fuese la túnica color rojo óxido de un ayudante.

Quería que Lord Hethrir diera alguna señal de que era consciente de su existencia.

Anakin se removió en sus brazos. Tigris deslizó una mano sobre la cabellera del pequeño y le habló en susurros para impedir que perturbase la reunión de Lord Hethrir.

«Debo demostrar que soy digno de ello —pensó Tigris—. ¡Tengo que demostrarle que merezco ser algo más que una simple niñera!»

—Hoy ando un poco escaso de tiempo —dijo Lord Hethrir—, así que será mejor que tratemos nuestros asuntos y terminemos lo más deprisa posible.

Una imagen se formó entre los invitados y la pared de reluciente madera-cuerpo. La imagen mostraba a los niños que habían sido sacados del grupo de entrenamiento. Los invitados la inspeccionaron.

—Pronto iremos a la Estación Crseih para consolidar mi alianza definitiva con Waru —dijo Hethrir—. Mis seguidores ya se están reuniendo, y cada uno deseará hacer su elección de entre estos niños.

Movió una mano señalando la imagen. Los invitados examinaron a los niños de forma tan impasible y desapasionada como si fuesen objetos.

—Podéis pujar entre vosotros para obtener la licencia de la distribución. —Lord Hethrir anunció la suma con la que se iniciaría la subasta. Después sonrió y señaló a la fea criatura de enormes colmillos y pelaje negro sobre negro, que se había convertido en la mascota de Anakin—. Esta bestia carece de inteligencia, por lo que se la regalaré a aquel de vosotros que obtenga la licencia.

—Guau bueno... —murmuró Anakin.

Los invitados intercambiaron miradas nerviosas y vacilantes, y acabaron volviéndose nuevamente hacia Hethrir. Incluso Tigris había quedado asombrado y perplejo ante la magnitud de la cifra exigida por Hethrir.

«Pero Lord Hethrir siempre es justo —pensó—. El grupo que ofrece es excepcional, naturalmente, ¡y además sellará el tratado con Waru!»

Es una suma muy grande...

Lord Cnorec permitió que su voz se fuera debilitando poco a poco hasta que se desvaneció en el silencio, y ni siquiera añadió el tratamiento honorífico al que tenía derecho Lord Hethrir.

Hethrir frunció el ceño.

—¡Mi señor! —se apresuró a añadir Cnorec.

—¿Acaso no te he tratado bien, Cnorec?

—¡Sí, mi señor!

—¿Acaso no has prosperado a través de tu asociación conmigo? —¡Sí, Lord Hethrir! Pero...

Lord Cnorec se calló. Desgraciadamente para él, ya era demasiado tarde.

—¿«Pero», Cnorec? ¿«Pero» qué?

Nada, mi señor.

Hethrir contempló a Lord Cnorec en silencio.

Cnorec acabó desmoronándose bajo la mirada de Hethrir.

Yo sólo quería decir que... ¡Estamos hartos de trabajar en secreto, mi señor! ¡Estamos empezando a cansarnos de aguardar el renacimiento del Imperio!

Dudas de mí, Cnorec —dijo Hethrir en voz baja y suave.

—¡En absoluto, mi señor! Yo sólo deseo... Sólo espero que...

Jadeó intentando tragar aire—. Anhele impacientemente el momento en que... Cnorec hizo un esfuerzo desesperado para introducir aire en sus pulmones—. En que podré vivir... bajo vuestro... —Su rostro estaba enrojeciendo, y un hilillo de sangre empezó a fluir de una fosa nasal. Cnorec lo rozó con las puntas de los dedos y después contempló con incredulidad su mano manchada—. ¡Bajo vuestro gobierno!

Se derrumbó y quedó inmóvil en el suelo. Tigris le miró, horrorizado ante su osadía al atreverse a dudar de Lord Hethrir y muy impresionado ante el castigo que se le había infligido por ello.

Lord Hethrir no hizo ningún gesto y no pronunció ninguna orden, pero dos Guardianes entraron en la sala de recepciones, levantaron el cuerpo de Lord Cnorec del suelo y lo sacaron de la estancia.

La Dama Ucce y Lord Qaqququ estaban perplejos y aturdidos, e intentaron dirigir la mirada hacia cualquier otro punto de la habitación sin conseguirlo, mientras hacían esfuerzos desesperados para comportarse como si no hubieran acabado de presenciar la caída y muerte de su colega y rival.

Tendría que haber sido capaz de esperar con paciencia un momento más —dijo Hethrir con afabilidad—. El Imperio Renacido ya está muy próximo.

La Dama Ucce y Lord Qaqququ reaccionaron con una mezcla de sorpresa, temor y nerviosa expectación. Lord Cnorec quedó olvidado al instante.

—Podéis considerar parte de vuestra puja como una contribución al éxito del Imperio Renacido —dijo Hethrir.

—Pujaré —dijo la Dama Ucce.

Lord Qaqququ fue contestando inexorablemente a las pujas de la Dama Ucce. El ganador de la subasta gozaría del favor de Hethrir, y quien perdiese podía acabar padeciendo la suerte de Lord Cnorec.

Pero cuando la última puja dobló la cifra original, Lord Qaqququ empezó a dar visibles señales de nerviosismo.

—Os ruego que me perdonéis, Lord Hethrir —dijo por fin—. No puedo obtener una suma semejante dentro del plazo que habéis fijado para efectuar el pago.

Para contribuir al Imperio Renacido —dijo Lord Hethrir con dulzura.

—Siempre he tenido la intención de hacer una contribución, por supuesto —dijo Lord Qaqququ—, aparte de lo que pudiera llegar a pujar. —La cifra que surgió de sus labios era la mitad de la suma original, y Lord Qaqququ se apresuró a doblarla en cuanto sus ojos captaron el casi imperceptible enarcamiento de una de las cejas de Lord Hethrir—. Os ruego que aceptéis esta contribución a nuestra causa —añadió inclinándose ante Lord Hethrir.

Lord Qaqququ se volvió hacia la Dama Ucce.

—Me habéis superado, mi señora.

Lord Hethrir movió una mano en un pequeño y elegante gesto de aceptación.

La Dama Ucce había ganado la subasta, el grupo de niños y el derecho de ofrecerlos a los lealistas partidarios del Imperio en la reunión del tratado de Lord Hethrir. Si sobraba alguno, después podría venderlo en los mercados de esclavos.

Aquel tráfico era el cimiento sobre el que se basaban los grandes logros de Lord Hethrir, pero Tigris compadecía a quien sólo pudiera exigir lealtad mediante la posesión de un cuerpo. Esas personas esclavizaban a otros seres. Lord Hethrir en cambio... No, Lord Hethrir daba la libertad a quienes le servían.

Tigris también sentía compasión por los niños del grupo que Lord Hethrir acababa de vender. No les compadecía porque hubieran sido vendidos, ya que ése era el único destino que podían esperar si no estaban capacitados para servir a Lord Hethrir de manera directa; sino porque ya habían dejado de tener un lugar en el gran plan de Lord Hethrir.

Los niños que seguían en la escuela aún tenían una posibilidad de ser ascendidos y purificados, y todavía podían aspirar a renacer al servicio del Lord, a llevar sus colores y recibir sus órdenes.

Tigris bajó la mirada hacia Anakin. El niño pesaba mucho, y Tigris tenía los brazos doloridos después de llevar tanto rato sosteniéndolo. Pero Tigris soportaba aquel dolor con alegría y lo aceptaba encantado.

«Tienes mucha suerte, niñito —pensó. Tú harás mucho más para ayudar a mi señor de lo que yo jamás podré esperar llegar a hacer...»

La Dama Ucce transfirió el pago de sus cuentas a las de Lord Hethrir.

—Y, naturalmente, yo también haré una contribución sin recompensa a la causa del Imperio Renacido —anunció.

La Dama Ucce volvió a contemplar la imagen de sus últimas adquisiciones. No dijo nada, pero sus ojos ardían con una llama de ávida impaciencia.

—El poder... —le susurró Lord Hethrir—. El poder es lo único realmente importante.

La Dama Ucce le miró.

—El poder sobre otros seres inteligentes —dijo el Lord. Los labios de la Dama se fueron curvando lentamente en una gran sonrisa.

—Podéis prestarme un servicio —dijo Lord Hethrir.

—Me encantará poder hacerlo, mi señor.

La señal de Lord Hethrir volvió a ser indetectable para Tigris

El muchacho que acababa de incorporarse a la Juventud del Imperio entró en silencio, luciendo orgullosamente su nuevo uniforme y sosteniendo en sus manos una bandeja taraceada que contenía un, botella de un vino añejo y tres delicadas copas.

—Podéis tomar a este muchacho a vuestro servicio e infiltrarle en la República, haciendo que se establezca dentro de ella. —Será un placer encontrarle una buena posición, Lord Hethrir —Voy a depositar una..., una gran confianza en él.

El Joven no pudo reprimir una sonrisa de orgullo. Descorchó la botella y sirvió unas gotitas de vino para que Lord Hethrir lo probara. Tigris admiraba enormemente a su señor por no utilizar jamás un catador ni siquiera cuando se hallaba lejos de las cocinas y las bodegas de su propiedad. Sus actos demostraban su valor y su invulnerabilidad mucho mejor que cualquier palabra.

Lord Hethrir cogió la copa de vino. El cristal era tan maravillosamente fino y delicado que vibró con un tintineo musical en cuanto el Lord lo tocó. La nota límpida y aguda llenó de ecos la sala de recepciones. Hethrir se llevó la copa a los labios y la música se desvaneció. Hethrir paladeó el vino, cerró los ojos, tragó y sonrió.

Lord Hethrir permitió que el Joven llenara su copa y la de la Dama Ucce; pero después fue él quien llenó la tercera copa con su propia mano, y se la ofreció al Joven. Todos ignoraron concienzudamente a Lord Qaqqqu, que les estaba contemplando con expresión abatida.

Lord Hethrir alzó su copa. La Dama Ucce y el Joven imitaron su gesto.

Tigris inclinó la cabeza.

Anakin se retorció en sus brazos para poder ver lo que estaba ocurriendo. Sus ojos azul hielo estaban muy abiertos.

—¡Por el Imperio Renacido!

—¡Por el Imperio Renacido!
—¡Por el Imperio Renacido!

La escotilla del transporte de pasajeros se hizo a un lado revelando la oscuridad. El sistema estelar más cercano se encontraba tan lejos que la escasa cantidad de luz procedente de las estrellas existente no bastaba para iluminar la cavernosa entrada.

El traje presurizado de Leia la envolvía en un cálido abrazo y la protegía de la gélida falta de aire del espacio. Erredós iba detrás de ella, con Chewbacca avanzando en último lugar. El wookiee tenía un aspecto extrañamente esbelto en su traje presurizado ceñido al cuerpo. Leia entró en el carguero modificado moviéndose con la máxima cautela posible.

Sin embargo, no ocurrió nada. Ningún sistema de seguridad intentó averiguar la razón de su presencia allí, y ninguna luz respondió a su movimiento.

El flujo de energía del carguero había sido reducido a un nivel tan bajo que la gravedad apenas funcionaba. Los pies de Leia tocaban el suelo, pero si lo deseaba podía saltar y llegar a rebotar en el techo a pesar de que la distancia que la separaba de éste era de dos veces su estatura.

Erredós la dejó atrás con un repentino acelerón, moviéndose silenciosamente en el vacío. La baja gravedad artificial hizo que las orugas del androide lo catapultasen hacia arriba y hacia adelante en un largo salto incontrolado. Erredós aterrizó al otro lado de la escotilla, rebotó en un mamparo y acabó quedándose inmóvil. El androide, bastante escarmentado, trazó un lento círculo mientras buscaba señales de posible peligro.

El resoplido de sorpresa de Chewbacca creó ecos en el comunicador de Leia. La enorme silueta del wookiee se alzó detrás de ella. Chewbacca estaba un poco rígido y seguía muy dolorido, y probablemente no podía moverse muy deprisa —aunque moverse deprisa no fuese muy buena idea en aquellas condiciones, desde luego —, pero aun así Leia se alegró de que estuviera detrás de ella para proteger su espalda.

Leia encendió su reflector. Erredós estaba deslizando los haces luminosos de sus focos por los rincones de la enorme escotilla en forma de cubo del carguero modificado. Leia consiguió encontrar los controles interiores. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era quedar atrapada dentro del carguero con los androides de limpieza del *Alderaan* como única ayuda posible para sacarla de allí, pero tanto Erredós como Chewbacca se habían negado en redondo a quedarse en su nave, y Leia no estaba dispuesta a permitir que fuesen al carguero sin ella.

Los controles respondieron a sus órdenes. Leia inició el ciclo de funcionamiento de la escotilla.

La puerta exterior se deslizó lentamente a lo largo de sus guías hasta que se cerró. No produjo ningún sonido, pero Leia sintió cómo la vibración se propagaba a través de sus botas, y se estremeció a pesar del calor que le proporcionaba su traje. La última franja de espacio negro y estrellas tan lejanas que parecían cabezas de alfiler acababa de desaparecer.

El aire fue entrando en la escotilla de carga, y la presión interior aumentó poco a poco con él. Leia se estaba removiendo nerviosamente, deseando que hubiera alguna forma de llevar a cabo el proceso a la velocidad máxima; pero la actividad de la planta de energía había sido reducida hasta lo que era prácticamente un nivel cero. No podía correr el riesgo de dañar los sistemas de apoyo vital de los pasajeros sumidos en el sueño.

Chewbacca dejó escapar un grito quejumbroso.

--No sé qué estoy buscando —respondió Leia—. Los secuestradores hicieron un alto en su huida justo aquí, y no sé dónde han ido después. Si tienes alguna idea mejor, me encantaría oírla.

Chewbacca soltó un bufido.

El traje presurizado de Leia inspeccionó una muestra de aire. Era respirable, aunque no contenía mucho oxígeno. Leia acabó decidiendo que estaría más segura si no se quitaba el traje, ya que así no tendría que preocuparse pensando en los riesgos de contaminación o en la posibilidad de perder el conocimiento debido a la anoxia.

La puerta interior por fin se hizo a un lado y permitió que Leia entrara en el carguero modificado para pasaje. La nave estaba dividida en secciones gigantescas, y cada una contenía hileras y más hileras de ataúdes de sueño. Los sistemas de apoyo vital se hallaban en una situación muy precaria, y parecían a punto de fallar. Algunos ataúdes se habían oscurecido, y las

personas que contenían habían muerto.

Chewbacca lanzó un gemido en el que había tanto recuerdos como desesperación. Leia le rozó la mano para indicarle que comprendía lo que estaba sintiendo. Aquellas personas habían sido arrancadas de su mundo por la fuerza, igual que le había ocurrido a él, pero no habían tenido tanta suerte como el wookie.

Leia quitó el polvo que se había acumulado sobre el caparazón transparente de uno de los ataúdes de sueño. Debajo del cristal yacía un humanoide, inmóvil como el príncipe de un cuento de hadas. Su larga cabellera de franjas doradas y castañas se curvaba alrededor de su rostro en una abundante masa de rizos, y crecía a lo largo de su mentón formando una especie de enormes patillas.

—Es un nativo de Firrerre —dijo Leia. Deslizó su guante sobre las ventanillas de unos cuantos ataúdes de sueño más. Todos los pasajeros eran del mismo mundo—. El Imperio acabó con todos y destruyó cuanto había en su planeta. Utilizaron un arma biológica tan peligrosa que nadie se ha atrevido a volver a posarse en ese mundo. Creía que ese pueblo se había extinguido...

Si lograba salvar a los firrerreos y encontrar un mundo adecuado para ellos en el que les fuese posible establecerse, podrían reconstruir su civilización.

Leia deseó poder encontrar una nave llena de habitantes de Alderaan.

«Tal vez acabe encontrándola —pensó—. Puede que alguna de esas otras naves esté repleta de hombres y mujeres de mi mundo natal. Quizá... Oh, sí, puede que el Imperio secuestrara a algunos de mis compatriotas antes de destruir mi planeta...»

Leia manipuló los controles del primer ataúd de sueño y los puso en la fase del despertar.

—¿Puedes encontrar los controles generales de esta nave?

—preguntó volviéndose hacia Chewbacca—. ¿Crees que podrías volver a conectar la energía?

Chewbacca echó a caminar por un pasillo sumido en la oscuridad. Leia se apresuró a seguirle, avanzando con el paso entre deslizante y saltarín típico de la baja gravedad. Erredós fue detrás de ella lanzando silbidos quejumbrosos. Cada vez que intentaba acelerar, el androide perdía el contacto con el suelo y hacía girar sus orugas inútilmente hasta que volvía a caer sobre la cubierta. Chewbacca avanzó sin ninguna vacilación por varios cruces y dobló unas cuantas esquinas de aquel complejo conjunto de pasillos. O estaba familiarizado con los cargueros modificados gracias a su experiencia pasada, o había encontrado alguna razón para estudiar sus planos. Leia decidió no interrogarle sobre ese tema, y pensó que si quería contarle sus experiencias Chewbacca acabaría haciéndolo más tarde o más temprano.

Ya estaban en las profundidades de la nave, y Chewbacca encontró una pequeña habitación en la que no había mirillas y que ni siquiera tenía pantallas visoras que permitieran contemplar el exterior. La habitación llevaba mucho tiempo cerrada, y la tenue atmósfera olía a rancio. Unos cuantos monitores estaban débilmente iluminados por datos y lecturas cuya falta de luminosidad indicaba la escasa cantidad de energía disponible.

Chewbacca estudió los niveles de los monitores durante un momento, y después manipuló rápidamente los controles en una veloz secuencia de movimientos y órdenes. La nave cobró vida a su alrededor: las luces recuperaron su brillantez habitual y el aire empezó a moverse por el sistema de ventilación con un leve siseo. El traje presurizado de Leia detectó el cambio, y desactivó los sistemas que habían estado esforzándose para mantenerla caliente hasta aquel momento.

—Estupendo —dijo Leia—. Muchas gracias, Chewbacca... Voy a volver al ataúd de sueño para que el firrerreo no esté solo cuando despierte.

Chewbacca replicó con un gruñido de negativa y le mostró una lectura separada de las demás..

—¿Qué es?

Pero Chewbacca ya estaba saliendo de la sala de control para avanzar rápidamente por el pasillo con los largos saltos que permitía la baja gravedad. Leia le siguió lo más deprisa que pudo. Tenía muy poca experiencia en condiciones de gravedad muy baja o de caída libre, y no quería acabar haciendo piruetas por el aire como Erredós.

El grito de rabia y pena de Chewbacca resonó por todo el pasillo y lo llenó de ecos.

Leia encontró al wookiee en un compartimento tan blanco y limpio que parecía una sala de operaciones. Chewbacca estaba inmóvil con la vista clavada en el techo.

Una nativa de Firrerre colgaba de una extraña red que palpitaba y se retorció y que mantenía su cuerpo inmovilizado y pegado al techo.

La firrerreo tenía los ojos abiertos y clavados en la nada. Su rostro de rasgos angulosos y muy marcados estaba pálido y macilento. Su larga cabellera salpicada de franjas negro y plata oscilaba de un lado a otro en las corrientes de aire como si tuviera vida propia. La red hundía sus delgados cables en su piel dorada, y la había dejado llena de cortes y arañazos. La mujer se movió.

—¡Está viva! —gritó Leia.

La red se tensó un poco más, y los cables se incrustaron todavía más profundamente en los brazos y piernas emaciados de la cautiva. La firrerreo se quedó totalmente inmóvil sin emitir ningún sonido. Sólo sus ojos se movían, y su mirada se encontró con la de Leia durante un momento. Las membranas nictitantes se deslizaron sobre la negrura de sus iris, haciendo que pareciera haberse vuelto ciega de repente.

—Bájala de ahí. Deprisa, Chewbacca... ¿Puedes llegar hasta ella? Chewbacca estiró los brazos y rozó un filamento de la red con las puntas de los dedos.

—No...

La voz de la firrerreo era un gruñido enronquecido.

Chewbacca apartó la mano al ver que el filamento se retorció para formar una espiral que estuvo a punto de cerrarse sobre sus dedos.

Alguien dejó escapar un resoplido de disgusto y diversión detrás de ellos.

Leia giró sobre sí misma para volverse hacia la nueva voz. Chewbacca reaccionó haciendo que su mano volara hacia el sitio en el que habría tenido que estar su desintegrador, pero por desgracia estaba desarmado.

El firrerreo al que Leia había despertado estaba inmóvil en el umbral, agarrándose al quicio de la puerta para no perder el equilibrio.

—No podéis bajarla así —dijo—. Lo único que conseguiréis es acabar atrapados en la red.

—¡La está torturando! —exclamó Leia—. Tenemos que liberarla.

Erredós extendió una serie de conectores hacia la compuerta de datos de la habitación. El androide fue probando un módulo de conexión detrás de otro, como si fuese un cerrajero que estuviera utilizando una gama de ganzúas.

La compuerta de datos expulsó violentamente el módulo de Erredós. Unos tubitos brotaron de la pared y empezaron a lanzar una fina telaraña sedosa sobre el androide. Erredós dejó escapar un estridente chillido electrónico y se apresuró a retroceder. Esta vez la baja gravedad le ayudó, ya que la brusquedad de su movimiento hizo que diese un salto mortal en el aire y rompiera la telaraña antes de que pudiera inmovilizarle.

El firrerreo se rió.

—¡Basta! —gritó Leia.

Agarró la red de seda y la fue apartando del caparazón de Erredós con una serie de tirones. Las fibras de aspecto suave y delicado que la formaban podían ser desplazadas de un lado a otro, pero Leia descubrió que no podía romperlas. Cada vez que lo intentaba, sólo conseguía que empezaran a incrustarse en la piel. Leia se las quitó rápidamente de los dedos antes de que pudieran hundirse lo suficiente para hacerlos sangrar. Erredós retrocedió un poco más y se alejó de los filamentos.

Chewbacca gruñó sin apartar la mirada del firrerreo.

¿Cuál es tu nombre? —preguntó Leia—. ¿Cómo puede parecerle divertido todo esto?

—Yo podría hacerte la misma pregunta —replicó el firrerreo—. Después de todo los intrusos sois vosotros, ¿no?

—Te desperté. Probablemente te he salvado la vida.

—¿Quién te ha pedido que lo hicieras? —contestó el firrerreo con voz hosca.

«Soy diplomática —pensó Leia—. Puedo manejar esta situación, y he de hacerlo.»

—Estoy dispuesta a decirte cómo me llamo —dijo.

Leia no estaba dispuesta a revelar quién era, por supuesto, y le dio el nombre de la identidad falsa que había creado para registrar el *Alderaan*. Utilizar el apodo de su infancia hizo que se sintiera un poco rara, como si el tiempo hubiera retrocedido de repente.

—Me llamo Lelila y éste es Geyyahab, mi compañero.

Dirigió una inclinación de cabeza a Chewbacca, que respondió lanzándole una mirada interrogativa. Leia le había escogido un nombre de la mitología wookiee, de una historia que los gemelos nunca se cansaban de escuchar; pero el personaje no era totalmente heroico, y Leia se preguntó si Chewbacca se habría sentido ofendido por su elección o si el que le hubiera proporcionado un alias mitológico era religiosamente ofensivo para él, o tal vez incluso blasfemo.

«Sé muy pocas cosas sobre la religión de su pueblo», comprendió mientras pensaba todo aquello.

El firrerreo torció los labios en una mueca burlona.

—No voy a decirte cómo me llamo —replicó—, pero ella se llama Rillao.

El nombre sonó como un gruñido impregnado de ferocidad, y la información casi pareció un insulto.

Leia señaló el techo con una mano.

—Ayúdame a liberarla.

No es de mi clan—replicó el firrerreo—. No estoy obligado a ayudarla, y tampoco estoy obligado a ayudarte.

—Si te pago, ¿estarás en deuda conmigo entonces?

¿Para qué puedo usar el dinero aquí?

—¿Y qué perderás ayudándome?

—Nada —replicó el firrerreo, pero siguió inmóvil en el umbral. ¿Qué es lo que quieres? —exclamó Leia.

—¿Qué eres? —preguntó el firrerreo—. ¿Eres una pirata, quizá, o algún esbirro del Imperio enviado para atormentarnos?

—Ni una cosa ni la otra replicó Leia. Oh, vamos... ¿Es que tengo aspecto de pertenecer a las tropas de asalto? ¿Viste algún soldado por los pasillos cuando venías hacia aquí?

El firrerreo le lanzó una mirada llena de suspicacia.

—Quiero mi libertad —dijo.

—Ya la tienes —replicó Leia al instante—. Y ahora ayúdanos..., por favor.

El firrerreo entornó los ojos hasta dejarlos casi cerrados, y después tomó una decisión y se inclinó sobre la consola que había de-rolado a Erredós. Resultaba obvio que estaba familiarizado con su funcionamiento, y eso hizo que Leia se sintiera un poco incómoda. aquella celda oculta en las profundidades de la nave sólo tenía un propósito, y estaba claro que era el de castigar y torturar. El firrerreo tal vez fuese un colaboracionista. El Imperio podía haber incluirlo un compartimento-prisión en el carguero para que algunos de sus pasajeros pudieran tener poder sobre el resto.

El firrerreo retrocedió apartándose de los controles y miró a Leia mientras curvaba los labios en una sonrisita burlona. Después miró por encima de su hombro, y Leia siguió la dirección de su mirada.

Rillao estaba bajando lentamente del techo. La telaraña se estiró primero y se contrajo después. Los filamentos se apartaron del cuerpo de la firrerreo, y los que se habían introducido en su carne fueron saliendo de ella. Los extremos de las hebras plateadas estaban oscurecidos por su sangre.

El gruñido iracundo que dejó escapar Chewbacca apenas resultó audible. El wookiee cogió en brazos a la firrerreo tratándola con gran delicadeza. Rillao no se movió.

—Volvamos al... Volvamos a mi nave.

Leia había estado a punto de delatarse revelando el nombre del *Alderaan*. Era una pista demasiado buena, y pensó que también tendría que inventarse un alias para su nave.

Jaina entró corriendo en su cubículo de estudio. Estaba sollozando, y las lágrimas le impedían ver la información que aparecía en el aire, suponiendo que hubiese querido prestarle atención, cosa que no quería hacer. Quería estar en el desfiladero con Jacen, y quería que Lusa volviera.

Jaina inclinó la cabeza y siguió llorando.

Vram se detuvo detrás de ella y le incrustó un dedo en el hombro.

¡Deja de llorar! ¡Presta atención! ¡Ponte recta!

Jaina se retorció para escapar a la dolorosa presión de su dedo y se obligó a dejar de llorar. Después se limpió los ojos con una manga y fulminó al niño con la mirada.

—Lord Hethrir quiere que respondas a estas preguntas —dijo Vram—. ¿Quién ha sido el líder más grande de nuestra historia?

—Mi mamá, por supuesto —respondió Jaina.

—¡Te equivocas! Oh, qué estúpida eres... El líder más grande de toda nuestra historia fue el Emperador.

Jaina le contempló con expresión horrorizada.

—¿Quién va a restaurar el Imperio? —preguntó Vram. —¡Nadie! —gritó Jaina.

—¡Te equivocas! ¡Lord Hethrir restaurará el Imperio! —chilló Vram—. ¡Lord Hethrir nos dará el Imperio Renacido!

—¡No!

Vram era horrible y malo. Hethrir era horrible y malo. Todos eran horribles y malos. Jaina sufrió un nuevo ataque de llanto. Estaba llorando por Lusa, y por Jacen y por Anakin, y por el wyrwulf del señor Chambelán, y por su madre y su padre y por el tío Luke; no porque creyese que hubieran muerto —no lo creía, y eso no podía haber ocurrido—, sino porque estarían muy tristes y preocupados y estarían buscándola desesperadamente. Y también lloró por Invierno, y por el señor Cetrespeó y por Chewbacca y por Erredós, y por sí misma.

¡Te has equivocado! —gritó Vram con maligna alegría—. ¡Te has equivocado! Tendrás que ir a la cama sin cenar, ¡y lo anotarán en tu historial!

Jaina estaba tan hambrienta que casi dejó de llorar, pero estaba tan enfurecida por lo que habían hecho con Lusa y cómo la habían tratado que no fue capaz de contenerse.

—¡Eres horrible! —gritó—. ¿Cómo has conseguido llegar a ser tan malo y desagradable?

Jaina le pateó la espinilla.

Vram lanzó un grito de dolor, y otro ayudante fue corriendo hacia ellos. Sacaron a Jaina de su cubículo entre los dos y la llevaron a rastras hasta la celda en que dormía. Jaina gritó, dio patadas y se retorció, pero los otros niños ni siquiera la miraron. Todos se encogieron en sus cubículos y mantuvieron la vista clavada en sus lecciones.

Vram cerró la puerta de su celda de un manotazo y la dejó atrapada en la oscuridad.

Jaina se sentó sobre el suelo duro y frío —aún no se había vuelto blando en ningún sitio—, e intentó dejar de llorar. Tenía que pensar. Tenía que encontrar alguna forma de escapar o de enviar un mensaje.

La ceremonia de ascensos y recompensas de Hethrir la había asustado mucho, y por unos momentos tuvo la impresión de que todavía podía oír al Joven del Imperio gritando «¡El Imperio Renacido!».

«He de contarle a mamá lo del Imperio Renacido —pensó Jaina—. No sé cómo, pero he de conseguirlo... He de contarle lo que está haciendo Hethrir. Me recuerda a uno de esos tiranos malvados contra los que tuvo que luchar mamá antes de que yo hubiera nacido.» Jaina se preguntó si todas aquellas batallas se repetirían una vez más, y se pasó las manos por la cara para limpiarse las lágrimas de Furia y miedo.

Después sacó su multiherramienta del bolsillo y la sostuvo en la palma de su mano. La abrió y fue a tientas hasta la puerta. Una astilla le arañó el dedo. Acababa de encontrar el sitio en el que había empezado a taladrar la madera para llegar hasta el pestillo.

La multiherramienta empezó a perforar lentamente el duro panel de madera, y Jaina se dedicó a pensar en cómo podía escapar del complejo de Hethrir..., después de que hubiera logrado escapar de su celda, naturalmente.

«¿Podría pasar por donde está el dragón? Cuando estaba lejos de mí no podía verme... Si estuviera en un extremo de la valla del desfiladero, entonces quizá no se fijaría en mí si trepaba la valla por el otro extremo.»

En realidad Jaina no creía que pudiera hacerlo. El dragón era casi tan grande como la boca del desfiladero, y le bastaría con mirar por encima del hombro para poder verla aun suponiendo que se encontrase al otro extremo de la valla.

«Quizá podría trepar por la ladera del desfiladero... Pero es muy empinada y no se ven muchos sitios donde agarrarse, y supongo que los Guardianes me verían en cuanto hubiese llegado arriba.

»Quizá podría robar una nave espacial y programarla para que me llevara a casa.»

Si conseguía escapar y encontrar el esquite de Hethrir, entonces...

El problema era que Jaina no sabía dónde estaba o dónde estaba su casa con relación al sitio en el que se encontraba, y ni siquiera sabía dónde estaba Munto Codru. Tal vez la nave lo sabría.

Y tal vez no.

Tal vez sería mejor que intentara enviar un mensaje.

«Si consigo salir de aquí de alguna manera —pensó—, entonces tal vez consiga averiguar desde dónde mandan sus mensajes. Entonces podría volver sin que me vieran y...»

Deslizó los dedos sobre la parte del panel que había estado taladrando. Había hecho un agujero diminuto y muy poco profundo, y la multiherramienta estaba tan caliente que apenas podía sostenerla en sus manos.

Suspiró. Aquello iba a resultar realmente difícil, y pensó en lo maravilloso que sería tener a Jacen a su lado y poder hablar con él. Deseó que hubiera alguna forma de poder escapar al control de sus capacidades que le había impuesto Hethrir. Entonces podría abrir la puerta, encontrar el centro de comunicaciones de Hethrir y hacer lo que quisiera.

«Me pregunto si todavía puedo hacer algo, lo que sea...»

Jaina se imaginó las moléculas de aire que había a su alrededor. Después se centró en una sola molécula e imaginó que se movía cada vez más deprisa, y sintió que la molécula respondía.

El poder de Hethrir no reaccionó. Jaina sabía que estaba acechando en torno a ella, y podía sentir su atención en la lejanía; pero el poder no percibió el minúsculo movimiento que había creado.

Jaina añadió otra molécula y luego otra más, y fue doblando y volviendo a doblar el número de moléculas a las que estaba afectando. Un puñadito de aire no tardó en vibrar con la energía que le estaba transmitiendo, y su calor fue eliminando el frío de la celda.

El remolino de aire se iluminó con un resplandor rojo primero y amarillo después, y difundió su claridad por todos los rincones de la celda de Jaina.

Y Jaina se sintió tan llena de alivio y alegría que se echó a reír.

Capítulo 06.

Han y sus compañeros avanzaron hacia los gráciles y delicados edificios color oro, y no tardaron en verse rodeados por una multitud de seres de muchos mundos. Han creyó ver a la espectral que le había abordado en la cúpula de bienvenida.

El efecto general de caligrafía y de jeroglíficos esotéricos quedaba realzado por la entrada a la estructura, donde un complicado dibujo delineaba secretos en líneas doradas por encima de toda la fachada reluciente. Las alas del edificio se curvaban a su alrededor para formar un patio tranquilo, silencioso y hábilmente resguardado. Los visitantes se iban congregando al otro lado, y después entraban en aquel espacio lleno de silencio, moviéndose lentamente de uno en uno o por grupos.

Xaverri esperó a que les llegara el turno de entrar sin dar ninguna señal de impaciencia, y Han se entretuvo observando a la multitud e intentando identificar el mayor número de mundos de procedencia posibles. Después de contar varias docenas, todavía había individuos cuyo origen era un completo misterio para él.

Han se volvió hacia Cetrespeó y atrajo su atención con un suave codazo.

—¿De dónde son esos tipos de ahí? —Han no los señaló con el dedo, ya que en la República había demasiadas personas a las que el señalar les parecía intolerablemente grosero, y se limitó a inclinar la cabeza hacia un montón de algas móviles del que brotaba un sinfín de protuberancias—. Aunque... Bueno, ¿es un grupo o es una sola persona?

—Un grupo, señor, por supuesto. Proceden del cuarto mundo de la Estrella de Markbee, para ser exactos de..., de Zeffliffl, si no me equivoco. Es decir, de las marismas del continente sur, que es el más pequeño de...

Uno de los montículos extrajo una gran bolsa de la confusión de bultos y hojas, retorció un extremo e hizo brotar un chorro de líquido que trazó un arco en el aire y cayó sobre él y sus compañeros. Unas cuantas gotitas cayeron sobre Han. Dio un paso hacia atrás, pero enseguida se dio cuenta de que sólo era agua salada. Las hojas mojadas de los zeffliffl brillaron con destellos negros bajo la luz dorada del edificio y unas cuantas cayeron al suelo y quedaron esparcidas sobre él, temblando con estremecimientos casi imperceptibles.

—¿Y aquellos de allí?

Han volvió a mover la cabeza para indicar un segundo grupo formado por media docena de criaturas ovoidales de gran tamaño y corpulencia que tenían las piernas muy cortas y robustas y ojos situados al final de gruesos tallos flexibles.

—Son—respondió Cetrespeó.

—¿Qué son?

Cetrespeó no respondió.

¿Qué son? —insistió Han.

—Acabo de decírselo, señor —replicó Cetrespeó—. Oh, le pido disculpas... Su lenguaje existe en una frecuencia que se encuentra por debajo de los límites del sistema auditivo humano. Es una función del entorno, que se caracteriza por una gravedad extremadamente alta.

—Están enfermos —dijo Luke en voz baja.

No, amo Luke —dijo Cetrespeó pacientemente—. Están hablando en un lenguaje que los oídos humanos...

—No me refiero a ellos —replicó Luke—. Lo que quiero decir es... Bueno, en casi cada grupo hay alguien enfermo o herido.

Han concentró su atención en los tipos de criaturas con los que estaba más familiarizado, y no tardó en darse cuenta de que Luke tenía razón. Percatarse de ello hizo que aquella extraña congregación de seres de muchos mundos adquiriese una cualidad vagamente conmovedora de la que no había sido consciente hasta aquel momento. Vio a una familia que se apiñaba para proteger a un niño, pariente o primo-colateral; al lado se veía a un grupo de clan sosteniendo una camilla sobre la que yacía uno de sus miembros, que gemía y temblaba convulsivamente.

Han miró a Luke e inclinó la cabeza para indicar que estaba de acuerdo con su análisis.

«Y Luke no tiene muy buen aspecto —pensó— ¿Qué le está ocurriendo? Nunca se pone enfermo...»

—Pronto lo entenderás —dijo Xaverri. Su rostro estaba ensombrecido por la preocupación—. Es nuestro turno.

Entró en el patio. Han la siguió con Luke al lado, y Cetrespeó entró en último lugar.

El silencio se alzó a su alrededor apenas entraron. La caligrafía dorada de la fachada del edificio relucía contra el resplandor de espejo de la pared. La perspectiva fue cambiando con cada paso que daba Han. La caligrafía se movía y ondulaba lentamente, variando a cada momento con tanta fluidez como si todavía estuviera siendo escrita.

Estaban solos en el patio. El silencio era tan absoluto que resultaba casi fantasmagórico. Han miró por encima del hombro sintiéndose repentinamente dominado por la ilusión de que la multitud había desaparecido, y enseguida vio que no era así. El gentío seguía donde lo había dejado, una masa de cuerpos que llegaba hasta la entrada del patio y aguardaba mientras sus integrantes conversaban con una excitación curiosamente contenida entre ellos sin que Han pudiera oír sus voces.

—Verá, amo Luke —dijo Cetrespeó—, teniendo en cuenta las circunstancias... Bien, me estaba preguntando si... ¿Cree que debo esperar fuera?

Si lo prefieres puedes hacerlo —dijo Xaverri—, pero he sido aceptada. No corremos ningún peligro.

—¡Peligro! —exclamó Han—. Eh, espera un momento... ¿Quién ha dicho algo de algún peligro?

—Nadie —dijo Xaverri, visiblemente divertida—. He dicho que no corremos ningún peligro, aunque parece ser que no me has entendido bien.

—Pero...

—Me refiero a que no me parece muy probable que los de mi..., mi especie sean bienvenidos aquí —dijo Cetrespeó.

—Todas las formas de inteligencia son bienvenidas aquí —respondió Xaverri.

—¿Incluso los androides?

—Incluso los androides.

—Ah —dijo Cetrespeó—. Un tanto inusual, ¿no? Muy... Muy avanzado y progresista, desde luego.

Pasaron por debajo del arco que se alzaba al otro extremo del patio y se sumergieron en un auténtico manicomio.

La multitud callada y respetuosa se había transformado en una aglomeración de suplicantes que gritaban y lanzaban ruegos quejumbrosos. Los cuerpos se agitaban en un apelo-tonamiento carente de todo orden o disciplina, e iban avanzando hacia la parte de atrás de la amplia estancia, donde había un gran altar dorado que se alzaba sobre ellos.

—¡Ayúdanos, Waru! ¡Waru, cura a mi niño, cura a mi hermana de huevo, protege a mis amigos del fuego hogareño de la maldición que han hecho caer sobre ellos!

Las súplicas y peticiones creaban ecos que resonaban por toda la cámara. Luke agarró a Han por la parte superior del brazo, y sus dedos se hundieron con una dolorosa presión en el bíceps de Han.

—Eh, chico...

—¡Mira! —dijo Luke con voz apremiante.

El altar se movía.

Han se puso tenso.

—¿Qué...? ¿De dónde ha salido eso, Cetrespeó?

—Lo lamento, señor, pero debo confesar que a pesar de que poseo amplios conocimientos sobre todos los mundos de la Nueva República y muchos que se encuentran fuera de ella, no estoy familiarizado con esta criatura.

—Ése es Waru —dijo Xaverri.

El altar que era una criatura viva se elevó un poco más con una potente contracción, y giró sobre sí mismo hasta quedar orientado hacia ellos.

—Aproxímaos a mí, Xaverri.

La voz era potente, sonora y límpida, y muy, muy suave. Llenó la cámara con un susurro que logró hacerse claramente audible a pesar de las súplicas de la congregación. Xaverri dio un paso hacia adelante y la multitud le abrió un camino. Han la siguió sin pensar en lo que hacía. Lo único que sabía era que no quería que Xaverri se acercase a aquella criatura tan extraña sin tener a nadie más junto a ella, y se quitó de encima la mano con que intentaba contenerle Luke.

Han se fue acercando al altar, y no tardó en poder ver mejor a Waru. La criatura era una compleja estructura de escudos de oro que parecían estar engastados entre sí, pero debajo de los escudos se veía una enorme masa de tejido al descubierto que hacía pensar en grandes trozos de carne cruda y que resultaba visible desde ciertos ángulos y según cuales fuesen los movimientos de la criatura. Un fluido —¿sangre?— brillaba por entre los gigantescos escudos e iba rezumando lentamente de las rendijas, precipitándose en forma de gotas y de riachuelos sobre el estrado, donde se iba coagulando para formar un pequeño lago lleno de protuberancias y costras. Había tanta sangre que había acabado rebosando del estrado para formar estalactitas que colgaban de él, y que habían alcanzado tal longitud que sus puntas casi rozaban el suelo del auditorio.

Xaverri se detuvo delante del estrado.

--No os halláis sola, Xaverri murmuró Waru.

—No hállome sola, Waru.

«"¿No os halláis sola?" —pensó Han—. Oh, estupendo... ¿Qué es esto, algún dialecto de esos que sólo saben hablar unos cuantos eruditos? "No os halláis sola, no hállome sola..." ¿Qué infiernos acaban de decir? Supongo que es una forma complicada de explicar que Xaverri ha venido con unos cuantos amigos, ¿verdad?»

¿Desean ser curados?

Waru parecía infinitamente cansado.

—No, Waru. Os traigo nuevos discípulos para que estudien vuestras revelaciones y aprendan vuestra verdad, para que así puedan apreciar vuestra existencia y entregaros su devoción.

Waru suspiró.

—Me siento extremadamente complacido. De entre todos sólo vos, Xaverri, habéis llegado a ofrecerme un don. Los demás imploran mis dones..., ¡y yo se los entrego con suma alegría! Pero...

—Vuestra generosidad es prodigiosa y el asombro de toda la Estación Crseih —dijo Xaverri.

Nadie más respondió a la queja de Waru. Era como si el susurro del ser sólo llegara a los

oídos de Xaverri y sus amigos, y al pensar en ello Han se dio cuenta de que no había oído que Waru se dirigiese a nadie más. Sólo había podido oír el susurro de Waru cuando la criatura se dirigía directamente a Xaverri.

«Un truco magnífico —pensó—. Tiene que ser un truco, ¿verdad? A menos que... A menos que esta cosa sea lo que Luke anda buscando.»

Volvió la cabeza hacia Luke, pero cuando le miró no vio nada en sus rasgos que le permitiera decidir si se encontraban ante el Jedi perdido que había estado buscando. Luke había concentrado toda su atención en Waru, pero su expresión no revelaba ninguna alegría.

Las placas doradas ondularon en un estremecimiento tan lento y sensual como el del pelaje de un animal. Después se contrajeron, y las venas que había entre ellas se juntaron. El fluido — y la primera palabra que acudió a la mente de Han fue «icor», y pensó que era la primera vez que veía algo que realmente era adecuado describir utilizando esa palabra— empezó a surgir desde debajo de la enorme base de Waru, y fue rezumando poco a poco hasta formar una nueva capa reluciente a su alrededor. Una gota minúscula se deslizó a lo largo de una estalactita, quedó suspendida en la punta, simultáneamente estirada y coagulada, y acabó solidificándose para crear un angosto filo cortante en el extremo de la protuberancia.

La contracción de la coraza de Waru hizo que la criatura se elevara un poco más y la inclinó hacia ellos. Han buscó infructuosamente algo que tuviera un aspecto obvio de ser órganos de visión, audición, olfato o cualquier otra sensación, y ni siquiera consiguió averiguar cómo se las arreglaba Waru para producir una voz.

«Quizá nos percibe como impresiones calóricas que aparecen en su piel —pensó—. O quizá no pueda tener ninguna percepción de nosotros... Tal vez ni siquiera esté vivo.»

—Habéis traído ante mí a una nueva criaturadijo Waru dirigiéndose de nuevo a Xaverri—. He visto humanos antes. Oh, sí, he visto a muchos humanos... Los humanos son tan frágiles... Pero nunca había visto a esta otra criatura. —Waru se inclinó hacia adelante. El icor coagulado se agrietó y se desprendió en grandes retazos, revelando los filos de nuevas hileras de escamas doradas—. ¿Quién eres? ¿Qué eres?

Xaverri hizo avanzar a Cetrespeó.

—Es un nuevo conocido mío llamado Púrpura-Tres —dijo—. Pensé que tal vez no os hubierais hallado jamás ante un ser de su especie.

—Bienvenido, Púrpura-Tres —dijo Waru.

—Gracias, señor Warudijo Cetrespeó—. Me siento muy honrado al haber sido admitido a su presencia.

Han tuvo que admitir que había momentos en los que Cetrespeó podía ser más inteligente de lo que aparentaba, ya que el androide se había dado cuenta de que Waru sólo empleaba el «vos» y aquel lenguaje arcaico cuando se dirigía directamente a Xaverri, cosa que se le había pasado por alto a Han hasta aquel momento.

«Yo habría metido la pata hasta el fondo —pensó Han—, y probablemente sólo habría conseguido ofender a este bicho. ¿Por qué no nos ha dicho Xaverri que...?»

—Mi nombre es únicamente Warudijo la gigantesca criatura, y su voz casi era un ronroneo —, aunque algunos me llaman «maestro». Es el único título honorífico hacia el que siento estima.

—Entonces me complacería utilizarlo, si tiene la bondad de aceptarlo de mí—dijo Cetrespeó—. He estudiado muchos temas en muchos lugares. Soy un experto en el campo de las relaciones entre los humanos y los organismos cibernéticos, y domino con fluidez seis millones de formas de comunicación distintas. Siempre agradezco que un maestro esté dispuesto a compartir conocimientos esotéricos conmigo.

Han estaba empezando a encontrar un poco opresivos el calor y la humedad de la estancia. El olor a cobre que emanaba del icor de Waru llenaba sus pulmones de un cosquilleo bastante incómodo. Luke permanecía inmóvil junto a él, y contemplaba a la criatura con tanta fijeza como si estuviera hipnotizado.

—Relájate, chico —dijo Han en voz baja y en un tono impregnado de diversión—. No es más que un...

Xaverri le lanzó una rápida y furiosa mirada de advertencia. Luke se volvió lentamente hacia él para contemplarle con ojos gélidos e inhumanos, y después concentró nuevamente su atención en

Waru. Han estaba perplejo y optó por cerrar la boca, pero decidió completar el comentario mentalmente para sí mismo. «No es más que un montaje —pensó—. Es el montaje más complejo y sofisticado que he visto en mucho tiempo, desde luego, pero sigue siendo un montaje. Si Luke y Ben Kenobi son un buen patrón de enjuiciamiento, ningún Jedi puede comportarse así..., y si Waru representa el lado oscuro, entonces Luke lo sabría enseguida. La única reacción que se merece esta cosa es que me ría de ella.»

—Xaverri, mi honrada estudiante, ¿habéis podido estudiar los textos que os entregué?

Sí, maestro —dijo Xaverri.

—Y, naturalmente, ya habéis comprendido la conexión existente entre el flujo del ego y la luz de fondo universal, más pregúntome si habréis podido dar el salto conceptual necesario para llegar a la sinergia de la aprehensión intelectual y la cristalización cuántica...

—Me avergüenza un poco admitir que no he podido hacerlo —dijo Xaverri—, aunque ahora que me habéis mostrado el camino puedo ver que la interacción es totalmente inevitable.

Han tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no soltar un bufido de irritación e incredulidad.

Xaverri y Waru siguieron conversando de manera parecida durante unos minutos sin prestar ninguna atención a la multitud, el ruido y las súplicas de ayuda. Los gemidos y quejas empezaron a poner bastante nervioso a Han, que sólo quería subir de un salto al estrado y decir a toda aquellas gentes que se fueran a sus casas y visitaran a sus médicos. Ardía en deseos de preguntar a Xaverri por qué le seguía la corriente a Waru y le cubría de elogios, y se sentía cada vez más perplejo al ver la deferencia con que trataba a aquel ser.

En los viejos tiempos Xaverri siempre había sido inmune a aquella clase de fraude, seguramente porque conocía tan bien las distintas modalidades del fraude que no podía ser víctima de ellas. La misma Xaverri había concebido unas cuantas estafas similares, aunque reservaba el timo del curandero milagroso para funcionarios imperiales particularmente aborrecibles, y siempre despojaba a su presa de una porción muy considerable de sus recursos financieros.

¿Creía en las tonterías de Waru? En ese caso, Xaverri había cambiado hasta dejar de ser reconocible como la persona a la que Han había conocido en el pasado, y la transformación había ido mucho más allá del aspecto físico. Y si Xaverri no creía en Waru... Bien, ¿qué estaban haciendo allí entonces?

Cetrespeó estaba observando la conversación sumido en un silencio nada propio de él. Han frunció el ceño. La expresión de Cetrespeó era imposible de descifrar, pero normalmente nunca resultaba demasiado difícil saber qué pensaba el androide de una situación determinada. Cetrespeó sencillamente te lo decía, o intentaba disimular su verdadera opinión con excusas y rodeos que resultaban increíblemente transparentes. Para ser un androide diplomático, Cetrespeó era el mentiroso menos eficiente de los muchos a los que Han había conocido a lo largo de su vida.

Por otra parte, un gran número de personas encontraban halagador saber que les estaban mintiendo siempre que la mentira tuviera como objetivo evitar herir sus sentimientos o reconocer su posición social y honrarla. Cetrespeó era un consumado maestro en el uso de esa técnica.

Luke observaba y escuchaba con la misma mirada absorta y de intensa concentración que había aparecido en sus ojos apenas se encontró delante de Waru. La reacción de Luke era la que más preocupaba a Han.

Waru terminó un largo discurso filosófico sobre el estado del universo del que Han había perdido el hilo conductor hacía ya mucho rato.

—Y ahora --dijo Waru, aparentemente muy desilusionado y entristecido—, témome que no puedo permitirme seguir disfrutando de esta erudita conversación.

Xaverri puso la mano sobre una de las escamas doradas de Waru. Después cerró los ojos y se quedó totalmente inmóvil. La escama dorada fue adquiriendo un suave resplandor rosado y envolvió los dedos de Xaverri en una agradable aureola de calor. Luke dio un paso hacia ella mientras alzaba la mano. Han le agarró y le hizo retroceder. Luke se volvió hacia él con los labios fruncidos en lo que casi parecía un gruñido.

Han quedó tan sorprendido que masculló una maldición y estuvo a punto de soltar la muñeca

de Luke. Se sentía tan disgustado que tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no salir corriendo de allí, incluso si eso significaba permitir que sus amigos fueran estafados y quedaran en ridículo.

—¡No seas estúpido! --susurró Han con irritación—. ¡Sólo hace unos minutos que conoces a esta cosa, maldita sea! —añadió, y aumentó la presión de sus dedos.

Luke clavó la mirada en los dedos con que Han rodeaba y apretaba su carne como si quisiera pulverizarle los huesos. La inteligencia volvió a aparecer poco a poco en sus ojos. Después movió el brazo en un grácil giro, y su mano escapó de la presa de Han sin ningún esfuerzo aparente.

—Tienes razón —dijo.

Su voz sonó curiosamente tensa. Luke le dio la espalda a Han y volvió a clavar la mirada en Xaverri y Waru con la misma apasionada concentración de antes.

—Ya sabes que odio que hagas estas cosas, chico —murmuró Han.

Sintió un molesto cosquilleo en los dedos, no porque hubiese habido ninguna violencia en el movimiento de Luke, sino porque había estado apretándole la muñeca con tanta fuerza que su mano había sufrido un espasmo cuando Luke se liberó.

Las señales dejadas por los dedos de Han eran claramente visibles en la piel de Luke, y el blanco de las marcas pasó rápidamente al rojo.

Xaverri dio un paso hacia atrás alejándose de Waru. La huella de su mano en la escama dorada brilló durante unos momentos y acabó desapareciendo. Una gotita de icor rezumó del borde inferior de la escama y se desprendió con un plop pegajoso. Xaverri se inclinó ante Waru.

La atención de la criatura se apartó bruscamente de ellos, con el sorprendente resultado de que todos tuvieron la extraña sensación de haber sido repentinamente liberados de una presión invisible. Han se tambaleó, logró recuperar el equilibrio y quitó importancia a aquel curioso efecto con un encogimiento de hombros, pero se preguntó cómo se las había arreglado Waru para producirlo.

Xaverri siguió retrocediendo. La multitud se agitó a su alrededor, y cada miembro de ella empezó a lanzar gemidos y chillidos para atraer la atención de Waru.

Las rodillas de Xaverri se doblaron de repente. Su repentino derrumbamiento dejó tan sorprendido a Han que faltó muy poco para que se quedara inmóvil y dejara que cayese al suelo. En los viejos tiempos Xaverri nunca se había desmayado, ni siquiera en momentos de agotamiento o dolor. Su increíble resistencia física siempre había asombrado a Han durante todos los años en que había compartido aventuras con ella. Lo primero que pensó mientras la veía desplomarse era que Xaverri debía de estar dejándose caer al suelo deliberadamente por alguna razón: tal vez quería hacer otra reverencia a Waru, o quizá se le había caído algo y se disponía a cogerlo.

Han saltó hacia adelante y logró cogerla antes de que cayera bajo los pies de la multitud. Xaverri estaba temblando violentamente. Luke y Cetrespeó se acercaron formando un pequeño círculo a su alrededor, y después empezaron a moverse contra el flujo de la multitud y fueron abriéndose paso poco a poco hacia el otro extremo del auditorio. Han ya iba hacia la puerta cuando Xaverri logró soltarse.

—¡No, espera! —dijo—. Estoy bien. Es sólo que... El hablar con Waru me afecta durante un momento, pero tenéis que ver la ceremonia.

—¿Que te afecta? —replicó Han—. Pero si casi te has desmayado, Xaverri... ¡Venga, salgamos de aquí!

El color empezó a volver al rostro bronceado de Xaverri, y los estremecimientos fueron cesando poco a poco.

—Tenéis que ver la ceremonia —repitió.

—Tiene razón —dijo Luke—. Hemos venido aquí para eso. —De acuerdo, de acuerdo... —dijo Han de mala gana.

«No es más que un fraude —se dijo—, pero incluso los fraudes pueden llegar a resultar peligrosos.»

Siguieron avanzando hasta el fondo del auditorio. El suelo se inclinaba formando pendiente, lo que les permitía ver por encima de las cabezas de la multitud. Waru se había quedado

inmóvil entre el pequeño lago de icor coagulado acumulado sobre el estrado, y estaba esperando pacientemente mientras uno de los pequeños grupos de suplicantes llevaba a uno de sus miembros ante la presencia del maestro. Los zeffliffll empujaron a uno de sus camaradas hasta la cima del montón de hojas y tallos que era el grupo, y después hicieron resbalar al individuo hacia adelante hasta que quedó acurrucado sobre el icor. Su color era visiblemente más pálido que el de sus compañeros, un verde amarillento enfermizo en vez del negro azulado reluciente de los demás. Unas cuantas hojitas marchitas se desprendían de su cuerpo con cada movimiento que hacía.

—¿Deseas que intente curarte, buscadora de la salvación?

La voz de Waru ya no era un murmullo íntimo dirigido directamente a Xaverri y sus acompañantes, sino un trueno que retumbó por todo el auditorio.

La zeffliffll respondió con un chorro de sonidos que hacían pensar en un montón de hojas arremolinándose dentro del agua.

—Ha dicho «Te ruego que me ayudes» —tradujo Cetrespeó.

«Y ahora viene el gran momento del timo pensó Han—. Entrega todas tus posesiones terrenales a Waru, y...»

—Entonces intentaré ayudarte —dijo Waru.

Todos los sonidos cesaron repentinamente y el auditorio quedó sumido en el silencio más absoluto imaginable. La atención de todos los seres que había en él se concentró en Waru y en la paciente de Waru.

Waru se inclinó sobre la zeffliffll. Unas cuantas escamas doradas se licuaron y el líquido se derramó por encima de la zeffliffll acurrucada, cubriéndola con un reluciente cascarón metálico. Han lo estaba observando todo con gran atención, y deseó estar en la primera fila de la multitud para poder averiguar cómo Waru producía aquel efecto.

«¿Por qué nos has hecho recorrer toda esta distancia, Xaverri? —se preguntó—. ¿Temías que estuviera demasiado cerca de Waru?»

El cascarón metálico unía la zeffliffll a Waru como si ésta fuese un parásito, o de la misma manera en que lo hubiese hecho un útero exterior. La enorme herida que había aparecido allí donde se habían abierto las escamas estaba soltando chorros de icor ensangrentado. El líquido fluyó por encima del cascarón, y al deslizarse sobre él creó pautas y dibujos extrañamente parecidos a la caligrafía que cubría la fachada del auditorio de Waru. Los hilillos de icor se unieron y se entrelazaron hasta que terminaron formando una crisálida traslúcida alrededor del cascarón.

El grupo de los zeffliffll se había encogido al pie del estrado, y las hojas de sus componentes temblaban como si estuvieran siendo sacudidos por una violenta tempestad.

El silencio seguía siendo absoluto. Han vio cómo todo el mundo inclinaba la cabeza a su alrededor..., incluso Xaverri, que nunca había inclinado la cabeza ante nadie. Han siguió con la mirada tozudamente clavada en el estrado.

Waru se estremeció. Las escamas doradas entraron en contacto, y el choque produjo notas musicales tan puras y límpidas como las de unas campanas que cobraran vida de repente al ser empujadas por el viento.

Han estaba dividiendo sus sentimientos a partes iguales entre la admiración hacia los efectos especiales y el desprecio que le inspiraba la ingenua credulidad de los seguidores de Waru.

El estremecimiento se fue extendiendo hasta la crisálida. El capullo tembló, vibró y se expandió.

El icor solidificado estalló. Los fragmentos quedaron suspendidos en el aire y temblaron como otras tantas motas de polvo plateado. El caparazón dorado había quedado cubierto de cicatrices y arañazos. La masa de escamas empezó a temblar, y un instante después se abrió como una flor para revelar a la zeffliffll.

Los pétalos dorados siguieron retrocediendo. El cuerpo de Waru los reabsorbió, y las escamas que se habían derretido volvieron a formarse en cuestión de momentos. La zeffliffll permanecía inmóvil junto a la base de Waru.

Y de repente se sacudió como si fuese un perrito mojado. Sus compañeros de grupo dejaron escapar un estridente chillido de excitación. Las hojas de la zeffliffll se desplegaron, y

todos pudieron ver que eran de un color verde oscuro sobre el que brillaban relucientes gotitas de condensación.

—Están diciendo que su compañera de grupo ha vuelto de entre los muertos —murmuró Cetrespeó.

La zeffliff curada se descolgó ágilmente del estrado y desapareció entre sus compañeros de grupo. La masa de seres retrocedió envuelta en una algarabía de trinos y parloteos.

El silencio que se había adueñado del auditorio terminó de repente cuando todas las criaturas congregadas alrededor de Waru prorrumpieron en un colosal estallido de palabras, cánticos y luz.

—Los zeffliff han dicho «Gracias» —explicó Cetrespeó, hablando en un tono de voz lo suficientemente alto para que todos pudieran oírle—, y...

—Y «Vamos a entregarte todos nuestros bienes terrenales» —añadió Han con cinismo.

—No, señor, nada de eso —replicó Cetrespeó—. Aclaman a Waru como su benefactor, y no se ha hecho ninguna mención a una recompensa monetaria.

Han se encogió de hombros, nada convencido.

—Siempre hay alguna mención a la recompensa —dijo—. Puede que se tarde un poco, pero al final siempre se acaba hablando de ella... Bien, ¿podemos salir de aquí? Tanta gratitud me está dando náuseas.

Xaverri le dio la espalda y salió rápidamente del auditorio. Han la siguió pasado un momento en cuanto se hubo recuperado de su sorpresa. Logró alcanzarla en el relativo frescor y silencio del patio, que resultaban muy agradables después del tumulto de la cámara de recepción de Waru, y le puso la mano en la espalda.

—¡Xaverri!

Xaverri apartó su mano con un violento encogimiento de hombros, corrió hacia el arco de la entrada y giró para encararse con Han en cuanto hubo dejado atrás la curva cubierta de extraña caligrafía.

—No hables nunca dentro del patio —siseó—. Nunca, ¿entiendes?

—Eh, lo siento... No quería estropearos el tinglado.

Cetrespeó se reunió con ellos.

--Amo Han, ama Xaverri... ¿Hay algún problema?

—No —dijo Han—. No lo creo... En fin, no lo sé. ¡Excepto que Luke sigue ahí dentro!

Han volvió a cruzar el arco y atravesó el patio a la carrera, sintiendo una preocupación de una intensidad totalmente irracional teniendo en cuenta que sólo llevaba un minuto sin ver a Luke. Entró en el auditorio y se abrió paso a codazos por entre la multitud. Al principio no vio a Luke en ningún sitio. Sus ojos habían dejado de estar acostumbrados a la penumbra, y el repentino abrazo asfixiante del ruido y el calor le resultó casi insoportable.

Volvió la cabeza hacia el sitio en el que habían estado. Luke seguía inmóvil allí donde le había dejado Han. El joven Jedi tenía la vista clavada en el estrado, encima del que Waru acababa de enquistar a otro suplicante.

—¡Vamos! —exclamó Han.

Agarró a Luke por una manga y tiró de él hasta sacarle del auditorio.

Luke no ofreció ninguna resistencia.

Xaverri se estaba alejando, y ya se encontraba a unos doscientos pasos de distancia por el sendero que llevaba hasta la entrada principal de la cúpula. Cetrespeó estaba inmóvil en el centro del sendero, y tan pronto daba unos cuantos pasos hacia Xaverri y pronunciaba su nombre con voz quejumbrosa como retrocedía y se volvía hacia el auditorio. Cuando vio a Han y Luke se quedó paralizado por el alivio, y se apresuró a ir hacia ellos.

—No ha querido esperar, amo Han —dijo el androide—. Se lo rogué con la máxima cortesía posible, pero...

Cetrespeó se calló, visiblemente confuso y sin saber qué decir. —Te preocupas demasiado, Púrpura-Tres —replicó Han—. Anda, vamos.

Han siguió empujando a Luke mientras hacía una seña a Cetrespeó para que les siguiera, y no le soltó hasta que hubieron alcanzado a Xaverri. Su cuñado no había tratado de soltarse. Tenía la mirada clavada en la lejanía y el rostro totalmente inexpresivo.

—¡Luke! ¿Qué te ocurre? ¡Venga, despierta de una vez! ¡Xaverri, espera! Xaverri obedeció, pero sus hombros estaban envarados por la ira.

Luke alzó la cabeza. Había regresado de repente, y volvía a ser el Luke de siempre.

—Bien, ¿Es Waru tu Jedi perdido? —preguntó Han.

—No —replicó Luke—. No lo creo... Bueno, la verdad es que no lo sé. No sé qué es. —Volvió a clavar la mirada en la lejanía—. Debería ser capaz de saberlo, y tendría que poder percibir la presencia de otro Maestro Jedi..., pero no puedo hacerlo.

Luke respiró hondo.

—¿Hay alguna clase de manifestación de la Fuerza? —preguntó Han.

Luke titubeó durante unos momentos antes de responder, y acabó meneando la cabeza.

—Estoy seguro de que la detectaría si la hubiera. No, no la hay. Es... Es otra cosa.

Y Luke sonrió, y su rostro quedó iluminado por una sonrisa radiante que borró toda su vacilación y sus temores.

—Pero ha sido asombrosodijo—. ¿Verdad que ha sido asombroso?

Xaverri asintió.

Cada vez que veo a Waru haciendo eso no puedo creer que sea capaz de hacerlo, pero debo creerlo.

—Pues yo no lo creo —dijo Han—. Si esa cosa no es una manifestación de la Fuerza, ¿qué puede ser salvo un fraude? Se me ocurren seis maneras distintas que habrían permitido que Waru, sea lo que sea Waru, pudiera provocar esa ilusión. Cambiar la zeffliff enferma por otra...

—Pero los compañeros de grupo no habrían aceptado a una sustituta como su colega, señor —intervino Cetrespeó—. Habrían reaccionado de manera considerablemente violenta a la presencia de una impostora.

Han se encogió de hombros.

—Bueno, pues entonces Waru sobornó a los otros miembros del grupo para que...

—La reacción no puede ser comprada, señordijo Cetrespeó—. No es consciente, y de hecho se la puede comparar con una respuesta alérgica.

Han alzó los brazos hacia el cielo en un gesto de exasperación.

—¡Pues entonces la enferma era una impostora, o quizá era un simulacro mecánico! —exclamó—. O pintaron a una zeffliff sana de color verde mar para que pareciese que estaba enferma, y luego eliminaron ese color lavándola cuando estaba dentro del capullo... No importa cómo lo han hecho, y lo único que importa es que podrían haberlo hecho. ¡Waru no ha necesitado emplear ningún poder sobrenatural para curar a esa zeffliff por la sencilla razón de que la zeffliff no necesitaba ser curada!

Xaverri se cruzó de brazos, clavó la mirada en el suelo y lo contempló con expresión pensativa.

—¿Crees que he perdido la cabeza? —preguntó por fin con voz gélida.

El desprecio claramente audible que impregnaba su tono enfureció a Han.

—Sí, me parece que ésa podría ser una buena explicación —replicó.

¿Yo, Xaverri, la mejor creadora de engaños y fraudes del viejo Imperio?

Todos cambiamos —dijo Han—. Oye, si alguien hubiera concebido un timo realmente bueno, uno que ni siquiera tú fueses capaz de detectar... Entonces resultaría muy fácil engañarte. Eres tan buena que resulta difícil imaginar a alguien mejor que tú.

Es imposible —dijo Xaverri.

Luke se había vuelto hacia el arco de entrada, y por un momento Han temió que quizá tendría que echar a correr detrás de él para impedirle volver al auditorio.

Hay algo... —dijo Luke.

Pero no es tu Jedi perdido.

—No se trata de un fraude, Han.

—Luke tiene razón —dijo Xaverri.

¡Estupendo! —exclamó Han—. ¡Vale, pues entonces me rindo! ¡Waru es real, lo cual significa que no me necesitáis, porque la República no tiene ningún derecho a meter las narices en las creencias religiosas de la gente!

Han echó a caminar por el sendero sin decir ni una palabra más.

—¡Han! —gritó Luke—. ¿Adónde vas?

—A disfrutar de mis vacaciones —replicó Han—. ¡Todavía me quedan algunos días antes de que tenga que volver!

Cetrespeó se apresuró a seguirle.

—Amo Han, si me permite el atrevimiento...

¿Qué pasa ahora?

El nivel de nuestros recursos han sufrido un severo bajón. Si está planeando tomar parte en algún juego de azar, y naturalmente no deseo dar a entender que yo crea que no debería jugar o que sostenga la opinión de que hay algo intrínsecamente malo en los juegos de azar, faltaría más... Pero si es lo que piensa hacer, en ese caso... Bien, ¿no cree que sería preferible que me confiara una parte de sus preciosas ganancias? Meramente como precaución, por supuesto... Así podría pagar la considerable factura del hotel. ¡Cuando salimos de allí esta mañana vi que el encargado estaba calculando lo que le debemos hasta el momento, y puedo asegurarle que me lanzó una mirada francamente venenosa!

Han sacó un fajo de créditos de su bolsillo y lo metió entre los dedos de Cetrespeó.

—Cuando quieras algo de dinero, bastará con que me preguntes si puedo darte algo de dinero —dijo. Se echó a reír, y pensó en la mesa de juego y las cartas que confiaba le tocarían en suerte—. Hay muchos billetes más en el sitio del que han salido estos.

Y se alejó por el camino.

Leia y Chewbacca hicieron cuanto pudieron por Rillao, la firrerreo herida. El equipo médico del *Alderaan* reaccionó expresando confusión cuando Leia le pidió información. Los nativos de Firrerreo eran básicamente humanos, pero con unas cuantas diferencias. El equipo médico recomendó alimentos que tal vez no fueran tóxicos y no consiguió sugerir ningún antibiótico cuyo uso no presentara riesgos, pero por suerte las heridas de Rillao no se habían infectado. La firrerreo poseía unos asombrosos poderes de recuperación. La piel empezó a regenerarse apenas los filamentos de la telaraña se hubieron retirado de ella, y las laceraciones delgadas como cabellos se cerraron lo bastante deprisa para que Leia pudiera seguir el proceso a simple vista y contemplar con expresión asombrada cómo se iba produciendo la curación. Hebras plateadas de tejido cicatricial se formaron a toda velocidad sobre la piel dorada de Rillao.

Pero Rillao no dio ninguna señal de que fuese a despertar.

—¿Qué más debemos hacer? —preguntó Leia, volviéndose hacia el firrerreo que se había negado a decirle cómo se llamaba.

El firrerreo se encogió de hombros con un movimiento casi imperceptible.

Vivirá o morirá, Lelila --dijo, y después se recostó en un sillón sin inmutarse.

¿Es que te da igual que viva o que muera?

—No es de mi clan.

Leia decidió cambiar de tema. Apartó los mechones de la cabellera negra y plata de Rillao que habían caído sobre su rostro delgado y orgulloso, y la tapó hasta los hombros con una manta.

—¿Vuestro pueblo duerme acostado? —le preguntó al firrerreo.

—¿De qué otra forma íbamos a hacerlo? —exclamó el firrerreo, lo bastante sorprendido como para no replicar de mal humor aunque sólo fuese por una vez.

—Cierto, de qué otra forma ibais a hacerlo... —murmuró Leia, y puso una mano sobre el caparazón de Erredós—. ¿Te encargarás de vigilarla por mí?

Erredós dejó escapar un suave pitido.

—Gracias dijo Leia. Después se volvió hacia Chewbacca y el firrerreo—. ¿Tienes apetito?

Chewbacca dejó escapar un hambriento rugido de alivio. —Yo también —dijo Leia.

Estaba famélica. No había comido nada desde que ingirió las galletas y el té drogado del chambelán, y encabezó la marcha hacia la cocina del *Alderaan*. Se preguntó si el firrerreo se negaría a aceptar comida, pero éste olisqueó el cuenco de estofado que le ofreció Leia —el análisis había sugerido que su metabolismo necesitaba niveles de proteínas muy elevados—, probó un bocado y empezó a devorarlo rápidamente. El firrerreo sostuvo el cuenco delante de su boca y fue cogiendo delicadamente la carne con el pulgar y el índice.

Chewbacca se llenó un cuenco y lo completó con una guarnición de algas secas sazonadas con sal y un poquito de miel del bosque.

La conversación en la mesa fue inexistente hasta que Leia recogió los últimos trocitos de carne de su cuenco de estofado con una cuchara. «Ha aceptado mi comida porque no adquiere ninguna obligación al hacerlo pensó mientras contemplaba cómo el firrerreo bebía la salsa de su segundo cuenco de estofado—. No me ha pedido comida. Si le pidiera que me estuviese agradecido, se limitaría a responderme que nadie me ha pedido que le ofrezca nada y que no me debe nada.»

—¿Por qué odias a Rillao? preguntó.

El firrerreo se lamió los labios y volvió la mirada hacia la olla de estofado, pero acabó decidiendo que una tercera ración quizá sería una carga excesiva para su sistema digestivo.

¡Estaba en la cámara! Su languidez se desvaneció de repente, y se inclinó hacia Leia con el rostro convertido en una máscara de ira y apasionamiento—. Tuvieron que exiliarnos por su culpa, Lelila, tuvo que ser eso... ¿Qué otro motivo podía tener el Imperio para sentenciarla a pasar todo el viaje sometida a la tortura?

Un capricho más de su crueldad.

Leia se preguntó por qué el firrerreo utilizaba con tanta frecuencia su nombre o, mejor dicho, su alias, y se dijo que en realidad no importaba. Además eso la ayudaba a recordar cómo había decidido llamarse.

No. No. El Imperio es cruel, Lelila, pero siempre dirige su crueldad hacia algún objetivo: crear miedo, extorsionar, incrementar su poder...

—El Imperio ha desaparecido —dijo Leia—. Ya no existe. Fue derrotado. Tú y tu pueblo sois libres.

Si esperaba gratitud o aunque sólo fuese alegría, Leia se llevó una gran decepción.

—¡Derrotado! —El firrerreo golpeó la mesa con el puño—. Dijiste que podías devolverme mi libertad, Lelila... ¡Pero mi libertad no es algo que te pertenezca y de lo que puedas disponer!

—Dije que eras libre —replicó Leia—. Eso fue todo lo que dije. Si admitía su identidad, podría atribuirse una parte de responsabilidad en su libertad; pero prefería seguir siendo Lelila.

El firrerreo dejó escapar un gruñido gutural al que Chewbacca respondió con otro.

Pero Leia no perdió la calma. Miró al firrerreo sin nombre y sonrió.

—Nadie me ha pedido una explicación —dijo—. Sólo me pediste tu libertad.

El firrerreo soltó un resoplido de disgusto, pero su desprecio se fue disipando para ser sustituido por una expresión de respeto concedido a regañadientes. Un instante después Leia se asombró al ver que se ponía en pie y le hacía una reverencia.

Luego se dispuso a irse.

—¿Adónde vas, firrerreo? —preguntó Leia.

El firrerreo salió de la cocina del *Alderaan* sin replicar, y Leia se preguntó por qué había esperado recibir una contestación.

Leia le siguió y le alcanzó. El firrerreo era una cabeza más alto que ella, esbelto y potencialmente fuerte a pesar de su considerable delgadez. El firrerreo siguió andando en dirección a la escotilla sin dar ninguna señal de que fuese consciente de la presencia de Leia.

—¿Vas a despertar a tu pueblo, firrerreo?

—¿Aquí, Lelila? replicó el firrerreo después de haber dado unos cuantos pasos más. ¿De qué serviría eso?

--Para que recuperen las fuerzas...

La nave se las irá devolviendo mientras duermen.

... y para decidir qué debéis hacer ahora que sois libres. —¿Crees que deberíamos volver a nuestro hogar, Lelila? —gruñó el firrerreo.

«Lo sabe», pensó Leia, y se preguntó si los soldados del Imperio le habrían despertado para torturarle con la noticia de la muerte de su mundo.

—No —replicó—. Lo siento. Se encuentra bajo cuarentena. Nadie puede posarse allí y vivir..., y nada podrá salir nunca del planeta. El firrerreo se detuvo delante de la escotilla y sus hombros se encorvaron de repente. Leia le cogió por el codo y le sostuvo para que no perdiese el equilibrio. El sonido que oyó escapar de los labios del firrerreo le recordó el grito de un depredador desgarrado por una pena insoportable.

Y Leia sabía muy bien cómo se sentía en aquellos instantes.

—Lo siento --repitió—. Lo siento muchísimo...

El firrerreo se volvió hacia ella.

—¿Tuviste algo que ver con el envenenamiento de mi mundo, Lelila?

—¡No! Yo... Jugué un pequeño papel en la eliminación de los hombres que ordenaron el envenenamiento, pero lo que hice no tuvo demasiada importancia.

¿Te refieres a la Brigada Destructora de Estrellas?

La Brigada Destructora de Estrellas había sido uno de los equipos de asalto de élite del Emperador.

No me refería a la Brigada, sino al Imperio. —Leia le miró a los ojos—. El Imperio también destruyó mi mundo.

El firrerreo entornó sus grandes ojos negros.

—Ah. Alderaan... Sí, Lelila, ya había pensado que quizá eras de Alderaan.

La puerta de la escotilla se abrió. El firrerreo pasó del *Alderaan* a la compuerta de entrada llena de ecos del carguero modificado. Leia le agarró por la muñeca, pero se apresuró a apartar la mano en cuanto sintió cómo se envaraban sus músculos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Continuar mi viaje.

¡Pero no tienes por qué hacerlo! Ahora todo el mundo es libre dentro de la Nueva República, y...

—El Imperio nos legó un mundo. Seguiremos adelante.

Pero podría ser que... No sabes si... ¿Y qué hay de las otras naves que están flotando a la deriva por esta región del espacio?

El firrerreo se inclinó hacia ella. La baja gravedad hizo que el movimiento esparciera su cabellera alrededor de su cabeza formando una especie de aureola.

—Las otras naves no tienen nada que ver conmigo —dijo—, y yo no tengo nada que ver con ellas. Haz lo que quieras con esas naves, Lelila. En cuanto al nuevo mundo... Somos un pueblo osado y amante de la aventura. Correremos ese riesgo.

—Viajaréis a velocidad sublumínica —dijo Leia—. ¡Estaréis viajando durante años! La República podría proporcionaros sistemas de hiperimpulsión, o encontraros un mundo que estuviese dentro de sus fronteras...

—¿De qué serviría eso? —volvió a preguntar el firrerreo—. No percibiremos el transcurrir del tiempo. Estaremos dormidos, así que nos dará igual cuántos años hayan pasado. Si el Imperio ha sido olvidado cuando despertemos... Bueno, tanto mejor. Si vuestra República se ha desvanecido cuando despertemos... Tampoco nos importará.

Leia retrocedió. Sabía que nada de cuanto pudiese decirle le haría cambiar de opinión. El firrerreo estaba haciendo lo que consideraba justo a la luz de su sentido del deber, y Leia no podía obligarle a aceptar el suyo.

—Bien, entonces... Adiós —dijo por fin—. Y buena suerte.

—Que siempre puedas estar protegida del viento, Lelila.

—¿Por qué repites continuamente mi nombre? —preguntó Leia.

—Para adquirir poder, Lelila.

La puerta de la escotilla empezó a cerrarse.

—Pero tu nombre falso me proporciona muy poco poder, princesa Leia —dijo el firrerreo. Se nota que no te sientes a gusto con él..., y tu disfraz es realmente patético —añadió un instante antes de que la puerta se cerrara del todo.

Han volvió a las cúpulas de la ciudad y fue por la calle sin apresurarse y tomándose su tiempo. Quería beber unas cuantas jarras más de la cerveza local, y quería disfrutar de otra partida de cartas donde la Fortuna y el Riesgo coronasen la baraja; pero también quería hacer todo eso en una taberna que no fuese aquella en la que había estado la noche anterior.

—Buenas noches, pequeño humano.

Han giró sobre sí mismo y su nariz volvió a chocar con el pecho de la humana mejorada. La mujer rió mientras bajaba la mirada hacia él, pero Han tuvo la clara impresión de que la carcajada no era demasiado sincera.

—Abandonaste nuestra partida demasiado pronto—dijo la humana mejorada. Las cartas empezaron a favorecerme más avanzada la velada.

—¡Felicidades! exclamó Han con jovialidad—. Me alegra oír que tu noche no fue una pérdida de tiempo total.

La humana mejorada se inclinó sobre él, y los espesos rizos blancos de su despeinada cabellera oscilaron a cada lado de su rostro.

Y esta noche tampoco lo será —dijo—. Resulta obvio que eres un hombre de buena cuna y excelentes modales, por lo que me proporcionarás la oportunidad de tomarme la revancha.

—No tenía planeado jugar a las cartas esta noche —respondió Han—. No, nada de cartas... Sólo quiero tomar el aire y beber una jarra de cerveza.

—La cerveza correrá como si fuese agua —dijo la humana mejorada.

Su enorme mano rodeó la parte superior del brazo de Han, y los dedos se encontraron después de haberse curvado alrededor de su bíceps.

—No, en realidad quería decir que ya me he tomado mi jarra de cerveza —balbuceó Han—. Ya he alcanzado mi límite, ¿sabes?

Intentó liberar el brazo de su presa tal corno había liberado Luke el suyo. La humana mejorada alzó el brazo de Han, y todo su cuerpo fue detrás del brazo. Han tuvo que ponerse de puntillas para no perder el contacto con el suelo.

—Puedes beber o puedes no hacerlo —dijo la humana mejorada—, pero te aseguro que jugarás a las cartas.

—Bien, claro, por supuesto... ¿Por qué no empezaste diciendo que te apetecía jugar una partidita? —replicó Han—. Magnífico. No hay problema, así que vamos... Oye, ¿podrías hacerme un favor? O me dejas en el suelo o me coges en brazos, ¿de acuerdo? Esta postura me resulta muy incómoda.

Por un momento pensó que la humana mejorada iba a alzarle en vilo y que haría todo el trayecto hasta la taberna con su cuerpo encima del hombro —y no cabía duda de que hubiera podido hacerlo sin ninguna dificultad—, pero acabó bajándole al suelo, aunque no le soltó. Después empezó a tirar de él calle abajo, agarrándole el brazo lo bastante fuerte como para dejárselo lleno de morados.

—Anoche no entendí bien tu nombre —dijo Han en un tono tan afable como si fueran amigos de toda la vida—. ¿Cómo dijiste que te llamabas? Y, por cierto, ¿podrías abrir un poquito la mano? No hace falta que aprietes con tanto entusiasmo...

—No dije cómo me llamaba y tú no me lo preguntaste —replicó la humana mejorada—, pero me llamo Serenidad Celestial. Y por supuesto que podría abrir un poquito la mano, pero no voy a hacerlo.

Han alzó la mirada hacia su rostro. La humana mejorada le sonrió y apretó el paso, y Han no tuvo más remedio que imitarla.

Jaina se tomó el desayuno.

Estaba tan hambrienta que apenas sintió el sabor a rancio de la grasa que flotaba sobre las gachas escuálidas y aguadas. Cuando hubo terminado su estómago seguía gruñendo, y lo peor de todo era que podía oler los aromas de la fruta madura, la miel y el pan recién horneado que los Guardianes se iban pasando de unos a otros.

Jaina sintió que se le hacía la boca agua. Contempló a los Guardianes instalados en la mesa más alta y a los ayudantes de la mesa del nivel central, que estaban disfrutando de un excelente desayuno y tenían mucha más comida de la que podían consumir. Todos reían, gritaban y arrojaban despreocupadamente al suelo comida que terminaría en el cubo de la basura sin haber alimentado a nadie, y echaban sus sillas hacia atrás para poder reclinarse en el respaldo y apoyar los pies encima de la mesa.

Los niños que ocupaban las mesas del nivel inferior tenían que permanecer en sus asientos hasta que todos los Guardianes hubieran acabado de desayunar.

«¡No es justo!», pensó Jaina.

Jaina podía ver a Jacen, pero sólo distinguía la parte superior de su cabeza. Jacen se encontraba al otro extremo de la cafetería. Jaina deseó que hubiera alguna manera de poder

hablar con él para contarle lo que había descubierto que podía hacer, y deseó poder explicarle que su taladro ya había atravesado la mitad del panel de madera de la puerta de su celda. Después había amasado el serrín con saliva hasta formar una especie de pasta, aunque le daba bastante asco hacerlo, y la había metido en el agujero de la puerta para que nadie se diera cuenta de lo que había estado haciendo.

Vram estaba sentado en la mesa del nivel central con los otros ayudantes. Jaina vio cómo engullía a toda velocidad un trozo de fruta, un poco de pan y un montón de galletas. Después cogió un pastelillo de miel y se lo enseñó a los niños en general y a Jaina en particular. La miel empezó a deslizarse por sus dedos, y Vram se la limpió a lametones.

Jaina bajó la mirada para no tener que verle.

Un insecto minúsculo, un myrmin, pasó por delante de ella y cruzó la mesa de un lado a otro, pareciendo caminar de puntillas sobre sus patas delgadas como cabellos.

«Oh, en realidad no es un myrmin —pensó Jaina—. ¡Tiene diez patas en vez de sólo seis, y además tiene un juego de antenas extra! Pero se parece bastante a un myrmin... Jacen sabría qué clase de insecto es. Apuesto a que está hambriento.»

Jaina sacó el último grano de gachas que quedaba dentro de su bol y lo puso cerca del myrmin. El myrmin caminó lentamente a su alrededor, lo rozó con sus antenas e intentó levantarlo para poder llevárselo.

«Espero que les sepa mejor a los myrmims que a los niños», pensó Jaina.

El myrmin consiguió colocar el trocito de gachas que tenía el tamaño de un grano de arena en un precario equilibrio sobre su cuerpo, y empezó a bajar por el canto de la mesa.

Ver al myrmin hizo que Jaina tuviera una idea.

La arena del campo de juegos entraba continuamente en el complejo. Se había acumulado en las rendijas y grietas de las losas de piedra del suelo, e incluso en los espacios donde se tocaban los tablones de la mesa. Jaina decidió hacer un pequeño experimento y trató de mover un grano.

«Me imaginaré que soy un myrmin —pensó—. No soy una niña, no soy Jaina... No poseo ninguna capacidad Jedi. ¡No soy más que un myrmin! ¿Quién va a fijarse en lo que haga un myrmin?»

Empujó el grano de arena, y fue haciendo que se deslizara por encima de la mesa hasta que acabó cayendo al suelo.

Jaina encogió los hombros esperando sentir cómo la manta fría y húmeda del poder de Hethrir caía sobre ella y la aislaba del mundo.

Pero no ocurrió nada, igual que la noche anterior tampoco había ocurrido nada cuando movió las moléculas de aire.

Jaina empezó a buscar granos de arena encima de la mesa de los Guardianes, y no encontró ninguno. Alguien limpiaba su mesa mucho mejor que las otras, pero había mucha arena en la plataforma sobre la que estaban sentados. Jaina empezó a jugar con unos cuantos granos. Los granos subieron por el aire, y nadie se dio cuenta.

El Jefe de Guardianes cogió un gajo de fruta. Jaina dejó caer los granitos de arena encima del gajo un instante antes de que el Jefe de Guardianes se lo arrojara a Vram. Durante un momento Jaina pensó que el Jefe de Guardianes había visto los granitos de arena, pero acabó decidiendo que le habían pasado desapercibidos porque no se enfadó, y cuando un instante después cogió un bollo de una cesta humeante tampoco lo examinó para ver si estaba limpio de arena.

Vram se metió el gajo de fruta en la boca y lo engulló sin darse cuenta de que estaba lleno de granitos de arena.

Jaina sintió un poco de pena por él..., pero sólo un poco.

«Si alguien me diera un gajo de fruta llena de granitos de arena, probablemente tampoco me daría cuenta», pensó.

Movió más granos de arena y los dejó caer sobre el bollo del Jefe de Guardianes. Echar a perder una comida tan buena hizo que Jaina tuviera la sensación de que acababa de hacer algo muy, muy malo.

El Jefe de Guardianes arrancó un trozo del bollo recién cocido, se lo metió en la boca y empezó a masticarlo.

Su expresión cambió al instante. Jaina se alegró, pero más con la alegría de la satisfacción que con la alegría de la verdadera felicidad.

Levantó otro puñado de granos de arena del suelo y los esparció por encima de la mesa de los Guardianes, haciendo que cayeran sobre todos los platos.

El Jefe de Guardianes escupió el trozo de bollo que se había metido en la boca.

«¡Oh, qué asqueroso! —pensó Jaina—. Ni siquiera se ha tapado la boca con su servilleta...»

—¡Grake! —gritó el Jefe de Guardianes.

Unos cuantos Guardianes más también escupieron su comida, y no pasó mucho tiempo antes de que todos estuvieran examinándola y hurgando con los dedos en ella —incluso en los trozos que ya estaban a medio masticar—, hablando a gritos entre ellos y discutiendo. Jaina observaba disimuladamente lo que estaba ocurriendo en la mesa de los Guardianes, pero enseguida pudo dejar de fingir porque el resto de niños ya se habían vuelto en esa dirección y no apartaban la vista de ella.

—¡Grake! ¡Ven aquí ahora mismo!

La puerta que había al lado del estrado de los Guardianes se abrió con tanto ímpetu que rebotó en la pared.

Una criatura enorme cruzó el umbral haciendo temblar el suelo con sus pasos. Jaina se encogió nada más verla y por un momento pensó que el dragón había logrado entrar en el búnker, pero enseguida volvió a alzar la vista, sintiéndose muy sorprendida e intrigada.

La criatura envuelta en un enorme delantal blanco que acababa de irrumpir en la sala era una veubg del planeta Gbu, un mundo de gravedad muy alta. Gbu había sido el último mundo que la madre de Jaina había visitado antes de llegar a Munto Codru. La delegación de la Nueva República —al menos la mayor parte de ella, naturalmente— no había podido poner los pies en la superficie de Gbu porque habría quedado aplastada por la tremenda gravedad, pero un grupo de veubgri había viajado hasta el satélite de reuniones. Jacen, Jaina y Anakin les habían caído muy bien. Jaina todavía recordaba el suave roce de sus zarcillos sobre su cabellera, y le bastó con acordarse de las golosinas que les habían dado para sentir que se le hacía la boca agua. Jaina estuvo a punto de levantarse de un salto y agitar la mano para atraer la atención de la veubg.

Pero Grake nunca había visto a Jaina ni a sus hermanos, así que no les reconocería.

—¿Por qué me chillas, pequeño ropas-azules? —Grake subió el tramo de peldaños moviéndose con una sorprendente agilidad para una criatura de su tamaño. Sus zarcillos estaban enroscados alrededor de una pesada espátula de madera, y se detuvo detrás de la silla del centro—. Trabajo todo el día para ti y tú sólo me chillas, y eres una persona que no sabe agradecer riada de lo que hacen por ella.

—¡Hay arena en la comida! —gritó el Jefe de Guardianes—. ¿Qué es esto, tu idea de una pequeña broma para reírte de nosotros?

—¿Una broma? ¿Reírme de vosotros? ¿Arena... en mi comida?

Grake golpeó al Jefe de Guardianes en la sien con su espátula.

El Jefe de Guardianes cayó de su silla y trató de levantarse, visiblemente aturdido.

Jaina dio un respingo. Quería taparse los ojos. Estaba seguro de que los Guardianes harían daño a Grake. ¡Tal vez utilizarían la Fuerza para hacerla estallar! Y todo habría sido por culpa de Jaina...

Pero no ocurrió nada de lo que estaba temiendo.

«Quizá no pueden hacerlo... —pensó Jaina—. Puede que sólo sean capaces de usar la Fuerza para encender sus espadas de luz, ¡y a lo mejor Hethrir incluso hizo trampa para que pudieran hacerlo!»

Grake saltó hasta un extremo del estrado y golpeó al Guardián sentado en la última silla. El joven se tambaleó intentando conservar el equilibrio, y tuvo que acabar agarrándose al borde de la mesa para no caer de lado.

—¡Quita tus pies de la mesa! —El segundo salto de la veubg la llevó limpiamente hasta el otro extremo del estrado, donde volvió a usar la espátula sobre las cabezas de los dos Guardianes de aquel lado—. Os quejáis de que hay arena en mi comida cuando vosotros ponéis los pies encima de la mesa... ¡Oh, hasta los dragones son más educados que vosotros!

La veubg aterrizó sobre el suelo sin hacer ningún ruido..., y después lo golpeó ferozmente

con sus seis patas. La mesa de los Guardianes salió disparada un palmo hacia arriba, y la sacudida fue tan fuerte que resbaló casi un metro hacia adelante cuando volvió a caer.

Jaina se rió. No había podido evitarlo. Intentó dejar de reír, tal como estaban intentándolo los otros niños. Sabía que se iban a meter en un buen lío por reírse, y sabía que sería por culpa suya; pero no podía evitarlo. ¡Ah, cómo le habría gustado que Lusa estuviera allí para poder ver todo aquello!

—¡Basta! —gritó el Jefe de Guardianes.

Grake empezó a coger fruta de las bandejas y la arrojó hacia los niños y por encima de la segunda mesa. Los niños reaccionaron con chillidos de excitación y se lanzaron sobre la fruta.

Jaina cogió una tajada de melón y se la metió en la boca. Era lo más delicioso que había saboreado en toda su vida, y aquel gusto exquisito hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Se alegró de no haber esparcido arena sobre las bandejas, pero estaba tan hambrienta que se habría comido la tajada de melón incluso suponiendo que estuviera llena de arena.

—¡Arena! ¡En mi comida!

Grake desparramó el contenido de todo un cuenco de galletas por encima de las cabezas de los niños. Todos estaban corriendo de un lado a otro y saltaban para pillar las golosinas al vuelo o cogerlas del suelo antes de que fueran pisoteadas.

Jaina recogió un poco más de arena, aunque en realidad lo que deseaba era comerse un pastelito. Una nubecilla de granitos de arena ascendió de las baldosas, y Jaina fue dejando que las partículas se metieran por los cuellos de los uniformes de los Guardianes. La arena cayó por sus espaldas y se les metió en los pantalones.

Al principio no se dieron cuenta porque todos se habían puesto en pie y estaban gritando, pero de repente el Jefe de Guardianes empuñó su espada de luz y la hoja cobró vida con un zumbido estridente.

Jaina se levantó de un salto, horrorizada. El tío Luke siempre decía que cuando entrara en la orden de los Caballeros Jedi nunca debería empuñar su espada de luz a menos que estuviera dispuesta a matar con ella, salvo para hacer prácticas.

Jaina ni siquiera había tocado jamás una espada de luz.

Grake no permitió que el Jefe de Guardianes tuviera la oportunidad de matarla. La veubg saltó del estrado, bajó el tramo de peldaños y desapareció por la puerta antes de que el Guardián pudiera golpearla con su espada de luz, eso suponiendo que fuese lo que iba hacer. Jaina nunca había visto moverse tan deprisa a nadie.

Los Guardianes gritaron unos cuantos insultos más antes de irse calmando poco a poco. El Jefe de Guardianes volvió a colgarse la espada de luz del cinturón. Jaina no tenía ni idea de si habría llegado a matar a Grake, si sólo la había estado amenazando o si bromeaba; pero pensó que nadie debía amenazar ni hacer bromas con una espada de luz.

Los Guardianes lanzaron unos cuantos insultos más dirigidos a Grake, y después se empujaron los unos a los otros y acabaron sentándose.

Pero ninguno de ellos volvió a poner los pies encima de la mesa.

—¡Silencio! —gritó el Jefe de Guardianes volviéndose hacia los niños—. Sentaos y no hagáis ruido, o de lo contrario vendremos a daros una lección.

Jaina se sentó, y los otros niños la imitaron. Era lo mejor que podían hacer, ya que toda la comida extra había desaparecido. Todo el mundo estaba mirando a su alrededor con la esperanza de encontrar una última uva o alguna migaja de bollo.

Los Guardianes siguieron sentados a la mesa en un silencio entre tenso e incómodo. No querían dar por terminado el desayuno porque eso equivaldría a reconocer que habían sufrido una pequeña derrota, pero ninguno de ellos volvió a probar la comida llena de arena.

El Jefe de Guardianes frunció el ceño y se removió nerviosamente en su silla, y acabó tirando de los lados de su uniforme y empezó a sacudir los pliegues. Jaina mantenía la mirada clavada en la mesa. Si se echaba a reír antes de que alguien más se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, los Guardianes comprenderían que era la culpable de todo.

Jaina deseó que una uva hubiera caído sobre la mesa delante de ella para poder comérsela, pero la mesa estaba vacía. Fue alzando la vista con mucha cautela hasta que pudo ver por encima del borde. Los Guardianes estaban hablando entre ellos, y parecían bastante

enfadados. Jaina se repitió a sí misma que no debía sonreír, y lo que hizo fue remover la arena que había metido dentro de los uniformes de los Guardianes y buscar más granitos.

Ya la había utilizado toda. Las baldosas estaban limpias, y hasta las rendijas habían quedado vacías.

Pero aún había algo. Jaina vio unos puntitos negros que estaban avanzando hacia la mesa de los Guardianes. Los puntitos formaron una línea en el suelo, como la espuma sobre las olas.

Los myrmings llegaron al borde del estrado de los Guardianes, que seguían removiéndose mientras trataban de resistir los picores y lanzaban siseos impacientes al Jefe de Guardianes para que diera por terminado el desayuno, y empezaron a moverse sobre sus zapatos y a meterse dentro de las perneras de sus pantalones.

Jaina no pudo resistir la tentación por más tiempo. Volvió la mirada hacia su hermano, e incluso se levantó para poder verle. Jacen se puso en pie justo cuando lo hacía Jaina y la miró, y sus labios se curvaron en una fugaz sonrisa. Después los dos volvieron a sentarse antes de que alguien pudiera fijarse en ellos.

Jaina acababa de comprender que Jacen había pedido a los myrmings que subieran al estrado.

Un Guardián se levantó de un salto y se puso a gritar. Creía que lo que tenía dentro de los pantalones sólo era arena, pero un instante después la arena le mordió. Los otros Guardianes se levantaron y empezaron a gritar mientras se rascaban frenéticamente..., y sus pies subieron y bajaron aplastando a los myrmings.

—¡Oh! —murmuró Jaina—. Oh, pobres myrmings... Gracias, myrmings.

La mayoría de los insectos ya había iniciado la huida y estaba desapareciendo por las grietas para refugiarse en sus escondites, pero algunos morían pisoteados.

—Lo sentimos mucho, myrmings —dijo Jaina con toda sinceridad, de la misma manera en que Chewbacca hablaba a los insectos cuando recogía la miel del bosque y mataba alguno sin querer, y se atrevió a lanzar una nueva mirada a Jacen al otro extremo de la cafetería.

Jacen estaba tan afectado que se echó a llorar. También lloraba cuando Chewbacca pedía disculpas a los insectos del bosque, pero esta vez era él quien tenía la culpa de que los myrmings estuvieran muriendo.

Y todos los myrmings desaparecieron de repente. Jaina percibió el destello de las capacidades de Jacen, y comprendió que acababa de sacar a las diminutas criaturas de la cafetería para que no corriesen ningún peligro.

La fría y húmeda manta invisible de Hethrir cayó sobre Jaina. «No es justo —pensó—. No he hecho nada... Bueno, por lo menos no he hecho gran cosa.» Jaina supo que a Jacen acababa de ocurrirle lo mismo. Jadeó y se estremeció, y logró levantarse de su asiento y cruzar con paso tambaleante la cafetería hasta llegar a Jacen.

Los gemelos se abrazaron. La sensación de abrazarse fue tan maravillosa que casi hizo desaparecer la manta de Hethrir, o al menos hizo que sólo pareciera fresca y un poco mojada en vez de gélida y empapada.

—Jacen, Jacen, se han llevado a Anakin, se han llevado a Lusa...

Era la primera vez que Jaina pensaba que Hethrir podía haberse llevado al pequeño Anakin para siempre de la misma manera que había hecho con Lusa. ¿En qué otro lugar podía estar su hermano si no?

—Tenemos que hacer algo —murmuró.

—¡Volved a vuestros cubículos de estudio ahora mismo, niños! —gritó el Jefe de Guardianes.

Jaina vio que se estaba rascando la pierna. Los myrmings habían desaparecido, ¡pero sus mordeduras seguían allí!

—Gracias, pequeños myrmings —murmuró.

—Gracias, pequeños myrmings —dijo Jacen—. ¡Lo siento mucho!

—¡Volved a los cubículos de estudio!

Los niños se levantaron y se pusieron en fila. Todos intentaban estar muy serios y no hacer ruido, pero no conseguían dejar de reír.

Jaina se quedó lo más cerca posible de Jacen, pensando que quizá nadie se daría cuenta de que volvían a estar juntos.

—¡Haced algo con esa fila! --ordenó el Jefe de Guardianes volviéndose hacia sus

subordinados.

Los otros Guardianes le miraron como si estuvieran pensando que se había vuelto loco.

Y no le hicieron ningún caso y salieron corriendo de la cafetería. Algunos ya estaban empezando a quitarse los uniformes antes de haber salido de la sala.

El Jefe de Guardianes fulminó a los niños con la mirada, y después dio un respingo y empezó a rascarse en un sitio que era de muy mala educación rascarse en público. Luego giró sobre sí mismo y salió de la cafetería. El sonido de sus pasos se aceleró repentinamente en cuanto hubo dejado de ser visible, con lo que quedó muy claro que el Jefe de Guardianes había echado a correr.

Capítulo 07.

Los gemelos se habían quedado solos en la cafetería. —¡Salgamos de aquí! —gritó Jaina.

No sabía qué podría hacer en cuanto estuviese fuera, pero necesitaba salir de aquel horrible edificio en el que sólo había piedras duras y frías.

Los gemelos corrieron por el largo pasillo sumido en la penumbra, y los otros niños les siguieron. Salieron a la luz del exterior justo cuando el sol diminuto de aquel planeta diminuto aparecía en el cielo. El pequeño mundo giraba tan deprisa que sus días eran mucho más cortos que los días normales. Los niños gritaron y corrieron alegremente de un lado a otro, disfrutando del calor.

Jaina y Jacen se cogieron de la mano, se inclinaron hacia atrás y giraron locamente describiendo una serie de círculos tan veloces como los del pequeño planeta. Jaina hizo oscilar sus cabellera de un lado a otro hasta que se sintió un poco mareada. Después se dejaron caer sobre la arena, jadeando y riendo a carcajadas.

Jaina se levantó de un salto y Jacen se apresuró a imitarla.

—¡Jaina, Jaina! ¿Estás bien?

—¡Oh, Jacen, te he echado tanto de menos! ¡No sé dónde está Anakin!

—Si pudiéramos llegar hasta él con nuestros pensamientos... —dijo Jacen.

—Sí, entonces quizá conseguiríamos encontrarle. Pero...

—¡... tenemos que escapar de esa manta! —exclamó Jacen, concluyendo su pensamiento compartido.

Jaina se alegró de que Jacen pensara lo mismo que ella, pero eso no les ayudaba a dar con una forma de escapar al poder de Hethrir.

—Y además el dragón no nos dejará salir —dijo.

—No hay ningún dragón —dijo Jacen con voz despectiva—. Se lo han inventado para asustarnos.

Fue en línea recta hacia la valla del desfiladero, y entró en la zona de arena que nadie pisaba jamás.

Jaina echó a correr detrás de su hermano gemelo. El dragón surgió de la arena con un rugido, y se estrelló contra la valla en una embestida tan impetuosa que rebotó hacia atrás. Jaina agarró a Jacen por los hombros y tiró de él hasta que el dragón no pudo seguir viéndoles. No tuvo que tirar con mucha fuerza porque Jacen estaba tan asustado como ella, pero también estaba asombrado.

El dragón enseguida se olvidó de que les había visto y empezó a olisquear la valla, buscando un retazo de arena que estuviera lo más caliente posible.

—Caray... —murmuró Jacen.

—Quizá podría dar saltos y mover las manos, y...

Jaina estaba pensando que Jacen podría correr por detrás de ella y trepar la valla mientras ella distraía al dragón, pero enseguida se dio cuenta de que en ese caso se quedaría atrapada al otro lado de la valla.

—Quizá podría domesticarla —dijo Jacen—. ¡Y luego podríamos montar en ella y escapar!

Jaina no tenía ni idea de cómo se las había arreglado Jacen para saber qué estaban ante una Señora Dragón y no ante un Señor Dragón, pero su hermano nunca se equivocaba en ese tipo de cosas.

—¿Montar en ella? —preguntó, contemplándole con expresión fascinada.

Jacen miró a su hermana, y Jaina vio que le temblaban los labios.

—Pero los Guardianes podrían hacerle daño igual que hicieron con los myrmims —dijo.

¿Cómo podrían hacerle daño a un dragón? —preguntó Jaina. ¡Con sus espadas de luz!

—¡Estarían demasiado asustados! Apuesto a que ni siquiera se le acercarían...

—Bueno, pues entonces con un desintegrador —dijo Jacen. —Oh. Sí, claro.

Quizá podríamos distraerla —dijo Jacen con voz pensativa. —Pues será mejor que lo hagamos deprisa —dijo Jaina. —Necesito algo para tirárselo —dijo Jacen.

Miró a su alrededor, pero sólo había arena.

El dragón fue hasta la valla y frotó un hombro recubierto de escamas y protuberancias contra el alambre mientras cerraba los ojos y dejaba escapar un gruñido de felicidad.

Si Jaina pudiera utilizar sus capacidades, no le costaría nada distraer al dragón. Si unía sus fuerzas a las de Jacen, tal vez incluso serían capaces de detener al dragón; pero Jaina pensó que eso iba a resultar bastante difícil si no contaban con la ayuda del tío Luke.

—¡Ya lo sé! —exclamó, y sacó la multiherramienta de su bolsillo.

Jacen se apresuró a extender las manos hacia ella.

—¡No, espera! —Jaina apartó la multiherramienta cuando los dedos de Jacen ya estaban a punto de cogerla—. No se la tires.

Abrió la lente. Después hizo que la luz se reflejara en ella y paseó los destellos por el suelo delante del dragón.

—Es muy bonita, ¿verdad? —preguntó Jacen.

El dragón abrió los ojos y vio el punto de luz concentrada procedente de la lente de Jaina. El enorme animal dejó escapar un resoplido y bajó la cabeza. Jaina le pasó la multiherramienta a Jacen, sabiendo que siempre había sido mucho mejor que ella a la hora de tratar con animales.

Jacen fue moviendo la luz lo más cerca posible de las patas delanteras del dragón, que enseguida puso una pata en el sitio donde estaba la luz. Después tuvo que poner la otra pata encima de la primera, pero ni aun así consiguió tapar la luz. El dragón sacó la primera pata de debajo de la segunda, perdió el equilibrio y dio una vuelta de campana completa mientras bufaba y se retorció frenéticamente. Después se levantó de un salto y miró a su alrededor buscando la luz.

Jacen la fue moviendo de un lado a otro para que la persiguiese. El dragón se lanzaba sobre la luz, haciendo temblar el suelo cada vez que aterrizaba y levantando enormes chorros de arena. Jaina rió de puro deleite.

Los otros niños ya se habían congregado detrás de Jaina y Jacen para ver jugar al dragón.

Jacen hizo bailar la luz delante del dragón, que correteó de un lado a otro saltando velozmente en un intento de atraparla. Jacen hizo subir la luz por la ladera del desfiladero que se alzaba al otro lado de la valla. El dragón arañó la roca con sus patas delanteras y desprendió trocitos de piedra con sus uñas. Después lanzó un alegre rugido y empezó a menear la cola.

Jacen se había estado acercando poco a poco a la valla, y fue cruzando la franja de arena prohibida hasta quedar pegado al grueso alambre de la valla. Jaina le siguió. Los otros niños todavía tenían miedo del dragón, y se mantuvieron a una distancia prudencial.

—Eh, dragón —dijo Jacen en voz baja y suave—. Eh, Señora Dragón...

Volvió a deslizar la luz por la ladera del desfiladero y el dragón la siguió. La luz se fue arrastrando lentamente hacia la valla. El dragón la siguió.

Jacen fue haciendo subir la deslumbrante chispa de luz de sol justo al lado de la valla. Jaina contuvo el aliento. El corazón le estaba latiendo a toda velocidad.

El dragón incrustó su morro en la valla. Sus enormes dientes sobresalían de su boca, y sus fauces dejaron caer chorritos de baba sobre la arena. Su lengua se movía velozmente por entre sus labios, entrando y saliendo tan deprisa que apenas se la podía ver. Sus enormes ojos dorados eran tan grandes como los puños de Jaina. El dragón parpadeó, y sus gruesos párpados recubiertos de protuberancias que parecían pequeñas cuentas de collar subieron y bajaron sobre sus ojos. El chorro caliente de su aliento agitó la arena allí donde se había posado el puntito de luz.

Jacen estaba teniendo bastantes problemas para mantener la luz cerca del dragón porque el

sol ya estaba empezando a descender velozmente por el cielo.

El puntito de luz se desvaneció y Jacen metió la mano por el entramado de alambre de la valla. Jaina dejó escapar un jadeo ahogado. Jacen acarició la enorme frente del dragón y frotó sus lisas escamas.

—Tranquila, Señora Dragón, tranquila... Así —dijo Jacen.

Frotó las escamas con más fuerza, y el dragón se pegó a su mano y empezó a emitir un agradable resoplido gutural. Al dragón no parecía importarle demasiado que no pudiera seguir jugando con la luz.

—Le gustas —murmuró Jaina.

—No tiene a nadie —dijo Jacen—. Se siente sola, es pequeña y quiere tener a alguien con quien jugar.

—¡Eh! ¡Niños!

El grito sobresaltó al dragón e hizo que alzara la cabeza. Jaina se dio la vuelta y vio al Jefe de Guardianes inmóvil al final de la escalera. Los otros niños echaron a correr y se dispersaron bajo el crepúsculo.

El dragón rugió. La valla vibró con un tintineo metálico cuando se irguió sobre sus cuatro patas y se lanzó contra ella. Jacen se apresuró a sacar la mano, y volvió corriendo al campo de juegos con Jaina pisándole los talones. Jacen puso la multiherramienta en la mano de su hermana y Jaina la escondió dentro de su bolsillo.

El Jefe de Guardianes se estaba riendo de ellos.

—Bien, supongo que ahora ya creéis en el dragón —dijo—. ¡Venga, niños, poneros en fila! Habéis sido muy malos... Os dije que volvierais a vuestros cubículos de estudio.

—No pudimos oírle, señor —dijo Jaina en el tono más respetuoso del que era capaz—. Pensamos que había dicho que saliéramos fuera.

El Jefe de Guardianes la fulminó con la mirada. Parecía sentirse bastante incómodo, y tenía las muñecas y el cuello llenos de señales rojas de mordeduras. No paraba de removerse dentro de su uniforme, como si estuviera reprimiendo a duras penas el deseo de rascarse. Jaina le miró a los ojos con el rostro muy serio, a pesar de que estaba deseando echarse a reír.

—Así es, señor —dijo Jacen—. ¡A mí también me pareció que le había oído decir que saliéramos, y eso que yo estaba mucho más cerca de usted que mi hermana!

—Es verdad, señor —dijo un niño.

El Jefe de Guardianes llevaba un uniforme lleno de arrugas con una enorme mancha que se extendía a lo largo de toda una manga, y se había puesto las medallas tan deprisa que no había ni una sola que estuviera recta.

«¡Apuesto a que nunca lava su ropa cuando se supone que debe hacerlo! —pensó Jaina—. Oh, sí, estoy segura de que deja que se vaya amontonando sobre el suelo de su habitación, y por eso no tenía nada limpio que ponerse después de que los myrmings y los granos de arena se le metieran dentro del uniforme...»

Jaina pensó con inmensa gratitud en Invierno, que siempre animaba a Jaina y Jacen a que cuidaran de sí mismos lo mejor posible. Incluso les había enseñado cómo lavar su ropa si necesitaban hacerlo porque el androide de la colada no funcionaba o se había olvidado de cómo te gustaba que te plancharan la ropa.

Formad la fila __ dijo el Jefe de Guardianes.

Los otros niños se alinearon detrás de Jaina y Jacen.

Los Guardianes llevaron a los niños al interior del complejo. Jaina suspiró. No habían escapado, y lo peor era que tendrían que pasar todo el día con la vista fija en aquellas horribles y aburridísimas lecciones que nunca paraban de repetir lo maravilloso que sería todo cuando Hethrir llegara a ser Emperador.

Y además probablemente Lord Hethrir vendría a reñirles. Eso era lo que más asustaba a Jaina, porque estaba casi segura de que Hethrir sabría que todo había sido culpa de ella.

Jaina echaba de menos sus clases en casa. A veces ella y Jacen les leían historias a Invierno o a sus padres. ¡A veces incluso se las inventaban! Jaina estaba aprendiendo la teoría de los números, y le encantaba porque era hermosísima. Durante su estancia en Munto Codru, Jacen había estado estudiando primeros auxilios con la doctora Hyos y su hijo. Jaina estaba segura de que

Jacen encontraba tan aburridas las lecciones de los cubículos como ella, y pensó que todos los niños debían de estar muy aburridos y hartos de aguantarlas.

Pero los Guardianes no llevaron a los niños a los cubículos de estudio, sino de regreso a sus celdas. Casi todos los niños dejaron escapar un gemido al verlas.

—¡Silencio! —gritó el Jefe de Guardianes—. ¡No sabéis mantener la disciplina! Si continuáis así, Lord Hethrir nunca escogerá a ninguno de vosotros para ser ayudante suyo.

Los niños se quedaron callados al instante. Jaina comprendió que también tendría que haber gemido, pero la oscuridad de su celda ya no le daba miedo. La perspectiva de poder disfrutar de unas cuantas horas —quizá incluso hasta mañana por la mañana— a solas para trabajar y hacer planes hizo que se sintiera llena de alegría.

—Pasaréis el día en la cama —dijo el Jefe de Guardianes—. Así mañana sabréis apreciar la oportunidad de aprender que os proporciona Lord Hethrir.

Abrió la puerta de la celda de Jaina y la metió dentro de un empujón, y después cerró la puerta detrás de ella dando un golpe seco.

Unas cuantas partículas de serrín cayeron lentamente al suelo, pero el Jefe de Guardianes no se dio cuenta de que Jaina había estado taladrando la madera.

Y Lord Hethrir no había aparecido para sermonearles o impartir instrucciones.

Los débiles sonidos de puertas que se cerraban y las voces de los Guardianes y los repiqueteos de sus botas moviéndose sobre el suelo acabaron cesando al otro lado de la puerta de la celda de Jaina.

Jaina movió unas cuantas moléculas de aire haciendo que chocaran entre sí y creó una suave claridad para poder trabajar. Quitó los restos de serrín del agujero que había perforado, sacó su multiherramienta del bolsillo y siguió taladrando el panel.

El carguero modificado lleno de firrerreos permaneció inmóvil en el espacio durante varias horas, recobrando la vida poco a poco. Lo primero que hizo, mucho antes de que sus sistemas hubieran alcanzado el nivel normal, fue separarse del *Alderaan*.

Leia sacó su nave del radio de alcance del campo de propulsión del carguero.

—Buena suerte —dijo, enviando su última transmisión al firrerreo que no había querido revelar su nombre.

El firrerreo no replicó. El carguero siguió inmóvil en el espacio, preparándose para reanudar su solitario viaje. Aun suponiendo que Leia pudiese hacer algo más para ayudar a la nave de Firrerre, estaba claro que sus pasajeros no querían su ayuda.

Leia echó un vistazo a Rillao. La firrerreo seguía dormida, pero Erredós y el equipo médico opinaban que su organismo estaba recuperando las fuerzas.

—Te agradezco mucho que te hayas estado ocupando de ella —le dijo Leia a Erredós.

Chewbacca entró y contempló con expresión lúgubre a la firrerreo dormida.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Leia—. ¡Esto es un callejón sin salida! La pista ha desaparecido...

Hizo un nuevo intento y desplegó desesperadamente sus pensamientos a su alrededor buscando algún rastro de sus niños. El dolor de Rillao había borrado la pista.

«Los secuestradores la torturaron —pensó Leia—. Ese firrerreo que no ha querido decirme cómo se llamaba estaba equivocado: Rillao no fue abandonada aquí por el Imperio. ¡Los secuestradores la torturaron para que nadie pudiera seguir su pista!»

A menos... A menos que fueran las mismas personas.

«Sí, eso tendría sentido —pensó Leia—. Y también explicaría cómo supieron dónde podían encontrar a los cargueros de pasaje, pero no me ayuda en nada a dar con ellos.»

Chewbacca puso una mano gigantesca sobre su hombro. El pelaje de sus dedos rozó la mejilla de Leia y le hizo cosquillas. Su gemido quejumbroso transmitía su simpatía y su pena. La familia de Leia era su familia, su Familia del Honor. Chewbacca había elegido compartir su vida con las personas a las que amaba, y Leia no podía seguir estando enfadada con él.

—¡El firrerreo tenía razón en una cosa! —exclamó Leia—. Nuestro disfraz no vale absolutamente nada... Si todo el mundo sabe que somos Leia y Chewbacca, no llegaremos a ninguna parte. Y si nos estamos enfrentando a partidarios del Imperio... ¡Ven conmigo!

Llevó a Chewbacca a su camarote y sacó todos los cosméticos que contenía el cajón de su cómoda. Chewbacca los contempló con expresión interrogativa.

—Supongo que no pensarías que el color de mis párpados era natural, ¿verdad? —preguntó Leia—. ¿No te has fijado en que cambia de vez en cuando?

Chewbacca soltó un resoplido.

—¡No, mi piel no tiene poderes de camuflaje! —replicó Leia. Mientras hablaba Leia se había estado quitando los prendedores de su cabellera, y después empezó a deshacer su larga trenza. Chewbacca la estaba observando con visible asombro.

«Ahora casi nunca llevo el pelo suelto —pensó—. Hace años que nadie me ha visto con el pelo suelto..., salvo Han, claro.»

Con el paso de los años Leia había llegado a pensar en cortarse el cabello, pero la idea resultaba demasiado radical. En Alderaan los adultos se dejaban crecer el pelo hasta que alcanzaba una gran longitud, y normalmente lo llevaban recogido.

Leia acabó de deshacer su trenza, la cepilló para eliminar los enredos y dejó que su cabellera cayese libremente sobre sus hombros mientras experimentaba la agradable sensación de estar cometiendo un acto de osadía que casi rozaba la temeridad. Después se puso en pie y vio que el cabello le llegaba casi hasta las rodillas. Siguió cepillándolo hasta que hubo formado una raya central, haciendo que su cabellera colgara a ambos lados de su cara y descendiera sobre sus senos. Los mechones tendían a caerle sobre los ojos, por lo que era como verlo todo a través de una cortina.

«Tanto mejor—pensó—. Servirá para esconderme un poco más.»

Hurgó entre los frasquitos y cajitas. Algunos cosméticos habían sido comprados obedeciendo a un impulso momentáneo, y ni siquiera habían llegado a ser probados. Leia los guardaba en la cómoda de su camarote del *Alderaan* porque su nave era el lugar que reservaba a los caprichos y las fantasías.

Leia se acordó del día en que Han puso los pies a bordo del *Alderaan* por primera vez, pero enseguida expulsó aquel recuerdo tan maravilloso de su memoria. No era el momento más adecuado para ese tipo de recuerdos.

Bajó la mirada y vio que estaba sosteniendo varios paquetes de orugas de color en la palma de la mano.

—¿No te cansas de ser marrón todo el tiempo, Chewbacca? —preguntó.

Desgarró el envoltorio de un paquete de negro y de un paquete de plata, mezcló los contenidos y los lanzó sobre Chewbacca. El wookiee dejó escapar un resoplido de sorpresa y alzó las manos como si quisiera quitárselos de encima, y después los contempló con gran curiosidad.

Las orugas de color fueron abriéndose paso a través de su pelaje y por encima de él, y dejaron senderos intermitentes de negro y plata detrás de ellas. Chewbacca cogió con mucha delicadeza una y permitió que se arrastrara sobre su dedo, viendo cómo teñía de plata una angosta franja de pelos marrones. El pelaje de su pecho ya estaba empezando a quedar salpicado por manchitas negras y plateadas.

El wookiee, visiblemente divertido, permitió que las orugas de color hicieran lo que quisiesen con su pelaje.

—Pronto serás otro wookiee de pelaje moteado del que nadie ha oído hablar —dijo Leia—. Bien, ¿y qué voy a hacer conmigo?

Chewbacca escogió varios matices de verde y se los alargó.

—Oh, el verde siempre me sienta fatal—replicó Leia—. No entiendo por qué se me ocurrió comprar estos colores.

Escogió varias tonalidades de marrón y soltó las orugas por entre su cabellera.

«La verdad es que tampoco entiendo por qué compré estos marrones —pensó—. He gastado los mejores colores con Chewbacca... Bueno, tanto da.»

Leia cogió un paquete de verde muy oscuro y esparció el contenido sobre su cabeza.

Chewbacca dejó escapar un resoplido de aprobación.

«Voy a tener un aspecto de lo más monótono —pensó Leia—. Pero quiero ser invisible, ¿no? —se recordó un instante después—. Volver invisible a Chewbacca es una empresa

imposible, desde luego, así que basta con que consiga que deje de ser Chewbacca. Después tendré que asegurarme de que nadie se fije en mí.»

Se alegró de que Erredós fuese un modelo de androide muy corriente, ya que eso le evitaba el tener que disfrazarle también.

Pensó en la barba de Han y se la envidió, ya que era una forma sencillísima de ocultarse el rostro. Durante un momento acarició la idea de disfrazarse de hombre, pero enseguida desdeñó esa posibilidad.

«En los cuentos las princesas siempre se disfrazan de príncipes —se dijo—, pero las princesas de los cuentos nunca tienen caderas ni pechos. No. Parecería una mujer disfrazada, y lo único que conseguiría con eso sería llamar todavía más la atención.

»Es mejor ser invisible.»

Chewbacca estaba contemplando el proceso de cambio sufrido por su pelaje con lo que parecía auténtica fascinación, pero un instante después dejó escapar un suspiro melancólico. El suspiro creó ecos en aquel espacio vacío del corazón de Leia donde no podía hallar ninguna señal de la presencia de sus niños.

—Ya no podemos ser Leia y Chewbacca —le dijo.

Chewbacca alzó lentamente la cabeza. Sus ojos oscuros estaban llenos de tristeza y de preguntas.

—Ahora tenemos que ser Lelila y Geyyahab... Tenemos que ser Lelila y alguien más, así que si no quieres ser Geyyahab siempre puedes escoger otro nombre.

Chewbacca, que había pasado a ser Geyyahab, indicó que aceptaba el nombre que Leia había elegido para él, pero que no entendía la necesidad de ese cambio.

—Quien se llevó a los niños pretendía asestarme un golpe terrible con ello —le explicó Leia—, y el golpe también iba dirigido contra ti, Han y Luke. Los secuestradores esperan que vayamos en su busca, y nos estarán aguardando. Van a tendernos una trampa, y creo que la única forma de que consigamos vencerles es pillarles por sorpresa.

Chewbacca le lanzó un quejido de interrogación.

—No —dijo Leia, cada vez más desesperada—, no sé quiénes son y no sé adónde han ido.

«Pero tienen que ser restos del Imperio caído —pensó ¿Quién más podría odiarme lo suficiente para llegar a atacarme a través de mis niños?»

Escogió el frasquito de pintura de ojos del tono más chillón que pudo encontrar entre el revoltijo de cosméticos que había esparcido sobre su cama, lo abrió y derramó la pintura color púrpura sobre sus párpados y debajo de sus ojos, empleándola como si fuese el kohl de las luchadoras del desierto. Después se realzó la frente y las mejillas con un poco de color oro.

—Lo averiguaré —dijo cuando hubo terminado—. Puede que Rillao sepa quién..., quién la torturó de esa manera. Pero si no lo sabe... Bueno, si no me queda más remedio, entonces despertaré a cada pasajero de esas naves. Alguien tiene que saber quiénes son y qué planean, y dónde podemos buscarles.

Se contempló en el espejo. Los cabellos le colgaban alrededor del rostro y lo dejaban medio oculto. Sus ojos eran visibles por entre los mechones, dos pupilas oscuras que parecían feroces y amenazadoras gracias a la aplicación de color púrpura. Los realzadores oro y rubí del cosmético brillaban y cambiaban de posición a cada momento. Su nuevo aspecto era bastante más parecido al de un^a danzarina de cabaret que al de una luchadora del desierto.

«No importa --se dijo—. Lo único que importa es que ahora ya no parezco Leia. A partir de ahora soy Lelila...»

Erredós cruzó el umbral a toda velocidad con un zumbido de servomotores, vaciló y emitió un pitido de sorpresa cuando sus sensores percibieron los cambios sufridos por sus compañeros biológicos. El androide giró sobre sí mismo en cuanto los hubo reconocido y desapareció.

Lelila la cazadora de recompensas se levantó de un salto y echó a correr detrás de él. Geyyahab, el último en la larga sucesión de clientes que habían contratado sus servicios, se apresuró a seguirla con su pelaje en las últimas fases del cambio de color.

Han tenía que admitir que la partida se había jugado de manera limpia y sin trampas, al menos por lo que él había podido ver. Naturalmente, por lo que había podido ver Waru no

utilizaba ningún truco, y Han tampoco creía que Waru fuese un auténtico hacedor de milagros.

Estaba caminando lentamente por la calle de vuelta al hotel, apestando a seis clases distintas de humo y con un terrible dolor de cabeza. Han deseó haber bebido otra jarra de la cerveza local, pensando que quizá se sentiría mejor de haberlo hecho. Estaba empezando a creer que aquel brebaje tenía poderes curativos mágicos.

—Igual que Waru... —murmuró.

Llegó al hotel. El propietario apareció ante él y le saludó con gran afabilidad.

«Cetrespeó debe de haber pagado nuestra cuenta —pensó—. Me pregunto qué dirá nuestro cordial anfitrión mañana cuando le pidamos que nos siga alojando..., sin pagar.»

Subió los peldaños con sólo un tropezón a medio camino, y fue contando las puertas con mucha atención hasta que llegó a la suya. La puerta se abrió ante él para dejarle entrar. El resplandor fantasmagórico de la espada de luz de Luke se esparció sobre sus pies y fluyó por encima de la moqueta.

Han se alisó la camisa, se peinó rápidamente los cabellos y la barba con los dedos y entró como si todo fuera a las mil maravillas. La hoja de la espada de luz desapareció con un zumbido. Luke estaba sentado en el mismo rincón de la noche anterior.

—Hola, Luke —dijo Han, fingiendo estar mucho más animado y alegre de lo que se sentía en realidad.

—Tenemos que hablar —dijo Luke—. Xaverri y yo volvimos a la..., a la ceremonia. Han, lo que vimos y lo que viste sólo puede tener una explicación.

Han se lanzó sobre la cama y se tapó la cara con la almohada. No podía seguir fingiendo ni un solo instante más, y el dolor de cabeza se estaba volviendo realmente insoportable.

—¡Amo Han! --Los pies de Cetrespeó se movieron sobre las baldosas con un repiqueteo metálico—. He pagado la cuenta. ¡Muchísimas gracias! Por la mañana tendré que ocuparme de otros gastos, tal vez antes de que usted se haya levantado, y me estaba preguntando si...

—Ya te daré más dinero mañana —replicó Han.

—Pero es que había pensado ir de compras muy temprano. Si traigo unas cuantas provisiones, eso evitaría que mis compañeros humanos tuvieran que hacer frente al gasto extra que supone comer en los restaurantes...

—¡Estamos de vacaciones, maldita sea! ¡Comer en un restaurante es la mitad de la diversión de unas buenas vacaciones!

Han intentó recordar cuándo había comido por última vez. «¿Habré estado subsistiendo a base de cerveza local? —pensó—. Vaya, ese brebaje es todavía más milagroso de lo que pensaba...»

—... y eso me permitiría servirle el desayuno en la cama —concluyó Cetrespeó.

—Oye, ¿no podemos hablar de todo esto mañana? —preguntó Han—. Necesito dormir.

—¿Perdiste todo el dinero? —preguntó Luke.

Han se irguió en la cama. La almohada cayó de su rostro y acabó en el suelo.

—No. —Se encogió de hombros y sonrió—. Bueno, no todo. Oh, amo Han... —exclamó Cetrespeó—. ¿Cómo voy a poder ir de compras por la mañana si ha perdido todo nuestro dinero?

—No lo he perdido todo —dijo Han—. Puedo conseguir más. Es sólo que he tenido una mala noche, ¿entendido? Cálmate de una vez. Y ahora, ¿puedo dormir un poco?

—No —dijo Luke—. ¡Maldición, Han, despierta de una vez!

--¿Cómo puedo despertarme cuando todavía no me has dado la oportunidad de que me quede dormido?

La hoja de la espada de luz de Luke cobró vida con un estremecimiento de energía. La fantasmagórica luz verdosa llenó la habitación, y se fue haciendo cada vez más intensa hasta volverse increíblemente blanca mientras el zumbido se agudizaba y acababa convirtiéndose en un chillido estridente. Han lanzó un grito de protesta.

Luke desactivó rápidamente la espada de luz y deslizó la empuñadura debajo de los pliegues de su túnica.

--¿Qué ha sido eso? —preguntó Han, sintiéndose repentina y totalmente despierto.

—Yo... Nada. Todo va bien. —Luke parecía sorprendido y confuso, dos emociones que no resultaban nada habituales en él—. Han, volviendo a Waru... Oye, si pudiéramos persuadir a esa

criatura de que viniera con nosotros, la situación en la República podría cambiar enormemente para mejor. Los Jedi protegen la paz..., junto con tus legiones, naturalmente; pero Waru podría mejorar las vidas de las personas de una manera muy directa.

—¿Estás seguro de que Waru no es un Jedi?

—No lo es. Bueno, lo que quiero decir es que... No estoy captando ninguna de las sensaciones y percepciones que debería experimentar. —Luke se inclinó hacia adelante y clavó la mirada en el rostro de Han—. Cuando nacieron tus hijos, enseguida supe que tendrían un lugar entre nuestras filas, especialmente en el caso de Anakin. Cuando vi al pequeño Anakin por primera vez y me miró a los ojos... Luke dejó escapar el aliento en un ruidoso suspiro—. Si Waru fuese un Jedi, no creo que se me pudiera pasar por alto. —Luke entrelazó los dedos, abrió las manos y se contempló las palmas—. Pero tal vez está conectado a la Fuerza por algún medio que no podemos detectar y que nos resulta totalmente desconocido, algún medio cuya existencia se me escapa... —Luke separó las manos y las tensó convirtiéndolas en puños—. ¡No lo sé! Y he de averiguarlo...

—De acuerdo, de acuerdo. No te lo tomes así.

Han se frotó la cara. Tenía tanto sueño que apenas podía seguir el hilo de los razonamientos de Luke, y eso a pesar del apasionamiento y la premura que impregnaban todas sus palabras. —Xaverri dijo que pensaba que Waru era peligroso —murmuró—. Dijo que era un peligro para la República... ¿Y ahora quieres llevar a esa..., a esa criatura al mismísimo corazón de nuestro gobierno?

—Waru ya ha atraído a un montón de seguidores aquí, y podrían llegar a formar una facción muy poderosa. ¿No crees que sería mejor que cooperásemos con él desde el comienzo?

Han soltó una risita.

—Vaya, normalmente no sueles hablar como un político...

Han dudaba mucho de que a Luke le importara en lo más mínimo que los seguidores de Waru llegaran a formar un grupo de oposición al gobierno. Pero el joven Jedi había quedado fascinado por lo que le parecían unas capacidades realmente notables, y estaba claro que deseaba tener a Waru allí donde pudiera mantener vigilada a la criatura y, tal vez, incluso aprender de ella.

Han seguía sin tener ni idea del porqué Xaverri opinaba que Waru era peligroso.

Han sacó del bolsillo una de las pocas monedas que le quedaban, y se las arregló para que pareciese haber surgido del aire. Los labios de Luke se curvaron en una débil sonrisa.

—No está mal.

—Ya te dije que hay más en el sitio del que ha salido ésta. Han hizo desaparecer la moneda.

Cetrespeó fue hacia él.

—¿Cómo lo ha hecho, amo Han?

Han sacó la moneda de la boca de Cetrespeó.

Los ojos de Cetrespeó cambiaron.

—¿Tendría la bondad de repetirlo, amo Han?

Han así lo hizo.

—¡Ah! —exclamó Cetrespeó—. Una asombrosa muestra de agilidad manual, desde luego.

—¿Qué has hecho? —preguntó Han—. ¿Pasar más despacio el registro óptico, quizá?

—Por supuesto, amo Han.

—¿Y observaste a Waru de esa manera?

—Lamento tener que decir que no lo hice, señor —replicó Cetrespeó—. Estaba tan intrigado por el sorprendente espectáculo que el ama Xaverri nos había llevado a presenciar que no se me ocurrió hacerlo.

—Por cierto, ¿y dónde está Xaverri? —preguntó Han—. ¿Se ha ido a su casa?

—Se quedó en el complejo —dijo Luke—. Quería...

—¿La dejaste allí?

—Claro.

Han cogió las botas que había arrojado al suelo y empezó a luchar con ellas, tratando de ponérselas a toda prisa.

—Lleva años viviendo aquí—dijo Luke intentando calmarle—, y ha estado asistiendo a las reuniones

de Waru desde que empezaron a celebrarse. Sabe cómo cuidar de sí misma.

—Pero tú mismo acabas de decir que aquí está ocurriendo algo raro, y...

—¡Y tú dijiste que Waru era un fraude!

—El mero hecho de que algo sea un fraude no significa que no sea peligroso. Ya viste cómo reaccionó Xaverri ayer, ¿verdad? Han giró sobre sí mismo buscando frenéticamente su chaqueta, y un instante después se dio cuenta de que nunca había llegado a quitársela.

Han Solo salió corriendo de su habitación.

Rillao yacía inmóvil bajo el sudario del equipo médico, y sólo sus ojos se movían. Su mirada se deslizaba sobre todo lo que había en la sala buscando puntos débiles o alguna manera de escapar de allí. Una mezcla de gruñido y gemido se estremeció en su garganta.

Lelila estaba en el umbral y contemplaba a la firrerreo con el rostro impasible.

«Desperdiicé mi compasión con el firrerreo que se negó a revelarme su nombre —pensó—, y además no puedo permitirme el lujo de tener compasión de nadie.»

Esperó hasta que la mirada de Rillao se encontró con la suya. Lelila fue hacia ella moviéndose con deliberada lentitud, y se detuvo a un paso de distancia de la cabecera de Rillao. Rillao seguía mirándola.

—Te he salvado —dijo Lelila.

—¿Quién te pidió que lo hicieras?

La voz de Rillao era áspera y un poco ronca.

—Te he salvado de la tortura, Rillao —siguió diciendo Lelila, que había decidido adoptar la forma de hablar del firrerreo anónimo que utilizaba los nombres para adquirir poder—. Te liberé de la telaraña, te saqué del carguero modificado para pasaje, te traje a bordo de mi nave y te curé..., Rillao.

La expresión de Rillao cambió, y una parte de la arrogancia fue sustituida por aprensión.

—Te has apropiado de mi nombre —dijo—. ¿También eres dueña de mi cuerpo? —Tal vez lo fui durante un momento respondió Lelila—. Pero te lo devuelvo.

—Muy magnánimo por tu parte... —dijo Rillao. Su mirada volvió a recorrer el compartimento, percibiendo su discreta y sofisticada elegancia y el equipo médico de último modelo—. Supongo que eres demasiado rica para preocuparte por los beneficios.

—¿Los beneficios? —preguntó Lelila.

Rillao la contempló con obvia incredulidad. Después se apoyó en los codos, se irguió y se libró de los sensores del equipo médico con un encogimiento de hombros. Su cabellera de franjas negro y plata se había convertido en una masa de mechones apelmazados por el sudor. El equipo médico percibió su recuperación y subió hacia el techo para protegerse y evitar sufrir algún daño.

—El carguero fue desviado de su ruta —dijo Rillao—. Estaba escondido, lejos de todos los caminos comerciales... Si no eres una traficante de esclavos, ¿cómo lo encontraste? ¿Qué estás haciendo aquí?

Lelila sintió que se le doblaban las rodillas y se apresuró a tensarlas, pues de lo contrario hubiese caído al suelo. Se dio cuenta de que se había puesto muy pálida y de que un estremecimiento helado había recorrido su cuerpo desde la cabeza hasta los pies, y agradeció que los cabellos ocultaran casi todo su rostro. Deseó haberse puesto todavía más maquillaje. Geyyahab lanzó un rugido de sorpresa y furia detrás de ella. Lelila extendió el brazo hacia el wookie, le cogió la mano y le redujo al silencio con un apretón de advertencia.

El Imperio había tolerado la existencia de la esclavitud, pero la República había puesto fin a aquella práctica infame. El gobierno al que servía había intentado localizar a todas las personas que habían soportado el peso de las espantosas leyes imperiales, y las había liberado. El Imperio ya no existía, y el tráfico de prisioneros políticos y el secuestro de sus hijos para venderlos a los traficantes de esclavos habían dejado de existir con él.

¡No había traficantes de esclavos que pudieran llevarse a Jacen, Jaina y Anakin!

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó Lelila de repente—.

¿Cuánto tiempo has pasado durmiendo?

—Nunca dormí —murmuró Rillao—. No formaba parte del pasaje original del carguero.

—Pero ¿sabías que el Imperio...?

—Fui traída aquí hace cinco años —dijo Rillao.

—¿... fue derrotado? Oh. Tenías que saberlo, claro. ¡Pero la República acabó con el tráfico de esclavos!

—Hay quienes hacen cuanto pueden para que todos sigan creyendo que así fue. Resulta muy conveniente a sus propósitos, porque así pueden llevarse a la gente en secreto.

Chewbacca —«¡Geyyahab —se recordó Leia—. ¡Geyyahab y Lelila!»— envolvió la parte superior de su brazo con su enorme mano de wookie. Lelila, infinitamente agradecida, dejó que su fortaleza le sirviera de apoyo, pero enseguida se dio cuenta de que él también estaba temblando.

Rillao extendió la mano derecha hacia Lelila. Una cicatriz muy profunda y que no se había curado bien desfiguraba su palma cubriéndola con un complejo dibujo de señales: era una marca de esclavitud. Lelila ya había visto cicatrices parecidas antes en las manos de personas que solicitaban su eliminación mediante un tratamiento médico. Siempre empezaban pidiendo que hicieran desaparecer las cicatrices, y eso tenía preferencia sobre todo lo demás.

Lelila se preguntó si la mano cubierta de pelos marrones manchados de negro y plata posada sobre su brazo también había lucido una marca de esclavo.

—Todo eso pertenece al pasado —dijo—. Mi equipo médico no puede eliminar la cicatriz, pero en cuanto hayamos vuelto a la civilización...

Rillao cerró la mano, y sus largos y esbeltos dedos quedaron planos sobre la palma. El movimiento no contenía la más mínima sugerencia que hiciera pensar en un puño, y sólo transmitía el deseo de ocultar y proteger.

—No —dijo—. Tengo razones para querer conservar esa cicatriz durante algún tiempo.

Rillao se puso de rodillas sobre la litera. Todavía estaba muy débil, y se tambaleó y faltó poco para que se cayera.

—¿Cómo encontraste este lugar? —preguntó.

El artículo más importante que podían intercambiar Rillao y Lelila era la información, y Lelila decidió gastar una parte de sus existencias.

—Seguí a una nave hasta aquí.

La sábana se desgarró entre los tensos dedos de Rillao.

—¿La destruiste? —preguntó, y su voz sonó repentinamente hueca e inexpresiva—. ¿Destruiste esa nave?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Lelila—. Acuéstate, Rillao. Estás demasiado débil para levantarte.

—¿Qué...?

—¡Acuéstate! Te contaré lo que ocurrió después de que te hayas acostado.

Rillao obedeció de mala gana, se acostó en la litera y tiró de la sábana desgarrada hasta taparse con ella. Sus dedos juguetearon mecánicamente con el borde, estrujándolo y deshilachándolo.

—Seguí a la nave hasta este lugar.

—¿A través del hiperespacio? ¡Eso es imposible!

Tengo un método secreto, Rillao. —Leia sentía una punzada de dolor al ver cómo Rillao se encogía sobre sí misma cada vez que pronunciaba su nombre, pero Lelila la cazadora de recompensas agradecía la ventaja que le proporcionaba el hacerlo—. No me hagas demasiadas preguntas.

—¿Viste la nave?

—No. Me llevaba demasiada delantera. La nave vino hasta aquí y se fue.

¡Pero tú puedes seguir su rastro!

—No. Mi método sufrió una..., una perturbación. —No podía explicar a la firrerreo que había sido su propio dolor el que había creado aquella interferencia, ya que entonces tal vez podría deducir las capacidades de Leia a partir de ese dato—. La pista ha desaparecido.

El cuerpo de Rillao pareció encogerse sobre la litera. La mezcla de gemido y gruñido volvió a surgir de su garganta, pero se interrumpió de repente en cuanto Rillao trató de recobrar el control de sí misma.

—¿Sabes adónde fue esa nave? —preguntó Lelila.

Rillao meneó la cabeza.

—Podría haber ido a cualquier lugar —replicó—. Existen algunos lugares a los que es más probable que fuera, desde luego: son los escondites en los que los traficantes de esclavos y otros iguales o peores que ellos se ocultan y esperan, y donde van haciendo acopio de recursos mientras trazan sus planes para el Imperio Renacido.

—¿El Imperio Renacido? —Leia frunció el ceño—. ¡Más fanáticos de la supremacía con la cabeza llena de engaños y delirios!

Ni Leia de la Nueva República ni Lelila la cazadora de recompensas comprendían qué razón podía tener nadie para seguir siendo leal al viejo Imperio después de que hubiera sido derrotado y de que sus atrocidades hubieran sido reveladas; pero después de todo, ninguna de las dos comprendía por qué Rillao quería conservar la marca que la identificaba como una esclava.

—Los partidarios del Imperio renacido son poderosos y ricos, y han hecho un juramento de sangre que les obliga a mantener el secreto y la devoción a su objetivo —le explicó Rillao, y nombró varios mundos en los que los seguidores tenían un considerable poder.

Todos los nombres sorprendieron a Lelila.

—¿Y Munto Codru? —preguntó.

—Munto Codru está muy lejos de los grandes centros de la galaxia —replicó Rillao encogiéndose de hombros—, y además es demasiado independiente. Munto Codru nunca vio con buenos ojos al Imperio, y siempre se resistió a su poder. Nadie de quien yo haya oído hablar pensó que fuera buena idea esconderse allí.

Leia decidió que no era el momento más adecuado para preocuparse por el Imperio Renacido, y se dijo que ya tendría tiempo más que suficiente para ocuparse de aquello cuando los niños estuvieran a salvo. Tenía que concentrar toda su atención en sus hijos, y no podía desperdiciar ni la más pequeña parte de ella dedicándola a otros asuntos.

—¿Por qué pensabas que había destruido la nave? —preguntó Lelila.

—Sus propietarios tienen muchos enemigos.

Y creo que tú figuras entre ellos, ¿no?

Lelila la cazadora de recompensas no tenía ningún hijo atrapado a bordo de esa nave. No tenía ninguna razón para estremecerse cuando pensó en cuántas personas podían desear su destrucción y que alguien acabaría consiguiendo destruirla más tarde o más temprano.

—¿Por qué te preocupaba tanto la posibilidad de que la hubiese destruido, Rillao?

Rillao clavó la mirada en las tirillas de sábana que apretaba entre los dedos y no dijo nada.

—Respóndeme, Rillao —dijo Lelila.

—¡Porque mi hijo se encuentra a bordo de la nave de los traficantes de esclavos!

Se le quebró la voz, y un instante después empezó a sollozar con un gemido fantasmagórico tan lleno de pena y desesperación que Lelila sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Lelila se volvió y alzó la mirada hacia Geyyahab. El wookiee parpadeó y la contempló con una tristeza infinita en la mirada. Después pasó junto a ella rozándola en el estrecho espacio del compartimento, se sentó en el suelo al lado de la litera de Rillao y puso su manaza manchada de negro y plata sobre la mano marcada de Rillao.

Lelila también sintió el deseo de ir hacia ella, abrazarla y tranquilizarla; pero eso hubiese resultado demasiado propio de su otra identidad. Lelila la cazadora de recompensas permaneció inmóvil donde estaba.

Esperó hasta que el gemido de Rillao se hubo apagado. La pena que se había adueñado de la firrerreo seguía siendo demasiado intensa para poder ser ocultada del todo. Geyyahab dio unas palmaditas sobre el hombro de Rillao, y su garganta dejó escapar un ronroneo que Lelila nunca había oído surgir de los labios de un wookiee hasta aquel instante.

Rillao alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Encontraremos a tu hijo —dijo Lelila. Daré con esa nave, y encontraremos a tu hijo... Pero tú sabes mucho más que yo sobre los traficantes de esclavos, y debes ayudarme a averiguar dónde pueden ser encontrados.

Cuando llegó a la cúpula de Waru, Han estaba sin aliento y jadeaba a pesar de que había utilizado la ruta pública, que era bastante más corta.

«Dedico demasiadas horas a jugar a los generales y demasiado pocas a trabajar de verdad»,

pensó.

La explanada que se extendía alrededor del templo de Waru estaba desierta. Han se detuvo debajo de las delicadas e ininteligibles filigranas del arco de la entrada, y pensó que podían significar cualquier cosa..., tal vez incluso que no se podía entrar después del comienzo del servicio religioso.

«Aunque sería más adecuado decir "Después de que haya empezado el espectáculo"», pensó.

Por lo que a él respectaba, le daba igual que el mensaje de aquellos signos ininteligibles fuese ése o un «Prohibida la entrada». Pasó por debajo del arco y entró en el patio. En vez de experimentar el silencio como apacible y sereno, Han se sintió terriblemente oprimido por aquella ausencia de sonidos que parecía estar llena de tristeza y oscuridad.

—¡Hablaré aquí dentro siempre que quiera hacerlo! —exclamó en voz alta.

Entró en el auditorio.

La enorme sala estaba repleta de suplicantes, al igual que lo había estado la vez anterior. Los asientos, los cojines de descanso y los pasillos estaban ocupados, y Han no tenía forma alguna de llegar a la parte delantera del auditorio en la que Waru escuchaba las súplicas y peticiones. Se puso de puntillas e intentó ver algo por encima de las cabezas, espaldas y caparazones de la congregación, y acabó logrando distinguir a Xaverri inmóvil cerca de la base de Waru. Por lo que pudo entrever Xaverri se encontraba bien, aunque le preocupó un poco el que tuviera la cabeza inclinada y los hombros encorvados hacia adelante.

«Si vuelve a derrumbarse... —pensó Han—. ¿Qué haré entonces? ¿Qué puedo hacer?»

Recorrió la gigantesca sala con la mirada.. buscando otra forma de llegar hasta el estrado, pero el auditorio estaba peligrosamente atestado.

Waru acababa de aceptar a otro candidato a la curación, y Han vio que era un miembro de una familia ithoriana.

—¿Deseas que intente curarte, buscador de la salvación? —preguntó Waru.

La voz de Waru resonó por el auditorio. Han, que tendía a sospechar de Waru y de todo lo que tuviera relación con él, percibió la diferencia existente entre la conversación privada que Xaverri había mantenido con la criatura y la voz pública que atraía la atención de todos los presentes manteniéndola firmemente concentrada en la ceremonia.

—Entonces intentaré ayudarte —dijo Waru.

Han soltó un bufido ahogado, y un instante después se apresuró a borrar la expresión despectiva de su rostro cuando una gigantesca criatura de aspecto coriáceo se volvió lentamente para alzarse sobre él y mirarle fijamente, visiblemente irritada por aquella distracción.

—No es nada, sólo una pequeña alergia —dijo Han.

La criatura movió las orejas y volvió a concentrar su atención en Waru.

Han no podía llegar hasta el estrado. La multitud formaba una muralla infranqueable. Intentó no perder de vista a Xaverri aun sabiendo que no le serviría de mucho, y al mismo tiempo trató de observar con la máxima atención lo que hacía Waru para tratar de averiguar dónde estaba el truco.

Una subfamilia de ithorianos fue hacia el altar. El quinteto de seres altos de cuellos torcidos transportaba a un congénere envuelto en una manta para presentárselo a Waru. El más alto de los ithorianos apartó los pliegues de la manta y reveló a un joven terriblemente flaco. Sus ojos llenos de inteligencia ardían en los extremos de su cabeza en forma de martillo, y estaba haciendo grandes esfuerzos para mantenerse erguido. Los miembros adultos de la familia acariciaron al joven y le hablaron en susurros, tal vez prometiéndole que no tardaría en volver a su rebaño-ciudad, y ayudaron al niño a acostarse sobre el altar de Waru. Sus voces estereofónicas resonaron en el auditorio creando una extraña algarabía de sonidos.

El joven estaba patéticamente débil. La familia lo confió a Waru y retrocedió.

Las escamas doradas se licuaron igual que antes, y fluyeron hasta cubrir al paciente de Waru. Los hilillos de icor se desparramaron alrededor del capullo y se solidificaron. El resplandor brilló a través de la envoltura traslúcida.

Pero después de eso, todo cambió.

La enorme masa de Waru fue sacudida por un violento estremecimiento, y el ser dorado gritó. El grito subió y bajó por toda la escala tonal en un doble movimiento simultáneo, agudizándose hasta convertirse en un alarido desgarrador y volviéndose más grave para

terminar en un rugido ahogado. El chillido resonó en los oídos de Han y acabó desvaneciéndose al sobrepasar los límites de su capacidad auditiva. Han sintió como si su cerebro estuviera siendo traspasado por las ondas sónicas, y se dio cuenta de que el rugido se estaba convirtiendo en una amenazadora vibración. Los muros reverberaron con un sinfín de ecos situados en el extremo más bajo del espectro sónico que hicieron temblar los huesos de Han.

Han pensó que el sonido resultaba curiosamente parecido al gruñido de satisfacción de un enorme felino que estuviera inclinándose sobre su presa.

Los suplicantes dejaron escapar un coro de gemidos horrorizados y cayeron al suelo delante de Waru mientras se apresuraban a taparse los ojos. Han fue el único que permaneció en pie, ya que incluso Xaverri se había arrodillado junto a la base del altar, inclinando la cabeza hasta rozar el suelo.

Waru volvió a estremecerse.

Pero este ritual era distinto. Han hizo un esfuerzo desesperado para ver en qué consistía la diferencia, pero estaba seguro de que Waru había cambiado el procedimiento. En vez de expandirse, la crisálida se fue encogiendo como si pretendiera exprimir al joven ithoriano.

Waru suspiró.

La crisálida estalló. Chispas cegadoras se arremolinaron por encima del altar y salieron despedidas en todas direcciones, como las ascuas de un incendio forestal imposible de controlar espoleado por un vendaval que aúlla y se agita. El torbellino de fuego se desplazó por todo el auditorio trazando una veloz espiral. La frente de Han quedó cubierta por una repentina capa de sudor. La atmósfera se había vuelto repentinamente caliente y opresiva.

Han contempló lo que estaba ocurriendo delante de él con los ojos desorbitados por el horror.

Las escamas de Waru temblaron en una especie de revoloteo convulsivo y volvieron a alisarse.

El joven ithoriano yacía sobre el altar y se había convertido en un confuso amasijo de miembros enredados. La familia del joven estaba acurrucada delante de Waru, una masa de cuerpos que gritaban y lloraban mientras intentaban consolarse los unos a los otros sin atreverse a alzar la mirada hacia el altar.

—Lo lamento... —dijo Waru—. Lo lamento. No siempre consigo tener éxito. Quizá habéis esperado demasiado tiempo antes de solicitar mi ayuda, o quizá a vuestro descendiente ya le había llegado la hora.

Los miembros de la familia ithoriana se fueron poniendo en pie con movimientos torpes y vacilantes y se abrazaron en silencio.

—Te honramos, Waru —dijo el ithoriano de menos estatura hablando en básico, y sus párpados se deslizaron sobre sus ojos llenos de tristeza—. Te honramos —añadió, y su voz se fue debilitando hasta convertirse en un susurro enronquecido que parecía estar a punto de quebrarse.

—He quedado agotado —dijo Waru—. Debo descansar.

Las escamas doradas se contrajeron y cerraron las venas que producían el icor.

La familia ithoriana accedió inmediatamente a la petición de Waru y envolvió a su hijo en la manta, que había pasado a ser un sudario, y se alejó del altar avanzando lentamente a través de la multitud. Todos retrocedieron ante ellos para abrirles un camino, y después siguieron a los ithorianos hasta salir del auditorio.

Han se pegó a la pared del fondo de la gran sala. El sudor llenaba de chispas su campo visual y hacía que le escocieran los ojos, y Han los cerró mientras intentaba borrar de su mente lo que acababa de ver. Los suplicantes desfilaron junto a él, rozándole de vez en cuando hasta que el auditorio acabó quedando sumido en el silencio.

—Ven conmigo, Solo —dijo Xaverri.

Han abrió los ojos. Xaverri le acarició el brazo con cariñosa delicadeza intentando calmarle, y Han la miró fijamente. Estaba tan horrorizado que no podía hablar, y apenas si era capaz de seguir respirando. Xaverri le rodeó los dedos con los suyos y le sacó del auditorio sin decir ni una palabra.

Waru, que se había quedado dormido, era como una torre gigantesca que se alzaba detrás de ellos.

Xaverri y Han atravesaron el patio en silencio, y siguieron callados incluso después de haber

pasado por debajo del arco.

Luke apareció al otro extremo de la explanada y fue corriendo hacia ellos, envuelto en el aleteo de los pliegues de su túnica. Cetrespeó seguía a Luke moviendo las piernas todo lo deprisa que se lo permitían sus servomotores, pero se iba quedando un poco más rezagado a cada paso que daba.

Luke se detuvo delante de Han y le agarró por los hombros. —¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Waru... No lo sé. Sí, estoy bien, pero... —Han respiró hondo e intentó recobrar el control de sí mismo.

—Sentí... No sé qué era, como una especie de perturbación... —Luke soltó a Han, se echó hacia atrás apoyándose en los talones y se pasó los dedos por el pelo—. ¿Qué está ocurriendo, Han? Tengo la sensación de estar atrapado en un mar de arenas movedizas, y no consigo encontrar un suelo en el que apoyar los pies.

—Alguien murió —murmuró Han—. Un... Un muchacho. Venga, volvamos al hotel.

Luke y Cetrespeó giraron sobre sí mismos sin decir ni una palabra en una obediencia silenciosa que resultaba casi increíble por parte de Cetrespeó, y empezaron a caminar detrás de ellos.

Han avanzó lentamente por el sendero sintiendo que los pies le pesaban tanto como si se hubieran vuelto de plomo.

Xaverri tiró de Han y le sacó del sendero cuando ya no podían ver la cúpula de Waru. Después le cogió de las manos y le miró a los ojos. Han intentó fingir que Xaverri no estaba allí. No quería pensar en lo que había visto.

—¿Comprendes ahora por qué creo que Waru no es un fraude..., y que es peligroso? —preguntó Xaverri.

—Sí —dijo Han, y su voz sonó tan enronquecida como si llevara horas gritando.

La familia ithoriana había confiado su hijo a Waru.

Y Waru había matado al joven ithoriano. Había matado al muchacho, y después había fingido debilidad y agotamiento como resultado de haber hecho un inmenso esfuerzo en beneficio de los ithorianos.

«Pero yo vi cómo Waru aplastaba a ese niño —pensó Han—, y no he podido hacer absolutamente nada para evitarlo.»

Han había oído con toda claridad el gruñido de satisfacción lanzado por Waru cuando la vida del joven ithoriano pasó a formar parte de su poder.

—Sí —murmuró—. Ahora lo entiendo...

Capítulo 08.

Rillao fue recuperando las fuerzas muy deprisa. No tardó en estar sentada sobre su litera comiendo estofado de la misma manera que el firrerreo que se había negado a revelar su nombre, cogiendo los trozos de carne con los dedos y bebiendo la salsa después de que ya no quedara más carne. Lelila y Geyyahab estaban sentados junto a la mirilla y planeaban una estrategia. Las naves secuestradas continuaban moviéndose por el espacio, y trazaban sus órbitas concéntricas en una complicada danza ejecutada sobre un resplandeciente telón de fondo de estrellas.

Rillao contempló la nave llena de firrerreos a través de la mirilla. —Lelila, cuando me encontraste... —dijo de repente—. ¿Viste algo más, algo..., algo extraño?

—¿Aparte de una telaraña que se alimentaba de tu cuerpo y de una nave llena de personas abandonadas a la deriva, quieres decir? ¿A qué te refieres exactamente cuando empleas la palabra «extraño»?

—A una máquina muy pequeña, tanto que podrías sostenerla en la palma de tu mano. Quizá estaba encima de la mesa, o en el suelo... —No —dijo Lelila—. ¿Qué era?

—Nada —dijo Rillao—. Nada importante...

La nave de los firrerreos empezó a acelerar en el grupo de cargueros y fue saliendo lentamente de la danza de naves, adquiriendo velocidad de una manera tan gradual que su movimiento resultaba casi imperceptible. La aceleración se iría acumulando segundo a segundo y año a año hasta que llegaría un momento en el que la nave se precipitaría hacia su destino, moviéndose a una fracción de la velocidad de la luz lo suficientemente grande para poder ser medida.

Rillao mantuvo los ojos clavados en la nave. La luz de las estrellas se reflejaba a lo largo del oscuro metal de su flanco, y lo tachonaba con diminutas rayas plateadas.

—Tú y tu hijo deberíais estar a bordo de esa nave —dijo Lelila.

—Sí... —replicó Rillao.

—¿Te reunirás con ellos cuando hayas recuperado a tu hijo? —No puedo pensar a tan largo plazo. De momento sólo puedo pensar en dar con él.

Lelila se puso en pie.

—¿A dónde vas? —preguntó Rillao.

—A las otras naves. A despertar a sus pasajeros para preguntarles si saben adónde deberían ir..., y a liberarles.

—Eso supondría una pérdida de tiempo.

—¿Te refieres a liberarles? —exclamó Lelila.

—¡Sí! No saben nada sobre sus secuestradores. Si te dedicas a despertarles, luego tendrás que ayudarles para que puedan seguir su viaje. Tardarás días en hacerlo.

—¿Esperas que deje a toda esa gente flotando a la deriva en el espacio? —preguntó Lelila—. Si les devuelvo la libertad, hay muchas probabilidades de que se muestren... agradecidos —se apresuró a añadir, pensando que quizá estaba mostrándose excesivamente compasiva.

—No disponen de los recursos necesarios para ello —replicó Rillao—. Son refugiados, exilados. No tienen nada que tú puedas querer..., a menos que desees quedarte con sus semillas, claro. —Soltó un bufido despectivo—. Y siempre puedes volver y quedarte con ellas.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que nadie sabe adónde ha ido nuestro objetivo? —preguntó Lelila.

—Siéntate y te lo explicaré.

Lelila obedeció de mala gana y se sentó en el borde de la litera. Sentía que los nervios le cosquilleaban como si sus terminaciones se hubieran extendido más allá de su piel, y ese cosquilleo hacía que estuviera inquieta y le proporcionaba una sensibilidad especial. Si trataba de utilizarla, se precipitaba en el abismo de desesperación que había engullido a su identidad anterior. En cuanto había llegado a aquel erial de naves agonizantes que flotaban a la deriva, su sensibilidad no sólo había dejado de serle útil sino que se había convertido en una auténtica tortura para ella.

Lelila la cazadota de recompensas anhelaba acción, cualquier clase de acción que pudiera distraerla lo suficiente para no tener que entregarse a los recuerdos.

Rillao cerró los ojos, hizo una inspiración muy lenta y profunda y empezó a hablar.

—Un hombre muy malvado, cuyo nombre te revelaré al final de mi historia, se apoderó de las naves que flotan por este desierto.

Pensaba que tenía el derecho de hacerlo, porque era el responsable de su existencia. Había sido el responsable de que se construyeran, y del arresto y la condena de todas las personas aprisionadas dentro de ellas. Ese hombre era el encargado de juzgar y condenar a cualquier mundo que se rebelara contra el Emperador.

»Este hombre tan malvado, cuyo nombre te diré dentro de un rato, llegó al extremo de juzgar y condenar a su propio mundo natal. ¡A Firrerre, su propio planeta! Y también juzgó y condenó a todos los suyos, a todos los habitantes de su mundo...

»Juzgó y condenó a todas esas personas, y las envió al vacío estéril del espacio para que colonizaran nuevos mundos.

»Cuando hubieran pasado mil años buscaría a esas personas, y se adueñaría de todo cuanto hubieran creado y construido, y se lo arrebataría.

»Porque ese hombre tan malvado, cuyo nombre ya te diré, creía que el Imperio perduraría mil años. Creía que él viviría mil años. Creía que cuando volviera a presentarse ante las personas a las que había tratado tan injustamente, sería recordado por sus descendientes como un dios, un dios malévolo y omnipotente al que todos debían obedecer.

»Porque ese hombre era el Procurador de Justicia del Imperio...

El tono tranquilo y la voz de narradora que había estado empleando Rillao hasta aquel momento quedaron repentinamente impregnados de desprecio en cuanto pronunció la palabra

«justicia». Lelila asintió y Geyyahab, que estaba sentado en el suelo al lado de la litera, se mecía lentamente hacia atrás y hacia adelante en un gesto de hosca comprensión. El Procurador de Justicia había sido una figura oscura y misteriosa, y su nombre y su apariencia habían sido un enigma durante todo el reinado del Emperador.

Pero sus acciones habían sido cualquier cosa salvo misteriosas, y tanto Lelila como Geyyahab recordaban muy bien la justicia del Imperio.

—Y sin embargo sus planes tropezaron con un obstáculo inesperado. ¡El Imperio cayó! El poder del Procurador de Justicia se desvaneció, y tuvo que huir. Pero huyó con todos sus recursos intactos: riqueza y sicofantes y, por encima de todo, su pequeño planeta privado, un mundo artificial que es capaz de viajar entre las estrellas.

»Se dedicó a perseguir a los cargueros modificados llenos de pasajeros que había enviado al vacío, y los remolcó al hiperespacio.

»No estaba dispuesto a esperar durante un millar de años. ¡El momento del saqueo ya había llegado!

»Podría haber liberado a sus antiguos prisioneros. Podría haberlos devuelto a sus mundos natales, a sus familias. Podría haberse entregado y haber confiado en la compasión de la Nueva República, de la que se dice que es misericordiosa...

Lelila escrutó el rostro de Rillao a través de su cortina de cabellos buscando alguna señal de que había sido reconocida, pero no encontró ninguna.

—... y tal vez habría sido perdonado.

»Pero este hombre tan malvado... ¡Sí, ya te diré cómo se llama! Este hombre tan malvado no solicitó la clemencia de la República. Remolcó a los cargueros capturados hasta el hiperespacio, y los trajo aquí. Dejó que sus pasajeros siguieran durmiendo sin saber lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Y ahora..., ahora viene a hacerles una visita de vez en cuando. Se mueve por entre las naves como el dios vengador que tanto deseaba ser. Escoge a unos cuantos niños, y se los lleva para venderlos como esclavos.

»A veces despierta a los padres y les cuenta lo que está haciendo con sus hijos. Lo hace porque los padres son rebeldes, y porque desea que estén lo suficientemente desesperados y enloquecidos por el dolor como para que no sean capaces de oponer ninguna resistencia..., porque así podrá venderlos también.

»Vive rodeado de lujos planeando el renacimiento del Imperio. ¡Planea gobernar el Imperio Renacido!

»Su nombre es... Hethrir —concluyó Rillao, y el nombre sonó como un gruñido en sus labios.

Rillao sonrió con hosca satisfacción después de haber revelado el nombre del Procurador y cruzó las manos sobre su regazo, dejando claro que había acabado de contar su historia.

—¿Es eso...? ¿Es eso lo que te ocurrió? ¿Te obligó a ver cómo se llevaba a tu hijo?

—Fue un poco más complicado —replicó Rillao—. Mi relación con Hethrir es... única.

—Pero tus compatriotas... ¿Cómo han podido marcharse sabiendo que les habían robado a sus hijos? —exclamó Lelila.

Rillao titubeó durante unos momentos antes de contestar.

—Porque no se los robaron —replicó por fin—. Mi hijo es el único joven de nuestro pueblo que queda con vida. Hethrir no obligó a mi pueblo a contemplar cómo sus hijos eran vendidos y se convertían en esclavos. Se los llevó de Firrerre, y dejó a sus hijos allí..., y después destruyó nuestro mundo. Les obligó a presenciar la muerte de sus hijos y del resto de nuestro pueblo.

Rillao juntó las manos sobre su regazo y se recostó en su litera. Estaba tan agotada que ya no le quedaban fuerzas ni para sentir ira.

Lelila no pudo decir nada. Aquella prueba de la existencia de un mal secreto al que había creído definitivamente derrotado la había dejado horrorizada. Todavía perduraban unos cuantos restos del Imperio que causaban terribles daños y sufrimientos con cada uno de sus ataques, naturalmente, pero por lo menos eran lo bastante valientes como para revelar su existencia.

Aquel mal tenía que ser expuesto a la luz. Hethrir tenía que ser perseguido implacablemente y capturado. Aquel «Imperio Renacido» tenía que ser destruido.

Lelila pegó las rodillas al pecho, se rodeó las piernas con los brazos y enterró su rostro en ellas.

—Y ahora creo que a Hethrir por fin se le han acabado los niños de los cargueros que había estado vendiendo hasta este momento —dijo Rillao—. ¿Ha empezado a robarlos de los mundos de la República? ¿Estás intentando rescatar a un niño?

Lelila vaciló, y acabó decidiendo contarle una parte de la verdad, todo lo que se atrevía a revelar en aquellos momentos.

—Al principio los padres pensaron que se trataba de un secuestro para pedir un rescate —dijo.

—Pero no llegó ninguna petición de rescate, y por eso contrataron tus servicios.

—Sí.

Y tú eres... —Rillao hizo una pausa, y escogió meticulosamente sus palabras para evitar ofender a Lelila—. No llevas mucho tiempo en esta profesión.

—Sí. Esta profesión es..., es bastante nueva para mí.

—Te ayudaré —dijo Rillao—, y tú me ayudarás.

—Sí —dijo Lelila.

—Llévanos a Calcedón —dijo Rillao.

Y después se quedó dormida.

Tigris llevaba en brazos al pequeño Anakin por el largo túnel que conducía hasta la pista de descenso del mundo artificial, siguiendo a Lord Hethrir y a once Guardianes seleccionados personalmente por el Lord. El Guardián ascendido durante la última ceremonia avanzaba orgullosamente en último lugar de la fila. Tigris apretó el paso para alcanzarle, pues deseaba caminar a su lado para conseguir que la fila fuese una formación perfecta de dos en fondo.

—¡Niñera! —El nuevo Guardián le lanzó una mirada burlona—. ¿Cómo te atreves a caminar a mi lado? ¡Camina detrás de mí, que es donde debes estar!

Tigris retrocedió sintiéndose terriblemente humillado.

«Espero que te mueras... —pensó mientras contemplaba con ojos llenos de furia al nuevo Guardián—. ¡Ya va siendo hora de que un Guardián recién ascendido no consiga superar el ritual de purificación, y espero que seas tú!»

Cada vez que eso ocurría, los Guardianes eran obligados a jurar que guardarían en secreto la muerte del camarada que no había conseguido superar el ritual de purificación. Hasta el momento nadie se había tomado la molestia de obtener ese juramento de Tigris, por lo que si lo deseaba podía revelar el riesgo que corría al nuevo Guardián. Tigris se consoló con el conocimiento de ese poder, pero volvió a decidir no utilizarlo. Seguiría siendo leal a Lord Hethrir incluso sin un juramento que le obligara a ello.

El peso del pequeño Anakin estaba haciendo que le empezaran a doler los brazos. El dolor le humillaba. Tigris había creído ser fuerte, y pasaba varias horas al día entrenándose con una espada de prácticas. Dedicaba cada minuto de tiempo libre que conseguía arrancar a sus obligaciones al adiestramiento. A veces salía sigilosamente del dormitorio en mitad de la noche para hacer prácticas a pesar de que al día siguiente le costaba horrores mantenerse despierto y estar alerta para obedecer al instante las órdenes de Lord Hethrir, pero no le importaba. Lo único que hubiese deseado era que el período de sueño del mundo artificial correspondiera siempre a la noche del pequeño planeta. Le gustaba practicar en la oscuridad, donde nadie podía verle y donde no había nadie que pudiera burlarse de él por estar utilizando una espada de prácticas improvisada en vez de una auténtica espada de luz. Los días y las noches del mundo artificial eran tan cortos que a veces todos tenían que dormir de día, y en algunas ocasiones le habían visto.

Anakin se agarraba al cuello de Tigris. La cálida luz del diminuto sol del mundo artificial caía sobre la boca del túnel. Los Guardianes que avanzaban por delante de Tigris se convirtieron en siluetas y siguieron a Lord Hethrir a la pista de descenso.

«El niño puede caminar —pensó Tigris—. Debería llegar hasta la nave estelar del Lord caminando. Sí, debería ir hacia su destino moviéndose sobre sus pies...»

Tigris bajó a Anakin.

—¡No! —gritó Anakin—. ¡No, no, no!

El pequeño se agarró a la pierna de Tigris y se aferró desesperadamente a ella.

—Basta ya —dijo Tigris—. No te estás comportando con la debida dignidad.

—¡Caminar no! —chilló Anakin—. ¡No!

Abrió la boca y dejó escapar un estridente alarido que estuvo a punto de destrozar los tímpanos de Tigris.

—¡Silencio! —ordenó Tigris.

Anakin dejó escapar un grito todavía más potente que el anterior. Tigris se puso en cuclillas delante de él y fue separando de su maltrecha túnica marrón los deditos que se aferraban a ella, procurando no hacer daño al niño.

—Todo irá bien, pequeño —dijo Tigris dulcificando su voz. Anakin dejó de gritar durante el tiempo suficiente para tragar aire.

Tigris abrazó al niño.

—Todo irá bien... —repitió.

Anakin le rodeó el cuello con los brazos, y empezó a llorar con un llanto casi inaudible mientras enterraba la cara en el hombro de Tigris y le abrazaba con todas sus fuerzas.

Tigris intentó recordar cuando le habían tocado por última vez. Lord Hethrir nunca le tocaba, ni siquiera para disciplinarle. La voz del Lord bastaba y sobraba para imponer su voluntad. Tigris recordó con desesperada envidia todas las ocasiones en que el Lord había colocado una mano aprobadora sobre la cabeza de uno de sus Guardianes, o había prendido una medalla o una cinta de ascenso en el hombro de un Guardián al que luego estrechaba la mano.

«La última persona que me tocó fue mi madre —pensó—. Yo tenía diez años, y mi madre me abrazó y me alisó los cabellos y me dijo que me quería. Pero no había ni un solo instante en el que no me estuviera robando mi capacidad para establecer contacto con la Fuerza, y me la estaba robando incluso mientras hacía todo eso... Y ni siquiera Lord Hethrir ha sido capaz de devolvérmela.

«La última persona que me tocó —pensó Tigris, enfurecido—era una traidora.»

Los sollozos de Anakin se fueron desvaneciendo y acabaron siendo sustituidos por sorbetones ahogados, y de repente Tigris se dio cuenta de que los Guardianes de Lord Hethrir ya habían atravesado la pista y habían desaparecido dentro de la nave estelar. Lord Hethrir estaba inmóvil en la escotilla esperando a Tigris y Anakin, y contemplaba con los ojos llenos de desaprobación cómo Tigris malcriaba al niño siendo débil con él y consintiéndole todas aquellas muestras de debilidad.

Tigris se levantó de un salto. Anakin se aferró a él, pero sus manecitas resbalaron, y habría caído al suelo si Tigris no hubiese conseguido cogerle por la muñeca.

—¡Basta de llantos! —dijo Tigris con aspereza.

Arrastró a Anakin durante unos cuantos pasos. El niño se debatía y trataba de resistirse, y su carita ya estaba volviendo a tensarse con los mohines que precedían al llanto. Lord Hethrir frunció el ceño entre las sombras de la escotilla de la nave estelar.

Tigris alzó en vilo a Anakin ignorando el dolor de sus brazos, y llevó al pequeño a cuestas a través de la pista y por la pasarela. La escotilla se cerró detrás de ellos.

Anakin se calmó de repente apenas estuvo en presencia de Lord Hethrir, y contempló al Lord con pensativa fijeza. Tigris se sintió orgulloso del pequeño. Anakin podía percibir el poder de Hethrir, y se inclinaba ante él.

Lord Hethrir giró sobre sí mismo sin decir palabra y les precedió por el interior de su nave estelar auxiliar. Los Guardianes ya se habían colocado los arneses de seguridad en el compartimento de pasajeros. Todos fingieron no prestarle ninguna atención, pero uno de ellos susurró un «¡Niñera!» despectivo lo bastante alto para que Tigris pudiese oírlo.

Tigris se ruborizó, pero Lord Hethrir se mantuvo impassible y Tigris fingió no haber oído el insulto.

Hethrir movió una mano señalando uno de los sillones. Tigris apartó obedientemente los brazos de Anakin de su cuello, colocó al niño en el sillón y rodeó su cuerpecito con las tiras del arnés de seguridad. Anakin empezó a removerse. Tigris le cogió la mano y rodeó aquellos dedos diminutos con los suyos. Un pensamiento cruzó por su mente a la velocidad del rayo, y Tigris descubrió que estaba pensando en el tamaño de su mano. Sus manos le parecían pesadas y torpes, y desproporcionadamente grandes en relación a su cuerpo. Últimamente había crecido

bastante, pero sus brazos y sus piernas todavía no habían conseguido alcanzar a sus manos y sus pies en esa carrera. Los huesos le dolían como si ya fuese un anciano, especialmente después de haber pasado horas adiestrándose. Se sentía lento y envarado, y siempre estaba hambriento.

Tigris se instaló en el sillón al lado de Anakin y extendió su mano libre hacia el arnés.

—Deja al niño ahí y ven conmigo —dijo secamente Lord Hethrir, y salió del compartimento.

Tigris se levantó de un salto sintiendo una mezcla de júbilo y perplejidad. Los Guardianes le fulminaron con la mirada, ofendidos y un poco celosos. Anakin le agarró la mano. Tigris se soltó de un tirón y corrió en pos de Lord Hethrir.

Anakin empezó a gimotear.

Tigris vaciló, y su mirada fue rápidamente del niño que lloraba a Hethrir.

El Lord estaba esperando en la entrada de la cámara de control y le contemplaba con visible impaciencia.

—¡Olvídate de él! —ordenó—. Cierra la puerta. Debe aprender.

Tigris obedeció. Sabía que Anakin debía aprender a controlarse, pero el niño todavía era muy pequeño, y unas cuantas palabras de consuelo le calmarían de una manera mucho más eficaz que el dejarle solo para que gritara hasta quedar exhausto.

Anakin empezó a lanzar chillidos de pánico. Tigris quería volver al compartimento de pasajeros, pero antes Lord Hethrir nunca le había permitido viajar en la cámara de pilotaje de la nave estelar. Tigris acabó pensando que algún Guardián se encargaría de hacer callar al niño.

¿Y si los Guardianes no se ocupaban de él? Bueno, entonces el niño tendría que consolarse a sí mismo como pudiera. Si Lord Hethrir así lo deseaba, quizá ésa fuera la forma más correcta de enseñarle a ser fuerte y a confiar en sí mismo.

Tigris siguió a su señor y se preguntó qué querría Su Señoría de él. Tal vez había acabado decidiendo permitirle convertirse en un ayudante.

Lord Hethrir movió una mano señalando el asiento del copiloto. Tigris se dejó caer en él sintiéndose henchido de orgullo. No sabía pilotar una nave estelar, pero eso no tenía ninguna importancia. ¡Quizá Lord Hethrir estuviera planeando enseñarle a hacerlo!

—Obedece siempre mis instrucciones sin ninguna vacilación —dijo Lord Hethrir en voz baja y suave.

Tigris se encogió sobre sí mismo y tensó las manos sobre los brazos del sillón para impedir que le temblaran.

—¿Lo has entendido?

Sí, Lord Hethrir. Pero Anakin estaba tan nervioso y alterado que...

—Obedece siempre mis instrucciones sin ninguna vacilación. Tigris guardó silencio.

—¿Lo has entendido?

—Sí, mi señor —murmuró Tigris.

Lord Hethrir concentró su atención en el despegue de la nave estelar ignorando la presencia de Tigris. Tigris pudo oír los débiles ecos del llanto de Anakin que llegaban desde el otro extremo del pasillo.

La nave estelar gruñó y vibró debajo de ellos, y después emprendió el vuelo y ascendió a través de la delgada banda azul de la atmósfera del mundo artificial. La negrura del espacio salpicado por el brillo de las estrellas no tardó en rodearles.

El silencio de Lord Hethrir se prolongó de una manera tan interminable como el viaje de la nave estelar a través del espacio. Tigris pensó decir algo, pero enseguida se dijo que sería mejor permanecer callado. Contempló cómo Lord Hethrir pilotaba la nave estelar, permitió que su mirada anhelante se posara en la más pequeña de las dos espadas de luz de su señor, e intentó no oír el llanto de Anakin.

Finalmente incluso Anakin se quedó callado. El único sonido que había a bordo era la suave vibración de los motores de la nave, y resultaba tan débil que apenas si se la podía llamar sonido.

El hiperespacio saltó hacia ellos y se estiró a su alrededor. Tigris dejó escapar un jadeo ahogado. El hiperespacio le fascinaba. Deseaba tratar de explorarlo algún día, ponerse un traje presurizado y salir a él, aunque muchos afirmaban que eso no podía hacerse. Algunos

afirmaban que el hiperespacio te volvía loco, y otros decían que salir a él significaba la muerte.

Han se dejó caer en el diván de su habitación del hotel. Las puertas correderas de la terraza estaban entreabiertas, y el aire pesado y caliente fluía en una lenta brisa sobre él. Han estaba agotado, y se sentía abatido e inquieto. Abrió las puertas al máximo y aspiró los húmedos aromas de la noche de la Estación Crseih, y deseó poder sentir la caricia fresca y suave de la brisa nocturna de su hogar.

Cetrespeó iba y venía de un lado a otro, visiblemente preocupado y quejándose continuamente de que no tenía comida que preparar, nada que servir y ni una moneda para comprar la cena.

Ni siquiera hay un sorbito de vino o una taza de té, amo Han —dijo.

—Da igual, Cetrespeó —replicó Han—. No importa.

El té siempre ayuda a calmar los nervios después de haber tenido una experiencia desagradable.

Cetrespeó salió a toda prisa, impulsado por la esperanza de encontrar provisiones en la habitación de Luke.

Luke esperó a que Cetrespeó se hubiera marchado antes de menear la cabeza. No había abierto la boca ni una sola vez durante todo el trayecto desde el templo de Waru. La experiencia de Han le había preocupado considerablemente.

—¡No tendrías que haber ido a la ceremonia de Waru solo! —exclamó Xaverri—. Tendrías que haber esperado tal como te pedí que hicieras. Tendrías que haber vuelto conmigo tal como te pedí que hicieras... —Dejó escapar una carcajada llena de amargura—. Pero tú nunca haces lo que se te dice que hagas, naturalmente.

—¡Oh, por todos los infiernos, pues entonces te ruego que me disculpes! —replicó Han—. ¡Tú estabas allí sola, y yo estaba muy preocupado por ti!

—He estado a solas con Waru, y me refiero a estar realmente sola y no con mil suplicantes mirando, prácticamente cada día durante un centenar de días. Waru confía en mí. Si continúas comportándote de esta forma, Waru dejará de confiar en mí.

—La familia ithoriana confiaba en Waru, y ya viste de qué les sirvió.

Han se sintió invadido por una oleada de pena y terror. El recuerdo de la familia ithoriana cambió dentro de su mente para transmutarse en su propia familia. Sabía que nunca llegaría a ocurrir, pero Han descubrió que no podía expulsar de sus pensamientos la imagen de él, Leia, Jacen y Jaina suplicando a Waru que les ayudara y colocando al pequeño Anakin sobre aquel altar. El calor asfixiante hacía que estuviera sudando, pero aun así Han se estremeció.

Había arriesgado la vida mil veces. Pero nunca se había sentido vulnerable al hacerlo, como sí se sentía en aquel momento.

«Los chicos están en Munto Codru —se recordó—. Jaina está desmontando algún cronógrafo, y Jacen se está haciendo amigo de algún bicho que acabaremos averiguando que es un poquitín venenoso, y Anakin lo está observando todo sin que se le pase nada por alto mientras busca alguna nueva travesura que poder cometer. Leia está cuidando de ellos, y Chewbacca cuida de los cuatro. Están bien, están a salvo...»

Pero Han descubrió que no podía dejar de temblar.

—¿Sabías qué iba a ocurrir? —preguntó, volviéndose hacia Xaverri y sintiéndose repentinamente dominado por la furia—. ¿Sabías que Waru iba a matar a ese chico?

—Lo sabía...

Han se levantó de un salto, perplejo y consternado, pero Xaverri alzó una mano con la palma vuelta hacia él y le detuvo.

—Sabía que otra persona moriría —siguió diciendo Xaverri—. No puedo saber cuándo ocurrirá, y no puedo saber quién morirá. No sabía que el joven ithoriano moriría. Nunca se puede saber quiénes morirán cuando confían sus vidas a Waru. Lo único que se puede hacer es asistir a la ceremonia, y esperar y observar. —Xaverri suspiró—. No quería que vieras eso sin estar advertido previamente. Yo podría haberte advertido, si hubieras esperado..., como te pedí que hicieras.

—Waru posee grandes poderes curativos dijo Luke intentando calmarles—. Nadie que posea ese tipo de poderes puede esperar tener éxito en todos los casos. Es una tragedia, de acuerdo, pero la gente muere..., incluso los jóvenes.

—¡Tú no viste lo que ocurrió! —replicó Han—. Waru no fracasó, ¿entiendes? Waru tenía planeado todo lo que ocurrió desde el principio hasta el final. Waru... —Se le quebró la voz—. Waru disfrutó de lo lindo.

—Bien, Han, y ahora que lo has visto con tus propios ojos... ¿Te has convencido por fin de que Waru no es ningún fraude? —preguntó Xaverri.

—No sé si Waru es un fraude o si no lo es —dijo Han. Quien deseara matar para obtener beneficios materiales, poder o emociones fuertes nunca tendría la necesidad de invocar lo sobrenatural—. ¡Y me da igual lo que sea!

Han tenía que hacer un gran esfuerzo para evitar que le castañetearan los dientes, y sólo lo conseguía a duras penas.

«¿Cómo puedo tener tanto frío cuando hace tantísimo calor?», se preguntó.

Pero Han sabía que el frío que se había adueñado del centro de su ser no se disiparía hasta que pudiera poner fin a lo que estaba ocurriendo en la Estación Crseih.

—Sé que Waru es maligno —dijo por fin.

--No puedes saber eso —replicó Luke—. Es demasiado pronto para poder estar seguros de ello.

Oh, pues claro que puedo saberlo... Lo sé, Luke.

—¿Cómo?

—¿Cómo crees que debería saberlo? ¡No tengo ni idea, maldición! ¿Cómo sabes lo que sabes cuando lo sabes? —Han se calló, sintiéndose terriblemente frustrado e impotente—. ¡Lo único que sé es que lo sé!

—Pues yo creo que estáis sacando conclusiones de una manera demasiado apresurada —dijo Luke.

No me he apresurado en nada —replicó Xaverri, visiblemente ofendida—. He observado las ceremonias y me he ganado la confianza de Waru, y he acabado llegando a ciertas conclusiones y he solicitado vuestra ayuda.

—¿De dónde ha salido esa cosa? —preguntó Han . ¿Qué es?

Cuando la Estación Crseih pertenecía al Imperio, el Procurador de Justicia la utilizaba como su cuartel general —explicó Xaverri—. La utilizaba como prisión para los enemigos del Emperador y como cámara de torturas para sus enemigos personales. Y también la utilizaba para celebrar ciertos ritos salvajes...

«Cuando las personas confían sus secretos protegidos por la oscuridad —siguió contando Xaverri—, se dice que Waru apareció en respuesta a los ritos del Procurador. También se dice que sus sacrificios atrajeron a Waru desde el vacío espacial en el que moraba, y que reforzaron a Waru con las vidas de muchos.

»Se dice —prosiguió Xaverri, y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, que el Procurador y Waru hicieron un pacto, una alianza, y que cuando Waru esté satisfecho recompensará al Procurador con el poder absoluto.

Un escalofrío helado se deslizó por la columna vertebral de Han. Xaverri juntó las manos encima de su regazo y cerró los ojos.

—El Procurador de Justicia está muerto —dijo Han.

Xaverri abrió los ojos y sus pupilas castaño claro se clavaron en él.

—¿Es uno de los supervivientes, uno de éstos a los que has estado siguiendo la pista y vigilando? —preguntó Han.

Xaverri asintió.

—Llevo mucho tiempo intentando atraparlo —dijo—. He descubierto que viene aquí de vez en cuando, y estaré esperándole cuando vuelva a hacerlo.

—Pero Waru cura a quienes están enfermos —dijo Luke.

—No hace falta que te diga que quien puede curar también posee el conocimiento para matar —replicó Xaverri en voz baja y suave.

—¿Tienes alguna prueba de ello?

—Han la ha visto con sus propios ojos.

—Luke, siento que todo esto no esté saliendo tal como tú querías —intervino Han—, pero tenemos que detener a esa criatura.

Luke se limitó a contemplarles en silencio, tan tozudamente desafiante como lo había sido en el momento más terco de su juventud.

—Si Waru es una manifestación de algo, tiene que serlo del lado oscuro —dijo Han.

—No —replicó Luke—. No es una manifestación del lado oscuro.

—¿Cómo lo sabes?

—No tengo ni idea —replicó Luke, y sonrió con una sonrisa amarga y llena de ironía—. Lo único que sé es lo que sé.

—Bueno, la verdad es que como respuesta no es gran cosa...

—dijo Han.

—Sé qué sensaciones produce el lado oscuro. Sé qué se siente cuando se está en presencia del lado oscuro, y lo que siento ahora no se parece en nada a eso.

Cetrespeó volvió de la habitación de Luke.

—No tenemos nada que comer, amo Luke —anunció.

—Iremos a comer fuera, Cetrespeó. No te preocupes.

—No podemos hacerlo, señor. No tenemos dinero.

—Entonces ya nos preocuparemos de eso mañana.

—Quizá debería volver al *Halcón* y traer unas cuantas provisiones.

—¡Bueno, pues vete! —exclamó Han, sintiéndose incapaz de escuchar a Cetrespeó aunque sólo fuese durante un segundo más.

Cetrespeó salió de la habitación y desapareció entre las sombras del pasillo.

—No tendrías que haberle hablado de esa manera —dijo Luke.

Han no replicó. Un nuevo estremecimiento todavía más pronunciado que los anteriores recorrió todo su cuerpo. Cuanto más intentaba reprimir aquellos escalofríos, peores se volvían. Xaverri se levantó del diván y fue hacia Luke.

—Déjanos a solas durante un rato, Luke —dijo.

Luke titubeó. Su mirada fue de Xaverri a Han y volvió a posarse en Han.

—No le ocurrirá nada —dijo Xaverri—. Pero te ruego que nos dejes a solas durante un rato.

La túnica de Luke se agitó alrededor de su cuerpo cuando salió de la habitación de Han para volver a la suya. La puerta se cerró.

Xaverri se sentó al lado de Han y tomó su mano entre las suyas. Aquel calor que le resultaba tan familiar era el único consuelo que el mundo podía ofrecer contra el temblor helado que se había adueñado de Han.

—Lo entiendo, Solo —dijo Xaverri—. Detendremos a Waru... Tú y yo juntos, ¿de acuerdo? Es poderoso, pero ya se nos ocurrirá alguna forma. Ahora debes dormir. Debes descansar.

Le rodeó con sus brazos. A diferencia del calor de la estación, el calor de Xaverri sí consiguió llegar hasta el centro de su ser.

Han empezó a pensar en los viejos tiempos. Aquellos terribles estremecimientos se fueron haciendo menos frecuentes y se debilitaron poco a poco hasta que acabaron desapareciendo, y Han se quedó dormido.

La nave estelar de Lord Hethrir surgió del hiperespacio. El espacio normal se desplegó a su alrededor, un infinito de negrura iluminada por el resplandor de las estrellas. Tigris quedó bañado en su belleza.

Los escudos de la nave estelar envolvieron el casco e impidieron el paso a las intensas radiaciones de aquella región espacial

Un torbellino de luz cegadora que los escudos apenas lograron debilitar un poco acababa de aparecer ante ellos: era el remolino cósmico del disco de acreción de un agujero negro, y el fuego y la luz extendieron su inmenso telón por delante de la nave.

—Me alegraré muchísimo cuando por fin pueda viajar de una manera cómoda —dijo Lord Hethrir—, y no tenga necesidad de seguir escondiendo mi mundo artificial de esos ladrones de baja cuna de la Nueva República. Odio tener que abandonar mi hogar y verme obligado a estar tan lejos de él.

—Si puedo seros de alguna utilidad, mi señor... —dijo Tigris—. Si puedo ayudaron en...

—No —dijo Lord Hethrir.

—Os ruego que me perdonéis, mi señor.

—Todavía tardaremos algunas horas en llegar a la Estación Crseih —dijo Lord Hethrir—. Debo... meditar. Debo prepararme para la purificación del niño.

Lord Hethrir se levantó. Tigris empezó a manipular torpemente su arnés para librarse de él, pues no debía permanecer sentado mientras Lord Hethrir se hallaba en pie.

Lord Hethrir le miró.

«¿Es mi imaginación, o es afabilidad lo que veo en su expresión? —se preguntó Tigris—. Debe de estar pensando en su ofrenda, naturalmente, no en mí.»

—Debes dormir —dijo Hethrir—. Puedes dormir delante de mi puerta.

Tigris quedó asombrado. Dormir delante de la puerta de su señor era un honor. No era un honor muy grande, desde luego, y no podía compararse con ser ascendido a Guardián o que se le permitiera servir a su señor en la mesa; pero aun así seguía siendo un honor, y era el primero que le había concedido jamás Lord Hethrir.

—Muchas gracias, mi señor —murmuró Tigris, e inclinó la cabeza ante Lord Hethrir.

Lelila preparó el *Alderaan* para emprender el viaje. Dispuso las tiras del arnés de seguridad alrededor del cuerpo de Rillao, y después ella, Geyyahab y Erredós se pusieron sus respectivos arneses en la cabina. Lelila conectó los impulsores.

El *Alderaan* cobró vida a su alrededor. Le mostró cuanto les rodeaba, indicando la posición de cada una de las naves inutilizadas y trazando un curso que les permitiría salir de aquella zona sin correr ningún peligro. Lelila se sentía un poco culpable por dejarlas abandonadas allí, pero Rillao tenía razón. Unos cuantos días de más o de menos no significarían ninguna diferencia para los pasajeros que dormían a bordo de ellas, pero en el caso del *Alderaan* unos cuantos días de retraso podían significar perder a los niños —a todos los niños— para siempre.

Envió un mensaje sin firma, un SOS de las naves secuestradas, al general Han Solo. Lelila la cazadora de recompensas no podía permitirse ni siquiera pensar en solicitar la ayuda del famoso luchador por la libertad. No podía permitirse pensar en el roce de su mano, el calor de su cuerpo en la noche o la pena y la rabia que sentiría cuando se enterase de todo lo que había ocurrido.

La pantalla del *Alderaan* le mostró el curso a Calcedón, y Lelila lo aceptó. La nave empezó a avanzar. Lelila dejó escapar un grito lleno de decisión, y Geyyahab lo coreó con un rugido a su lado. El *Alderaan* salió disparado hacia el hiperespacio y se abrió paso a través de la aurora radial.

Lelila y Geyyahab guardaron silencio. Los dos se sentían un poco mejor.

Han estaba luchando con la terrible parálisis del sueño. Anakin. corría peligro. Una gigantesca serpiente del espacio reptaba hacia el niño, que la observaba con gran interés y una total falta de miedo. La serpiente se transformó en Boba Fett, el cazador de recompensas, que estaba decidido a secuestrar a los hijos de Han para que éste también acabara cayendo en su poder. Un reflejo salió despedido del casco de Boba Fett, un chispazo tan dorado como la luz del sol. Una vena de sangre carmesí atravesó el reflejo. El cazador de recompensas masculló una maldición. El rojo y el oro se expandieron y se hicieron cada vez más brillantes hasta que acabaron transmutándose en la gigantesca forma de Waru, el alienígena que ni siquiera Cetrespeó era capaz de identificar. Waru le susurró una promesa al pequeño Anakin, y el hijo de Han se puso en pie y corrió hacia la criatura.

Han sabía que le bastaría con echar a correr detrás de Anakin, gritar o mover un solo músculo para poder alcanzar a su hijo y salvarle, pero la parálisis se había adueñado de él. Sabía que estaba dormido y que sólo le faltaba una fracción de trayecto infinitesimal entre el sueño y la vigilia para despertar. Si tuviera el poder de hacer algo, lo que fuese, conseguiría detener el curso implacable de aquel sueño espantoso...

—¡Solo! ¡Solo, despierta!

Las manos que empezaron a sacudirle lograron devolverle la libertad. La pesadilla se disolvió un instante antes de que Anakin llegase hasta el altar de Waru. Han se irguió y dejó escapar un jadeo ahogado en el que había tanto miedo como alivio.

Xaverri dejó de sacudirle y le soltó.

—Una pesadilla —dijo—. Sólo era una pesadilla, Solo... No era real.

La claridad y las sombras entraban por las puertas de cristal abiertas. La claridad era extraña, y las sombras lo eran todavía más. —Pero podría haber sido real dijo Han.

—Ya lo sé —murmuró Xaverri.

Han no le preguntó si también tenía pesadillas en las que aparecía Waru. Aún estaba luchando con sus sueños, y además ya creía conocer la respuesta que le habría dado Xaverri.

Estaba en la cama. Para ser más exactos, estaba acostado sobre su cama sin la chaqueta y sin las botas, y tapado con una delgada colcha. Xaverri se sentó encima de la colcha junto a él.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó Han.

--Yo te acosté, naturalmente —respondió Xaverri—. El tiempo ha seguido transcurriendo desde que nos separamos, Solo, y ahora ninguno de los dos somos lo bastante jóvenes para poder descansar bien sin estar acostados.

Han se acordó de una noche en que no les había quedado más remedio que dormir sentados y con las aguas fangosas de un pantano hasta la altura del cuello. Habían dormido por turnos, agarrándose el uno al otro para no acabar ahogados bajo la superficie negruzca del pantano.

Xaverri sonrió.

—Te aseguro que no he ofendido tu sentido del pudor dijo. —¿Tienes familia? —preguntó Han de repente.

La expresión de Xaverri se endureció.

—¡Ya sabes que tuve una familia mucho antes de que me conocieses! Y también sabes que el Imperio...

—Me refiero a ahora —dijo Han en voz baja y suave—. El Imperio desapareció hace mucho tiempo. ¿Estás sola? ¿No has encontrado a nadie?

—Siempre estaré sola —replicó Xaverri—. Nunca volveré a... —Se calló y meneó la cabeza—. Siempre estaré sola. Si no hubiese hecho esa promesa... Bueno, entonces jamás me habría separado de ti.

—Te estás engañando a ti misma —dijo Han.

—Eso es lo que tú opinas —replicó Xaverri—. Pero imagínate ¿que tu pesadilla hubiera sido real...

Han se envaró. Su mente rechazó la posibilidad con una violencia salvaje, como si el aceptarla significara que iba a ocurrir en el mundo real.

¡No era más que un sueño!

—Si tu pesadilla hubiera sido real, ¿no habrías hecho todo lo posible para protegerte a ti mismo evitando tener que volver a experimentarla? Sin que te importaran los muchos años que hubieran transcurrido desde entonces...

—¡No era más que un sueño! —repitió Han.

La repentina comprensión de su total vulnerabilidad volvió a adueñarse de él, y trajo consigo una oleada de emociones todavía más irresistibles que las de la noche anterior. Han se imaginó lo que sería no volver a tener nunca más a Leia entre sus brazos, no poder abrazar a sus niños, no oír cómo se reían o sentir de nuevo cómo le cubrían el rostro con sus húmedos besos infantiles.

«Están a salvo —se repitió una vez más—. Están en Munto Codru, y no corren ningún peligro.»

—Tu experiencia fue un sueño, Solo —dijo Xaverri—. La mía fue real.

Xaverri salió de la habitación. La puerta se cerró detrás de ella sin hacer ningún ruido.

Han arrojó la colcha al suelo y se levantó. Fue hasta la puerta de la habitación de Luke sin que sus pies envueltos en los calcetines hicieran ningún ruido, llamó con los nudillos y entró sin esperar contestación.

Todas las ventanas estaban abiertas, y no había ni una sola cortina corrida. La enana blanca, la estrella de cristal, brillaba en su cenit mientras atravesaba la órbita de la Estación Crseih. El agujero negro, el torbellino llameante, estaba empezando a subir por el cielo. El agujero negro era invisible y giraba en el centro de la violenta actividad de su disco de acreción, que se hallaba en un continuo estado de explosión y no paraba de irradiar energía ni un solo momento. La luz inundaba la habitación llegando desde dos direcciones distintas. La luz del disco de acreción se fue imponiendo gradualmente a la de la enana blanca, y proyectó una potente

claridad y unas sombras nítidamente recortadas sobre el suelo de la habitación.

Luke estaba sentado en el balcón con las piernas cruzadas delante del cuerpo y dando la espalda a Han, y no le dijo nada.

Cetrespeó se irguió junto a la mesa en la que acababa de colocar los paquetes de raciones del *Halcón Milenario*. Unas toallitas de mano sacadas del cuarto de baño cumplirían la función de servilletas.

El centro de la mesa estaba ocupado por un recipiente lleno de flores grotescas de formas increíblemente extrañas y retorcidas. Unas cuantas generaciones atrás, cuando la Estación Crseih todavía era una instalación bien atendida, las flores debían de haber iniciado su evolución dentro de una especie reconocible. Pero los escudos anti-radiaciones se habían ido volviendo cada vez menos fiables con el transcurrir de los años, y las flores habían mutado y se habían convertido en monstruosidades de pétalos tan gruesos que hacían pensar en tajadas de hígado crudo infectadas por tumores de un violeta rojizo.

—¡Amo Han! —exclamó Cetrespeó—. ¿Tiene hambre? He preparado un almuerzo ligero..., y espero que consigamos despertar al amo Luke.

—Tenía hambre —dijo Han—. De hecho, estaba famélico hasta que vi esas flores... Quitale esos adornos de mi vista, ¿de acuerdo? —Pero si son muy interesantes, señor...

—Ya casi no me acordaba de Oetrageo, pero estoy seguro de que no he visto nada tan espantosamente feo desde entonces —Han se sentó—. ¡Y además huelen!

—Son flores, señor —le explicó Cetrespeó con voz apesadumbrada—. Se supone que deben oler. Sólo pretendía alegrar un poco la atmósfera general de la habitación, y si se me permite decirlo... En fin, el caso es que tuve que enfrentarme a las iras de nuestro anfitrión para conseguirlas.

«Oh, estupendo, un concepto más a incluir en nuestra cuenta», pensó Han, aunque no lo dijo en voz alta.

Han fue hasta la puerta de la terraza.

—¡Luke! ¡El desayuno!

Han se sentó a la mesa y abrió su nada apetitoso paquete de raciones. «¿Cuándo renové las provisiones del *Halcón Milenario* por última vez?», se preguntó. Después echó un vistazo a la fecha impresa en el paquete y torció el gesto.

—¿Por qué no trajiste un poco de comida auténtica del *Halcón*, Cetrespeó? —preguntó.

—Porque esas provisiones ya no estaban lo suficientemente frescas, amo Han.

—Pues estas raciones tampoco lo están.

—Por supuesto que sí, señor. Han sido preservadas.

—¡Oh, esto es ridículo! Voy a pedir que nos traigan un almuerzo decente.

—Eso es imposible, señor. Nuestro anfitrión... Bien, el propietario del hotel insiste en que debemos ir pagando a medida que incurrimos en nuevos gastos.

Han suspiró y se resignó a la perspectiva de un desayuno horrible, y se consoló pensando que al menos le permitiría recuperar las fuerzas.

—¡Eh, Luke!

Luke se levantó lentamente en la terraza.

«Podría ir al *Halcón* y coger lo que quede en la cocina —pensó Han—. Tal vez no sean provisiones recién cazadas o salidas del huerto, pero siempre estarían mejor que esto.»

La sombra de Luke cayó sobre la mesa, tembló y se oscureció. —Siéntate y... —empezó a decir Han, y su mirada se posó en el rostro de Luke—. ¿Qué ocurre?

—Tenía que dejaros a solas durante un rato, ¿verdad? Durante un rato, ¿no?

—¿Eh? ¿De qué estás hablando? —preguntó Han, sorprendido y perplejo ante el tono que había empleado Luke—. Oh... ¿Te refieres a lo que te dijo Xaverri? ¿Querías seguir hablando un rato más? Lo siento, pero me quedé dormido.

—Y Xaverri no ha salido de tu habitación hasta esta mañana

—dijo Luke, con una amenazadora sombra de tensión en la voz. —No, ella... Espera un momento. ¿Qué estás sugiriendo? —El sugerir no tiene nada que ver con esto.

—Escucha, chico...

—¡No me llames «chico»!

La mano de Luke se deslizó por entre los pliegues de su túnica, yendo hacia la espada de luz que escondía debajo de ella.

—¿Qué infiernos te pasa? —preguntó Han, no sabiendo si debía echarse a reír o si debía enfadarse—. ¿Qué vas a hacer? ¿Me harás picadillo porque he pasado unas cuantas horas a solas con una vieja amiga?

No había pretendido dar la impresión de que se estaba poniendo a la defensiva, pero tanto las palabras como el tono lo dieron a entender. Le ofendía que Luke necesitara reprocharle su conducta, y además también le ofendía considerablemente el que Luke sintiera la necesidad de recordarle los votos que había pronunciado ante Leia cuando contrajeron matrimonio.

—No sé qué voy a hacer —dijo Luke.

—¿Pedir disculpas, tal vez? Creo que sería un buen comienzo. Luke le fulminó con la mirada y no dijo nada.

—Oye —exclamó Han, que estaba empezando a irritarse, si no confías en mí y si opinas que Leia no debería confiar en mí... Bueno, ¿por qué demonios has venido conmigo..., o es precisamente ésa la razón por la que decidiste venir conmigo?

El paquete de raciones quedó aplastado entre los dedos de Han y roció la mesa con un pequeño diluvio de migajas proteínicas.

—Voy a salir —dijo Luke—. Para tratar de calmarme un poco, ¿de acuerdo? —Fue hacia la puerta. Y espero que no te tropieces con tu «vieja amiga» mientras estoy dando un paseo.

Cetrespeó les estaba mirando fijamente, paralizado por el estupor.

—¡No metas a Xaverri en esto! —gritó Han—. Esto no tiene nada que ver con ella, y...

Luke dejó escapar una carcajada llena de amargura.

—No, estamos hablando de tu opinión de mí —siguió diciendo Han—, y está muy claro que no es ni mucho menos tan buena como había creído hasta este momento.

—Oye, no puedo hablar contigo ahora —dijo Luke, y la puerta se abrió ante él para dejarle pasar—. En realidad, no estoy dispuesto a hablar contigo ahora.

Cruzó el umbral como una exhalación e intentó cerrar la puerta de un manotazo detrás de él, pero la puerta se negó a hacer ruido y se cerró en silencio.

Han arrojó al suelo el paquete de raciones estrujado, que fue a caer entre las migajas proteínicas.

—Maldito Jedi arrogante y estúpido... ¡Oh, infiernos! ¡Condenado chico Jedi!

—¡Amo Han! —exclamó Cetrespeó—. ¿Qué...?

—Es demasiado complicado, y no lo entenderías ni aunque intentara explicártelo —dijo Han mientras salía de la habitación de Luke.

¿Es que al amo Luke no le ha gustado su desayuno? preguntó Cetrespeó con voz quejumbrosa.

Capítulo 09.

El *Alderaan* surcaba el hiperespacio. Lelila la cazadora de recompensas estaba sentada en la cabina de pilotaje, y permitía que el despliegue de fuegos de artificio del hiperespacio fuera relajándola y llevándola hacia un sueño hipnótico.

El esfuerzo no le sirvió de nada. El hiperespacio siguió estando vacío de cualquier rastro perceptible. Lelila suspiró.

Geyyahab, su copiloto, se reunió con ella en la cabina y se dejó caer en el asiento del navegante. El vendaje de su pierna no mostraba ninguna señal indicadora de que corriese riesgo de infección. Resultaba obvio que la herida le dolía bastante, pero resultaba igualmente obvio que Geyyahab prefería fingir que todo iba bien. Lelila no hacía ningún comentario al respecto.

—Tienes un color precioso —dijo, admirando su pelaje cubierto de franjas negras y plateadas con la sugerencia del marrón casi oculto debajo de ellas.

Geyyahab extendió una mano hacia sus cabellos castaños, un telón oscuro lleno de rayas y ondulaciones verdosas que colgaban delante del rostro de Lelila, y los rozó con las puntas de los dedos. Después emitió un sonido interrogativo y se envolvió un dedo con un mechón verde.

No, mi color es feísimo y no me sienta nada bien —dijo Lelila—, pero servirá de momento. Su nave estelar salió del hiperespacio y aceleró hacia Calcedón. Lelila transmitió una reserva a la pista de descenso de su destino. La inteligencia artificial que se encargaba de controlar y

programar el tráfico aceptó su mensaje.

Lelila contempló el planeta y varias pantallas que le mostraban imágenes expandidas de él. No cabía duda de que era un mundo muy rocoso. Varios picos volcánicos de grandes dimensiones se alzaban en los flancos del planeta y deformaban la esfera, haciendo que resultara bastante difícil imaginarse cómo se las arreglaba Calcedón para mantener una rotación regular.

El planeta tenía una atmósfera que era respirable —aunque se podía decir que estaba justo en el límite de la toxicidad— gracias a la continua actividad volcánica. Tenía un clima, consistente básicamente en tempestades secas de gran violencia, y erosión. También tenía un poco de agua, pero carecía de vida indígena. Dispersos sobre la superficie del planeta y lo más alejados posible de los tremendos picachos volcánicos se veían unos cuantos puntitos azules y verdes que rompían la uniformidad rocosa de la superficie: eran dos colonias que subsistían a duras penas y una estación de tránsito.

—¿Qué razón puede tener una persona para vivir aquí? preguntó Lelila.

Geyyahab no intentó responder a lo que estaba claro era una pregunta retórica. Se puso el arnés de seguridad, y después movió una mano en un gesto lleno de impaciencia para invitar a Lelila a que hiciera lo mismo. Lelila obedeció, y se volvió hacia Erredós para que le asegurara que Rillao también se había puesto el arnés de la litera de atención médica.

Su nave se posó en la explanada, un pez metálico lleno de gracia y agilidad descendiendo en el fondo pedregoso de un río. La pista era de piedra sólida que había sido ennegrecida hacía mucho tiempo por las emisiones de las toberas de las naves espaciales, y los reactores del *Alderaan* no levantaron ni una sola partícula de polvo. Había unas cuantas naves más inmóviles en la pista.

Lelila se levantó de un salto en cuanto oyó la voz de Rillao, y fue corriendo a la litera. La firrerreo acababa de envolverse en la sábana. Había recogido su larga cabellera y había trenzado los extremos, formando una especie de moño en la parte de atrás de su cuello. Sus heridas ya estaban curadas, y habían dejado cicatrices plateadas sobre su piel de un dorado rojizo.

—¿Tienes algo de ropa que prestarme? —preguntó Rillao mirando a Lelila.

Lelila se ruborizó, y se sintió un poco avergonzada al darse cuenta de que todavía no le había ofrecido ninguna prenda.

—Tu amigo sin nombre...

—No es amigo mío —gruñó Rillao.

—Bueno, él no llevaba ropa, así que pensé que tu pueblo no...

—Nadie lleva ropas cuando se halla en animación suspendida —le explicó Rillao. Todos dormíamos desnudos, y lo habríamos hecho incluso suponiendo que los supervisores imperiales que se encargaban del proceso nos hubieran permitido conservar alguna prenda.

Lelila llevó a Rillao a su camarote y empezó a rebuscar en el armario. Casi toda la ropa quedó descartada de entrada, y algunas prendas le habrían dado un aspecto sencillamente ridículo ya que Rillao era considerablemente más alta que Lelila. Acabó encontrando un espléndido traje largo de seda verde que había sido diseñado para lucirlo en fiestas y cenas de gala. La tela era lo bastante gruesa como para que pudiera ser llevado en exteriores.

—¿Crees que te irá bien?

—Bastará —dijo Rillao.

Metió sus largos brazos en las mangas y fue desenrollándolas hasta que no pudo extenderlas más. Después se pasó el fajín decorativo alrededor de la cintura y lo sujetó con dos nudos, y recogió los pliegues de la parte inferior del traje entre sus piernas para formar unos pantalones improvisados.

—Así está mejor dijo cuando hubo acabado—. Bien, vamos. Geyyahab estaba esperando en la escotilla.

—Quédate a bordo y vigila la nave —le rogó Lelila.

El wookiee lanzó un gruñido *de* negativa.

—Alguien tiene que quedarse —dijo Lelila—. No, no puedo ser yo. Soy la única persona de a bordo que no ha sido herida o torturada, ¿verdad?

Lelila sentía una aguda necesidad de mantener lo más oculto posible al wookiee.

«¿Por qué quieres esconder a Geyyahab?se preguntó Lelila la cazadora de recompensas—. ¿Y qué más da que alguien pueda verle? No es más que otro wookie de pelaje multicolor...»

Meneó la cabeza e intentó disipar la oleada de confusión que se estaba adueñando de ella.

—Por favor... —volvió a suplicarle.

Geyyahab dejó escapar un ruidoso suspiro y se alejó por el pasillo que llevaba a la cabina de pilotaje.

Lelila y Rillao estaban saliendo de la nave cuando el suelo tembló y bailoteó debajo de ellas. Lelila dejó escapar un jadeo ahogado y se agarró al borde de la escotilla para no perder el equilibrio.

—Un terremoto —dijo Rillao—. Aquí son muy comunes. Descendió a la pista cuando el suelo todavía no había dejado de temblar, y Lelila se apresuró a seguirla.

No tardaron en tener que aflojar el paso, pues la atmósfera era muy tenue y estaba bastante fría. Los restos de gases volcánicos hacían que Lelila sintiese punzadas de dolor en los pulmones cada vez que respiraba demasiado hondo, y Rillao empezó a caminar más despacio para que Lelila no se quedara rezagada.

—Ese androide nos está siguiendo —dijo pasados unos instantes.

Leia miró hacia atrás. El pequeño androide rodaba detrás de ellas a unos cien pasos de distancia, pero se estaba acercando rápidamente y no paraba de lanzar silbidos y pitidos.

—No importa —dijo Lelila—. Los compartimentos de la cocina están empezando a vaciarse. Podemos comprar comida y más suministros médicos, y luego el androide puede encargarse de llevarlos a la nave.

El silencio de la pista no tardó en ser sustituido por la algarabía del espaciopuerto. El estrépito de los vendedores y de un pequeño grupo de flautistas onduló y se agitó alrededor de Lelila.

—Qué bazar tan impresionante —dijo secamente.

Rillao soltó un bufido.

—No hemos venido aquí para disfrutar de él —replicó. Reanudó la marcha, pero no tardó en tener que aflojar el paso igual que se había visto obligada a hacer Lelila, y enseguida empezó a toser—. Qué aire tan asqueroso... —masculló.

Unos cuantos vendedores les ofrecieron sus artículos: frutas salpicadas por las marcas de viruela de las emanaciones volcánicas, jarras, recipientes y adornos del cristal volcánico local utilizado por los sopladores de vidrio del planeta.

—Parece barro —dijo Rillao.

Un grupo de twi'leks estaba bailando entre las sombras del muro del bazar. Los danzarines fueron hacia Lelila y Rillao balanceando sus tentáculos cefálicos prensiles de un lado a otro, y uno de ellos empezó a tañer una pequeña arpa mientras otro removía el aire por encima de la cabeza de Lelila con un abanico hecho de alas de insecto. Las alas trazaron complejos dibujos de tonos claros y dejaron escapar un diluvio de escamitas iridiscentes que se pegaron a la piel de Lelila, y unas cuantas quedaron atrapadas en su cabellera para brillar y destellar delante de sus ojos. Rillao también brillaba bajo la luz del sol debido al espolvoreo de escamas de ala iridiscentes que había caído sobre ella. Los danzarines describieron una lenta espiral, y se fueron acercando cada vez más hasta que llegó un momento en el que Lelila acabó enfadándose y se puso tensa.

El grupo de danzarines las abandonó allí donde terminaba el bazar para esfumarse de manera tan repentina como había aparecido. La danza espiral invirtió su sentido y se fue ensanchando rápidamente, y los danzarines desaparecieron entre una gran tienda de lona y una cúpula geodésica transportable.

Lelila siguió a Rillao por las calles adoquinadas de la ciudad propiamente dicha. Los edificios se pegaban al suelo, y consistían en viviendas bastante bajas construidas con unos bloques de piedra negra tallados con tal meticulosidad que no necesitaban ser unidos mediante cemento.

A cada paso que daba Lelila sentía el deseo de pararse y preguntar a Rillao hacia dónde se dirigían y a quién iban a ver, pero sospechaba que pedir más explicaciones sólo serviría para humillarla y hacer que Rillao empezara a perderle el respeto. Lelila siguió caminando en silencio, impulsada por una desesperación que intentó relegar a las profundidades de su mente.

Los adoquines fueron sustituidos por ladrillos de cristal sin pulimentar. En aquella parte de la ciudad incluso las casas estaban hechas de vidrio, y todas habían sido construidas con el cristal volcánico parecido al barro que tanto abundaba en el planeta. Los muros se alzaban hasta alcanzar dos veces la altura de Rillao, y formaban una barrera imponente. Lelila se preguntó si habría alguna manera de conseguir que el cristal volcánico llegara a ser lo bastante transparente como para poder ver a través de él. Hasta el momento no había visto ni una sola ventana.

Rillao se detuvo debajo del arco cristalino de una especie de nicho que albergaba una puerta. Las hebras de cristal hacían pensar en hilillos de agua sucia, y la puerta estaba adornada con un dibujo de varillas de cristal paralelas. Erredós por fin había logrado alcanzarlas y se apresuró a meterse en el nicho junto a ellas, con lo que ocupó el poco espacio que quedaba disponible.

«¿Por qué no nos dan la bienvenida? —se preguntó Lelila—. ¿Y quién te crees que eres —pensó un instante después—, una princesa que siempre es acogida con los brazos abiertos en todos los sitios donde se le ocurre presentarse?»

Rillao deslizó las yemas de los dedos a lo largo de las varillas de cristal, y cada varilla zumbó emitiendo una nota distinta. La música cristalina onduló y osciló a su alrededor, moviéndose delicadamente sobre un sinfín de iridiscencias. Un instante después la puerta se abrió hacia el interior del umbral.

El muro de cristal rodeaba un gran estanque de poca profundidad lleno de guijarros de ágata pulimentada. El agua fluía sobre las superficies relucientes de las ágatas, centelleando y deslizándose como la música. Senderos recubiertos de adoquines serpenteaban a través del estanque dividiéndolo en una multitud de laguitos, y por encima de él había una telaraña de gruesas fibras de un cristal tan límpido e incoloro que desaparecía cuando era contemplado desde ciertos ángulos. La telaraña tenía una forma muy extraña, y brotaba del estanque alzándose grácilmente hasta crear delicados picachos.

El suelo vibró con un leve temblor. Las delicadas formas de la telaraña de cristal temblaron y emitieron un zumbido casi imperceptible.

Varias criaturas desplegaron sus cuerpos carentes de huesos y sus trompas prensiles a lo largo de la telaraña y se instalaron en la estructura de cristal. Unas cuantas criaturas similares estaban retozando perezosamente en los laguitos, echándose agua sobre la piel o enterrándose entre las ágatas hasta que sólo se podían distinguir sus ojos y los extremos de sus trompas.

Una criatura alzó una trompa radial (tenía cinco) y lanzó un chorro de agua a una gran altura. Los rayos de sol rebotaron en las gotitas y crearon un arco iris. Una de las criaturas suspendidas de la telaraña se sacudió para quitarse el rociado de la piel y lanzó un bocinazo de protesta a través de dos de sus trompas.

Rillao precedió a Lelila y Erredós hasta dejar atrás los laguitos y avanzó por entre los soportes de la telaraña.

«La persona que vive aquí tiene que ser muy rica para poder mostrarse tan pródiga con el agua en un mundo que consiste básicamente en llanuras volcánicas desnudas —pensó Lelila—, y esa persona también tiene que ser muy valiente para alzar estructuras de cristal tan altas en una zona de gran actividad sísmica.»

La claridad cegadora del sol de mediodía atravesaba la telaraña y rodeaba a Lelila con sombras etéreas y puntitos de color espectral.

--Estas criaturas no se parecen en nada a las que hemos visto en el bazar —le susurró a Rillao.

Además de ser totalmente distintas, estaba claro que se trataba de una especie desconocida para ella.

—Por supuesto que no —gruñó Rillao, aunque procuró no levantar demasiado la voz—. En este mundo no hay ni un solo nativo. Los seres del bazar eran los campesinos y comerciantes, y éstos son los burócratas.

Siguieron por un serpenteante sendero empedrado, avanzando con mucho cuidado en los lugares donde el agua había hecho que el suelo se volviera bastante resbaladizo. Nadie les dirigió la palabra ni les prestó más atención que la que prestaban a los temblores de tierra. Unas cuantas criaturas habían empezado a mover los guijarros de ágata de un lado a otro para formar nuevas contornos y dibujos.

Erredós rodaba detrás de ellas, dando tumbos y lanzando pitidos de disgusto ante el trazado

del camino cada vez que tenía que vérselas con un ángulo demasiado pronunciado.

Lelila y Rillao llegaron al centro del gran estanque de las ágatas, y se encontraron justo debajo del punto más elevado de la telaraña de cristal.

Una de las criaturas sin huesos se balanceaba lentamente de un lado a otro en un pequeño nido abierto entre las ágatas. El agua se agitaba en un apacible chapoteo que iba siguiendo el ritmo de sus movimientos. La criatura sólo tenía extendidas dos de sus trompas prensiles: una se estiraba hacia arriba para aspirar el aire mientras que la otra apuntaba hacia abajo y se encargaba de exhalar, sumergiéndose de vez en cuando por debajo de la superficie del estanque para crear un chorro de burbujas.

Rillao se sentó sobre los talones al lado del estanque y esperó.

Lelila no sentía ningún deseo de sentarse y esperar, por lo que permaneció de pie y se dedicó a contemplar aquel patio tan extraño sin tratar de ocultar su curiosidad. Después se inclinó y alargó la mano hacia uno de los guijarros de ágata pulimentada.

Rillao le agarró la mano. Los dedos surcados por un sinfín de cicatrices de la firrerreo se cerraron sobre los de Lelila y los apretaron con una fuerza sorprendente.

— ¡Es que no tienes ni la más mínima educación? —susurró—. Siéntate, estate quieta y controla tus ojos..., ¡y tus manos!

— ¡Suéltame! exclamó Lelila, y liberó su mano con un brusco tirón.

Las uñas de Rillao le arañaron la piel.

— ¡Ay!

Uno de los arañazos era lo suficientemente profundo como para sangrar, y Lelila se llevó la mano a la boca. Se preguntó si las uñas de Rillao contendrían algún veneno o alérgeno. «Soy una cazadora de recompensas —pensó—. ¿Dónde he podido aprender buenos modales, y por qué se debería castigar mi ignorancia en ese aspecto?»

— Tus ojos, tus manos... ¡y tu voz! —dijo Rillao.

«Muy bien _pensó Lelila_. Soy una cazadora de recompensas, y si he de hacerlo... Bueno, entonces puedo estar quieta y callada durante todo el tiempo necesario.»

Fulminó con la mirada a Rillao, que no dio ninguna señal de considerar que le debiera una explicación o una disculpa. Lelila se sentó, cruzó las piernas y permitió que su cabellera se desplegara a su alrededor. Las puntas de los mechones se esparcieron sobre los guijarros.

«Todavía puedo ver _pensó con satisfacción—, pero ahora nadie puede saber hacia donde tengo vueltos los ojos. Nadie puede saber dónde están mis ojos.»

Lelila permaneció inmóvil junto a Rillao y contempló a las criaturas carentes de huesos que disfrutaban del estanque, lanzaban chorros de agua hacia el cielo y desplazaban ágatas creando nuevos remolinos y pautas. De vez en cuando volvía la mirada hacia la criatura del laguito central. La criatura seguía respirando y haciendo burbujas, y de vez en cuando acariciaba unas cuantas ágatas con sus miembros prensiles.

Rillao se mantenía en equilibrio sobre los dedos de los pies con los brazos relajados encima de las rodillas. Había cerrado los ojos. «¡No es el momento ni el lugar más adecuados para echar una siesta!», pensó Lelila.

Estaba bastante nerviosa. La ira y la impaciencia se iban acumulando dentro de ella en un goteo tan lento e implacable como el de las aguas del estanque de las ágatas, y la desesperación acechaba bajo la superficie de esas emociones.

«No te obsesiones tanto con tu presa —se dijo—. Eres una cazadora de recompensas, y si ésta se te escapa siempre tendrás otro caso al que perseguir. Lo más importante es mantener la calma, y eso es lo que debes hacer.»

Una chispa de luz surgió repentinamente en las profundidades de su cerebro, y toda su atención y sus pensamientos quedaron concentrados en ella. «Estoy aquí —pensó—. ¿Quién me está llamando?»

La criatura salió disparada hacia arriba con todos sus tentáculos extendidos y ondulando velozmente de un lado a otro, y volvió a caer con un aparatoso chapoteo. El manantial creado por su caída surgió del estanque de las ágatas y se derramó por encima de Lelila, rociándola desde la coronilla hasta los mechones que reposaban sobre el suelo.

Lelila dejó escapar un grito de sorpresa y se echó hacia atrás, apartándose del borde del camino. Su cabellera era tan abundante y formaba una pantalla tan gruesa que había impedido que su ropa quedara empapada.

La chispa de luz se desvaneció y fue olvidada.

La ola se había desparramado sobre el sendero, y el agua fluyó alrededor de Lelila. Se levantó de un salto y se sentó sobre los talones, imitando a Rillao para escapar de la zona mojada.

Erredós lanzó un estridente chillido electrónico y rodó hacia atrás mientras hacía girar su caparazón a un lado y a otro, sacudiéndose el agua igual que si fuese un perro. Lelila agarró al androide cuando sus ruedas de atrás ya estaban rozando el borde del sendero. Erredós avanzó con gran cautela, se detuvo después de haber recorrido un palmo de camino y se posó pesadamente sobre los adoquines.

—¡Basta, cesad! —gritó la criatura hablando a través de una de sus trompas prensiles.

El bulto central de su cuerpo sobresalía por encima del agua y las puntas de sus tentáculos se agitaban. Los extremos de algunos tentáculos estaban cubiertos de unos zarcillos muy finos (tenía por lo menos diez, ya que Lelila perdió la cuenta de aquellos miembros serpentinos después de haber contado esa cifra). Su masa de ojos cristalinos giró hacia Lelila y Rillao, haciendo pensar en otras tantas antenas minúsculas.

Rillao, que había soportado la ducha sin emitir ningún sonido y sin hacer ni un solo movimiento de protesta, abrió lentamente los ojos.

—Tengo un asunto que resolver, Indexador —dijo en voz baja y suave.

—¡Un asunto! Habla con mis ayudantes. ¿Por qué estás aquí, y por qué perturbas mi concentración?

—He venido porque quiero encontrar la solución a un problema muy difícil —replicó Rillao, y después asombró a Lelila ofreciendo un cumplido a la criatura—. Sólo el Indexador es capaz de llegar a establecer las conexiones adecuadas.

El Indexador, visiblemente aplacado, dejó que su cuerpo volviera a hundirse en el estanque de las ágatas.

—Hablas de un desafío, pues —dijo.

—Hablo de un desafío muy difícil.

—Formula tu pregunta.

—Nos dedicamos a comerciar con el tráfico —dijo Rillao con voz repentinamente átona y fría—, y hemos sido contratadas para satisfacer las peticiones de quienes emplean nuestros servicios.

—Ah —murmuró el Indexador—. ¿Y quienes emplean vuestros servicios pertenecen a vuestro grupo planetario?

—Sí —dijo Rillao.

—¿Y desean lo mismo?

—Sí.

Lelila estaba intentando descifrar el código de aquella conversación. Se preguntó en qué podía cambiar las cosas cuál fuera la procedencia de las personas que habían contratado sus servicios, y abrió la boca para decir que trabajaba por su cuenta. El arañazo de su mano se inflamó con una breve punzada de dolor, y se acordó de la advertencia de que controlara su voz que le había hecho Rillao.

—Es un auténtico desafío —dijo el Indexador—. Para ti lo es, desde luego... —Los ojos facetados formaron una masa que se volvió hacia Lelila—. En el caso de ella... Bien, ¿quién sabe? Ya nos ocuparemos de ella más tarde. —Los ojos facetados volvieron a posarse en Rillao—. Creía que tu pueblo se había extinguido.

—No... del todo —respondió Rillao.

—Creía que los firrerreos no tomaban parte en el comercio del tráfico —dijo el Indexador.

—Somos muy adaptables.

—Entiendo, entiendo... Eso es bueno, y es una buena forma de evitar la extinción. Ah, ya comprendo... Deseáis ampliar el estanque genético.

Rillao guardó silencio.

—O tal vez deseáis retirar a vuestro pueblo del tráfico. Causa problemas, publicidad...

—Lo único que debe preocuparte es la forma de mi dinero.

Y Lelila la cazadora de recompensas comprendió todo el código de repente. Rillao estaba intentando comprar un esclavo.

«Has llevado una vida tan protegida... —se dijo— Es una suerte que te hayas convertido en cazadora de recompensas.»

Lanzó una rápida mirada de soslayo a Rillao a través del telón de su cabellera mojada, y sintió que se estaba ruborizando bajo los efectos de una confusa mezcla de ira y humillación al oírse describir como una compradora de esclavos ante una criatura que proporcionaba esclavos a quienes deseaban adquirirlos.

«¿Y qué importancia puede tener lo que el Indexador crea que haces para ganarte la vida? —se dijo—. ¿Qué te importa lo que pueda llegar a pensar el Indexador? Acuérdate de cuál es tu auténtico trabajo, y recuerda que tu trabajo consiste en encontrar a esa nave que huyó. Y si el engaño es el medio que hay que emplear para ello... Bien, entonces piensa en la recompensa que obtendrás cuando alcances el triunfo.»

—La búsqueda será costosa —dijo el Indexador—. Debes comprenderlo y ser consciente de ello. Habrá que manejar una gran cantidad de datos para obtener una pequeña brizna de información.

Rillao desdeñó el coste con un pequeño gesto de la mano. Se volvió hacia Lelila, que de repente cayó en la cuenta de que Rillao no tenía ningún dinero. De hecho, Rillao no tenía nada.

—Págale lo que desee —le dijo Rillao.

Pero yo no...

Lelila se calló. «Pues claro que tengo dineropensó—. ¿Por qué se me ha ocurrido pensar que nunca llevo dinero encima?»

Se levantó de un salto, sintiéndose cada vez más confusa y preocupada.

Los dedos de sus pies resbalaron sobre los adoquines mojados intentando conservar un precario equilibrio, y se tambaleó y estuvo a punto de caer. Rillao la agarró por la parte superior del brazo, enderezándola con un tirón tan brusco que la sacó de aquella alucinación momentánea que le había hecho creer que era dos personas a la vez. Una era Lelila, la cazadora de recompensas impasible y que siempre iba directa al grano, y la otra era una desconocida de ojos llenos de furia y confusión que se había vuelto muy peligrosa debido al poder que le daba su rabia.

Rillao había agarrado varios mechones ,de cabellos junto con su brazo, y tiró de ellos sin darse cuenta.

—Eso duele —dijo Lelila—. Suéltame y le pagaré lo que pida. La extranjera enfurecida se había desvanecido.

Rillao retiró la mano de mala gana y contempló a Lelila durante unos momentos con una curiosa fijeza.

Lelila rehuyó la mirada de Rillao y se volvió hacia el Indexador.

—¿Cuánto dinero he de pagarte?

—Eso depende de la búsqueda.

La criatura alzó varios tentáculos y los curvó alrededor de la superestructura de cristal. El resto de sus miembros se enterró entre las ágatas.

Lelila volvió a ponerse en cuclillas y se dispuso a esperar.

Una extraña nota musical de carácter agudo y cristalino emanó de la superestructura de cristal. Las criaturas carentes de huesos que se habían instalado en ella se pusieron en movimiento de repente y treparon con despreocupada fluidez hacia el Indexador. Sus movimientos cambiaron el tono y la intensidad de las notas, y fueron creando una melodía etérea que se fue volviendo más aguda a medida que se iban aproximando al Indexador. Rillao cerró los ojos e irguió los hombros, como si quisiera impedir que la melodía se abriera paso a través de su percepción. El sonido siguió cambiando hasta que rebasó los límites de la capacidad auditiva de Lelila, y Rillao dejó escapar un gemido ahogado, inclinó la cabeza y se tapó los oídos con las manos.

Todas las criaturas del patio del Indexador se habían ido aproximando hasta que se congregaron a su alrededor. Los tentáculos de cada una se entrelazaron con los de las que tenía a los lados hasta que la red orgánica acabó proyectando una sombra irregular sobre el

Indexador.

Los ojos cristalinos del Indexador se clavaron en el estanque, y sus tentáculos libres empezaron a hurgar por entre la gravilla de ágatas. Los guijarros chocaron entre sí con un sinfín de crujidos y chasquidos, y el agua deformó los sonidos surgidos de ellos haciendo que éstos parecieran estar huecos.

—¿Qué está haciendo? —susurró Lelila.

—¡Shhh!

Las rodillas y los dedos de los pies estaban empezando a dolerle un poco, pero no quería sentarse en el charco. Su cabellera mojada estaba empezando a hacer que sintiera mucho frío. Lelila permaneció inmóvil donde estaba a pesar del creciente temblor de sus piernas.

El Indexador dejó de hurgar en la gravilla de ágatas. Los otros seres se separaron los unos de los otros y volvieron a sus laguitos y a la estructura de cristal, desplazándose con un lento ondular de tentáculos. Lelila no tenía ninguna forma de saber si habían vuelto a sus posiciones originales. La melodía volvió a hacerse audible, y después cesó repentinamente en mitad de un trino cuando los tentáculos del Indexador dejaron de sujetar las hebras de cristal.

Los tentáculos del Indexador temblaron y se retorcieron hasta formar un rosetón alrededor del cuerpo desprovisto de huesos. Los ojos cristalinos asomaban por encima de la superficie del estanque.

Un tentáculo se deslizó lentamente bajo las aguas hasta emerger del estanque y la punta se acható delante de Lelila, que metió la mano en el bolsillo donde guardaba el dinero.

—¿Cuál es el precio? —preguntó Rillao con voz tensa.

El Indexador enunció una cifra. Lelila estrujó los billetes con los dedos. El precio era una fracción muy significativa de sus recursos.

«No es momento de regatear», se dijo. Metió un puñado de créditos en la trompa prensil del Indexador, que se curvó a su alrededor y volvió a deslizarse por debajo del agua. El tentáculo se enterró en la gravilla de ágatas y los créditos desaparecieron. Cuando volvió a aparecer, la punta del tentáculo del Indexador estaba vacía.

—No he encontrado a nadie de tu especie, firrerreo —dijo el Indexador—. Ni un solo miembro de tu especie ha sido vendido públicamente en el circuito del tráfico.

Lelila se levantó de un salto, enfurecida y convencida de que había sido estafada, y estuvo a punto de caer porque se le habían dormido los pies.

—¡Nada! —gritó—. ¡Nos has cobrado todo ese dinero a cambio de nada!

—Cubro a cambio de ofrecer mi tiempo y mi experiencia —replicó el Indexador sin inmutarse—. ¡No puedo entregar unos resultados que no existen!

—¡Podrías habernos advertido antes!

El Indexador se encogió sobre sí mismo y empezó a retirarse hacia el fondo del estanque.

Rillao rodeó los hombros de Lelila con un brazo.

—No te preocupes —dijo.

—¡Pero nos ha estafado...!

—No hagas acusaciones que no puedes apoyar con pruebas —dijo el Indexador en un tono repentinamente amenazador.

—El Indexador no puede entregar unos resultados que no existen —dijo Rillao.

Su voz sonaba extrañamente tranquila, y parecía más aliviada que resignada.

Lelila se asombró al ver que Rillao no sucumbía a un estallido de furia y que no saltaba sobre el Indexador para arrancarle los tentáculos y esparcirlos por todo el patio.

—Gracias, Indexador —dijo Rillao en voz baja y suave.

—¡Firrerreo! —exclamó el Indexador de repente.

—¿Sí, Indexador?

—No he encontrado ningún registro público. Naturalmente, no tengo ningún registro que haga referencia a las posibles transacciones privadas... Rillao se tensó y sus dedos se hundieron en el hombro de Lelila.

—Te diré algo que he oído comentar si me prometes que corresponderás a ese favor confirmándome el rumor o demostrándome que carece de fundamento.

—Formula tu pregunta —dijo Rillao, y su voz se había convertido en un susurro ominoso.

—Se afirma que la Estación Asilo se imagina que puede competir con Calcedón —dijo el Indexador.

Erredós dejó escapar un pitido de inquietud.

—¿Asilo? —exclamó Lelila.

No conocía ningún lugar llamado Estación Asilo.

—Siempre pensé que la República destruiría ese nido de maldades en cuanto se le presentara la primera ocasión —murmuró Rillao.

Los relucientes ojos facetados del Indexador se orientaron hacia Rillao.

—Tal vez la República opina que tiene cierta utilidad —dijo. El Indexador se hundió bajo las aguas y su piel se fue llenando de manchitas oscuras hasta que desapareció, confundida con los luminosos colores terrosos del nido de ágatas.

Erredós sólo deseaba poder escapar de toda aquella humedad, por lo que se apresuró a describir un cuarto de vuelta y se alejó velozmente, dando tumbos y saltos sobre los adoquines. Lelila siguió a Rillao y las piedras redondas de superficies pulimentadas volvieron a ser desplazadas por el fondo del estanque entre crujidos y tintineos.

—¿Qué razón podría tener la República para querer destruir la Estación Asilo? —preguntó Lelila cuando estuvieron en la calle.

—La de que es un lugar donde el Imperio ponía a prueba sus métodos de coerción y muerte... aplicándolos a sujetos inteligentes.

—¡Pero todo eso se acabó hace mucho tiempo! —exclamó Lelila—. Tuvo que acabar con la caída del Imperio..., ¿verdad?

—No lo sé —dijo Rillao—. Llevo bastante tiempo sin poder enterarme de lo que ocurre en la galaxia.

Han había salido del hotel y estaba avanzando a grandes zancadas por el sendero.

Estaba muy enfadado. Estaba enfadado con Luke, en primer lugar porque se había permitido llegar a concebir aquellas sospechas, y en segundo lugar porque se negaba a mantener una conversación calmada y racional acerca de sus sospechas.

La presencia de Xaverri seguía despertando ciertas emociones y sentimientos en él. Han no podía negar su existencia y no estaba dispuesto a hacerlo; pero no creía que fuese nada indigno que debiera serle reprochado.

«¿Se supone que he de olvidar que hubo un tiempo en el que amé a Xaverri? —pensó—. Elegí a Leia, y ella me eligió a mí. Nos elegimos el uno al otro porque nos amábamos, y nada de eso ha cambiado. La amo. La amo ahora, en este preciso instante... Lo que sentí por Xaverri... Bueno, ya hace mucho tiempo de eso.»

Se preguntó si debía buscar a Xaverri y pedirle que se mantuviera alejada de Luke durante algún tiempo, o si sería mejor que buscara a Xaverri, y que luego fuera a ver a Luke y que los dos le explicaran lo que había ocurrido la noche anterior. Pero después pensó que eso sólo serviría para reforzar todavía más la sospecha de que había hecho algo por lo que debía pedir disculpas.

Masculló una maldición ahogada. No tenía ni idea de dónde vivía Xaverri. No tenía ni idea de dónde podía empezar a buscarla..., salvo en el templo de Waru, naturalmente. Han se dijo que de momento no se sentía con fuerzas para volver allí, y ni siquiera podía concebir la idea de volver a ver lo que había visto ayer. Podía regresar al hotel y preguntar a Cetrespeó dónde había encontrado a Xaverri cuando fue a buscarla.

Pero tampoco quería hacer eso.

«Es toda una lista de cosas que no quieres o no puedes hacer, ¿verdad? —pensó—.

Bien, pues entonces olvídate de todas ellas. Xaverri puede cuidar de sí misma..., tal como ella misma te ha dicho de una forma muy clara. Y Luke tal vez esté enfadado, pero no es idiota. Si hubiera estado dispuesto a perder los estribos del todo, los habría perdido en el hotel cuando me tenía delante.

«Escoge un problema que tengas alguna posibilidad de resolver —se dijo, y volvió sus pasos hacia la cúpula de bienvenida, la taberna y las salas de juego—. Y ya que has decidido olvidarte de las vacaciones y empezar a trabajar, empieza a pensar en qué vamos a hacer con Waru y procura encontrar alguna solución... pronto.»

Jaina abrió cautelosamente la puerta y echó un vistazo. Su luz brillaba detrás de ella y proyectaba su sombra sobre el suelo de piedra oscura. Jaina dejó que se extinguiera apenas hubo abierto la puerta, temiendo que alguien estuviera observándola.

Aguzó el oído y escuchó con toda su atención, y pudo oír una especie de zumbido muy suave.

Se preguntó si sería un androide de vigilancia, y volvió a meterse en su celda entornando la puerta hasta dejar un resquicio imperceptible. Un androide de vigilancia era capaz de ver en la oscuridad, y daría la alarma. Un Guardián vendría enseguida y volvería a encerrar a Jaina en su celda... ¡tal vez para siempre!

El zumbido no se movía, y en realidad no se parecía en nada a los ruidos que hacían los androides de vigilancia. Jaina, asustada pero decidida, hizo entrechocar unas cuantas moléculas de aire para crear una débil claridad. Después envió las moléculas hacia el centro de la sala de reunión.

Había un Guardián inmóvil en la entrada del pasillo. Se suponía que debía permanecer de pie, pero estaba apoyado en la pared y además estaba dormido. El ruido que había estado oyendo era el que hacía al roncar.

Jaina salió sigilosamente de su celda. La puerta se cerró detrás de ella. Jaina dejó que su luz se debilitara todavía más hasta que apenas se la podía ver. Dio unos cuantos pasos y se detuvo. Estaba asustada. El Guardián podía despertar en cualquier momento. Si volvía sobre sus pasos y se metía en su celda, dejaría de tener miedo y estaría a salvo. Podía mover el aire hasta que se iluminara, y la luz le daría calor.

Pero si hacía eso nunca conseguiría reunirse con Jacen y nunca volvería a ver a su padre y a su madre, y nunca sabría qué le había ocurrido al pequeño Anakin.

Una línea de claridad muy débil brillaba entre la oscuridad al otro extremo de la sala. Jaina siguió avanzando sigilosamente hacia ella con las manos extendidas delante del cuerpo por si tropezaba con algo. La línea de luz estaba debajo de la puerta de otra celda.

—¿Jacen? —murmuró.

—¡Sácame de aquí! —respondió Jacen.

—¡Shhh!

Todo habría resultado mucho más sencillo si hubieran podido hablarse el uno al otro con sus pensamientos, pero Hethrir se enteraría apenas lo hicieran. Jaina ni siquiera se atrevía a intentarlo.

Volvió la mirada hacia el Guardián, y vio que su cabeza se estaba inclinando lentamente. El Guardián dejó escapar una mezcla de bufido y ronquido y estuvo a punto de despertarse. Jaina se quedó totalmente inmóvil.

El Guardián farfulló algo ininteligible. Después se dejó resbalar a lo largo de la pared hasta que acabó apoyando la frente en las rodillas.

Unos momentos después ya volvía a roncar.

Jaina hizo entrechocar unas cuantas moléculas de aire. Las moléculas produjeron un suave zumbido envuelto en una vibración casi imperceptible, y Jaina pensó que el Guardián quizá no la oiría.

—¡Deprisa! —susurró Jacen.

Jaina sonrió.

Las puertas de las celdas no estaban cerradas con llave, y sólo había un pestillo. No podían ser abiertas desde el interior, por lo que no hacía falta cerrarlas con llave desde fuera. Hethrir nunca había tomado en consideración la posibilidad de que un niño escapara y abriese todas las puertas.

Jaina agarró el picaporte y abrió la puerta.

Y la puerta chirrió.

—¿Qué pasa? ¿Quién está ahí? —exclamó el Guardián mientras se levantaba de un salto.

Jaina se escondió detrás de la puerta.

El Guardián corrió hacia la celda abierta.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Cómo has conseguido abrir esta puerta?

—No lo sé —dijo Jacen—. ¡Se ha abierto sola!

Jaina no podía ver al Guardián, pero pudo oír cómo examinaba el pestillo.

Jaina empujó la puerta hacia él con todas sus fuerzas.

El grueso panel de madera chocó contra su cabeza. El Guardián gritó y se tambaleó, y se encontró metido en la celda de Jacen antes de que hubiera podido recuperar el equilibrio. Jacen pasó corriendo junto a él y Jaina cerró la puerta de un manotazo, con lo que el Guardián quedó atrapado dentro de la celda.

El Guardián empezó a gritar y a golpear la puerta, pero Jaina no le prestó la más mínima atención.

Jacen abrazó a Jaina con todas sus fuerzas, y Jaina le devolvió el abrazo.

—Jasa, Jasa, me alegro tanto de verte...

—Creía que se te habían llevado lejos de aquí, Jaya... —¿Y Anakin? ¿Y...?

—Este es el sitio más horrible que...

—Sí, esta escuela es tan...

—¡... aburrida! Creo que todos son unos mentirosos... —Sí, son unos mentirosos, porque dicen que mamá y papá... —¡No están muertos! —gritó Jacen—. ¡No han muerto! —Ya lo sé —dijo Jaina—, pero eso es lo que ellos quieren que pensemos.

Los gemelos permanecieron inmóviles en un círculo de suave claridad mientras las moléculas de aire recalentadas por Jacen giraban alrededor de sus pies.

El Guardián volvió a golpear la puerta.

—¡Dejadme salir!

—¡No! —replicó Jaina.

Se alegraba de que el Guardián no hubiera acabado con la cabeza rota, aunque un instante después pensó que en el fondo no le habría importado demasiado.

Jacen le sonrió. Su diente delantero también estaba flojo, pero aún no lo había perdido.

¡Mira! —exclamó Jaina—. ¡Me está saliendo un diente nuevo! Sacó la lengua de la boca para enseñar a Jacen dónde le estaba saliendo el nuevo diente.

A mí también... Bueno, quiero decir que pronto me saldrá. —¡Tenemos que escapar!

Jaina le cogió de la mano y tiró de él hacia la oscuridad más negra del pasillo.

—¡Espera! ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué hay de los demás?

—Vamos a trepar la valla y pasaremos por donde está la Señora Dragón, y luego huiremos lo más deprisa que podamos, y quizá consigamos llegar lo bastante lejos para poder enviar nuestros pensamientos a mamá y al tío Luke.

Jaina no había pensado en los otros niños.

—Quizá quieran venir con nosotros, o escaparse por su cuenta.

Jaina sólo quería salir de allí, pero pensó que Jacen tenía razón. Fue corriendo hasta la puerta de la celda de al lado y la abrió, y después calentó un poco de aire para poder ver.

—Nos vamos a escapar —dijo—. ¡Puedes escaparte, o puedes quedarte aquí!

Jacen corrió hacia la puerta del otro lado y la abrió.

—¡Nos vamos a escapar! ¿Quieres escaparte también?

Casi todos los niños se levantaron de un salto de su camasueto y salieron corriendo a la sala de reuniones, pero unos cuantos retrocedieron y buscaron refugio en un rincón de sus celdas. Jaina no intentó obligarles a que fueran con ella. No disponía del tiempo necesario para convencerles, y se limitó a dejar abiertas sus puertas por si luego cambiaban de opinión.

Llegó a la última puerta y la abrió.

—¡Nos vamos a escapar! ¿Quieres...?

Vram la miró fijamente, y Jaina se calló.

«¡Así que Hethrir también encierra a Vram por las noches! —pensó—. Le ha nombrado ayudante, pero en realidad no confía en él.»

Vram tenía una cama, una manta y una luz; pero eso no evitaba que tuviera que pasar las noches encerrado en una celda.

—¡No! —gritó Vram. Parecía estar muy asustado—. No me pegues... ¡Se lo contaré todo a Hethrir!

Jaina también estaba asustada. Los otros niños ya se habían congregado detrás de ella y hablaban en susurros llenos de excitación, envueltos en el aura de su felicidad y su esperanza.

A Jaina no se le había ocurrido pensar en la posibilidad de que uno de ellos se escapara y les delatase después, y no temía que ninguno de ellos pudiera hacerlo. Pero Vram estaba tan orgulloso de su nueva túnica color rojo óxido que seguramente lo haría.

—¿Quieres...? ¿Quieres venir con nosotros?

—¡Me pegarás! ¡Me matarás!

—¡No lo haré!

Vram respiró hondo.

—¡Socorro! —chilló.

Jaina, muy enfadada, cerró la puerta de su celda.

Jacen le cogió la mano, y los gemelos echaron a correr por los pasillos con sus faros de aire iluminado girando y bailando delante y detrás de ellos.

Los otros niños les siguieron_

El diminuto sol del mundo artificial estaba empezando a ocultarse cuando llegaron a la escalera que llevaba al exterior. Jaina subió corriendo el tramo de peldaños y asomó la cabeza por encima del último. No había nadie vigilando, y el campo de juegos estaba desierto.

—¿Y qué hay del dragón? —murmuró un niño.

—No lo sé —respondió Jaina—. No podemos utilizar la multiherramienta, Jacen... ¡El sol se está poniendo!

Jacen hizo aparecer una diminuta chispa de aire recalentado y la concentró. La claridad era mucho más potente que la luz proyectada por la lente de la multiherramienta de Jaina. La luz atravesó velozmente el campo de juegos saltando de un lado a otro, y Jacen y Jaina echaron a correr detrás de ella.

—¡Dragón! —gritó Jacen—. ¡Eh, Señora Dragón!

El dragón surgió de la arena y rugió, pero no se lanzó contra la valla. Miró a su alrededor y soltó un bufido, y luego dio un gran salto para tratar de atrapar el juguete de llamas que Jacen había creado para ella. Después se acurrucó junto a la valla y pegó un hombro a los alambres.

Jacen frotó y rascó aquellas escamas que parecían guijarros, y el dragón emitió un gorgoteo ronroneante.

«¡Ojalá pudiera hacer eso! —pensó Jaina—. Ah, si pudiera acariciar a un dragón, darle palmaditas y hacerme amiga de él, igual que Jacen...»

Pero sabía que Jacen le envidiaba un poquito su capacidad de desmontar máquinas y volver a montarlas de tal manera que luego funcionaban mejor que antes de que Jaina las hubiese desmontado.

Jacen había pegado la nariz al hocico del dragón. El dragón soltó un resoplido, y Jacen se lo devolvió. Metió la mano por entre los alambres y frotó las gruesas protuberancias que sobresalían por encima de los ojos del dragón. El dragón sacó la lengua.

Jaina dio un respingo.

—Creo que quiere averiguar qué sabor tengo —murmuró Jacen—. Suponiendo que sea como los lagartos de casa, claro... —¿Y para qué quiere saberlo? ¡Para poder comerte, quizá! —Así sabrá que soy yo y no otra persona. ¡Venga, vamos! —¿Estás seguro? —preguntó Jaina.

Y entonces empezaron a sonar las alarmas, con lo que no les quedó más elección que seguir adelante.

Jacen trepó por la valla, llegó al reborde y bajó por el otro lado. Jaina le siguió. Los alambres le arañaron las manos. Trepó a toda velocidad y se descolgó por el otro lado hasta llegar al suelo.

Los otros niños escalaron la valla y saltaron al suelo, pero todos se mantuvieron lo más lejos posible del dragón.

El dragón deslizó su lengua por encima de los zapatos de Jacen.

—Sólo quiere estar segura de que me reconocerá —insistió Jacen, y se instaló sobre la espalda de la Señora Dragón—. ¿Te parece bien, Señora Dragón? ¿Me dejas montar?

El dragón resopló y alzó la cabeza, pero no se encabritó ni empezó a rodar por el suelo, y tampoco intentó frotarse contra la valla para quitarse del lomo a su jinete. Jacen dejó que el juguete de llamas quedara suspendido delante de sus ojos.

—¡Venga, deprisa!

Jacen se inclinó hacia Jaina y le ofreció una mano. Jaina la agarró y trepó hasta la espalda del dragón. El dragón se incorporó, irguiéndose sobre sus patas traseras primero y sobre las delanteras después. Jaina dejó escapar un chillido de sorpresa y rodeó la cintura de Jacen con sus brazos. Se habría sentido mucho más cómoda si el dragón hubiera sido un deslizador de superficie y ella hubiese estado conduciéndolo.

Los otros niños corrieron hacia el dragón. Jaina fue agarrando las manos que se extendían hacia ella, y tiró con todas sus fuerzas para ayudarles a montar sobre la espalda del dragón. El dragón no tardó en quedar cubierto de niños. Casi todos iban montados sobre su espalda, pero unos cuantos se agarraban a las patas entre risitas y gritos de excitación.

—¿Te sigue pareciendo bien, Señora Dragón? —preguntó Jacen—. ¿Podemos montar todos? —Se volvió hacia Jaina—. Creo que no le importa.

—Oh, deprisa... ¡Si tenemos que irnos, hagámoslo de una vez! Jaina ya podía oír gritos en el otro extremo del desfiladero. Estaba esperando que el poder de Hethrir descendiera sobre ella de un momento a otro. Hethrir la haría caer al suelo en cuanto se diera cuenta de que estaban huyendo. Arrojaría su pesada manta

sobre ella, como había hecho cuando intentó proteger a Lusa... Jacen agitó su juguete de fuego delante de la Señora Dragón. Jaina se estremeció.

—Ten cuidado, Jasa —murmuró—. Ten mucho cuidado...

El dragón giró sobre la arena y empezó a seguir el puntito de luz, alejándose de la valla y avanzando hacia la boca del desfiladero. El juguete de fuego hacía que todas las sombras se movieran a su alrededor.

Jaina deseó que Lusa estuviera con ellos, y se preguntó cómo se las habría arreglado su amiga centauroide para montar en un dragón; pero un instante después cayó en la cuenta de que Lusa no habría tenido que montar, pues disponía de cuatro patas con las que correr. La pobre Lusa tenía tantas ganas de correr...

Jaina estaba muy preocupada por Lusa y por el wyrwulf del señor Chambelán.

«No sé cómo —pensó—, ¡pero los encontraré y conseguiré rescatarles de alguna manera! ¡Me da igual lo que haga Hethrir!»

El dragón trepó por una duna muy alta, bamboleándose de un lado a otro sobre la arena que se escurría debajo de sus patas. Jacen se agarró a su cuello y Jaina se agarró a la cintura de Jacen, y el niño montado detrás de Jaina se agarró a su cintura. Todos resbalaron un poquito hacia atrás. El dragón movió su cola de un lado a otro y la levantó, y la cola impidió que los niños cayeran de su espalda.

—Creo que le gustamos —dijo Jaina, intentando no parecer asustada.

Jacen sonrió, y después se puso muy serio.

—¿Adónde vamos?

—Lejos de aquí —respondió Jaina.

El dragón llegó a la cima de la duna. Se detuvo y alzó la cabeza, y sus fosas nasales se dilataron mientras bebían el viento.

Jacen se inclinó hacia adelante y le habló en un murmullo inaudible. La Señora Dragón saltó desde el borde de la duna y se dejó resbalar por la empinada pendiente. Todos lanzaron chillidos de excitación. ¡Aquello era mejor que cualquier parque de atracciones!

La Señora Dragón llegó al final de la pendiente y siguió avanzando en dirección al arroyo y el bosque, dejando claro que podía moverse muy deprisa cuando quería.

Jacen empezó a hurgar en la pechera de su camisa.

—¿Qué estás haciendo? —Jaina pensó que se estaba rascando—. ¿Te ha mordido algún bicho?

—¿Morderme? ¿A mí? —exclamó Jacen.

—Algún día algo lo hará.

—¡Los bichos no me muerden nunca!

Jacen sacó la mano de debajo de su camisa y se la enseñó. Una criatura muy pequeña se removió lentamente entre sus dedos bajo la luz de las estrellas, y contempló lo que la rodeaba con sus relucientes ojillos.

—¿Qué es eso? ¿Estaba en tu celda?

—No...

Jacen abrió un poquito la mano. La criatura desplegó sus dos pares de alas y se agarró a un dedo de Jacen con un par de patas. —¡Es de Munto Codru! —dijo Jaina—. ¡Es un murciélago! ¡Se suponía que no debías jugar con los murciélagos!

—No estaba jugando con los murciélagos —replicó Jacen—. Sólo miraba lo que hacían... Son muy interesantes, ¿sabes?

El murciélago bostezó, y las puntas de sus afilados dientecillos brillaron bajo la luz de la luna. ¡Es venenoso! —exclamó Jaina.

—Oh, yo sólo estaba mirando —volvió a explicarle Jacen—. No quería traérmelo conmigo. Quiero decir que... Bueno, ¿cómo iba a saber que alguien aparecería de repente y nos secuestraría?

—¿Y qué vas a hacer con él ahora?

El murciélago se había acurrucado sobre la mano de Jacen y estaba desplegando sus alas en cuatro direcciones distintas. Jacen rozó la punta de un ala con la yema del dedo.

—Dejar que vuele un rato —'dijo—. Ha pasado mucho tiempo encerrado, y está aburrido.

Jacen alzó la mano. El murciélago levantó la cabeza, canturreó unas cuantas notas, extendió sus cuatro alas y desapareció en la oscuridad.

La Señora Dragón siguió caminando sobre la arena que parecía no acabarse nunca. Jaina seguía estando convencida de que en cualquier momento vería aparecer un esquife por encima de sus cabezas, y esperaba verlo posarse y que Hethrir y sus Guardianes salieran de él para obligarles a volver a sus celdas.

Pero eso no ocurrió.

La Señora Dragón seguía caminando, y el diminuto sol del mundo artificial inició su rápida caída hacia el horizonte. Llevaban todo el día viajando. «Todo el día» sólo era la mitad de un día normal, pero Jaina no tardó en tener sed y luego se dio cuenta de que tenía hambre, y acabó empezando a sentirse un poco dolorida por llevar tanto rato montada sobre la espalda del dragón.

Un arroyo que relucía bajo la luz de las estrellas apareció a lo lejos. El arroyo serpenteaba a través de unos árboles, y acababa llevando a un bosque. Escondarse allí resultaría mucho más fácil que hacerlo sobre la desnudez de la arena.

La Señora Dragón alzó la cabeza y olisqueó el aire. Después volvió a bajar la cabeza y siguió avanzando hacia el arroyo, moviéndose todavía más deprisa que antes.

Sus patas aplastaron el barro de la orilla del arroyo produciendo un sonido de chapoteo entre viscoso y húmedo. La Señora Dragón se detuvo y resopló. Después bajó la cabeza y Jacen se dejó resbalar hasta el suelo. Jaina se agarró a las escamas de la Señora Dragón y siguió sentada donde estaba. Los otros niños saltaron al suelo.

La Señora Dragón quería beber del arroyo. Después se metió en él y empezó a chapotear, y retozó en el agua hasta que acabó decidiendo internarse en el arroyo y tumbarse sobre los guijarros como si fuera una isla que acabase de emerger. Metió la cabeza debajo del agua, expulsó aire por la nariz produciendo un gran chorro de burbujas y se sacudió.

Jaina cayó al agua con un gran chapoteo. Se retorció hasta que hizo pie y llegó a la orilla. Sabía que hubiese debido seguir corriendo, pero tenía una sed horrible y además estaba cansada y hambrienta. Bebió del arroyo.

El cielo pasó del negro al púrpura primero y al rosa, amarillo y azul después a medida que el sol continuaba avanzando en su veloz trayectoria. Los árboles proyectaban sombras que prometían frescor. Todos los arbustos de la orilla del arroyo estaban llenos de hayas. Jaina notó que se le hacía la boca agua apenas las miró, pero no se atrevía a comerlas.

«No confío en nada de lo que hay en todo este mundo —pensó—, salvo en Jacen y puede que en la Señora Dragón. Hethrir dijo que era nuestro amigo, pero no lo era... ¡No, no lo era! Y después dijo que estaba intentando enseñarnos cosas que debíamos saber, pero cuando dijo eso también estaba mintiendo.»

La Señora Dragón se sumergió un poco más en el agua, mojando a los niños que se habían estado agarrando a sus flancos. Después se irguió de golpe levantando un enorme surtidor de agua. Jaina se rió, pero continuaba teniendo mucha hambre.

Jacen corrió orilla arriba. El murciélago de cuatro alas se posó sobre su cabellera mojada y empezó a parlotear y canturrear. Jacen fue en línea recta hacia un arbusto y cogió un puñado de

bayas.

—¡Jacen! ¡Podrían ser venenosas!

Jacen se metió el puñado de bayas en la boca y se las comió.

—No seas tonta, Jaya —dijo después de habérselas tragado. ¡No soy tonta, Jasa!— exclamó Jaina, poniendo un considerable énfasis en el apodo de su hermano gemelo.

—Alguien construyó este sitio, ¿verdad?

—Sí, eso resulta obvio.

—Y alguien trajo aquí cosas que se pueden comer.

Le alargó unas cuantas bayas y Jaina se las comió. Eran deliciosas.

Un rato después todos los niños estaban sentados sobre la orilla con el estómago lleno de aquellas bayas tan dulces y sabrosas, calentándose bajo los rayos del sol y dejando que fueran secándolos poco a poco. Uno de los más pequeños, que tendría aproximadamente la edad de Anakin, se había acurrucado al lado de Jaina.

—¿Podemos ir a casa?

—Pronto iremos —respondió Jaina—. Eso espero...

—Quiero estar con mi mami —dijo el pequeño, y sorbió aire por la nariz.

—Yo también —dijo Jaina.

Abrazó al pequeño. Su labio inferior había empezado a temblar, y tuvo que dejar de hablar para no acabar llorando delante de todos los niños. No quería que se asustaran al verla llorar. Jaina estaba bastante asustada porque no sabía qué debían hacer. Se volvió hacia Jacen, y le bastó con mirarle para comprender que él tampoco sabía qué debían hacer.

Jaina se deslizó sobre la orilla hasta quedar sentada al lado de Jacen.

—Tenemos que encontrar un sitio al que esos Guardianes no puedan llegar —dijo.

Jacen asintió.

—¿Qué podemos hacer que ellos no sean capaces de hacer? —preguntó Jacen.

—Montones de cosas —respondió Jaina, y casi sin darse cuenta empezó a desplegar sus pensamientos para levantar una roca.

—¡No lo hagas, Jaina, no lo hagas! —gritó Jacen.

Jaina ya se había contenido incluso antes de que Jacen abriera la boca. Temió que el poder de Hethrir apareciese de repente y cayera sobre ella para envolverla, y se dio cuenta de que lo que temía por encima de todo era que Hethrir pudiera encontrarla si utilizaba sus capacidades para mover cualquier cosa que fuese más grande que las moléculas de aire.

Bueno, normalmente podemos hacer montones de cosas... —dijo con tristeza.

—Somos pequeños —dijo Jacen, y ellos son grandes. No es justo.

—Sí —dijo Jaina—. Somos pequeños y ellos son grandes. Señaló hacia el otro lado del arroyo, donde la orilla de enfrente estaba cubierta por una espesa vegetación.

—Apuesto a que no podrían pasar a través de esos arbustos —dijo—, y en cambio nosotros sí que podríamos hacerlo. Jacen sonrió.

—Serían como cavernas.

—Y después podríamos salir cuando volviera a estar oscuro, y trataríamos de encontrar sus naves espaciales.

—O sus cápsulas de mensajes.

—¡O podríamos secuestrar a uno de ellos y obligarle a que nos llevara de vuelta a casa!

Jaina contempló a Jacen con escepticismo. Su hermano gemelo estaba bromeando, desde luego, pero los dos deseaban que fuese posible hacerlo.

—Será mejor que nos vayamos.

—¡Eh, escuchadme todos! —gritó Jaina.

Los otros niños dejaron lo que estaban haciendo, que iba desde jugar en la orilla del arroyo hasta trepar sobre la Señora Dragón, pasando por comer bayas de los arbustos.

—Tenemos que seguir huyendo... —dijo Jaina.

—... o esos Guardianes vendrán y nos volverán a encerrar —concluyó Jacen.

Una de las niñas más pequeñas fue hacia Jaina y le rodeó la cintura con los brazos.

—Estoy muy cansada, Jaya —dijo la pequeña.

Su voz sonaba tan parecida a la de Anakin que Jaina sintió un deseo casi incontenible de

echarse a llorar. Echaba terriblemente de menos a su hermano pequeño y estaba muy preocupada por él, y eso a pesar de que había momentos en los que Anakin podía llegar a ser muy pesado y dar muchos dolores de cabeza.

—Ya lo sé —dijo por fin—. Yo también lo estoy. Vayamos a escondernos entre los arbustos y así podremos echar una siesta, ¿de acuerdo?

La pequeña arrastró los dedos de los pies por la tierra. —Bueno... Sí, de acuerdo —acabó diciendo, un poco a regañadientes.

Jaina la cogió de la mano y Jacen cogió de la mano a otro pequeño. Los niños se agruparon y vadearon el arroyo hasta llegar a la otra orilla.

La Señora Dragón resoplaba y chapoteaba en el agua, agitando su larga cola cubierta de escamas que parecían guijarros entre las ondulaciones que creaba.

Después metió la cabeza debajo del agua, y cuando la sacó tenía la boca llena de plantas acuáticas que empezó a masticar con visible satisfacción.

—Eres muy hermosa, Señora Dragón —dijo Jacen, y le rascó la frente—. Pero eres demasiado grande para poder venir con nosotros. Quizá deberías volver al desierto y esconderte para que esos Guardianes no te hagan daño.

La Señora Dragón se sumergió en el arroyo hasta que sólo dejó visibles su espalda, sus ojos y sus fosas nasales. Después parpadeó, y al hacerlo creó un pequeño diluvio de gotitas de agua que cayeron sobre el rostro de Jacen.

—Me parece que cree que se ha escondido —dijo Jaina. Jacen titubeó, preocupado.

—Tenemos que irnos —dijo Jaina—. Debemos escondernos. No le pasará nada, Jacen... Quizá incluso piensen que se nos ha comido y se pongan tan contentos que le den una recompensa.

Jacen sonrió.

Los niños acabaron de vadear el arroyo chapoteando y haciendo mucho ruido. Después treparon a la otra orilla, se arrastraron sobre el suelo cubierto de musgo mojado y se deslizaron por debajo de los frondosos arbustos. Jacen encontró una especie de sendero, y dijo que probablemente había sido hecho por un animal. Jaina esperó que no tendría la mala suerte de encontrarse con él, y se imaginó que probablemente tenía unos dientes muy grandes y unas garras enormes.

«Pero la Señora Dragón también tiene unos dientes muy grandes y unas garras enormes —pensó un momento después—, y ha resultado ser muy buena.»

Jacen se quitó el murciélago de cuatro alas de su cabellera y lo sostuvo delicadamente en sus manos mientras clavaba la mirada en su diminuta cabeza de rasgos angulosos. El murciélago se retorció, y Jacen lo soltó. El murciélago se alejó con un veloz aleteo, y no tardó en desaparecer por entre las sombras verde y oro que se acumulaban debajo de los arbustos.

Va a buscar un sitio al que podamos ir --dijo Jacen.

Jacen había persuadido al murciélago de que les prestara ese servicio, igual que había persuadido a la Señora Dragón y a los myrmirins.

Empezaron a arrastrarse por el sendero. Jacen iba el primero, y Jaina iba en último lugar.

«Apuesto a que en este sendero hay toda clase de gusanos y bichos raros —pensó Jaina—. Aj, qué asco... Ojalá estuviera de vuelta en casa, en mi laboratorio de química.»

Unos minutos después Jaina oyó voces y el zumbido de varios deslizadores de superficie, y se asustó al comprender que Hethrir y los Guardianes habían estado siguiendo su pista y que estaban muy cerca de ellos.

«¡Un poco más y habríamos esperado demasiado!», pensó.

Un pequeño que había estado arrastrándose delante de ella se detuvo de repente y miró hacia atrás.

—¡Jaina! —susurró—. ¿Has oído...?

—¡Shhh! ¡No hagas ningún ruido y sigue arrastrándote! ¡Vamos, deprisa!

Continuaron arrastrándose a la máxima velocidad de que eran capaces. Jaina no podía ver a Jacen, y apenas si podía sentir su presencia delante de ella. Se consoló con la esperanza de que el murciélago no se extraviaría entre los arbustos y acabaría logrando encontrar un refugio, pero se preguntó qué harían después.

La Señora Dragón rugió detrás de ella, y después hubo ruidos de chapoteo y de patas que

golpeaban el suelo. Los Guardianes empezaron a gritar.

«¡Espero que la Señora Dragón pise a todos los Guardianes!», pensó Jaina.

Contuvo el aliento. Temía que de un momento a otro oiría el zumbido de una espada de luz, y se asustó mucho al pensar que Hethrir podía matar a la Señora Dragón con tanta despreocupación como los Guardianes habían aplastado a los myrmirins que se les metieron dentro de los pantalones.

Los ruidosos chapoteos de la Señora Dragón parecían cada vez más lejanos.

Jaina sonrió. «La Señora Dragón también está asustada —pensó—. Está huyendo, y no le pasará nada. Pero apuesto a que antes dio un buen susto a esos Guardianes...»

Jaina esperó que la Señora Dragón conseguiría encontrar otro bocado de plantas acuáticas tan succulento como el que le había visto comer antes.

—¡Mirad! --gritó uno de los Guardianes. Pisadas, en la orilla de enfrente... ¡Venga, corramos!

—¡Date prisa! volvió a susurrar Jaina, esperando ser arrastrada hacia atrás de un momento a otro por el poder de Hethrir.

Los niños siguieron reptando tan deprisa como podían por delante de ella.

El suelo se iba volviendo cada vez más fangoso. Las rodillas de los pantalones de Jaina estaban empapadas y muy sucias, al igual que sus manos. Las hojas de los arbustos cada vez colgaban más bajo. Pero se alejaban de su cara en cuanto se acercaba, lo cual era una suerte porque estaban llenas de espinas. Jaina esperaba que los pequeños que se arrastraban por delante de ella tuvieran mucho cuidado para no pincharse. De momento ninguno se había echado a llorar, por lo que quizá todos estuvieran bien.

Un Guardián lanzó un chillido de protesta detrás de ella. —¡Ay! ¿Qué son estas plantas, arbustos espinosos? ¡No pienso arrastrarme a través de un montón de arbustos espinosos!

—¡Lo harás, o de lo contrario lamentarás muchísimo no hacerlo!

—gritó el Jefe de Guardianes.

Jaina procuró arrastrarse más deprisa. Las voces sonaban ahogadas, y se alegró de ello porque no quería tener que oír lo que decían.

El sendero desembocó de repente en un espacio abierto debajo de los arbustos, y todos los niños se acurrucaron en un extremo de aquella especie de explanada fangosa. No había ningún obstáculo que se alzara ante ella, pero aun así Jaina no podía ver dónde terminaba la explanada. Era como el arroyo, sólo que estaba llena de barro.

Jaina se arrastró hacia adelante hasta reunirse con Jacen. —¿Dónde estamos?

—No lo sé —respondió Jacen—. En un refugio, quizá, o puede que los animales que abrieron el sendero utilicen este sitio para revolcarse en el barro... El murciélago nos ha traído hasta aquí.

Un árbol enorme se alzaba entre los arbustos al otro lado del barrizal. Su sombra oscurecía el verde dorado de la penumbra que reinaba debajo de los arbustos. Sus raíces se retorcían y se juntaban unas con otras, y se extendían por el otro lado de aquella especie de pantano.

—¡Mira! —exclamó Jacen y señaló con un dedo.

El pequeño murciélago revoloteó sobre el pantano y desapareció en un punto de oscuridad medio escondido entre las raíces.

—Es como un túnel —dijo Jaina.

—Apuesto a que lo es, ¡y apuesto a que lleva hasta el interior del árbol igual que en el mundo de Chewie!

El murciélago emergió del punto de oscuridad, quedó suspendido en el aire durante un momento y volvió a desaparecer entre las tinieblas.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allí?

—No lo sé —respondió Jacen—. Supongo que el murciélago se ha olvidado de que no podemos volar.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo un niño. ¡Escuchad! Los Guardianes parecían estar más cerca, y también parecían bastante enfadados.

Jacen dio una zancada hacia el barro...

... y se hundió inmediatamente hasta las rodillas. Intentó dar otro paso, pero el barro se hundió debajo de él. Jacen quedó sumergido hasta las caderas.

Jaina bajó por la orilla y le agarró. Estuvo a punto de tratar de cogerle con su mente, pero se contuvo temiendo que Hethrir pudiera encontrarles si lo hacía. Tiró de la mano de Jacen, pero su hermano siguió hundiéndose. Jacen parecía bastante asustado.

Jaina dejó escapar un sollozo de furia y miedo.

Pero entonces los otros niños se apelotonaron a su alrededor y se estiraron hacia Jacen para cogerle de las manos.

El barro tiraba de él, pero las fuerzas de todos los niños unidas fueron demasiado para el pantano. Los niños lograron sacarle y dejarle encima de la orilla.

Jaina le abrazó. Jacen estaba jadeando, e intentaba no llorar y no hacer ningún ruido que pudiera alertar a los Guardianes. —¡Me habéis salvado entre todos! —susurró.

Pero todavía tenían que atravesar el pantano.

«Un poquito cada vez —pensó Jaina—. Así Hethrir no podrá detenerme y no podrá dar conmigo. Un par de moléculas...»

En vez de acelerar el movimiento de las moléculas, como hacía con las del aire para crear luz y calor o como hacía girar las de la arena para crear diminutos remolinos de polvo, Jaina fue frenando el movimiento de las moléculas del agua del pantano.

Fue reduciendo su velocidad muy lentamente hasta que llegó un momento en el que apenas se movían.

Una delgada película de hielo se formó cerca de la orilla. El agua fangosa se congeló poco a poco, solidificándose con un sinfín de crujidos alrededor de la vegetación acuática y enfriando el aire caliente en torno a ellos. La superficie del hielo no tardó en quedar adornada con hermosos dibujos de escarcha.

Jacen comprendió lo que estaba haciendo y empezó a ayudarla, y juntos fueron congelando un angosto camino a través de la superficie del pantano.

Jaina se arrastró hasta el comienzo del camino y se puso encima de él, moviéndose con gran cautela. El hielo crujió y gimió debajo de sus manos y sus rodillas, pero Jaina siguió congelando moléculas de agua y la superficie aguantó su peso. Jaina se movió lo más deprisa posible y consiguió llegar hasta el otro lado del pantano.

Se agarró a una de las gruesas raíces retorcidas del árbol y tiró de ella hasta que hubo salido del hielo. Sus manos y sus rodillas estaban muy frías y estaba muy cansada por haber frenado el movimiento de tantos millones, trillones de partículas. ¡Pero había conseguido cruzar el pantano! Jaina se volvió hacia los niños, y movió una mano para indicarles que debían seguirla.

Los niños fueron llegando hasta ella uno por uno y se agarraron a las raíces del árbol. El murciélago de cuatro alas salió del hueco escondido entre las raíces y empezó a revolotear de un lado a otro.

Jacen llegó el último. El hielo ya estaba muy debilitado, y crujió y protestaba a cada paso que daba. Jaina estaba tan asustada que apenas conseguía mantener frenadas las moléculas del agua a pesar de la ayuda de su hermano gemelo. Jacen se encontraba a un brazo de distancia de ella cuando el hielo se resquebrajó. Jacen cayó de bruces en aquellas frías aguas fangosas.

Jaina le cogió la mano y consiguió sacarle del pantano antes de que hubiera podido hundirse mucho. Jacen medio nadó y medio se arrastró hasta ella. Aquel lado del pantano carecía de suelo sólido, y sólo había barro y las raíces del árbol. Toda la pechera de la camisa de Jacen había quedado cubierta de hierba congelada y trocitos de hielo. Jacen abrazó a Jaina. Estaba temblando. El diminuto murciélago se posó en su pelo y le lanzó un trino casi inaudible. Jaina siguió abrazando a Jacen con todas sus fuerzas, intentando conseguir que entrara en calor.

—La raíz hue-hueca lleva al in-interior —dijo Jacen, tartamudeando porque le castañeteaban los dientes—. Llega has-hasta a-arriba...

—¡Sigue al murciélago! —exclamó Jaina—. Él te guiará y tú nos guiarás. Yo iré la última.

Jacen se puso a cuatro patas y se metió por la raíz hueca. Jaina se agarró a las raíces nudosas de la orilla mientras los otros niños seguían a Jacen al interior del árbol, y fue ayudando a los más pequeños. Algunos estaban asustados y no querían arrastrarse en la oscuridad. Jaina pensó en hacer brillar un poco de aire para que les sirviese como guía, pero temió que podía acabar

prendiendo fuego al árbol si lo hacía, y además no se creía capaz de poder calentar aire y mantener helada el agua al mismo tiempo.

El último niño por fin se metió a rastras dentro del árbol y desapareció.

El Jefe de Guardianes se abrió paso a través de los arbustos espinosos. Jaina se lanzó al hueco, y después se apresuró a darse la vuelta para poder ver qué harían los Guardianes.

El rostro del Jefe de Guardianes estaba lleno de arañazos, y su mono de vuelo azul claro estaba muy sucio y había sufrido bastantes desgarrones. Parecía estar muy enfadado. Los otros Guardianes fueron saliendo de los arbustos con gran dificultad y se detuvieron detrás de él. Habían intentado caminar en vez de arrastrarse a lo largo del sendero de animales, y todos sangraban y estaban llenos de arañazos. Jaina se miró las manos. Estaban manchadas de barro, pero eso era todo.

El Jefe de Guardianes vio el camino de hielo que atravesaba el pantano. Frunció el ceño y probó la superficie con un pie, y después avanzó y se quedó inmóvil encima del trozo de hielo sólido. Movi6 una mano indicando a los otros Guardianes que le siguieran. Los Guardianes permanecieron inmóviles hasta que su líder empezó a chillar y les ordenó que le siguieran.

Jaina esperó hasta que el Jefe de Guardianes estuvo en el centro del pantano, con los otros Guardianes avanzando sobre el hielo en fila de a uno detrás de él.

Dejó de frenar el movimiento de las moléculas de agua, y sintió cómo se separaban velozmente unas de otras en la humedad caliente del pantano. El hielo desapareció. Jaina huyó por la raíz hueca, y no miró hacia atrás para ver lo que estaba ocurriendo.

Pero pudo oír los gritos y los chapoteos.

Siguió arrastrándose todavía más deprisa. El interior de la raíz hueca estaba muy liso, como si la superficie hubiera sido pulida poco a poco por un millar de generaciones de insectos de la madera.

Jaina llegó al final de la raíz. Los otros niños estaban trepando a lo largo del tronco del árbol por encima de ella, y los sonidos que producían iban creando ecos. El tronco del árbol giraba y se retorció una y otra vez, y las vueltas formaban una empinada rampa espiral que subía llevando a la oscuridad. Jaina creyó poder ver un puntito casi imperceptible de luz del día. Empezó a trepar, siguiendo a Jacen y a los otros niños.

Capítulo 10.

Lelila había oído algo. Era un grito que llegaba desde muy lejos, una llamada dirigida a otra persona.

—¿Qué has dicho?

Geyyahab emitió un sonido interrogativo. No había dicho nada.

—No he dicho nada —dijo Rillao—. ¿Qué has oído?

Lelila sintió cómo su mente temblaba y se tambaleaba al borde de un abismo de confusión. Dio un manotazo a los controles de emergencia de su nave, y salió del hiperespacio saltándose todas las maniobras preliminares.

Chewbacca dejó escapar un alarido de sorpresa y perplejidad, y Rillao gruñó algo en un lenguaje que Lelila no había oído jamás.

—¿Qué estás haciendo? Debemos llegar a la Estación Asilo lo más pronto posible.

—Mira —dijo Lelila.

Una estrella minúscula y un diminuto planeta azul, marrón y verde flotaban inmóviles en el espacio delante de ellos.

Erredós lanzó un trino electrónico, Geyyahab soltó un áspero ladrido gutural y Rillao se inclinó hacia adelante, visiblemente sorprendida. Todos contemplaron la pantalla. Lelila expandió la imagen y se maravilló.

—¡Es artificial! —exclamó—. Es demasiado pequeño para poder ser natural. La estrella, el planeta...

—Es un mundo artificial —dijo Rillao.

Chewbacca gruñó.

—No, dijo Rillao, no son un mito. Ojalá lo fuesen... Esperaba no llegar a ver nunca ninguno de ellos. El Emperador hizo crear unos cuantos. Los entregaba como recompensas a sus funcionarios más crueles y leales. Muestras, así los llamaba... Sus

«muestras» eran un don más grande ypreciado que un mundo natural. Todo su cuerpo estaba temblando a causa de la tensión—. Parece ser que..., que regaló uno a Hethrir.

Lelila aceleró. Su nave salió disparada hacia el diminuto planeta artificial.

Geyyahab se había encorvado sobre los controles y se estaba preparando para llevar a cabo maniobras evasivas en el caso de que llegaran a ser necesarias. El mundo artificial había sobrevivido durante mucho tiempo gracias a la cautela y a que se había mantenido oculto, limitándose a ser una diminuta chispa de luz en continuo movimiento que siempre rehuía las rutas espaciales. Pero podía tener defensas, y cabía la posibilidad de que atacara.

Pero el mundo artificial no les lanzó ningún desafío. Por lo que podía ver Lelila, estaba desierto. El minúsculo planeta giraba debajo de ella. Lelila encontró una pista de descenso, pero estaba vacía. Su centro relucía en el sensor de infrarrojos con el calor de un despegue reciente.

«¿Habrán huido todos? —se preguntó—. Pero si han huido, ¿qué me ha traído hasta aquí?»

La nave estelar entró en la pequeña banda de aire del planeta artificial, fue reduciendo la velocidad y pasó a la modalidad de vuelo atmosférico. Atravesó un desierto que acabó desapareciendo para dejar paso a una pradera y un arroyo.

El *Alderaan* se detuvo y quedó suspendido a poca altura sobre la corriente plateada que fluía por debajo de ella. Un lagarto enorme surgió de las ondulaciones, resoplando y agitando la cola.

—¡Allí! —exclamó Rillao.

Al otro lado del arroyo había un árbol gigantesco de tronco nudoso y retorcido que se alzaba al borde de un pantano, más allá de un mar de arbustos verdes agitados por el viento.

En el pantano había un grupo de siluetas que se debatían en el barro. Parecía como si hubieran logrado llegar hasta el centro del pantano antes de hundirse, y Lelila no consiguió imaginar cómo se las habían arreglado para meterse en tal apuro. Fue hacia ellas, pues daba la impresión de que necesitaban ayuda. Vio que se estaban agarrando los unos a los otros, y los que se encontraban más cerca de la orilla hacían frenéticos esfuerzos para llegar a tierra firme mientras que los del centro intentaban subirse a los hombros de sus compañeros.

Los fuertes y esbeltos dedos de Rillao se tensaron alrededor de su hombro.

—Olvídate de ellos —dijo—. No son los que buscamos. Si les ayudamos, intentarán detenernos.

—¡Pero se están ahogando!

Puede que acaben ahogándose entre ellos —dijo Rillao, y en su voz no había ni la más leve sombra de simpatía—. Si se ayudaran los unos a los otros y no se dejaran dominar por el pánico, podrían sobrevivir. Si intentamos ayudarles... Bueno, entonces nos matarán.

Geyyahab dejó escapar un grito de deleite y señaló las ramas de aquel árbol descomunal.

Un grupo de niños había trepado hasta una rama tan ancha como un sendero de jardín, y estaba agitando alegremente las manos para atraer la atención del *Alderaan*.

La nave fue descendiendo lentamente hasta quedar inmóvil junto a ellos. Lelila se levantó de un salto y fue corriendo a la escotilla. Rillao la siguió. Abrieron la escotilla, y al hacerlo dejaron entrar una ráfaga de aire fresco, una brisa suave, el aroma de cosas vivas que crecían y los gritos de bienvenida y excitación de los niños.

Lelila no podía ver con claridad. Se apartó el cabello de los ojos, pero eso no la ayudó a ver mejor.

«Estoy llorando —pensó—. ¿Por qué estoy llorando? Tendría que estar contenta. Por fin he encontrado lo que andaba buscando...»

Parpadeó para eliminar las lágrimas.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Lelila la cazadora de recompensas se desvaneció como si no hubiera existido jamás.

Jaina se lanzó a los brazos de Leia, saltando limpiamente el pequeño abismo que se abría sobre el pantano. Chewbacca se apresuró a acercar el *Alderaan* un poco más a la rama del árbol. Jacen aceptó la mano que le alargaba Rillao y entró en la nave con solemne dignidad.

Leia se arrodilló y abrazó a Jaina y Jacen, y después siguió estrechándoles con un brazo para que no se apartaran de ella. Se dijo que no podía soportar la idea de soltarles, pero mientras pensaba eso ya estaba alargando la otra mano hacia los niños que seguían en la rama. Los niños fueron pasando del árbol a la escotilla del *Alderaan* ayudados por Rillao.

—¡Mamá, mamá! Se llevaron a Anakin y al wyrwulf del señor Chambelán y a Lusa. ¡Tenemos que encontrarles antes de que le corten los cuernos a Lusa!

—Sabíamos que no habías muerto, mamá —dijo Jacen—. Papá... ¿Está bien? ¿Y tío Luke...? ¿Es Chewie quien está pilotando el *Alderaan*?

Leia asintió.

—Sí. Sí, todos están bien. Chewie está aquí.

—¡Lo sabía! —exclamó Jaina—. Sabía que Hethrir nos había mentado... Nos dijo montones de mentiras.

—Es un hombre muy malo —dijo Jacen—. ¡No quiero que sea mi padre-custodio!

—No es vuestro padre-custodio, niños —dijo Rillao—. ¿Ya están todos a bordo? ¿No queda nadie en el árbol?

—¡Esperad! —gritó Jacen.

Se inclinó hacia el hueco de la escotilla y lanzó una serie de silbidos y trinos. Leia le rodeó con los brazos, temiendo que pudiera desvanecerse, volver a saltar al árbol y escapar nuevamente de su abrazo para siempre jamás.

Un diminuto murciélago que tenía cuatro alas revoloteó hasta la escotilla del *Alderaan* y se posó sobre la cabellera de Jacen.

—¡Ya estamos todos! —dijo Jacen.

El pasillo y los dos compartimentos estaban atestados de niños embarrados y llenos de arañazos, pero todos se encontraban ilesos y estaban muy nerviosos, y no paraban de gritar, llorar o gemir. —¡Quiero ir a mi casa! —gritó uno de los más pequeños.

Rillao cerró la escotilla.

—Encontraremos tu casa y te llevaremos allí, pequeño —dijo.

Jacen alargó la mano hacia la cabellera de Leia y le dio unas palmaditas.

—¡Qué largo tienes el pelo, mamá!

—Y qué color tan distinto —dijo Jaina—. ¡Me gustaba más antes!

Leia se llevó una mano a la cabeza. Había olvidado que llevaba los cabellos sueltos, y también se había olvidado de las orugas de color que tanto habían cambiado su apariencia. Apartó los mechones de su cara y los recogió en un nudo en la parte de atrás de su cuello. No podía hablar, y enterró el rostro en los hombros de sus niños.

Jacen y Jaina la abrazaron con todas sus fuerzas.

El nudo se deshizo, y la cabellera de Leia volvió a caer delante de su rostro. Leia no intentó volver a recogerla.

—¡He perdido mi diente, mamá! —exclamó Jaina—. ¡Me está saliendo un diente nuevo! ¡Estoy creciendo!

—¡Pues yo tengo los dos dientes de delante muy flojos! —gritó Jacen.

Leia hizo una profunda inspiración y retuvo el aire dentro de sus pulmones para contener el llanto.

—Todo va bien, mamá. Estamos bien. Ahora lo único que tenemos que hacer es rescatar a Anakin...

—... y al wyrwulf del señor Chambelán...

—¡... y a Lusa!

El *Alderaan* seguía suspendido encima del pantano. Chewbacca rugió una pregunta desde la cabina de pilotaje.

—¡Chewie!

Jaina se escurrió de entre los brazos de Leia, la cogió de la mano y tiró de ella. Leia se levantó y permitió que Jacen y Jaina la llevaran de vuelta al compartimento de control del *Alderaan*, retorciéndose y haciendo equilibrios para pasar por entre los niños. Jaina y Jacen se lanzaron sobre el regazo de Chewbacca, y le abrazaron y le besaron. El wookiee rodeó a los gemelos con sus largos brazos y lanzó un rugido de alegría y alivio al ver que estaban sanos y salvos.

—¡Estás llenos de manchitas y franjas! —exclamó Jaina, y se echó a reír mientras hundía los dedos en el nuevo pelaje moteado del wookiee.

—Tened mucho cuidado con la pierna de Chewbacca, niños —dijo Leia, y se asombró al darse cuenta de que su voz sonaba casi normal.

—¡Oh, caray! —exclamó Jacen.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Jaina.

—Ya os lo contará más tarde —dijo Leia—. Ahora deberíamos salvar a esas personas del pantano.

—Creo que deberíamos dejarlas allí —dijo Jaina—. No son muy agradables.

—Pero dejarlas allí... Eso tampoco estaría bien —dijo Jacen.

—Deberíamos obligarles a que nos dijeran dónde está Anakin —dijo Jaina—. Y Lusa, y el wyrwulf del señor Chambelán... ¡Y luego podríamos volver a tirarles de cabeza al pantano! —Se deslizó por entre los brazos de Chewbacca y corrió hacia Leia—. ¡Oh, mamá, qué sucia estoy! ¡Y me muero de hambre! Encontramos unas bayas, pero la comida que nos dio Hethrir... No es nuestro padre-custodio, ¿verdad? ¡Bueno, pues la comida que nos dio era realmente horrible!

Leia no pudo reprimir la risa. Jaina y Jacen llenaban una parte del terrible vacío de su corazón, aunque seguía estando muy preocupada por el más pequeño de sus hijos. Leia, horrorizada y furiosa, vio lo flacos que estaban los otros niños. Hethrir había estado haciéndoles pasar hambre, y hubiese hecho lo mismo con sus hijos.

—Se acabó la comida horrible —dijo—. Voy a preparar algo buenísimo para todos vosotros. No, queridos míos, Hethrir no es vuestro padre-custodio. Nuestra amiga tiene razón...— Movié una mano señalando a Rillao, que permanecía inmóvil en el umbral, y presentó a sus hijos a la firrerreo—. Ésta es Jaina y éste es Jacen.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jaina.

—¡Jaina! —exclamó Jacen, lanzándole una mirada de reproche y perplejidad.

—Puedes llamarme firrerreo, pequeña —dijo Rillao—. Quizá te revele mi nombre cuando te conozca un poco mejor.

—Te pareces muchísimo a Tigris —dijo Jaina.

—¿Dónde has visto a Tigris? —preguntó Rillao, en un tono de voz tan repentinamente grave y apremiante que Jaina retrocedió un paso y la contempló con un poco de aprensión—. ¿Está aquí? ¿Está con Hethrir? ¿Está Hethrir aquí?

—¿Eres su mamá? —preguntó Jaina.

—Sí, pequeña—dijo Rillao—. Y llevo mucho tiempo sin ver a mi hijo. Le echo de menos..., muchísimo.

Leia le cogió la mano.

—Le encontraremos. No te preocupes... Le encontraremos.

Mientras hablaban Chewbacca había estado haciendo descender el *Alderaan* hasta las siluetas que se debatían en el barro, y bajó un cable para que se agarraran a él. Utilizó la nave de Leia como ancla, y la mantuvo inmóvil mientras veía cómo iban saliendo del barro. Chewbacca podría haberles sacado sin ningún problema utilizando los impulsores de la nave, pero no lo hizo.

Rillao fue hasta la pantalla y aumentó la imagen. Examinó el grupo de siluetas y acabó dando la espalda a la pantalla, visiblemente abatida.

—Tigris no es uno de esos Guardianes —dijo, poniendo un énfasis despectivo en la última palabra.

—¿Dónde está? ¿Qué está haciendo?

—Él... No lo sé —dijo Jaina—. Casi siempre seguía a Hethrir de un lado a otro, y se llevó a Anakin.

—Hethrir le dijo que lo hiciera —aclaró Jacen.

Jaina clavó la mirada en Rillao.

—Intentaba ser malo y desagradable.

—Pero en realidad no lo era —dijo Jacen.

El *Alderaan* empezó a subir, y Chewbacca llevó a los Guardianes a través de los arbustos y al otro lado del arroyo.

—¡Vayamos al desierto, Chewie! —gritó Jaina—. ¡Sé de un sitio donde podemos dejar a los Guardianes, y allí no podrán tratar mal a nadie!

El gigantesco lagarto negro, marrón y rosa surgió repentinamente del centro del arroyo y alzó la cabeza para lanzar un rugido desafiante a la nave de Leia mientras se azotaba los flancos con la cola. Una aparatosa cortina de gotitas de agua salió disparada en dirección al cielo, como lluvia

que cayera hacia arriba. La luz del sol se reflejó a través de las gotas, envolviendo al enorme lagarto como un sinfín de arco iris. La criatura atravesó el arroyo siguiendo a la nave de Leia y trepó por la orilla. Sus garras dejaron grandes surcos en el barro.

—Mira, mamá... La Señora Dragón también viene. —Jacen sonrió—. Apuesto a que ya se ha hartado de bañarse, y ahora quiere volver a su nido de arena.

La Señora Dragón siguió a los Guardianes hasta el desierto. Los Guardianes la vieron llegar, y trataron de huir. Todos parecían estar agotados.

—Mi hijo... ¿Os dijo cómo se llamaba, niños? —preguntó Rillao. Jaina hizo un esfuerzo de concentración tan profundo que se le arrugó la nariz.

—No, fue Hethrir quien nos dijo cómo se llamaba.

—Hethrir... —murmuró Rillao, y su voz estaba impregnada de una amenaza letal.

La cubierta de la nave estelar era fría y dura, todavía más dura que la litera de acero del mundo artificial donde dormía Tigris. Al menos en el mundo artificial tenía un delgado colchón y una manta, aunque a veces dormía sin ellos para endurecerse. Tigris estaba deseando tenerlos allí. Un hilillo de aire caliente se escapaba por debajo de la puerta de Hethrir, y llegaba hasta él acompañado por un suave zumbido. Al principio Tigris pensó que podía ser un ronquido, pero enseguida expulsó de su mente aquel pensamiento tan incorrecto y poco respetuoso. Lord Hethrir había dicho que iba a meditar, y naturalmente estaría concentrando su atención mediante un cántico.

Otro ruido llegó hasta él procedente del compartimento de pasaje de la nave estelar. Anakin volvía a llorar. Tigris intentó ignorar sus sollozos lentos y ahogados por el agotamiento, e intentó no pensar en lo hambriento que debía de estar el niño. No podía entender por qué los Guardianes no habían calmado al pequeño y no le habían dado de comer.

El estómago de Tigris dejó escapar un gruñido. Eso resultaba fácil de ignorar. No comería hasta que Lord Hethrir le dijera que podía hacerlo.

Pero el Lord no le había ordenado que se quedara delante de su puerta durante toda la noche. Se había limitado a darle permiso para dormir allí, si Tigris lo deseaba. Tigris pensó que podía ocuparse del niño. Anakin tenía que estar fuerte y lo más despierto posible cuando fuese purificado.

Tigris se levantó sin hacer ningún ruido y fue sigilosamente por el pasillo sumido en la penumbra que llevaba hasta el compartimento de pasajeros.

El compartimento estaba vacío salvo por Anakin. Todos los Guardianes habían ido a sus camarotes para dormir o jugar a las cartas.

La carita de Anakin estaba hinchada y enrojecida por el llanto. Anakin alzó la mirada hacia Tigris y le observó con cauteloso recelo.

—Ven, pequeño —dijo Tigris—. Debes de sentirte muy solo, ¿eh? Y seguro que tienes hambre... Vamos a limpiarte un poco, y a ver si encontramos algo para que cenes. Pero tenemos que estar muy callados para no molestar a Lord Hethrir.

Abrió el arnés de seguridad y le ofreció la mano a Anakin. Anakin la aceptó, bajó obedientemente del sillón y siguió a Tigris en silencio.

Fueron a la cocina de la nave y encontraron fruta, pan y leche. Anakin comió con mucho apetito. Después se volvió hacia Tigris con un bigote de leche y el mentón lleno de migajas, y le ofreció una rebanada de pan a medio comer.

—¡Cena! —dijo.

—No, gracias —dijo Tigris, sintiéndose extrañamente conmovido y riñéndose a sí mismo, no sólo por sentirse conmovido sino por que estaba experimentando la tentación de aceptar el pan, meterlo en el vaso de leche y comérselo—. Es tu cena.

—¡Compartir! —dijo Anakin.

—No, gracias —repitió Tigris.

—Anakin quiere galleta —dijo Anakin.

—¡Lord Tigris no come galletas! —exclamó Tigris, perplejo y un poco escandalizado.

Anakin sacó el labio inferior y se preparó para ponerse tozudo. —¡Nada de galletas! —dijo Tigris.

—Papá... —dijo Anakin—. Papá, mamá...

Estaba a punto de echarse a llorar de nuevo. Tigris le limpió la cara con el borde de la manga, esperando que así conseguiría distraerle lo suficiente para evitar el llanto. Anakin dejó de sorber aire por la nariz.

—Quiero a mi papá —dijo.

Tigris se arrodilló delante del niño y le miró a los ojos.

—Anakin, pequeño... Hay algo que debes saber —dijo—. Tu mamá y tu papá ya no te quieren. Lord Hethrir te salvó y te ha adoptado. Como me adoptó a mí, y a todos nosotros...

Anakin frunció el ceño y después mordisqueó un gajo de fruta en silencio y con expresión pensativa, pero no se echó a llorar de nuevo.

—¿Qué es esto? ¿Una pequeña merienda campestre, quizá?

Tigris se levantó de un salto, asustado y consternado. Lord Hethrir estaba inmóvil en el umbral, tan elegante como siempre con su larga túnica blanca a pesar de que sus cabellos estaban despeinados.

—Os ruego que me perdonéis, señor dijo Tigris—. El niño... Pensé que...

—Silencio. Vuelve a llevar al niño a su sitio. Tu permiso para servirme queda revocado. Permanecerás en el compartimento de pasajeros con el niño hasta que el viaje haya terminado.

Hethrir giró sobre sí mismo y se fue. Ni siquiera había alzado la voz, pero Tigris estaba temblando. Fuera cual fuese la buena impresión que había conseguido provocar en Lord Hethrir, había quedado totalmente destruida. Se volvió hacia Anakin y le lanzó una mirada llena de irritación. Había sido destruida por culpa de aquel niño...

Tigris suspiró. Por mucho que quisiera culpar de su desgracia a otra persona, su conciencia le impedía hacerlo porque sabía que él era el único culpable de lo ocurrido. Se volvió de nuevo hacia Anakin.

El niño le ofreció un gajo de fruta cubierto de zumo pegajoso.

—¿Cena? preguntó Anakin.

Tigris aceptó el gajo de fruta y se lo comió. Tenía un sabor delicioso.

Tigris y Anakin esperaron el uno al lado del otro en el compartimento de pasajeros, privados de la visión del espacio y las estrellas, mientras Lord Hethrir posaba la nave en la Estación Crseih, más conocida en los círculos del tráfico de esclavos como Asilo.

El *Alderaan* estaba inmóvil encima de una enorme estructura achaparrada que carecía de ventanas, un amontonamiento de gigantescas piedras grises erigido en la cima de una colina. Los Guardianes, un grupito de siluetas abatidas y exhaustas, subían lentamente por la pendiente que llevaba hasta él.

Jaina señaló el desfiladero que hendía la ladera más allá del amontonamiento de piedras.

Ahí es donde jugábamos, mamá —dijo.

—Y la Señora Dragón vive en las dunas dijo Jacen.

—Nunca llegamos a entrar en la casa —dijo Jaina, bajando la mirada hacia los bloques grisáceos—. Vivíamos debajo del suelo.

—¡En túneles muy largos y oscuros! exclamó Jacen.

—Y en unas habitaciones muy pequeñas. ¡Sin luz!

—Oh, pobrecitos míos... —murmuró Leia.

El *Alderaan* se posó cerca del patio. Leia desembarcó, seguida por Jaina y Jacen, los otros niños, Rillao y Chewbacca.

—¿Registraréis el complejo? —preguntó Leia, volviéndose hacia Rillao y Chewbacca.

Chewbacca gruñó.

—¿Y dejarte aquí sola con ellos? —protestó Rillao.

Señaló al grupo de Guardianes que estaban entrando lentamente en el patio, moviéndose muy despacio y arrastrando los pies. La Señora Dragón avanzaba detrás de ellos.

Los Guardianes atravesaron la explanada cubierta de adoquines con paso tambaleante y se arrojaron a los pies de Leia.

—¡Os suplicamos compasión, gran señora!

Parecía como si hubieran acabado de terminar una campaña terrible y agotadora. Su piel mostraba las señales enrojecidas de las picaduras de los insectos. Sus ropas habían quedado llenas de barro del pantano, y habían sido desgarradas por los arbustos espinosos. El viaje a

través del desierto les había dejado los pies hinchados y llenos de ampollas.

—Creo que no me ocurrirá nada —dijo secamente Leia. —Muy bien.

Rillao y Chewbacca cruzaron la explanada y descendieron por la escalera que llevaba al interior del complejo.

La Señora Dragón apareció detrás de los Guardianes, haciendo temblar los bloques de piedra con su peso mientras soltaba rugidos y bufidos. Los Guardianes se estremecieron y se apresuraron a tirarse al suelo, donde se quedaron muy quietos a pesar de que sus uniformes azules manchados de barro no les proporcionaban ningún camuflaje que les permitiera confundirse con las piedras.

Por favor, mi señora... —murmuró el Guardián cuyos hombros y mangas estaban adornados con las medallas y galones más complicados y aparatosos—. Salvadnos de estas plagas. ¡No nos entreguéis como alimento al dragón!

La Señora Dragón se dejó caer al suelo cerca de ellos con una ruidosa exhalación y movió su cola de un lado a otro. El Guardián se apresuró a agacharse y volvió a pegarse al suelo.

—Suplica el perdón de mi... —Leia se lo pensó mejor, y decidió callarse lo que había estado a punto de decir—. Suplica el perdón de todos estos niños —siguió diciendo—, y puede que entonces opte por la clemencia.

Un momento después, Leia cayó en la cuenta de que no tenía ningún medio de detener a la bestia en el caso de que la Señora Dragón decidiese engullir a un par de Guardianes como aperitivo.

El Guardián seguía de bruces en el suelo, tembloroso y humillado. Su terror y su incomodidad acabaron imponiéndose a su embarazo, y el Guardián se arrastró lentamente —manteniendo la cabeza muy baja— hacia los niños que permanecían inmóviles detrás de Leia.

—Os ruego que me perdonéis —dijo.

—Promete que nunca volverás a tratar a ninguna criatura como has tratado a estos niños.

—Lo prometo —dijo el Guardián.

—Ahora levántate y quítate todas esas tonterías que llevas en los hombros.

El Guardián pareció disponerse a protestar, pero Leia le miró en silencio hasta que le obligó a bajar la vista. El Guardián se puso en pie, lanzó una rápida mirada por encima del hombro a la Señora Dragón (que había cerrado los ojos y estaba roncando), y se arrancó los trozos de tela cubiertos de pequeñas gemas de su uniforme.

Todos los Guardianes hicieron una promesa similar, y el montón de insignias fue creciendo poco a poco. Leia entregó sus medallas y galones a los niños para que los utilizaran como juguetes y adornos, y los Guardianes contemplaron la entrega sin decir ni una palabra.

—¿Dónde están los otros niños? —preguntó Leia, volviéndose hacia el Jefe de Guardianes—. ¿Adónde se los ha llevado Hethrir?

—No lo sé, mi señora —respondió el Jefe de Guardianes. Leia pudo percibir el fulgor de la chispita de miedo que ardía en

su interior. El Jefe de Guardianes no estaba mintiendo, pero tampoco le estaba diciendo toda la verdad.

—¿Dónde podrían estar? —preguntó, haciendo que su voz sonara lo más seca y cortante posible—. El pequeño Anakin, y el joven Tigris...

—¡Y Lusa! —dijo Jaina.

—¡Y el wyrwulf del señor Chambelán! —dijo Jacen.

El Jefe de Guardianes clavó la mirada en el suelo.

—Será mejor que me lo cuentes —dijo Leia.

—Lord Hethrir... Llevó a cabo la recogida ayer mismo, y... —¿La recogida?

Leia sintió que se le enfriaba la piel, y la ira aceleró el latir de su corazón.

—¡Sólo para venderlos, mi señora! —exclamó el Jefe de Guardianes—. Después se fue...

—¿A la Estación Asilo?

—Sí, mi señora. Se llevó consigo al pequeño Anakin. Y Tigris... —Cuánto desprecio —murmuró Leia, asombrada ante el tono de voz que había empleado el Jefe de Guardianes.

—¡Tigris es débil! ¡Lord Hethrir ni siquiera llegó a nombrarle ayudante! —Los labios del Jefe de Guardianes se curvaron en una sonrisa burlona—. Tenía que servir la mesa, y hacer de niñera a los más pequeños...

—Y tú crees que esas no son tareas adecuadas para un Guardián joven y fuerte, ¿verdad? —

preguntó Leia sin inmutarse.

—¡Los niños carecen de utilidad a menos que sean lo bastante mayores para poder servir a la causa del Imperio Renacido!

—Nadie servirá al Imperio Renacido —dijo Leia—. Nunca más...

El Jefe de Guardianes alzó los brazos al cielo en un gesto desafiante.

--¡El Imperio Renacido! —gritó.

Si no hubiera sido tan joven y tan patético, Leia se habría sentido llena de ira; pero se limitó a contemplar en silencio a los maltrechos Guardianes y al grupo de niños cansados y hambrientos que habían conseguido vencerles.

Se echó a reír, y el Jefe de Guardianes se encogió sobre sí mismo como si Leia acabara de golpearle. Después por fin fue lo suficientemente inteligente como para parecer avergonzado.

—Ahora os encontraremos un sitio en el que no podáis causar más problemas —dijo Leia.

—¡Yo sé adónde podemos llevarles! —exclamó Jaina.

Jaina les guió por unos túneles muy largos y oscuros hasta una gigantesca habitación de techo bajo que resultaba tan opresiva como una caverna. Abrió una puerta de las muchas que se alineaban a lo largo de las paredes, y enseñó a Leia una de las diminutas y tenebrosas celdas.

—¡Aquí es donde teníamos que dormir! ¡Y a oscuras! Así tendrían que dormir ellos...

Leia había quedado terriblemente impresionada por las celdas, pero puso la mano sobre el hombro de Jaina. Su hija se calló y alzó la mirada hacia ella, y Leia vio que sus ojos estaban llenos de ira y confusión.

—Han solicitado mi clemencia —dijo—. Y también os pidieron que les perdonarais...

—Pero no lo decían de veras —murmuró Jaina.

—... y no seremos demasiado duros con ellos. No debemos vengarnos, querida. Eso no es justo. —Volvió la mirada hacia el maltrecho grupo de Guardianes, y se dio cuenta de lo jóvenes que eran todos—. Pero no disponemos de ningún otro sitio en el que podáis estar a salvo —siguió diciendo, dirigiéndose a los Guardianes. «O, mejor dicho, donde no podáis hacer de las vuestras...», pensó mientras hablaba—. Tendréis que quedaron en esta sala, y la puerta estará cerrada. Podéis utilizar las celdas..., si queréis.

La manera en que su hija apretaba las mandíbulas y el brillo de tozudez de sus ojos indicaron a Leia que Jaina no se sentía nada satisfecha con aquella decisión, y no la culpó por no estarlo.

—Si uno de ellos es malo y tienes que encerrarle, no utilices mi celda —dijo Jaina. Señaló una de las puertas, imposible de distinguir del resto—. ¡Escoge otra, porque rompí el pestillo!

Leia se arrodilló frente a ella y la abrazó.

—Fuiste muy lista y muy valiente —dijo.

—¡Y también metí arena dentro de sus pantalones, y Jacen hizo que los myrmins les mordieran!

Jacen bajó la vista.

—Pero los Guardianes mataron a los myrmins —dijo en voz baja. Leia le abrazó con todas sus fuerzas.

—Oh, mi querido, mi queridísimo niño... —Le tomó el rostro entre las manos y le besó en la frente—. Eso los convirtió en unos myrmins heroicos, ¿no te parece?

Jacen asintió, no muy consolado.

Leia estaba sacando a los niños de la sala de reuniones cuando Rillao y Chewbacca aparecieron y fueron hacia ellos.

—He encontrado otro grupo de niños —anunció Rillao.

—¡Son los ayudantes! —exclamó Jaina—. Hacen todo lo que Hethrir les ordena que hagan, y son todavía más malos que los Guardianes.

Leia y Rillao intercambiaron una mirada de preocupación. «Esos jóvenes ayudantes pueden acabar resultando mucho más

difíciles de liberar que mis hijos y los niños que se pusieron a su lado

para resistirse a Hethrir», pensó.

—Y también hemos encontrado a la cocinera y a sus auxiliares. Tenemos que apresurarnos, Lelila. Hethrir se dirige hacia la Estación Asilo...

—Eso me dijo el Jefe de Guardianes. El Indexador estaba en lo cierto. Pero antes tenemos que...

Movió una mano señalando cuanto la rodeaba y lo contempló con expresión preocupada. Lo que más deseaba en aquellos momentos era lanzar el *Alderaan* al hiperespacio y seguir a Hethrir.

Pero no podía dejar a los niños secuestrados en aquel diminuto mundo artificial para que se las arreglaran por su cuenta. Leia titubeó, y se preguntó a quién le resultaría más difícil persuadir de que se quedara allí, si a Rillao o a Chewbacca.

Chewbacca dejó escapar un resoplido ahogado.

—¡Oh! —exclamó Leia—. Por supuesto...

—Los llevaremos con nosotros —dijo Rillao—. Utilizaremos el mundo artificial.

—Sí, sacaremos el mundo artificial de aquí —dijo Leia—. Pero tenemos que llevar a los niños a un lugar seguro.

—Una sugerencia muy práctica, Lelila.

—¿Cuánto tiempo hará falta para ponerlo en movimiento?

Sólo unos minutos —respondió Rillao—. El mundo artificial puede moverse por el hiperespacio tan deprisa como cualquier otra nave. Trazaré nuestro curso.

Leia se obligó a mantener una frágil fachada de calma en beneficio de los niños. «Sólo unos minutos más», pensó.

Jacen alzó la mirada hacia ella. Sus ojos castaños estaban muy abiertos.

—Todo irá bien, mamá —dijo—. Encontraremos a Anakin. Leia se arrodilló delante de Jacen y le abrazó, y después incluyó a Jaina en su abrazo.

—Sé que lo haremos, y muy pronto.

Jaina se apoyó en ella.

Tengo mucha hambre, mamá.

—Vamos a preparar algo de comer para todos —dijo Leia. Los niños prorrumpieron en vítores y aclamaciones.

Jaina les llevó al comedor. Estaban a punto de entrar cuando vieron que una silueta descomunal que tenía seis piernas venía lentamente hacia ellos, sujetando el asa de un enorme caldero humeante con una masa de zarcillos. Leia enseguida se dio cuenta de que se encontraba ante una *veugb*, una criatura procedente de una cultura a la que recordaba con gran afecto.

—Ésa es Grake —susurró Jaina—. Nos tiró comida.

La criatura se quedó inmóvil.

—¿Qué estás haciendo, Grake? —preguntó Leia.

Llevo las gachas de los niños a los Guardianes —respondió Grake—. La cena de los Guardianes está en la mesa para que los niños se la coman.

Los niños lanzaron gritos de alegría y corrieron hacia la mesa. Chewbacca se apresuró a seguirles para asegurarse de que ninguno se quedaba sin cenar.

—Id con Chewbacca y comed algo —dijo Leia, volviéndose hacia Jaina y Jacen.

Los gemelos corrieron detrás de su amigo.

Leia echó un vistazo al caldero que Grake sostenía con sus zarcillos.

—Es repugnante —dijo—. Parece agua sucia en la que hubieran lavado un montón de platos... ¿Qué pensabas hacer con ella?

—Dársela a los Guardianes para ver si les gustaba —dijo Grake.

—Oh, no, ni soñarlo... —empezó a decir Leia, y se calló—. ¿Has dicho que..., que esto era la cena de los niños?

Grake rehuyó la mirada de Leia.

—¿Cómo podías servir esta asquerosidad a unos niños?

—¿Y cómo podía negarme a hacerlo, mi señora?

Leia aguardó en silencio.

—Lord Hethrir lo ordenó —acabó diciendo Grake.

—¡Podías escoger entre obedecer su orden o negarte a obedecerla!

—La obedecí, señora.

—¿Porque necesitabas el trabajo? ¿Porque se enfadaría contigo?

—Porque soy una esclava, mi señora. Porque Hethrir tiene poder de vida y de muerte sobre mí, y porque puede castigarme siempre que lo desee.

Leia quedó tan perpleja que durante unos momentos se sintió incapaz de hablar, y acabó cogiendo el caldero de Grake. Después puso las manos sobre la masa de sus zarcillos y permitió que éstos se enroscaran alrededor de sus dedos.

—Lamento sinceramente la forma en la que te he hablado —dijo—. Ya no eres una esclava. Eres libre. Todavía tardaré algún tiempo en poder llevarte a tu casa, pero lo haré.

Grake estaba temblando.

—Gracias, mi señora —dijo, y su voz sonó suave y áspera al mismo tiempo.

—¿Me enseñarás dónde está la cocina? —preguntó Leia—. Y la lavandería, claro... Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Qué debo hacer yo?

—Lo que quieras, y lo que te guste.

—Me gusta cocinar comida de verdad para los niños, y quiero hacerlo.

—¿Has comprendido que eres libre?

—Lo he entendido, mi señora. Por eso me gustará cocinar comida de verdad para los niños.

—Bien, pues muchas gracias —dijo Leia, y sonrió con melancolía—. Nunca he tenido ocasión de aprender a cocinar.

—Venid conmigo, mi señora —dijo Grake—. Nunca es tarde para empezar a aprender...

—Titubeó, y bajó la mirada hacia el caldero—. ¿Qué hago con esto?

—Lo tiraremos —respondió Leia—. Y en cuanto a los Guardianes, llévalos pan, fruta y sopa..., sopa de verdad.

—Porque queremos hacerlo, ¿eh? —dijo Grake.

Tigris había pasado su infancia en un lejano y aburrido mundo agrícola, donde se le había mantenido alejado de su destino. Desde que Lord Hethrir le rescató, el muchacho había estado viviendo la existencia aburrida y silenciosa del mundo artificial.

Tigris había quedado fascinado por la Estación Crseih nada más verla.

La cúpula de bienvenida de Crseih siempre le abrumaba con su ruido y su continua actividad. La gente le daba codazos o le rozaba. tiraba de su manga, le ofrecía golosinas y joyas y una serie de prendas, entre las que había una túnica blanca que Tigris deseaba más de lo que nunca había deseado ningún objeto en su vida.

Pero Tigris jamás olvidaba cuál era el tipo de comportamiento que más gustaba a Lord Hethrir, y caminaba sin detenerse y sin permitir que se le notara tentado por cuanto tenía alrededor.

Anakin alargó la mano hacia una golosina. El vendedor de dulces se apresuró a apartar la bandeja, haciendo que sus flacos brazos y la bandeja describieran una espiral que los puso fuera del alcance de Anakin.

—Paciencia, pequeña persona —dijo la criatura—. Primero debes pagar.

—¿Pagar? —preguntó Tigris con curiosidad.

Conocía el concepto, pero sólo dentro del contexto de los trato políticos de Lord Hethrir y de su participación en el tráfico. ¿Pagar cambio de comida o de ropas? Intentó acordarse de si había pagado(por alguna cosa cuando era pequeño. Guardaba un vago recorde de haber intercambiado cosas y de que le habían hecho regalos, y d(que su madre había ayudado a otro aldeano y que luego habían encontrado una cesta de fruta, un rollo de tela o unos cuantos animales! recién cazados en el umbral a la mañana siguiente.

—¡Sí, pagar! No eres un mendigo, y yo no soy un filántropo. —La criatura extendió un pedúnculo ocular que subió y bajó para con templar a Tigris—. Aunque quizá sí seas un mendigo...

Lord Hethrir ni siquiera se había detenido, y continuó alejándose seguido por la falange de sus Guardianes. Dentro de un momento desaparecerían entre la multitud. Tigris cogió a Anakin y se alejó a toda prisa del vendedor de golosinas. La criatura les siguió, moviendo su cuerpo rechoncho con una ágil falta de gracia.

—No es una transacción cuya magnitud vaya a hacer temblar los mundos —dijo.

—No tengo cuenta —replicó Tigris—. No tengo nada, así que no puedo hacerte una transferencia.

—¡Nadie hace una transferencia para comprar un dulce! ¿De dónde vienes, del planeta de los tontos? Lo único que se necesita es una moneda de la más ínfima magnitud.

—Discúlpame —dijo Tigris.

Se escurrió entre dos grupos de criaturas, y faltó muy poco para que acabara enredado en sus tentáculos. Antes de interponerse entre ellas no se había dado cuenta de que estaban llevando a cabo alguna clase de interacción totalmente inexplicable para él.

El vendedor de golosinas volvió a aparecer junto a Tigris en cuanto éste hubo dejado atrás al grupo de seres tentaculados. Tigris se limpió los restos de viscosidad que se le habían pegado a la cara y las mangas.

—Ya veo que realmente vienes del planeta de los tontos... —dijo la criatura—. Basta con estar cerca de ti, aunque sólo sea para hacer una pequeña venta, y los problemas empiezan a llegar enseguida. Te pido disculpas, pequeña persona —añadió mirando a Anakin, y desapareció.

Tigris se abrió paso por entre la multitud sin preocuparse de que su apresuramiento pudiera irritar u ofender a alguien, e intentó alcanzar el final de la fila de Guardianes. Su señor caminaba muy deprisa. El gentío parecía apartarse ante Lord Hethrir y abrirle un camino como por arte de magia, pero Tigris tenía que avanzar a base de codazos y empujones. Intentó no tropezar con nadie, y deseó que Lord Hethrir no se hubiera enterado de su momento de distracción y no hubiera percibido su fascinación ante los objetos que le habían ofrecido en la entrada.

Y, sobre todo, deseó que no se hubiera dado cuenta de lo maravillosa que le había parecido la túnica blanca.

«Lord Hethrir sabe lo que está ocurriendo a su espalda —pensó Tigris—. Siempre lo sabe...»

Siguió a Hethrir, intentando no quedar rezagado mientras Anakin se iba haciendo cada vez más pesado en sus brazos. Hethrir no miró hacia atrás ni una sola vez. Los niños comieron con un apetito desesperado, y Leia sintió que se le partía el corazón al verlos comer. Estaba sentada en el comedor con Jaina y Jacen, pero no pudo comer nada. Advirtió a los niños de que no debían comer demasiado o hacerlo demasiado deprisa, pero temió que a pesar de sus advertencias aquella noche habría unos cuantos estómagos alterados a los que atender.

—Quiero ir a casa —dijo uno de los más pequeños—. ¡Quiero ir a casa!

Unos instantes después todos los niños reclamaban a gritos volver a sus hogares y reunirse con sus familias.

Leia sabía muy bien cómo se sentían.

Rillao entró en el comedor mientras Leia estaba intentando calmarles.

—Pronto os llevaremos a casa —dijo Leia—. Os lo prometo, pero de momento vais a disfrutar de un buen baño caliente y de una cama mullida y cómoda. ¿Qué os parece eso?

Vio unos cuantos labios temblorosos y muchos ojos llenos de lágrimas. Los niños querían volver a casa enseguida, y Leia no les culpaba por desearlo.

Esperaba que pudieran encontrar a sus familias, y se preguntó si Hethrir habría asesinado a los padres y las madres de los niños para poder llevárselos. Después se preguntó si todos aquellos niños procedían de los cargueros modificados para pasaje, o si sus familias eran las personas a las que Invierno había ido a ver en el congreso y que creían que sus hijos habían huido de casa.

Rillao se sentó en el banco al lado de Jaina.

—El mundo artificial está a punto de entrar en el hiperespacio —dijo en voz baja volviéndose hacia Leia—. Llegaremos a la Estación Asilo antes de que haya amanecido.

Hethrir entró en un hotel que se alzaba en el centro de un parque muy tranquilo y silencioso. El único sonido era la ondulación y el leve chapoteo de las aguas de los estanques y arroyuelos del vestíbulo. Tigris siguió a su señor, y Anakin empezó a retorcerse indicando que quería ser bajado al suelo. Tigris le soltó, muy aliviado al poder librarse de su peso, y un instante después tuvo que echar a correr detrás del pequeño en cuanto vio que éste iba en línea recta hacia los estanques, respondiendo al instante a su irresistible fascinación.

—Mi señor... —El torbellino iridiscente apareció delante de Hethrir y quedó suspendido encima de un arroyuelo—. Todo está preparado para recibirlos.

—¿Han llegado mis invitados? —preguntó Hethrir.

—Sí, mi señor —replicó el torbellino anfitrión—. Se reunirán para daros la bienvenida cuando...

Un androide humanoide de color púrpura entró en el vestíbulo.

—Sigo sin entender por qué se toma las cosas de esta manera —dijo el androide púrpura—. Está siendo francamente grosero y desagradable, y...

El androide púrpura seguía a un androide de servicio, y movía las manos de un lado a otro mientras hablaba. La plataforma de transporte del androide de servicio contenía un par de maletas no muy grandes, unos cuantos paquetes de raciones de emergencia abiertos y sin abrir y un maltrecho montón de flores feísimas sin jarrón.

El androide de servicio ronroneó una réplica de la que sólo resultó comprensible el tono de indiferencia en que había sido proferida.

—¡Alto! —ordenó el anfitrión, y su iridiscencia se intensificó de forma bastante amenazadora.

El androide de servicio se detuvo. Las flores cayeron de la plataforma y se esparcieron sobre el suelo.

—¿Cómo se te ocurre llevar a cabo una expulsión por la puerta principal?

—¡Esto es totalmente absurdo! —exclamó el androide púrpura—. Sólo llevamos unas cuantas horas de retraso en el pago... Mis compañeros humanos volverán muy pronto y le pagarán! ¡Somos personas muy ocupadas!

El androide de servicio recogió las flores con sus pinzas, rompiendo los tallos y dejando el suelo lleno de pétalos medio aplastados. Los pétalos empezaron a rezumar un fluido pálido y bastante viscoso. Lord Hethrir estaba contemplando la escena con el rostro totalmente inexpresivo. Los Guardianes se habían desplegado en una formación impecable, pero estaba claro que encontraban muy divertido el apuro del androide.

—¡Señor Trespi! —gritó Anakin.

El pequeño corrió hacia el androide púrpura dando saltitos de alegría y excitación. Tigris echó a correr detrás de él, pero no pudo evitar que Anakin rodeara la pierna de aquel androide tan extraño con sus bracitos.

—¿Amo Anakin? —preguntó el androide—. ¡Amo Anakin! ¿Qué está haciendo aquí? ¿Dónde están su hermano y su hermana? ¿Dónde está la prin...? Eh... Quiero decir... Bueno, ¿dónde está su madre?

—Trae al niño —ordenó Hethrir.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó el androide volviéndose hacia Hethrir—. ¡No he recibido instrucciones que me obliguen a permitirle cuidar del amo Anakin!

—Has confundido a este niño con algún otro. Estás equivocado.

Es muy posible que tus circuitos cerebrales necesiten urgentemente una buena limpieza.

Tigris fue corriendo hasta Anakin y logró apartar sus dedos de la rodilla del androide. El androide intentó interferir, pero Tigris esquivó sus torpes manoteos sin demasiada dificultad. Anakin empezó a chillar empleando toda la potencia de sus pulmones, y lanzó feroces patadas contra las espinillas de Tigris.

—¡Ay! —exclamó Tigris—. No hagas eso, Anakin... Anda, ven conmigo y deja en paz al señor Androide. Le pido disculpas, señor. —¿Quién es usted, joven señor? ¿Qué está haciendo con el amo Anakin?

Lord Hethrir avanzó hacia Tigris en cuanto éste hubo conseguido separar a Anakin de la pierna del androide y empuñó su espada de luz.

La espada de luz cobró vida con un estallido de llamas. La hoja de energía trazó un arco a través de la cabeza y el cuerpo del androide..., y la empuñadura crujió y emitió un destello cegador. Las chispas atravesaron el aire y lo recalentaron convirtiéndolo en ozono. Lord Hethrir aulló una maldición —su grito estridente sobresaltó a Tigris todavía más que el fallo de la espada de luz—, y dejó caer la empuñadura. La hoja abrió una grieta en la losa de piedra pulimentada, ardió todavía más intensamente que antes con un último estallido de brillantez y desapareció.

Tigris nunca había visto nada parecido.

El androide, que había quedado paralizado, se derrumbó sobre el suelo de piedra con un ensordecedor estruendo metálico. Se estremeció convulsivamente, y después volvió a quedar inmóvil. Unas cuantas escamas de pintura púrpura se desprendieron de su caparazón y revelaron el color dorado que había debajo.

Anakin gritó y empezó a debatirse.

—¡Señor Trespi! ¡Señor Trespi!

Tigris se apresuró a levantarlo, y rodeó al pequeño con los brazos a pesar de sus patadas y forcejeos.

—No pasa nada, pequeño. Todo irá bien —susurró—. Shhh, shhh...

Anakin --que estaba confuso, irritado y exhausto después del largo viaje y el prolongado confinamiento— se echó a llorar de pura frustración.

—Ve a buscar mi espada de luz, Tigris —dijo Hethrir.

Tigris, asustado pero decidido a obedecer, se inclinó torpemente sosteniendo a Anakin con un brazo y cogió la espada de luz por un extremo de la empuñadura. Estaba seguro de que el arma estallaría, pero al tocarla sólo sintió como si fuese un peso muerto en su mano. Se la ofreció a Lord Hethrir, pero el Lord no le prestó ninguna atención.

--Os ruego que perdonéis este inexcusable altercado —dijo el torbellino anfitrión flotando delante de Lord Hethrir—. Está claro que ese androide tenía unos cuantos circuitos defectuosos. ¡Ya había intentado estafarme!

—Lleva al androide a un lugar del que no pueda escapar —dijo Hethrir—. Es peligroso. Después tal vez lo sometamos a un borrado cerebral y lo reciclemos.

—Muy bien, mi señor —dijo el torbellino.

El androide de servicio colocó al androide caído encima de su plataforma de transporte y se alejó rodando hacia las sombras.

Anakin había estado contemplando al androide de servicio y al androide comatoso púrpura y oro con los ojos muy abiertos y desorbitados por el miedo.

—Señor Trespi... —murmuró.

Lord Hethrir le puso una mano sobre la frente y bajó la mirada hacia él.

—No puede serte de ninguna utilidad, pequeño —dijo—. Nosotros cuidaremos de ti.

Leia y sus camaradas movieron de un lado a otro las camas del espacioso y bien aireado dormitorio de los Guardianes hasta que las hubieron unido, con lo que formaron una plataforma lo bastante grande para que todos los niños pudieran dormir sobre ella. Los armarios contenían sábanas, mantas y colchas extra, y había las suficientes para que todos los niños estuvieran cómodos y calientes incluso con las ventanas abiertas.

Rillao y Erredós fueron a ocuparse de los controles del mundo artificial durante su entrada en el hiperespacio mientras Chewbacca y Leia arropaban a los niños. Jacen y Jaina se sentaron en la plataforma donde dormirían, pero no se metieron debajo de las sábanas.

—Quiero quedarme contigo, mamá —murmuró Jaina.

—Yo también —dijo Jacen.

—¿No tenéis demasiado sueño para quedaros conmigo? Jacen meneó la cabeza, y Jaina bostezó.

—He de ir a nuestra nave —dijo Leia—. ¿Queréis venir conmigo y dormir en mi camarote?

Los dos gemelos asintieron enérgicamente.

—El suelo va a temblar un poco durante un ratito —explicó Leia, volviéndose hacia los niños—. Eso quiere decir que el mundo artificial se está moviendo. No hay nada que temer, ¿de acuerdo? Chewbacca se quedará con vosotros.

Los niños se acurrucaron debajo de sus mantas con un suspiro colectivo de satisfacción.

Chewbacca empezó a cantarles una nana de su mundo natal. Leia ya estaba saliendo del dormitorio con Jacen y Jaina cuando algunos de los niños más pequeños bajaron de la plataforma y corrieron hacia el wookiee para dormir pegados a su pelaje moteado. Chewbacca rodeó a todos los niños con sus enormes brazos y siguió entonando su canción sin palabras.

Leia sonrió. Los niños siempre se encariñaban con Chewbacca nada más conocerle.

Leia llevó a Jacen y Jaina a su camarote. Después acostó a los gemelos en su litera y se sentó a su lado. El murciélago de Jacen revoloteó hasta el techo, se posó en una pared y se quedó agarrado a ella.

El *Alderaan* se estremeció debajo de ellos. El mundo artificial y su diminuto sol tiraron el uno del otro iniciando su aceleración, y el suelo tembló y gruñó.

Jaina se irguió, muy excitada, y Jacen puso la mano en el mamparo que tenía detrás.

—¡Es como despegar! —exclamó Jaina.

—Exactamente igual —dijo Leia.

El mundo artificial entró en el hiperespacio. Las vibraciones cesaron de repente, y Jaina

volvió a meterse debajo de las sábanas. —Vamos a rescatar a Anakin, ¿verdad? —preguntó Jaina—. Y a Lusa... ¡Antes de que le corten los cuernos!

—Sí —dijo Leia, esperando estar diciendo la verdad.

Aprovechó que habían entrado en el hiperespacio para desplegar su vista y su oído mentales en busca de Anakin, pero no consiguió encontrar ni rastro de él.

—¡Te he echado tanto de menos, mamá! —dijo Jaina, y le apretó la mano.

—Yo también te he echado de menos, querida. ¿Sabes que os seguí a través del hiperespacio? Pude sentir cómo me llamabais. Estuve a punto de perderos, pero después volví a otros.

Jaina se lanzó a los brazos de Leia.

—¡Cada vez que intentábamos usar la Fuerza, Hethrir nos lo impedía! ¡Intentamos usar la barrera para proteger a Anakin, pero él la echó abajo! Ya sé que se supone que no debemos tratar de hacer nada más sin el tío Luke, pero pensé... Intentamos... Seguía impidiéndonos usar la Fuerza, pero podíamos hacer algunas cositas y...

—Está bien, Jaina. Eso ya ha pasado, y estoy muy orgullosa de vosotros.

Volvió a arroparles y les puso una manta encima.

—¿Mamá? —preguntó Jaina.

—¿Sí, cariño?

—¿Puedes hacer que pare?

—¿A qué te refieres, Jaina? ¿De quién estás hablando?

—Jaina y yo no podemos oírnos el uno al otro —dijo Jacen—. El tío Luke nos había enseñado a hacerlo, pero ahora ya no podemos.

Leia frunció el ceño y contempló a los gemelos con cara de preocupación.

—¿Y por qué no podéis hacerlo, cariño?

--¡Porque Hethrir no nos deja!

—Pero si no está aquí, queridos. Está muy lejos de aquí, y no puede tocaras.

Los dos niños la miraron fijamente, deseando creerla pero sin atreverse a hacerlo.

—Todavía puede —murmuró Jaina.

Leia cerró los ojos y abrió su mente, desplegando sus percepciones hasta el límite máximo de su capacidad.

No encontró nada. Extendió sus percepciones enviándolas todo lo lejos que podían llegar, y pudo captar el miedo de sus hijos y lo que habían experimentado mientras eran controlados por Hethrir. Leia sintió un dolor terrible, y pensó que se le iba a romper el corazón de pura pena y compasión.

—No está aquí —repitió—. Ya no corréis ningún peligro.

Jaina y Jacen se abrazaron. El destello de su barrera apareció a su alrededor y se desvaneció un instante después, una pequeña chispa sumergida por la cascada de su miedo. Hethrir se había ido, pero había dejado detrás de él un temor tan grande que Leia era incapaz de disiparlo.

Leia se inclinó sobre la litera y abrazó a sus niños. Jaina y Jacen respondieron estrechándola entre sus brazos con la fuerza de la desesperación y el pánico.

Rillao entró corriendo en el camarote con la cabellera en desorden y los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Quién eres? ¿Quién...? —Clavó la mirada en los niños, y después se volvió lentamente hacia Leia—. Eres una Jedi --dijo.

Leia meneó la cabeza.

—No —dijo—. No he sido adiestrada, y los niños apenas han iniciado su adiestramiento... ¿Cómo lo has sabido?

—Acabas de provocarme el peor dolor de cabeza que he sufrido en toda mi vida.

—Haz que Hethrir se vaya, mamá —dijo Jacen.

—Se ha ido, querido. Ya no puede hacerte ningún daño, y no puede llegar hasta ti.

Pero Jacen y Jaina siguieron mirándola fijamente, incapaces de creer que Hethrir no pudiera controlarles desde lejos.

Rillao se sentó en la litera al lado de Leia y sus hijos. Extendió la mano y acarició delicadamente la cabellera de Jaina primero y la de Jacen después, rozándolas con la punta de un dedo. Los gemelos alzaron la mirada hacia ella y la contemplaron con los ojos muy

abiertos, entre asustados y fascinados.

—Vuestra mamá tiene razón —dijo Rillao—. Hethrir ya no tiene ningún poder sobre vosotros.

Rillao había hablado en voz baja y suave, y mientras lo hacía siguió acariciando los cabellos de los niños. Las hebras de terror que se agitaban dentro de Jaina y Jacen desaparecieron bajo su roce.

Leia la estaba observando con expresión asombrada.

—¿Os sentís mejor ahora? —preguntó Rillao.

Jaina y Jacen titubearon durante un momento, como si llevaran tanto tiempo encerrados lejos de la luz del sol que fueran incapaces de creer en su regreso. Después Jaina se rió y Jacen sonrió. Los gemelos se levantaron de un salto. Se cogieron de las manos y empezaron a dar vueltas y más vueltas. Se volvieron hacia Leia y Rillao, las cogieron de la mano y las atrajeron a su círculo. La barrera de los niños surgió de la nada y se alzó en una veloz espiral a su alrededor, envolviendo sus siluetas como un torbellino resplandeciente. Las risas de los gemelos llenaron el camarote.

Jaina y Jacen se dejaron caer al suelo entre carcajadas y risitas. Leia se dejó caer junto a ellos y los abrazó.

Rillao se había sentado sobre los talones, y estaba contemplándoles con una sonrisa en los labios y sin decir nada.

—¡Gracias, gracias! —exclamó Jaina.

Jacen la estaba observando con el rostro muy serio y lleno de solemnidad.

—Sí, gracias —dijo.

—De nada. —Rillao se volvió hacia Leia—. Debemos hablar. —Sí, debemos hablar. — Leia cogió a los gemelos en brazos—. ¡Qué grandes os estáis haciendo! —exclamó.

Dejó a Jacen y Jaina sobre la litera y volvió a arroparles. Los gemelos estaban agotados, pero por fin habían recobrado la tranquilidad. Leia les dio un beso y se sentó a su lado. Jacen y Jaina se durmieron en cuestión de segundos.

Rillao había salido del camarote. Leia la encontró sentada en el puesto del copiloto con la mirada clavada en el visor y el cielo del mundo artificial. Su rostro quedaba iluminado por las luces del hiperespacio.

—¿Quién eres? —preguntó Leia—. Eres una Jedi, ¿verdad? Una auténtica Jedi de la orden de los Caballeros Jedi...

—Lo fui —murmuró Rillao.

Leia se sentó en el sillón de pilotaje y se volvió hacia la firrerreo. Cuéntamelo.

—Fui discípula de..., de Lord Vader.

—Pero... —empezó a protestar Leia.

Rillao la detuvo con un gesto.

—Nos enseñaba en secreto —siguió diciendo—. El Imperio consideró que nuestro pueblo debía desaparecer porque nos consideraba subhumanos y lo destruyó, pero Lord Vader siguió adiestrándome..., y también siguió adiestrando a otro estudiante de mi raza.

—Y cuando el Imperio cayó, los dos huisteis.

Leia habló con voz firme y gélida, manteniendo un férreo control de sí misma para no revelar el horror que sentía. ¿Rillao, un peón del Imperio?

No es tan sencillo —dijo Rillao—. Cuando éramos jóvenes y estábamos iniciando nuestros estudios, los dos... Bien, nos enamoramos.

»Lord Vader creía que produciríamos un niño con un talento extraordinario, un niño que él podría moldear para que fuese utilizado por el Imperio...

—¿Y...? ¿Y lo hicisteis? —preguntó Leia.

«Esto podría ser la causa de los rumores que Luke está investigando —pensó—. ¿A qué se enfrenta mi hermano? Un joven con tanto talento como Anakin que fue adiestrado por mi padre, Darth Vader, el Señor Oscuro del Sith...»

Se estremeció.

Rillao le sonrió con dulzura.

—Sí, tuvimos un niño. Un niño normal y corriente, un niño encantador y maravilloso... Tigris, mi hijo. ¡Qué feliz me sentí cuando comprendí que no tenía ningún talento para usar la Fuerza!

—¡Feliz! --exclamó Leia, sintiéndose perpleja e inmensamente aliviada al mismo tiempo.

—Lord Vader ya había dejado de considerarme una buena estudiante incluso antes de que mi hijo naciera. Le había decepcionado, ¿comprendes?

—Pero tú posees un talento extraordinario —dijo Leia—. ¿Cómo pudiste decepcionarle?

—¿Es que no puedes adivinarlo, amiga mía?

Rillao sonrió, y esta vez su sonrisa se pareció mucho más a una mueca salvaje y mostró las afiladas puntas de sus caninos, que eran bastante más prominentes que los de un ser humano.

Leia aguardó en silencio.

—No me sentía tentada por el lado oscuro —siguió diciendo Rillao—. Me repelía... No deseaba acumular poder sobre los demás. No podía entender esa compulsión de adquirirlo que impulsaba a Lord Vader, de la misma manera que él era incapaz de entender mi deseo de escapar a todo aquello.

—Al final de su vida habría podido comprenderlo —dijo Leia.

—Entonces tal vez acabó hallando la paz. Me alegro... Pero cuando yo le conocí, era un hombre dominado por su obsesión. No podía soportar mis debilidades, y no las toleraba. Poseo un don, Lelila... Puedo curar, dar fuerzas y tranquilizar.

—Como acabas de hacer con mis hijos —dijo Leia.

Rillao asintió.

—Lord Vader me prohibió utilizar mis talentos para la curación, y a mi vez yo empecé a resistirme a sus enseñanzas. Tanto Lord Vader como mi amante me consideraron una rebelde en la que no se podía confiar y que no era digna de su confianza.

La respiración de Rillao se fue haciendo más profunda, y cerró los ojos.

—No pude soportarlo —siguió diciendo—. Lord Vader me trataba con desprecio. Mi amante... Bien, dejó de amarme. Los sentimientos que había experimentado hacia mí no se desvanecieron. Yo hubiese podido soportarlo, ¿sabes? Sí, habría podido soportar que el amor fuese sustituido por el odio. Pero el desprecio...

Rillao se calló, y permaneció en silencio durante tanto tiempo que Leia temió que no quisiera —o pudiera— terminar de contar su historia. Leia puso su mano sobre la de Rillao y le acarició los dedos con una inmensa dulzura.

—¿Qué ocurrió? —preguntó por fin.

—Lord Vader nombró Procurador de Justicia al hombre que había sido mi amante... Supongo que ya has comprendido que te estoy hablando de aquel cuyo nombre te revelé, y que has comprendido que te estoy hablando de Hethrir, ¿verdad? Le encomendó la misión Dejó a Jacen y Jaina sobre la litera y volvió a arroparles. Los gemelos estaban agotados, pero por fin habían recobrado la tranquilidad. Leia les dio un beso y se sentó a su lado. Jacen y Jaina se durmieron en cuestión de segundos.

Rillao había salido del camarote. Leia la encontró sentada en el puesto del copiloto con la mirada clavada en el visor y el cielo del mundo artificial. Su rostro quedaba iluminado por las luces del hiperespacio.

—¿Quién eres? —preguntó Leia—. Eres una Jedi, ¿verdad? Una auténtica Jedi de la orden de los Caballeros Jedi...

—Lo fui —murmuró Rillao.

Leia se sentó en el sillón de pilotaje y se volvió hacia la firrerreo. —Cuéntamelo.

—Fui discípula de..., de Lord Vader.

—Pero... —empezó a protestar Leia.

Rillao la detuvo con un gesto.

—Nos enseñaba en secreto —siguió diciendo—. El Imperio consideró que nuestro pueblo debía desaparecer porque nos consideraba subhumanos y lo destruyó, pero Lord Vader siguió adiestrándome..., y también siguió adiestrando a otro estudiante de mi raza.

—Y cuando el Imperio cayó, los dos huisteis.

Leia habló con voz firme y gélida, manteniendo un férreo control de sí misma para no revelar el horror que sentía. ¿Rillao, un peón del Imperio?

—No es tan sencillo —dijo Rillao—. Cuando éramos jóvenes y estábamos iniciando nuestros estudios, los dos... Bien, nos enamoramos.

»Lord Vader creía que produciríamos un niño con un talento extraordinario, un niño que él podría moldear para que fuese utilizado por el Imperio...

—¿Y...? ¿Y lo hicisteis? —preguntó Leia.

«Esto podría ser la causa de los rumores que Luke está investigando —pensó—. ¿A qué se enfrenta mi hermano? Un joven con tanto talento como Anakin que fue adiestrado por mi padre, Darth Vader, el Señor Oscuro del Sith...»

Se estremeció.

Rillao le sonrió con dulzura.

—Sí, tuvimos un niño. Un niño normal y corriente, un niño encantador y maravilloso... Tigris, mi hijo. ¡Qué feliz me sentí cuando comprendí que no tenía ningún talento para usar la Fuerza!

—¡Feliz! —exclamó Leia, sintiéndose perpleja e inmensamente aliviada al mismo tiempo.

—Lord Vader ya había dejado de considerarme una buena estudiante incluso antes de que mi hijo naciera. Le había decepcionado, ¿comprendes?

—Pero tú posees un talento extraordinario —dijo Leia—. ¿Cómo pudiste decepcionarle?

—¿Es que no puedes adivinarlo, amiga mía?

Rillao sonrió, y esta vez su sonrisa se pareció mucho más a una mueca salvaje y mostró las afiladas puntas de sus caninos, que eran bastante más prominentes que los de un ser humano.

Leia aguardó en silencio.

—No me sentía tentada por el lado oscuro —siguió diciendo Rillao—. Me repelía... No deseaba acumular poder sobre los demás. No podía entender esa compulsión de adquirirlo que impulsaba a Lord Vader, de la misma manera que él era incapaz de entender mi deseo de escapar a todo aquello.

—Al final de su vida habría podido comprenderlo —dijo Leia.

—Entonces tal vez acabó hallando la paz. Me alegro... Pero cuando yo le conocí, era un hombre dominado por su obsesión. No podía soportar mis debilidades, y no las toleraba. Poseo un don, Lelila... Puedo curar, dar fuerzas y tranquilizar.

—Como acabas de hacer con mis hijos —dijo Leia.

Rillao asintió.

—Lord Vader me prohibió utilizar mis talentos para la curación, y a mi vez yo empecé a resistirme a sus enseñanzas. Tanto Lord Vader como mi amante me consideraron una rebelde en la que no se podía confiar y que no era digna de su confianza.

La respiración de Rillao se fue haciendo más profunda, y cerró los ojos.

—No pude soportarlo —siguió diciendo—. Lord Vader me trataba con desprecio. Mi amante... Bien, dejó de amarme. Los sentimientos que había experimentado hacia mí no se desvanecieron. Yo hubiese podido soportarlo, ¿sabes? Sí, habría podido soportar que el amor fuese sustituido por el odio. Pero el desprecio...

Rillao se calló, y permaneció en silencio durante tanto tiempo que Leia temió que no quisiera —o pudiera— terminar de contar su historia. Leia puso su mano sobre la de Rillao y le acarició los dedos con una inmensa dulzura.

¿Qué ocurrió? —preguntó por fin.

—Lord Vader nombró Procurador de Justicia al hombre que había sido mi amante... Supongo que ya has comprendido que te estoy hablando de aquel cuyo nombre te revelé, y que has comprendido que te estoy hablando de Hethrir, ¿verdad? Le encomendó la misión de destruir nuestro mundo, y el secuestro de un carguero lleno de nuestra gente.

—¡Vuestro propio mundo! ¡Su propia gente! ¿Cómo pudo...?

Pero Leia ya sabía cómo había podido hacerlo, y también sabía que en realidad era algo tan frecuente que ni siquiera podía considerarse raro.

—Lo hizo para demostrar su lealtad, y para demostrar que su lealtad al Imperio estaba por encima de todo... Pensó que si demostraba ser leal al Imperio, entonces el Imperio acabaría declarándole humano a pesar de todo. —Rillao dejó escapar una carcajada llena de amargura—. Después de que nuestro mundo muriera, yo me pregunté qué razón podía tener nadie para querer ser considerado humano.

Leia asintió. Ella se había hecho la misma pregunta después de la destrucción de Alderaan.

—Huí antes de que nuestro hijo naciera —prosiguió Rillao—. Después de dar a luz, busqué

los mundos más pequeños, remotos y atrasados para que nos sirvieran como escondite. Lord Vader había concebido grandes esperanzas para mi hijo, y yo temía lo que pudiese llegar a hacer cuando descubriera que mi hijo era incapaz de satisfacer sus ambiciones.

—El suyo también fue incapaz de satisfacerlas —murmuró Leia—. No, olvídale... Es muy complicado y resultaría muy largo de explicar. No quería interrumpirte.

—Cuando el Imperio cayó, pensé que quizá estábamos a salvo —dijo Rillao—. No sabía qué había sido de mi amante, y lloré pensando que estaba muerto. Lloré a mi mundo, que había sido destruido por culpa de la arrogancia del Imperio. Lloré a mi gente, que había sido enviada no sabía dónde, arrojada a un destino lejano en un largo viaje a través del espacio. Mi hijo y yo fuimos felices, o por lo menos fuimos todo lo felices que podíamos ser viviendo en soledad... Ni siquiera podía responder a sus preguntas acerca de su padre. Continué desarrollando y refinando mis poderes, pero siempre en secreto.

»Y llegó un momento en el que descubrí que no hubiese tenido que llorar la muerte de mi amante —siguió diciendo Rillao en voz baja—. El hombre al que había amado nos encontró. Nunca había dejado de buscarnos. Dispone de recursos inmensos. Preveyó la caída del Imperio y se preparó para ella. Luchamos... —Rillao desvió la mirada, avergonzada ante el recuerdo—. Me venció.

—Tú te habías adiestrado para curar, y él se había adiestrado para la guerra.

—Me venció —repitió Rillao, desdeñando las excusas con que Leia intentaba consolarla—. Me convertí en su prisionera, y él se fue con nuestro hijo. Mi hijo ya lleva cinco años a su lado.

Y Leia comprendió que Hethrir había aprisionado a Rillao en el carguero, y que la había sometido a aquella horrible tortura durante cinco años.

—¿Qué quería de ti? —preguntó.

«Podría haberte matado sin hacerte sufrir —pensó—, pero prefirió torturarte durante todo ese tiempo.»

—Quería que volviera a ser suya, naturalmente —dijo Rillao—. O someterme a su voluntad... Creo que en el fondo le daba igual una cosa u otra, siempre que yo hiciese lo que él quería. Quería una compañera, o un peón, para reforzar su control del Imperio Renacido. —Rillao extendió las manos ante ella y estiró sus largos y esbeltos dedos. Después las volvió para revelar las cicatrices de sus palmas y apretó los puños—. Y quería que nuestro hijo fuese su heredero. Quería que heredase el Imperio Renacido y el oscuro poder de su padre...

Rillao volvió a sonreír, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Mi querido hijo... Ah, temo lo que Hethrir haya podido hacerle durante estos cinco años. Mi hijo no puede convertir en realidad las ambiciones que su padre ha concebido para él. No puede obtener pleno acceso al lado oscuro para ponerlo a disposición de Hethrir. Podría ser un gran científico, o un artista, o un explorador y diplomático; pero no puede ser un Jedi.

—¡Y llevas cinco años sin ver a tu hijo! —exclamó Leia, sintiéndose llena de pena y compasión por Rillao.

Intentó imaginarse lo que sería no ver a Jacen y Jaina durante cinco años, y pensó que seguramente no podría sobrevivir a ello.

—Le he visto —dijo Rillao—. Vino a la cámara de torturas con su señor y me llamó traidora, y me dijo que era estúpida y débil...

Rillao se pasó el dorso de la mano por los ojos y se los frotó furiosamente para secarse las lágrimas.

—He de encontrar a mi hijo, Lelila —dijo—. Quizá ya le he perdido para siempre, y quizá esté perdido incluso para sí mismo; pero también cabe la posibilidad de que Hethrir todavía no haya conseguido extinguir del todo la llama de su bondad. Lo que tus niños dijeron de él me ha dado nuevas esperanzas.

—No me llamo Lelila —dijo Leia.

—No es necesario que me...

—Me llamo Leia. Y cuando rescatemos a Ti... Cuando rescatemos a tu hijo y al mío, volveremos a Coruscant. Tendrás un sitio donde vivir y donde por fin estarás a salvo. Tendrás colegas. Luke... Bueno, me refiero a mi hermano, Luke Skywalker... ¡Oh, estoy segura de que le encantará conocerte!

Y Leia, asombrada, vio cómo Rillao se inclinaba e hincaba una rodilla ante ella, moviéndose con dificultad en el reducido espacio del camarote.

—Princesa Leia de Alderaan —dijo Rillao—. Luchadora por la libertad, destructora del Imperio y fundadora de la Nueva República. Tendría que haberte reconocido...

Leia, sintiéndose repentinamente incómoda y un poco avergonzada, empezó a retorcer y anudar su cabellera e intentó colocarla sobre su cabeza en una torpe masa de trenzas y mechones.

—Estaba viajando de incógnito —dijo.

Capítulo 11.

Chewbacca entró en la nave y fue al camarote de Leia para cerciorarse de que Jaina y Jacen estaban a salvo, y Leia le abrazó.

Los otros niños robados dormían bajo la atenta vigilancia de Grake en el mundo artificial, que había sido programado para viajar hasta Munto Codru. Allí los niños estarían a salvo, y se podría dar comienzo a la considerable labor de encontrar a sus hogares y sus familias.

—¿Te quedarás en mi camarote con Jaina y Jacen? —preguntó Leia—. No quiero que estén solos.

Chewbacca lanzó un resoplido de interrogación.

—Sí —dijo Leia—, eres un navegante magnífico. Pero Rillao conoce la ruta a la Estación Asilo.

Chewbacca expresó la opinión que le merecía una navegante que llevaba cinco años sin viajar por el espacio con un gruñido levemente despectivo, pero en realidad ya se había resignado a quedarse con los gemelos. El wookiee puso una mano enorme sobre la cabeza de Leia en un gesto lleno de cariñosa delicadeza, y se sentó a los pies de la litera en la que dormían los gemelos.

Leia fue a la cabina de pilotaje y se sentó en el asiento del piloto. Hizo despegar el *Alderaan*. El mundo artificial se desvaneció en el resplandor del hiperespacio, prosiguiendo su trayectoria hacia la seguridad y la paz de Munto Codru. Leia pasó los controles a Rillao.

Habían iniciado su viaje a la Estación Asilo y Anakin.

Han caminaba por el sendero silencioso y tranquilo. ¡Qué noche tan maravillosa! Podía disfrutar de la soledad, la excelente cerveza local no sólo no había embotado el filo cortante y acerado de su concentración sino que lo había vuelto todavía más aguzado, no tenía nada de qué preocuparse y nada en qué pensar, y había jugado a las cartas dejándose guiar por el instinto y los nervios..., y había ganado.

Se sentía estupendamente.

Y ya sabía qué debían hacer con Waru.

El vestíbulo del hotel estaba desierto, y Han se sintió bastante desilusionado. Si el propietario hubiera aparecido y le hubiese empezado a exigir que pagaran la cuenta, Han habría tenido la inmensa satisfacción de poder arrojar un montón de billetes a los pies del torbellino o, mejor dicho, los habría arrojado delante de lo que el torbellino utilizara en vez de pies. Han pensó que quizá habría sido mejor arrojarlos en el centro del remolino de luces y sombras que creaba.

Su pie resbaló sobre una losa, y estuvo a punto de caer.

«¿Qué infiernos...? —pensó—. No estoy tan borracho.»

Bajó la mirada hacia el punto del suelo en el que había resbalado, y vio una loseta agrietada cubierta de unos pétalos de flor gruesos y bastante horribles. Había pisado un pétalo y lo había aplastado con el tacón. Los pétalos parecían proceder de las flores que Cetrespeó había recogido para adornar la mesa del desayuno.

«El androide de limpieza habrá pensado que eran basura y se las ha llevado —se dijo Han--, y después se le han caído unos cuantos pétalos al suelo.»

Subió los peldaños de dos en dos. Daría el dinero para la cuenta a Cetrespeó. Han pensó que lo justo era permitir que el androide se encargara de pagar, ya que había sido Cetrespeó quien había tenido que dar explicaciones y excusas cuando se retrasaron en el pago.

Se sentía totalmente agotado, y muy satisfecho de estarlo. Dormiría hasta bien entrada la mañana, y pensó que por la tarde a Luke ya se le habría pasado el enfado. Incluso suponiendo que le durase un poco más, estaba seguro de que por la noche ya sería el Luke de siempre.

«Y yo también estoy mucho más tranquilo que cuando me fui por la mañana —pensó—. Si el chico no se vuelve a lanzar sobre mi garganta, todo irá estupendamente.»

Su código no abrió la puerta de su habitación.

—¡Eh! —Han golpeó la puerta con los nudillos—. ¡Déjame entrar!

Pasados unos momentos la pantalla de la puerta se iluminó y le mostró a una mujer muy hermosa envuelta en un albornoz y con la cabellera en desorden.

—Éstas no son horas para hacer negocios —dijo la mujer—. Vuelva a una hora civilizada, ¿de acuerdo? Iremos a mi nave y le enseñaré la nueva mercancía.

—¿Hacer negocios? ¿Mercancía? Eh... Oiga, ¿quién es usted? ¿Qué está haciendo en mi habitación?

«Si Luke la ve, nunca conseguiré hacerle entender lo que ocurrió con Xaverri —pensó—. Nunca lograré hacerle creer que todo ha sido un simple malentendido.»

—Ésta es mi habitación, señor, y estoy durmiendo en ella.

Han se inclinó sobre la puerta y volvió a comprobar el número de la habitación. No, no se había equivocado.

—¡Llevo días alojándome en ella! —exclamó—. ¡Tengo todas mis cosas en el armario!

—No, soy yo quien tiene sus cosas en el armario. Váyase de una vez. He avisado al anfitrión.

La pantalla de la puerta se apagó, y después de que se quedara a oscuras la mujer se negó a contestar a los golpes y los gritos de Han.

Un par de androides de gran tamaño habían empezado a avanzar hacia él, uno desde cada extremo del pasillo. Han pensó que parecían Erredós después de haberse sometido a un tratamiento con hormonas del crecimiento. Los androides llevaron a cabo una maniobra de pinza y empujaron a Han hasta la escalera, tratándole con bastante brusquedad a pesar de sus protestas. Después siguieron avanzando sobre sus gruesas orugas, uno delante de él y uno detrás.

El propietario-anfitrión del hotel estaba esperándole en el vestíbulo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Han—. ¿Quién es esa mujer de mi habitación? ¿Dónde están mis colegas? ¿Dónde ha metido nuestras cosas?

—Mi establecimiento ha sido reservado para una conferencia —dijo el anfitrión—. Usted y sus colegas se han retrasado una y otra vez en el pago de su cuenta, así que he acabado teniendo que exigirles que se buscaran otro alojamiento.

Han arrojó un puñado de créditos al anfitrión. Los billetes revolotearon a través del torbellino y acabaron esparcidos sobre las aguas de un estanque.

—¡Tome!

—Demasiado tarde.

Los dos androides superdesarrollados se pegaron a la espalda de Han y empezaron a empujarle hacia la puerta. Sus orugas se deslizaron sobre los pétalos de flores y acabaron de aplastarlos, produciendo una nube de olor fétido.

—¡Esperad! ¡Eh, un momento!

Han empujó a los androides. Su empujón no produjo ningún efecto. La presión que ejercían sobre su espalda se incrementó todavía más, y los androides siguieron avanzando sin inmutarse.

—¡Oh, maldita sea! ¿Adónde han ido mis amigos?

—No lo sé —dijo el torbellino—, y además no me importa en lo más mínimo.

Los androides expulsaron a Han del hotel con un último empujón de tal brusquedad que estuvo a punto de caer de bruces sobre los peldaños. La puerta se cerró con un golpe seco detrás de él, y unos gritos burlones siguieron al portazo y llegaron hasta sus oídos a través de la oscuridad.

Han masculló una maldición ahogada que se desvaneció en el aire caliente y húmedo de la noche.

«¿Adónde han ido? —se preguntó—. No tenían dinero...»

Han echó a caminar y la estrella de cristal surgió en el cielo. El primer amanecer y el segundo ya no se producían en oposición, y el segundo amanecer expulsaba del cielo al primer crepúsculo con su potente claridad. La estrella de cristal había pasado velozmente junto a la Estación Crseih, y se había aproximado un poco más al agujero negro. Han la vio subir por el cielo creando el primer amanecer. El torbellino llameante del agujero negro estalló sobre el horizonte, faltando muy poco para que apareciese en conjunción.

La interferencia del torbellino de fuego y luz y la escasa efectividad de las barreras que formaban los escudos contra las radiaciones se combinaban para hacer que el comunicador de Han funcionase de una manera muy errática. Han intentó ponerse en contacto con Luke o con Cetrespeó, pero no obtuvo ninguna respuesta.

Después intentó pensar con un poco de claridad.

«Por supuesto... Tienen que haber vuelto al *Halcón*. No han intentado dar conmigo porque habrán pensado que tardarían mucho tiempo en localizarme, y después de todo no dije dónde iba a estar. Tendré que ir hasta la pista...»

Han siguió avanzando por el sendero.

La luz se debilitó de repente a su alrededor. Han alzó la mirada hacia el cielo.

La enana blanca estaba ocultándose detrás del disco de acreción del agujero negro, lo que haría que las interferencias se redujeran bastante durante unos momentos. Han aprovechó la mejora en las comunicaciones para llamar al *Halcón*.

Los sistemas automáticos de la nave respondieron a su llamada. Nadie había entrado en el *Halcón* desde que Cetrespeó fue a buscar las raciones de emergencia, y ni Cetrespeó ni Luke le habían dejado ningún mensaje.

Han estaba intentando llamar a Luke cuando la enana blanca apareció por detrás de su compañera. Las interferencias volvieron a aumentar rápidamente, y la conexión con el *Halcón* quedó cortada casi al instante.

«Me pregunto si Luke habrá vuelto al templo de Waru —pensó San. Quizá ni siquiera sabe que nos han echado del hotel. Puede que Cetrespeó haya ido a buscarle...»

La claridad diurna volvió a intensificarse.

En vez de alejarse del agujero negro, la enana blanca empezó a moverse por delante de él. Su excéntrica órbita elíptica había cambiado de fase para pasar a convertirse en una órbita casi circular. El agujero negro atraía a la enana blanca cristalina, y estaba haciendo que se le aproximara un poco más. Cuando la estrella de cristal empezó a girar alrededor del agujero negro, un chorro de plasma resplandeciente fue arrancado de su superficie. La estrella agonizante siguió girando alrededor del agujero negro, y las corrientes de plasma fueron brotando de ella mientras lo hacía. Las dos estrellas formaron un doble torbellino de luz.

El binario fue subiendo en el cielo y su extraña y deslumbrante claridad cayó sobre la cúpula y el suelo, salpicándolos de manchas y motitas luminosas. Han parpadeó y deseó estar bajo una luz más clara, cálida y corriente. No quería ni pensar en cuál sería la potencia del flujo de rayos X, y prefería no conocerla.

«Cetrespeó tenía razón en lo de la radiación», pensó.

Llegó a la cúpula de bienvenida, donde las luces de los carteles y tiendas se imponían al resplandor ardiente del agujero negro y conseguían borrarlo. La cúpula de bienvenida estaba tan iluminada, ruidosa y activa en el doble amanecer como lo había estado durante el crepúsculo estelar y durante la medianoche.

Han suspiró. No estaba interesado en nada de lo que podía ofrecerle la cúpula de bienvenida. Lo único que deseaba en aquellos momentos era unas cuantas horas de sueño, pero en vez de dormir se dirigió hacia el templo de Waru mientras se preguntaba si aquella gente habría oído hablar alguna vez del transporte público.

La lisa piel metálica del *Alderaan* se estremeció bajo la embestida de los rayos X apenas entró en aquel sistema estelar tan extraño.

La Estación Asilo giraba en el espacio, un amasijo caótico de asteroides irregulares y repletos de cráteres que estaban unidos unos a otros por túneles de comunicación y campos de gravedad.

Leia frunció el ceño. Nunca había estado en la Estación Asilo, pero la reconoció nada más verla. No podía haber dos estaciones tan extrañas.

—¡Es Crseih! —exclamó mientras Erredós expresaba la misma opinión mediante un silbido electrónico—. ¡Es la Estación Crseih!

—Sí —dijo Rillao—. Su verdadero nombre es Crseih, pero en los círculos del tráfico es conocida como Asilo. ¿La conoces?

—Mi hermano y mi esposo están aquí --dijo, y se sintió llena de esperanza y alegría—. ¡Si

Anakin se encuentra aquí, Luke lo sabrá!

Incluso cabía la posibilidad de que se posara en la Estación Crseih y viera a su pequeño esperándola allí, sano y salvo y libre. Leia se lo imaginó corriendo hacia ella e imaginó sus brazos envolviendo su cuello, y se imaginó lo que sentiría cuando Anakin la abrazara.

Ya casi podía sentir cómo el vacío de su corazón se llenaría con su presencia.

Intentó hablar con Han y ponerse en contacto con el *Halcón Milenario*, pero el mismo flujo de radiaciones que le había impedido llamarle desde Munto Codru dispersó su comunicación por el cielo y acabó aniquilándola. El frenesí de la estrella doble hacía que la Estación Crseih quedara aislada del resto de la galaxia.

—Ten paciencia—dijo Rillao—. Pronto sabremos qué ha ocurrido. —¿Me recuerdas a mi hermano!

Leia dejó escapar un suspiro de preocupación. Por lo que sabía, Han y Luke podían haber terminado su misión de investigación —sus vacaciones—, y haber vuelto a casa antes de que Hethrir trajese al pequeño Anakin a Crseih.

Leia se dio cuenta de que estaba al borde del llanto y contuvo el aliento. Se llevó las manos a los ojos y desplegó sus percepciones hasta el límite máximo de su capacidad.

No percibió nada.

Dejó que sus manos cayeran sobre su regazo.

Rillao le dio unas palmaditas en el hombro.

—Todavía estamos bastante lejos de Crseih —dijo—. Esperemos un poco antes de empezar a ponernos nerviosas.

Leia comprendió que Rillao había buscado a Tigris tal como ella había estado buscando a su pequeño, y que no había conseguido dar con él.

Intentó recobrar el control de sí misma y trató de seguir el consejo de Rillao.

Un sistema binario ardía más allá de Crseih y llameaba delante de sus ojos. Una enana blanca giraba alrededor de un torbellino de escombros relucientes. El agujero negro medio escondido dentro del torbellino arañaba la superficie de la enana blanca con sus garras invisibles, y arrastraba la materia estelar hasta una destrucción explosiva.

Leia contempló su salvaje belleza.

—Es el sistema más raro que he visitado en toda mi vida —dijo un instante después, buscando algo que distrajera su atención—. El más extraño, y el más violento...

Erredós silbó, y un géiser de información apareció en el aire encima de su caparazón. El pequeño androide dejó escapar un trino de excitación.

Leia descifró la información que acababa de mostrarles. —Dice que las estrellas son realmente extrañas —explicó. Erredós amplió una parte de la información y la impulsó hacia

Leia.

—¿Se muere? —exclamó Leia—. ¿La estrella se está muriendo? —Se inclinó sobre los datos para poder interpretar mejor lo que le estaba mostrando Erredós—. Todas las enanas blancas se están muriendo. La estrella se..., se está congelando.

—¿Una estrella que se congela? —murmuró Rillao en un tono bastante escéptico—. Creo que tu androide nos está gastando una broma.

—Erredós tiene un montón de cualidades excelentes —dijo Leia—, pero anda bastante escaso de sentido del humor. Lo que está ocurriendo es que la estrella es tan densa que prácticamente puede decirse que se ha convertido en un cuanto de plasma. Es muy, muy vieja, así que ha dejado de arder... Está devolviendo su calor al universo. Se está congelando, y acabará convirtiéndose en un gigantesco cristal cuántico.

Leia oyó un gemido procedente del otro extremo del pasillo. Se levantó de un salto, salió de la cabina de pilotaje y fue corriendo a su camarote y a sus hijos. Chewbacca estaba inmóvil junto a ellos, alzándose sobre la litera como una fortaleza peluda dispuesta a proteger a los gemelos de cualquier amenaza o peligro.

Jaina y Jacen se despertaron, Jaina con un grito y Jacen pálido y silencioso.

—Todo va bien, queridos —dijo Leia.

Abrazaron a Jaina y Jacen intentando calmarles. Leia deseó haber dejado a los gemelos en

el mundo artificial, donde estarían a salvo, pero también sabía que nunca podría agradecer lo suficiente el que estuvieran a su lado.

—¿Ha vuelto Hethrir? —murmuró Jaina.

—No —dijo Leia—. Está muy lejos de aquí, y nunca permitiré que se acerque a vosotros. ¿Habéis tenido un mal sueño? ¿Una pesadilla?

Jaina asintió con expresión sombría desde la seguridad de los brazos de Chewbacca..

—Me duele la cabeza, mamá.

Jacen estaba abrazando a Leia con todas sus fuerzas.

Leia empezó a mecerle suavemente mientras canturreaba en voz baja, y los gemelos acabaron sumiéndose en un sueño inquieto. Leia volvió a arropar a sus hijos, y Chewbacca envolvió la litera en las tiras de un arnés de seguridad.

El *Alderaan* estaba a punto de posarse en la Estación Crseih.

Tigris entró en la sala de reuniones del albergue para viajeros de la Estación Crseih. Los largos bancos de piedra estaban llenos. El estrado al que subiría Lord Hethrir había sido adornado con un dosel de terciopelo tan blanco que relucía con destellos iridiscentes. El cabello rojo y oro de Hethrir ardería como una llama sobre aquel blanco deslumbrante, y sus ojos oscuros parecerían capaces de consumir cuanto tuvieran delante.

Tigris reconoció a la gran mayoría de las personas que aguardaban la aparición de Lord Hethrir. La Dama Ucce estaba sentada en el sitio de honor reservado a quien hubiera hecho la donación más generosa al Imperio Renacido. Lord Qaqququ estaba sentado entre los partidarios de segunda fila. Muchos de los invitados habían visitado el mundo artificial, ya fuese como integrantes de los círculos del tráfico o como suplicantes que anhelaban obtener el favor de Hethrir. Otros habían sido ascendidos de Guardianes a Jóvenes del Imperio, después de lo cual habían sido enviados muy lejos para que trabajaran en secreto por el Imperio Renacido. Su reunión era un acontecimiento que carecía de precedentes en la experiencia de Tigris. Los Jóvenes destacaban de entre los otros invitados gracias a sus uniformes de colores claros, sus medallas y sus largas y elegantes capas.

Cada persona libre que asistía a la reunión estaba totalmente consagrada al recuerdo del Imperio, y al plan del Imperio Renacido forjado por Lord Hethrir.

Nunca se habían reunido de aquella manera. Algo nuevo y extraño estaba ocurriendo, y Tigris se sentía orgulloso de tomar parte en ello por muy pequeño que fuera su papel.

Cada invitado estaba acompañado por un niño de una especie no humana. Todos los invitados eran humanos, naturalmente. Sólo los humanos podían aspirar al honor de restaurar el Imperio y recuperar su poder.

Tigris vio a la niña centauroide que se había unido a la hermana de Anakin en su acto de desafío a las reglas de la escuela de Lord Hethrir. De hecho, muchos de los niños esclavos presentes en la sala procedían del grupo que Lord Hethrir acababa de recoger y vender. A Tigris le parecía un poco extraño que los invitados quisieran ser atendidos por esclavos tan jóvenes, y tan carentes de adiestramiento que debían llevar correas. Algunos todavía lloraban y llamaban a gritos a sus madres, pero Tigris no tenía ningún derecho a criticar a los invitados de Lord Hethrir.

Tigris, que llevaba cogido de la mano al pequeño Anakin, miró a su alrededor buscando un sitio en el que sentarse. La sala de reuniones estaba atestada.

Los Guardianes se habían congregado fuera.

—¡En pie!

Tigris corrió hacia el último banco, tirando de Anakin detrás de él. Los invitados ya se estaban levantando e inclinaban la cabeza a su alrededor. Tigris clavó la mirada en el suelo, aguardando el permiso de Lord Hethrir para poder levantar la cabeza.

El cortejo de jóvenes Guardianes de Lord Hethrir cruzó el umbral, avanzó por el pasillo y se desplegó a ambos lados del estrado. Lord Hethrir entró majestuosamente en la sala.

—¿Es que piensas quedarte con mi espada de luz?

Tigris se irguió, sobresaltado por el susurro amenazador de Hethrir. El Lord le estaba contemplando con el ceño fruncido.

Tigris palideció. La empuñadura de la espada de luz pareció volverse repentinamente muy

pesada dentro del bolsillo de su túnica harapienta. Tigris se apresuró a meter la mano en el bolsillo y hurgó torpemente en él para devolver la espada de luz a su señor. Tendría que haber seguido a Hethrir hasta su habitación y haberle devuelto la espada de luz inmediatamente, pero se había dedicado a calmar a Anakin. Hubiese debido permitir que Anakin llorara hasta que el cansancio le hiciera callar. Después de todo, el niño tenía que aprender a controlar sus emociones.

Hethrir avanzó por el pasillo central y subió al estrado. —Podéis sentaros —dijo.

Pero un invitado siguió de pie.

Tigris le conocía. Se llamaba Brashaa, y era uno de los seguidores menos distinguidos de Lord Hethrir. ¿Cómo se atrevía a desafiar la orden de Hethrir?

Hethrir bajó la mirada hacia Brashaa como si no le molestara en lo más mínimo ver que seguía de pie. Tigris creyó detectar una sombra de diversión mezclada con desprecio en la expresión de Lord Hethrir. Brashaa era famoso por su tacañería, y ni siquiera contaba con un esclavo para que le atendiese, sino que sostenía en su mano una gruesa cadena que terminaba en el collar de la mascota de Anakin. Lord Hethrir había entregado la fea criatura negra de seis patas a la Dama Ucce sin pedirle nada a cambio. La criatura jadeaba y gimoteaba, y las babas goteaban de sus enormes y afilados colmillos. La Dama Ucce debía de habérsela vendido a Brashaa obteniendo un considerable beneficio con la transacción.

—¿Qué ocurre, Brashaa? —preguntó Lord Hethrir.

—Ya hace varios años que nos prometéis acción, mi señor. Estamos hartos de tener que ocultarnos ante los usurpadores de la Nueva República.

Anakin vio a la criatura negra de grandes colmillos. El pequeño saltó del banco, y habría echado a correr hacia el monstruo si Tigris no le hubiese detenido.

—Estate quieto y no hagas ruido, pequeño —le murmuró Tigris. —¡Anakin quiere guau! —dijo Anakin.

—Shhh...

Lord Hethrir no dijo nada, y permaneció inmóvil y en silencio irradiando un aura de peligrosa amenaza hasta que Brashaa hubo reunido el valor suficiente para seguir hablando.

—Mi señor, estamos hartos de tratar a los no humanos como si fuesen nuestros iguales. Debemos actuar pronto, antes de que nuestros hijos hayan quedado demasiado afectados por la propaganda igualitaria, antes de que nuestra generación sea demasiado vieja para actuar..., ¡para luchar!

—Me parece que no confías en mí, Brashaa —dijo Lord Hethrir. —Os confío mi vida y todas mis riquezas, mi señor. Yo sólo quería decir...

—Sospecho que dudas de mí, Brashaa.

—En absoluto, mi señor. Ni por un solo instante.

—Me estoy preguntando si no serás un traidor, Brashaa... —¡Mi señor! —protestó Brashaa, palideciendo de horror y empezando a lamentar haber hablado.

Tigris sintió pena por él, y le horrorizó que se hubiera atrevido a dirigirse a Lord Hethrir en aquellos términos.

—Déjanos, Brashaa. No tienes ningún lugar en esta reunión. No confío en ti lo suficiente para permitirte oír mi plan.

Brashaa le contempló en silencio. Se había quedado sin habla, y ni siquiera era capaz de defenderse. Después titubeó, como si esperase que Lord Hethrir anulara la sentencia que acababa de pronunciar.

Lord Hethrir clavó la mirada en él, y todos vieron cómo el rostro de Brashaa empezaba a enrojecer. Brashaa jadeó en un intento desesperado de tragar aire y quienes le rodeaban empezaron a apartarse, temiendo que estar demasiado cerca de él pudiera significar la contaminación.

Un hilillo de sangre brotó de una fosa nasal de Brashaa.

Anakin se puso de pie sobre el banco y contempló la escena que se desarrollaba ante él con los ojos muy abiertos y sin decir nada. Brashaa dejó caer la cadena que sujetaba a la criatura negra de enormes colmillos, que estaba contemplando a su propietario con tanta atención como Anakin.

—¡Suplico tu perdón, mi señor!

Lord Hethrir se limitó a contemplarle en silencio.

El traidor avanzó con paso tambaleante hacia el pasillo central. Los seguidores de Lord Hethrir se apartaron ante él para dejarle pasar. Nadie extendió la mano para ayudarlo.

—¡Imploro tu perdón, mi señor!

Lord Hethrir nunca permitiría que Brashaa siguiera con vida después de haberle lanzado semejante desafío. Tigris desvió la mirada, avergonzado ante su debilidad pero sintiéndose incapaz de ver morir a otro hombre.

Y sin embargo Brashaa no cayó. El sonido de sus pasos se fue alejando hacia el fondo de la sala de reuniones.

—¡Tu perdón, mi señor!

Tigris se volvió justo a tiempo de ver cómo Brashaa cruzaba el umbral y huía a la carrera.

La criatura peluda de enormes colmillos miró a su alrededor. Irguió las orejas, y su cadena tintineó. Nadie intentó sujetarla.

Tigris se volvió hacia Lord Hethrir, y le sorprendió ver lo tensos que estaban los rasgos de su señor. La piel de Hethrir estaba todavía más pálida que de costumbre, y el contraste con el blanco deslumbrante de su túnica y la delicada blancura del terciopelo hacía que pareciese casi gris..

«¡El quería que Brashaa muriese! —pensó Tigris—. Pero algo... Algo ha ido mal. Igual que con la espada de luz de Lord Hethrir, que no funcionó como hubiese debido hacerlo...»

Anakin se dejó caer sobre el banco al lado de Tigris. —Hombre malo, Tigris —anunció solemnemente.

—Calla, pequeño... No digas nada.

Tigris esperó que Lord Hethrir no le hubiese oído. Anakin rodeó la mano de Tigris con su no muy limpios dedos, y Tigris no la retiró.

«Lord Hethrir no ha podido matarle», pensó, sintiéndose confuso y muy desgraciado e intentando expulsar de su mente todas aquellas ideas impregnadas de deslealtad.

La criatura negra de enormes colmillos había estado avanzando sigilosamente por el pasillo. Nadie le prestó atención. En vez de huir o de seguir a su amo fuera de la sala, la criatura se acostó a los pies de Anakin.

—¡Fuera! ¡Vete de aquí! —murmuró Tigris.

—Hola, guau_dijo Anakin.

El monstruo apoyó su fea cabeza en la rodilla de Anakin, y Anakin le rascó el negro pelaje por detrás de las orejas.

Los invitados de Hethrir habían vuelto a concentrar su fascinada atención en su señor. Hethrir ya se estaba recuperando y sonrió con benevolencia, como si hubiera dejado vivir a Brashaa por pura misericordia.

—¿Alguno de vosotros tiene una pregunta que hacer antes de que os exponga mi plan? —preguntó con afabilidad.

Nadie habló.

La criatura lupina dejó escapar un gañido quejumbroso y siguió inmóvil junto a los pies de Anakin.

Han tenía mucho calor y sudaba abundantemente, pero ya estaba lo bastante cerca del edificio de Waru para poder ver la extraña caligrafía que lo cubría. Estaba tan cansado que la caligrafía saltaba y giraba, reescribiéndose continuamente ante sus ojos. Tenía que avanzar en contra de la multitud, abriéndose paso por entre el chorro de suplicantes que llenaban el sendero después de haber acudido al templo de Waru.

«El servicio ya debe de haber terminadopensó—.

Estupendo.

Quizá me tropiece con Luke y Cetrespeó, o puede que nos encontremos a medio camino. Puede que Xaverri también esté por aquí, y entonces podremos aclararlo todo de una vez y para siempre.»

La idea de hallarse nuevamente en presencia de Waru hacía que sintiera escalofríos, y Han pensó que no le importaría en lo más mínimo no volver a ver jamás a aquella extraña y horrible criatura.

Un suplicante se paró delante de él y le obligó a detenerse.

—Waru nos ha dicho que nos fuéramos, buscador de la salvación —le explicó aquel ser cubierto de plumas y escamas. Las plumas se agitaron, y las escamas se volvieron de color

marrón primero y de un intenso amarillo después. Tendrás que esperar a que haya otro servicio.

—No importa —dijo Han—. Voy a reunirme con unos amigos. El ser cubierto de plumas y escamas le dio una amistosa palmadita en el hombro y se alejó por el sendero.

Han dejó atrás el final de la hilera de suplicantes que salía del edificio sin haber visto a Luke o a Cetrespeó.

Atravesó el patio sumido en el silencio silbando desafiantemente y entró en el edificio de Waru. Sus sombras desaparecieron. Han se quedó inmóvil durante un momento en el frescor del vestíbulo y aguzó el oído. Una voz estaba hablando dentro del auditorio, pero la complicada acústica del recinto deformaba las palabras y el timbre. Hubo un momento de silencio, y después se oyó una segunda voz. Han la reconoció: era la voz de Waru.

Entró en el auditorio.

Luke estaba inmóvil delante del estrado de Waru, y tenía los hombros encorvados y la cabeza inclinada.

—Estoy muy cansado, Luke Skywalker —dijo Waru.

«Oh, estupendo... —pensó Han—. ¡El chico le ha revelado su verdadera identidad!»

—Me consideras un benefactor incansable cuyos poderes curativos son ilimitados —siguió diciendo Waru—. Pero soy un ser vivo, y me canso al igual que se cansan todos los seres vivos. Mis otros seguidores se han ido en cuanto les he pedido que lo hicieran. ¿No puedes tratarme con la misma cortesía?

—Me temo que moriré si no me ayudas —replicó Luke. «¿Qué infiernos...?», pensó Han.

Waru emitió una especie de suspiro.

Muy bien —dijo—. Te ayudaré.

Luke subió al altar.

—¡Luke! —gritó Han.

Luke extendió los brazos hacia Waru y puso las palmas sobre las relucientes escamas doradas, y Han echó a correr hacia él. Sus botas repiquetearon sobre las losas del suelo. Han llegó al altar y subió a él de un salto. Agarró a Luke y tiró de él con todas sus fuerzas. Luke se resistió y manoteó frenéticamente intentando coger su espada de luz. Han tuvo que empezar a luchar con él, y consiguió retorcerle los brazos detrás de la espalda. Han sabía que si Luke conseguía poner las manos sobre su espada de luz nunca podría vencerle.

—¡Basta! —gritó—. ¡No vas a utilizar la espada de luz contra mí, y tú lo sabes!

Y entonces sus ojos se posaron en el rostro de Luke, pálido y tenso y lleno de dolor, y en sus ojos clavados en la nada, y Han ya no estuvo tan seguro de ello.

—Suéltale —dijo Waru—. Ha solicitado mi ayuda, y yo se la he ofrecido.

—No, no... No queremos abusar —replicó Han—. Ya volveremos cuando hayas descansado.

«¡Eh, espera un momento! —pensó Han—. ¿Estoy intentando ser diplomático..., mientras saco a rastras a Luke de este condenado lugar?»

—Tiene derecho a decidir su destino —dijo Waru, y su voz era melodiosa y tan suave como la seda—. Puede elegir el tratar de salvar su vida.

—¡No le ocurre nada, maldición!

Han saltó del altar arrastrando a Luke en su descenso, y estuvo a punto de perder el equilibrio. Luke tropezó con él y su cuerpo se relajó de golpe, quedando tan flácido como un muñeco de trapo. Han pensó que podía ser un truco, y esperó ver cómo Luke llevaba la espada de luz a su mano sólo con desearlo. Pero no ocurrió nada de eso, y un instante después Han empezó a tirar de Luke, medio arrastrándolo y medio llevándolo auestas en un desesperado esfuerzo por alejarse lo más deprisa posible del altar de Waru.

—Está muy enfermo y muy débil —dijo Waru—. Trae a Luke Skywalker ante mi presencia. Si puede ser curado, entonces yo le curaré.

Han no dijo nada, y tiró de Luke hasta que hubo conseguido ponerle en pie.

—Venga, hermano, ayúdame un poco... --masculló.

Luke se tambaleó junto a él, pero logró mantenerse erguido.

—Por favor, Han... —murmuró—. Ayúdame...

—¡Tráemelo!

La voz de Waru hizo temblar todo el auditorio.

Han deslizó el brazo de Luke sobre sus hombros y siguió avanzando hacia la salida.

—No —murmuró Luke—. No... Por favor...

Han sintió que un escalofrío helado recorría todo su cuerpo. Luke no estaba suplicando que le ayudara a salir de allí, sino que le rogaba que volviera a llevarle ante Waru. Han no estaba dispuesto a soltarle.

—Ya te he salvado la vida antes, chico —murmuró—. No es la primera vez, ¿de acuerdo?

Sacó a rastras a Luke del auditorio, y tiró de él a través de la entrada sumida en el silencio y de la explanada. La luz deslumbrante de las estrellas que se desintegraban le cegó. Le empezaron a llover los ojos, y lo vio todo borroso. El agujero negro ardía y la estrella de cristal palpitaba, dos centros de enloquecida actividad suspendidos en el cielo. Su resplandor se intensificó, y los maltrechos escudos contra las radiaciones tuvieron que enfrentarse a una nueva ofensiva. Han se estremeció.

Pero en aquellos momentos las estrellas de su cielo eran la última de sus preocupaciones, y la menos importante.

Han consiguió que Luke girara sobre sí mismo y empezó a avanzar hacia el sendero secreto de Xaverri.

Tigris estaba escuchando el discurso de Lord Hethrir, y tenía la sensación de hallarse en éxtasis. Su señor llevaba horas hablando. Tigris estaba fascinado e hipnotizado por la voz del Lord y por su poderosísimo mensaje.

Sólo Anakin era inmune al poder de la voz de Lord Hethrir. El pequeño había bajado al suelo y se había hecho un ovillo junto a la criatura de seis patas y enormes colmillos. El niño y el animal yacían profundamente dormidos a los pies de Tigris.

—Hoy consolidaré mi poder —dijo Lord Hethrir—. Hoy seré refinado como un metal precioso, y dejaré atrás el mineral en bruto de la existencia terrenal.

»Hoy renaceré..., como el Imperio, cuya reencarnación he concebido e incubado.

»Hoy haré surgir... el Imperio Renacido.

Sus seguidores le contemplaron en silencio, perplejos y aturdidos por su audacia. Permanecieron inmóviles durante un momento, y después se pusieron en pie y prorrumpieron en un coro ensordecedor de vítores y aclamaciones.

Tigris también empezó a levantarse del banco. Pero si se levantaba despertaría a Anakin, y Anakin podía empezar a llorar y eso empañaría el momento de triunfo del Lord.

Y además Tigris acababa de darse cuenta de que se le habían dormido los pies.

Algunos niños-esclavos lloraban y gimoteaban, pero Tigris no era responsable de su conducta, sino única y exclusivamente de la del pequeño Anakin.

Tigris siguió donde estaba, esperando encontrarse lo bastante atrás y lo suficientemente escondido entre las sombras para que nadie se diera cuenta de su inmovilidad y de que no se había levantado para aplaudir el plan. Todos los invitados se habían puesto en pie y gritaban, movían las manos y aplaudían, interponiéndose entre Tigris y Hethrir. Tigris pensó que eso quizá haría que al Lord se le pasara por alto lo que estaba haciendo, aunque sólo fuese por una vez. «Anakin está tan tranquilo y feliz... —pensó—. Me pregunto cómo consigue seguir dormido con todo este ruido.»

Sonrió con ternura al pequeño, enroscado en el suelo entre las seis patas de la criatura de negro pelaje y enormes colmillos.

«¡Ojalá siempre estuviera tan callado! —pensó—. Me pregunto qué se sentiría teniendo un hermano pequeño como Anakin, y qué se sentiría teniendo un hermano, una hermana o una familia... ¿Por qué mi madre tuvo que ser una traidora? ¿Quién fue mi padre, y por qué me abandonó?»

Anakin abrió los ojos. Parpadeó con expresión adormilada, vio a Tigris sonriéndole y se sacó el pulgar de la boca para devolverle la sonrisa. Después trepó al banco y se sentó al lado de Tigris. Metió su manita sucia y pegajosa en su bolsillo, sacó de él una golosina a la que le faltaba un extremo que había sido arrancado de un mordisco, y se la ofreció a Tigris.

Tigris dejó escapar una risita ahogada.

—Gracias —dijo.

Arrancó el extremo intacto de la golosina y se lo comió. Sabía tan bien como el gajo de fruta que Anakin le había ofrecido cuando estaban en la nave estelar.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

Parecía una de las golosinas que les había ofrecido el vendedor de la cúpula de bienvenida y que no habían podido comprar porque no tenían dinero. Anakin se limitó a sonreír y se comió el resto de la golosina.

Tigris empezó a mover los dedos de los pies para despertarlos. Sintió un cosquilleo en la piel. La criatura negra de enormes colmillos soltó un resoplido, despertó y se estiró.

La sala quedó repentinamente sumida en el silencio. Los invitados volvieron a sentarse. Los niños esclavos se acurrucaron a sus pies. Hethrir se alzó sobre ellos con los brazos extendidos. Las holgadas mangas de su túnica blanca se desplegaron como alas, y los bordes brillaron con una deslumbrante luz plateada. Tigris se apresuró a engullir las últimas migajas de la golosina de Anakin, se limpió la boca con la manga e intentó conseguir que el pequeño se sentara lo más erguido posible. Anakin no sólo no le hizo caso, sino que se encogió sobre sí mismo y se pegó a su costado.

—Anakin dormir —dijo.

—Ven conmigo —dijo Lord Hethrir.

Bajó del estrado y avanzó por el pasillo sin mirar a derecha o a izquierda, y sin prestar la más mínima atención a si era seguido o no.

Su séquito le siguió, naturalmente. Dos de sus Guardianes se apresuraron a colocarse delante de él para abrir la puerta, y sus invitados llenaron el pasillo detrás de él y siguieron a Lord Hethrir hasta salir del edificio. Después desfilaron por el sendero tirando de los soñolientos niños esclavos para que no se quedaran rezagados.

—No te duermas todavía, hermanito —murmuró Tigris—. Venga, tenemos que irnos...

Cogió al niño en brazos y se puso en pie. La excitación del discurso de Lord Hethrir ya estaba empezando a disiparse, y Tigris se sentía tan cansado como Anakin.

—¡Eh, niñera! —se burló un Guardián mientras señalaba a Tigris con el dedo—. ¡Te vas a quedar el último!

Los Guardianes siguieron a la multitud, riendo y dejando que la puerta se cerrara con un golpe seco detrás de ellos. Tigris tuvo que sostener al pequeño sobre su cadera, y a duras penas consiguió abrir la puerta lo suficiente para poder deslizarse por el hueco. La criatura lupina trotaba detrás de él arrastrando su cadena por el suelo.

Tigris apretó los dientes y alzó la cabeza.

Leia, Rillao, Chewbacca, Jaina, Jacen y Erredós estaban yendo a la estación en el tractor de la pista de descenso de Crseih.

«¡Menudo grupo de incursión formamos! —pensó Leia—. Somos un grupo de incursión disfrazado de familia que ha salido de excursión...»

Buscó el *Halcón Milenario* con la mirada, pero no pudo distinguirlo bajo la multitud de escudos anti-radiaciones de formas irregulares.

«Podría preguntar dónde está, pero no quiero delatarme», pensó —¿Sabe si la pista cuenta con un registro de naves? —le preguntó al conductor.

Esa lista debe de estar en los registros.

—¿Cómo puedo echarle un vistazo?

—No puede hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque la compañía protege su información.

Jaina se pegó a Leia, con su multiherramienta en una mano y una manta de excursión inteligente del *Alderaan* en la otra. Había dicho que la manta sería para Anakin cuando consiguieran rescatarle, pero Anakin no había adquirido la costumbre de dormir con una manta de excursión o de ir de un lado a otro con una. Jaina sí se había acostumbrado a ello cuando era más pequeña, pero su manta estaba en Coruscant. Cuando Invierno le preguntó si quería llevársela para el viaje, Jaina había respondido diciendo que ya no era un bebé y que no necesitaba una manta salvo para ir de excursión, y había añadido que las otras mantas de excursión podían echar de menos a su amiga.

Leia no tenía la más mínima intención de poner en un apuro a su hija preguntándole por qué se había traído consigo aquella manta tan suave y mullida.

Leia también necesitaba algo que la reconfortara y le diese un poco de seguridad, y en su

caso lo que la consolaba era la presencia de sus niños y la esperanza de que los tres estarían a salvo dentro de muy poco tiempo.

Jacen estaba acariciando al pequeño murciélago que asomaba la cabeza por debajo de su camisa. El murciélago ponía un poquito nerviosa a Leia, ya que era levemente venenoso. Si mordía a Jacen, su hijo padecería unos picores terribles; pero si el murciélago hubiese querido morderle, entonces probablemente ya lo habría hecho hacía mucho tiempo. Leia había aprendido a enfrentarse a las exploraciones de Jacen con una calma bastante parecida a la tranquilidad Jedi que tenía muy poca relación con las lecciones de meditación impartidas por Luke, y se estaba esforzando para conseguir la misma reacción ante la costumbre de dismantelar la maquinaria doméstica que había ido adquiriendo su hija a medida que crecía.

Leia viajaba de incógnito como Lelila, aunque esta vez no había abandonado su verdadera identidad para perderse en la personalidad de la cazadora de recompensas. Dudaba de que su posición como Jefe de Estado de la Nueva República hiciera que fuese vista con muy buenos ojos en Crseih. Su cabellera bailaba y ondulaba alrededor de su rostro, ya que no se la había vuelto a recoger.

Rillao tenía un porte tan orgulloso y estaba tan magníficamente majestuosa con su túnica esmeralda que incluso se podía pasar por alto lo arrugada que estaba la túnica y lo cansada y tensa que se hallaba Rillao. La túnica ocultaba la mayor parte de sus cicatrices.

Chewbacca todavía cojeaba, y llevaba la pierna envuelta en un vendaje; pero se había bañado y había cepillado su nuevo pelaje moteado. Las franjas color negro y plata se curvaban formando unos dibujos muy elegantes, y el wookiee era el miembro biológico más presentable de todo el grupo.

Erredós era el único cuyo aspecto y comportamiento eran exactamente los que Leia esperaba de él.

Jaina tiró de la manga de Leia.

—¡Mamá! —susurró con la voz llena de excitación—. ¡Esa es una de las naves!

Señaló el otro extremo de la pista y una nave espacial dorada bastante pequeña protegida por un escudo hecho a medida. —¿De qué naves me estás hablando, cariño?

—¡De las que vinieron al mundo artificial justo antes de que Hethrir se llevara a Lusa!

Leia y Rillao intercambiaron una rápida mirada. Leia vio cómo la esperanza empezaba a brillar en los ojos de Rillao, y sintió esa misma esperanza en su corazón.

—¡Tenemos que ir a rescatar a Lusa, mamá!

«¿Puede ser tan sencillo? —se preguntó Leia—. Pero... Si Anakin está a bordo de esa nave, ¿por qué no detecto su presencia?»

—Nos gustaría visitar esa nave, conductor —dijo mientras señalaba la nave espacial dorada.

—Eso les costará más dinero a la hora de pagar —replicó el conductor artropoide.

Chewbacca soltó un gruñido, y Leia le dio unas palmaditas en el brazo.

—Bien, me parece aceptable —le dijo al conductor.

La nave no contestó a la señal del conductor. El tractor pegó su túnel de entrada a la superficie dorada de la nave. Vista desde lejos la pequeña nave parecía una masa de oro sólido, pero en cuanto estuvieron cerca de ella Leia pudo distinguir sin dificultad un gran número de mirillas doradas que parecían otros tantos ojos misteriosos clavados en ella.

—¡Ten mucho cuidado, mamá! —dijo Jacen.

—¡Los que se llevaron a Lusa eran gente muy mala! —susurró Jaina.

Leia golpeó el caparazón exterior de la nave espacial con los nudillos. El palpitar de su corazón, acelerado por la expectación y el miedo, le parecía lo bastante ruidoso para poder competir con el repiqueteo de los nudillos sobre el metal.

No ocurrió nada. Leia esperó durante unos momentos y después volvió a llamar con más fuerza, esta vez sobre una mirilla. Curvó las manos alrededor de su rostro e intentó ver el interior de la nave, pero el resplandor del metal dorado era tan deslumbrante que podía estar imaginándose las sombras que creyó distinguir dentro. Leia llamó por tercera vez.

La lisa superficie dorada se abrió de repente ante ella sin hacer ningún ruido.

—¡Paciencia, nobles gentes, paciencia! ¿Qué deseáis? —Soy...

«Si supiese que Anakin y los otros niños robados están ahí dentro esto resultaría muy sencillo —

pensó Leia—. Pero si estuvieran ahí... Entonces lo sabría, ¿no? En los viejos tiempos todo habría resultado mucho más fácil, porque entonces siempre sabíamos a qué nos enfrentábamos...»

—Estamos buscando a un niño —dijo Rillao.

—Exacto —dijo Leia, decidiendo imitar el enfoque directo y un poco brusco de Rillao, el mismo que había utilizado con el Indexador.

—¿Humano? —preguntó la voz—. ¿Sois... humanos? —Una protuberancia peluda terminada en lo que parecía una estrella de mar hecha de zarcillos carnosos surgió de la abertura y se movió de un lado a otro para percibir la presencia de Leia y su aspecto—. ¿O preferís transespecies?

—¡Estamos buscando a Lusa! —gritó Jaina—. ¡Tiene cuatro pies, no dos! Es de color rojo y oro con manchas blancas, y tiene cuernos. ¡Cuernos!

La estrella de mar peluda descendió e inspeccionó a Jaina. Jacen tiró de la manga de Leia.

Anakin no está a bordo de esta nave, mamá —murmuró. —¿No...? ¿No está aquí? Pero Jaina dijo...

Jacen meneó la cabeza con el rostro muy serio y lleno de solemnidad. Leia volvió a pensar en lo que había dicho Jaina, y comprendió que Jacen tenía razón. Jaina nunca había dicho que su amiga Lusa y Anakin estuvieran juntos. El Guardián al que había interrogado permitió que Leia pensara que Anakin podía haber sido llevado a la Estación Crseih, pero no se lo había asegurado.

«Si no consigo encontrar a mi pequeño —pensó— volveré al mundo artificial y...»

—Bueno, lo que quiero decir es que creo que no está aquí —siguió diciendo Jacen, y frunció el ceño—. Todo es tan raro... Alzó la mirada hacia ella y la contempló con los ojos llenos de confianza y esperanza—. ¿No puedes saber dónde está?

—¿Está Lusa aquí? —preguntó Jaina, mirando fijamente a la estrella de mar peluda que ondulaba delante de ella.

—No puedo responder a la pregunta, joven señora. Debes hablar con mi dueña, la Dama Ucce.

—¿Y dónde está la Dama Ucce? —preguntó Leia.

—Podéis averiguarlo en el Albergue del Cráter.

La piel dorada de la nave espacial volvió a cerrarse y la abertura desapareció como si nunca hubiera existido. Leia la golpeó con los nudillos, irritada y llena de frustración, y acabó dejando caer la palma de su mano sobre la piel de la nave.

Pero nadie respondió.

Capítulo 12.

Los incursores de Leia entraron en el hotel conocido con el nombre de Albergue del Cráter como si fueran un grupo de turistas en vacaciones y se quedaron inmóviles entre los arroyuelos, estanques y losas negras. Un androide de reparaciones se deslizaba sobre una grieta ennegrecida que surcaba una losa, yendo y viniendo de un lado a otro entre zumbidos y pitidos. El androide no les prestó la más mínima atención.

Jaina y Jacen empezaron a contemplarlo todo con gran curiosidad. El murciélago salió de debajo de la camisa de Jacen, echó a volar y desapareció en la penumbra.

—¡Hola! —gritó Rillao.

—Llegan un poco tarde. —Un surtidor de agua apareció sobre un estanque e hizo ondular su superficie—. Tendrán que darse prisa. —Habla conmigo? —preguntó Rillao.

—Sí, por supuesto. Es usted miembro del capítulo de retiro del Lord, ¿verdad?

El titubeo de Rillao apenas duró una fracción de segundo. —Lo soy —dijo.

—¿Me permite registrar su nombre?

—Si conoce al Lord, entonces ya debería saber que no ha de preguntarme cómo me llamo —replicó Rillao.

Leia no necesitó capacidades Jedi para percibir la tensión que emanaba de Rillao. Sus capacidades parecían haberse esfumado, dejando un sordo dolor de cabeza en su lugar. Leia se preguntó si Rillao estaría pasando por la misma experiencia, y si se sentiría tan confusa y

desorientada como ella.

—Le ruego que acepte mis disculpas —dijo el surtidor. —Quedan aceptadas. ¿Ha llegado el Lord?

—Ha llegado y se ha ido con sus seguidores, pero si se dan prisa tal vez todavía consigan alcanzarles.

—Necesitaré alguien que me guíe.

—No lo necesitará.

Rillao lanzó una mirada interrogativa al surtidor. El chorro de agua siguió girando apaciblemente en el aire.

—Basta con que pregunte a cualquiera por el templo de Waru. —Muy bien.

—Me aseguraré de que su servidumbre sea atendida como es debido.

—Viajan conmigo —dijo Rillao. —Ah.

El surtidor tembló durante unos momentos y volvió a recobrar la estabilidad.

El murciélago de Munto Codru pasó en un veloz vuelo planeado sobre el agua, se lanzó en picado, chocó con la superficie del estanque y volvió a subir con un potente aleteo y un pececillo minúsculo atrapado en sus garras.

—¡Esto no es el comedor! —El tono del surtidor se volvió repentinamente seco y se tiñó de ira e incredulidad—. Estas criaturas son valiosas... ¡Son muy caras! ¡Forman parte de la decoración! Chewbacca soltó un resoplido.

—¡Lo siento! —dijo Jacen. Alzó la mano y el murciélago se posó en su palma—. Estaba muy hambriento.

—Cargue el pez en nuestra cuenta —dijo Rillao—. Bien, vamos.

En cuanto salieron del hotel, Rillao preguntó a la primera persona con que se tropezaron dónde podían encontrar a Waru.

—Este camino. Esa conexión atmosférica. Ya verán. —La criatura tenía un círculo de ojos enormes que parpadearon con lenta solemnidad—. Pero el muy reverenciado Waru está descansando. Ha solicitado paz y tiempo.

—Comprendo —dijo Rillao—. No se preocupe. Sólo queremos echar un vistazo.

Empezó a avanzar por el sendero. Leia, Chewbacca y los gemelos la siguieron.

Acababan de salir de la cúpula del parque cuando Leia se dio cuenta de que Erredós no estaba con ellos en la conexión atmosférica.

«¿Adónde habrá ido?», se preguntó.

Pero ya no podía volver sobre sus pasos para buscar al pequeño androide.

El suelo iba subiendo poco a poco bajo los pies de Han. Estaba ascendiendo por la colina. Luke no le ayudaba en lo más mínimo, pero a pesar de que estaba exhausto y de que tenía que cargar con el peso de su amigo, Han respiraba con más facilidad de lo que lo habría hecho si hubiese tratado de hacer aquel recorrido cuando llegó a la Estación Crseih.

—Han, suéltame —dijo Luke—. Suéltame, por favor... ¡He de ver a Waru!

Han tiró de Luke hasta que estuvieron fuera del sendero y dejó que cayera al suelo detrás de un peñasco. Luke se hizo un ovillo, inclinó la cabeza y empezó a hurgar en la tierra con las puntas de los dedos.

—¿Qué infiernos pretendías conseguir pidiéndole a esa..., a esa cosa que te curara? —preguntó secamente Han—. ¿Cómo se te ha ocurrido pedirle' que te curara después de lo que le vi hacer? ¡Y ni siquiera estás enfermo, maldición!

—¡Estoy enfermo! Me está ocurriendo algo, Han, algo terrible. ¿Es que no puedes ver que...?

—Lo único que veo es que te estás comportando como si tuvieras un tornillo flojo, chico —replicó Han—. ¿Por qué le revelaste tu identidad a Waru?

—Han... Estoy perdiendo mis capacidades, mi conexión con la Fuerza... No consigo mantener mi disfraz. La gente había empezado a reconocerme. Cuando hablamos de Xaverri... ¡Bien, no pude saber si me estabas diciendo la verdad o si mentías! Me siento como si me hubiera vuelto ciego y sordo de repente, como si me hubieran arrancado el corazón... —Luke se pasó las manos por los cabellos, y se los dejó revueltos y despeinados—. ¡No sé qué hacer!

—¡Bien, pues haz lo que hazas no te entregues a Waru! —replicó Han—. Ni siquiera sabes qué es lo que anda mal. Puede que alguien haya metido unos cuantos lagartos en tu cama...

—No hay ni un solo ysalamiri en toda la Estación Crseih —dijo

Luke.

—... o puede que a tu espada de luz se le haya fundido un fusible...

—Mi espada de luz no tiene fusibles, Han...

—¡O puede que haya algo en el agua! O en el aire, ¡o en la luz! Han se pasó la manga por la frente, y cuando la retiró vio que la tela había quedado empapada de sudor.

Se sentó en la pequeña sombra que proyectaba un gigantesco peñasco.

Luke abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla sin haber dicho nada. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, apoyó los codos en las rodillas y adoptó una expresión pensativa. Después inclinó la cabeza, deslizó los dedos por entre sus cabellos y se subió la capucha para que diera sombra a su rostro.

—Ya está bien de vacaciones —dijo Han—. No es como en los viejos tiempos, Luke... No tenemos que resolver todos los problemas y ganar todas las batallas por nuestra cuenta y sin ayuda de nadie. Si estás enfermo, volveremos a Coruscant y te curarás.

«Y entonces pensaremos qué hay que hacer con Waru, pero lo haremos estando lo bastante lejos de aquí para no correr peligro —pensó Han—. No, los viejos tiempos eran muy distintos... En los viejos tiempos siempre sabíamos quién era el enemigo, y yo sólo tenía una respuesta. Ahora... Ahora todo es mucho más complicado.»

—Quiero salir de aquí —dijo Han—. Este sitio me da escalofríos.

—Pero los Jedi... —dijo Luke—. Waru...

—Aquí no hay ningún Jedi perdido, Luke —replicó Han en voz baja y suave—. Sólo contamos con los informes de Xaverri, y en los informes de Xaverri sólo se habla de Waru. No hay Jedi, Luke..., sólo Waru.

Luke titubeó antes de responder.

—Sí, claro —murmuró.

Parecía muy triste y confuso.

—Vamos a buscar a Cetrespeó y a Xaverri, y luego nos iremos lo más deprisa posible.

—¿Xaverri?

Una sombra de ira sustituyó a la confusión en la voz de Luke. —Sí, claro... Supongo que no esperarás que la deje aquí, siempre que pueda convencerla de que se vaya, ¿verdad?

—¿Para qué necesitas a Xaverri?

—Oye, ¿qué infiernos te está pasando?

Han, cada vez más enfurecido, agarró un pliegue de la túnica de Luke y tiró de él hasta levantarle.

Luke le fulminó con la mirada, se soltó de un tirón y extendió la mano con la palma vuelta hacia Han. Han sintió el roce de la Fuerza en el centro de su pecho, y retrocedió de un salto mientras pensaba que no podría moverse lo bastante deprisa y que ya podía darse por muerto.

El roce se desvaneció y Luke cayó al suelo. Han corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—Lo siento —dijo Luke—. Lo siento, no sé qué...

—Amaba a Xaverri —dijo Han—. La amaba, ¿entiendes? No voy a negarlo, y tampoco puedo hacerlo. Si no me hubiese dejado... Bien, no sé qué habría ocurrido entonces. No importa, Luke. ¿Es que no puedes entenderlo? Hermano, te prometo que lo que Xaverri y yo fuimos el uno para el otro hace veinte años no tiene nada que ver con lo que Leia y yo somos el uno para el otro ahora. Luke desvió la mirada y clavó los ojos en el suelo.

—Lo siento —dijo—. No tenía ninguna razón para decirte lo que te dije y para negarme a escucharte. Es sólo que ayer...

—¡Vi morir a un niño! —gritó Han—. ¡Y fue como si pudiera ver a mis propios hijos en poder de esa cosa!

—Necesitabas alguien con quien hablar —dijo Luke—. Lo entiendo, pero hubieses podido...

—No puedes entender lo que sentí. —Han dudaba de que pudiera conseguir que Luke entendiera lo que estaba intentando explicarle—. Lo siento, Luke, pero no podías entenderlo. Xaverri sí podía hacerlo. Sus hijos... Fueron asesinados por el Imperio. —Han se levantó de un salto y se alejó unos pasos mientras hacía un esfuerzo desesperado para recobrar el control de sí mismo—. Tenernos que salir de aquí.

Luke no dijo nada.

Han fue hacia él y le ayudó a levantarse. Su amigo no opuso ninguna resistencia.

—¿Dónde está Cetrespeó? —preguntó Han.

Luke se encogió de hombros. Estaba temblando y Han le contempló con creciente preocupación. «Está realmente enfermo —pensó—. He de sacarle de aquí.»

—No entiendo dónde infiernos puede haber ido —dijo Han—. No está en el hotel.

Volvió la mirada hacia el camino secreto, pensando con abatimiento en aquel trayecto a través del bosque mutante que no tenía ningún deseo de emprender.

Xaverri apareció en la entrada oculta y fue hacia él.

—¡Xaverri!

Xaverri alzó una mano en respuesta a su saludo, pero su rostro siguió impasible e inexpresivo. Han ya casi había olvidado el final de la última conversación que habían mantenido.

Han I tic hacia Xaverri con Luke apoyado en él. Cuando salió de la sombra, la luz cayó sobre él como una ola de agua caliente. Han se detuvo delante de Xaverri, esperando que ella le cogiera la mano. Xaverri se limitó a contemplarle en silencio.

—Nos vamos —dijo Han—. Tenías razón en cuanto a Waru. Me refiero a lo del peligro... Nos llevaremos la información con nosotros. Para decidir qué hay que hacer, ¿entiendes?

—Me alegra oírlo —replicó Xaverri con voz átona.

«Buscaré a esa familia ithoriana hasta dar con ella —pensó Han—. Son ciudadanos de la Nueva República, ¿no? Intentaré persuadirles de que deben presentar cargos en un tribunal de la Nueva República. Después podré hacer detener a Waru, y podremos juzgarle... Aunque la familia ithoriana se niegue a presentar cargos, tiene que haber alguna víctima de este monstruo que consiga librarse de su hechizo...»

—Ven con nosotros.

Los labios de Xaverri temblaron en una fugaz sonrisa. —¿Xaverri, en el centro del gobierno? ¿En el centro de la ley?

Nunca conseguiría adaptarme, Solo. Nunca podría sobrevivir. Han sonrió.

—Tal vez te llevarías una sorpresa.

—Tal vez, pero creo que no quiero correr ese riesgo.

Volvió la mirada hacia Luke, que seguía con los ojos clavados en el suelo y la cabeza oculta por su capucha.

—¿Por qué estás tan melancólico, Skywalker? —le preguntó.

Luke alzó la cabeza, pero la claridad de las estrellas le dio en los ojos apenas lo hizo. Se encogió sobre sí mismo y volvió a inclinar la cabeza. Xaverri frunció el ceño, se apoyó en un promontorio rocoso que sobresalía del suelo junto al sendero y volvió la vista hacia el templo de Waru.

Un grupo de personas salió del sendero principal al otro extremo de la cúpula y avanzó hacia el templo de Waru. Una falange de jóvenes vestidos con uniformes azules abría la marcha marcando el paso. Sus pechos ardían con el brillo de las medallas, y sus hombros relucían con los destellos de las cintas y los galones. Los jóvenes parecían abrir camino a un hombre muy alto que vestía una deslumbrante túnica blanca. Jóvenes de mayor edad que llevaban largas chaquetas blancas flanqueaban al hombre, y una abigarrada multitud elegantemente vestida cerraba el cortejo.

Han se apoyó en la roca al lado de Xaverri para observar lo que estaba ocurriendo en el templo.

El cuerpo de Xaverri se envaró de repente, y Han se volvió hacia ella.

—¿Qué...?

—Yo conozco a ese hombre —murmuró Xaverri—. Es el Procurador de Justicia.

Han giró sobre sí mismo y siguió la dirección de la mirada de Xaverri. El cortejo del hombre alto estaba entrando en el templo. Un instante después Han vio a un joven humano o de una de las especies de seres inteligentes más pequeñas en las últimas filas del cortejo. El joven llevaba cogida de la mano a una silueta todavía menos alta que él, y su manera de caminar indicó a Han que debía de ser un niño. El joven y el niño desaparecieron entre las hileras de centinelas.

Han se quedó tan inmóvil como si se hubiera vuelto de piedra.

—Luke... —dijo.

Xaverri se volvió hacia él, sorprendida y un poco sobresaltada por el tono de su voz.

El corazón de Han parecía haber enloquecido, y cada latido era como un martillazo en sus costillas.

—Xaverri...

—¿Qué ocurre, Solo?

—Ese niño de ahí es Anakin —murmuró Han.

Saltó por encima de la roca y aterrizó sobre la empinada ladera.

Han bajó por la pendiente, resbalando y tambaleándose sin prestar atención a las plantas mutantes cubiertas de espinos que le desgarraban las rocas y sin acordarse de que había un camino. Los guijarros empezaron a rodar por la pendiente, formando una pequeña avalancha delante de él y a sus lados, y haciendo tanto ruido y levantando tanto polvo que Han no podía saber si Luke o Xaverri venían detrás de él.

Anakin ya había desaparecido dentro del templo de Waru.

Durante un momento —pero sólo durante un momento—, Leia pudo imaginarse que estaba disfrutando de un tranquilo paseo con Jaina y Jacen. Los gemelos caminaban junto a ella cogidos de sus manos, y confiaban en su madre. Pero el vacío de la pérdida de Anakin volvió a caer sobre ella de repente, y dejó un vacío helado en su corazón.

—¿Puedes captar alguna señal de la presencia de Tigris? —preguntó—. Si Anakin está aquí...

—Hizo un esfuerzo desesperado para percibir la presencia de su hijo. Tenía la sensación de estar gritando con toda la potencia de sus pulmones en un desfiladero tan enorme que ni siquiera podía oír los ecos—. Si están aquí... ¿Qué haremos? «Llevo años intentando conseguir que la galaxia vuelva a regirse por unas leyes justas —pensó Leia—, tratando de sustituir el gobierno del terror por el de la justicia. Pero aquí no hay ley ni justicia.»

—No estoy totalmente desprovista de recursos —dijo Rillao, y siguió avanzando sin mirar a Leia.

—Pero no tenemos armas. Y tú dijiste... Me dijiste que... —Leia titubeó, no queriendo sacar a relucir un tema que resultaba tan doloroso para Rillao—. Espera un momento, por favor.

Jaina y Jacen no podían mantener su paso, y Leia cogió en brazos a Jacen mientras Chewbacca hacía lo mismo con Jaina.

—Te dije que hace cinco años me venció, ¿verdad? —murmuró Rillao—. Bien, pues así fue.

—Cuenta con todos esos guardias suyos. ¡Y debe de estar armado! —Lo está. Con su espada de luz..., y con la mía.

—Entonces...

—¡Tienes que haberte dado cuenta, Lelila! Es tal como dijo tu niño... —Miró a Jaina, y apartó un par de rizos que le habían caído sobre la frente—. Aquí todo es muy extraño.

Leia asintió.

—La Fuerza está perturbada, alterada... —siguió diciendo Rillao—. Me abro a ella, pero la Fuerza no quiere tocarme. No puedo curar..., y eso quiere decir que Hethrir no puede destruir. Nuestros mundos han sucumbido al caos.

Salieron de la conexión atmosférica y se encontraron en la cima de una larga cuesta bajo la que se alzaba un edificio de líneas gráciles y delicadas.

—Si tuviera mi espada de luz no podría utilizarla —dijo Rillao, pero Hethrir tampoco puede usar la suya.

Leia frunció el ceño, visiblemente confusa.

—¿Por qué?

—Porque su espada de luz obtiene su energía de la Fuerza y sólo puede utilizarse empleando la Fuerza—le explicó Rillao—. La mía fue construida según el mismo principio.

Entraron en otra conexión atmosférica, y pudieron contemplar un panorama apacible y bucólico donde un gran valle se desplegaba debajo de ellas.

Rillao se había quedado inmóvil sobre la cima desde la que se dominaba un hermoso edificio rodeado por arcadas y jardines. Jóvenes vestidos con uniformes azul claro iban desfilando uno por uno debajo de un arco, atravesaban un patio y desaparecían dentro del edificio.

—Por fin hemos encontrado a Hethrir murmuró.

—Por lo menos hemos encontrado a sus guardias, eso está claro —dijo Leia—. Aunque resultarían más fáciles de reconocer con barro en los uniformes.

Leia bajó a Jacen y se volvió hacia Chewbacca. El wookiee lanzó un gruñido de negativa antes de que Leia hubiese podido abrir la boca.

—¡Es importante! —exclamó Leia—. ¡Esperaba que Erredós se quedara con los niños, pero ha desaparecido! ¡Por favor, Chewie! Alguien tiene que quedarse a vigilar por si..., por si fracasamos.

Jacen se agarró a la pierna de Leia.

—¡No vuelvas a irte, mamá!

Leia se arrodilló delante de él.

—Tengo que hacerlo, cariño —dijo—. Anakin está ahí, y he de ir a buscarle. No tardaré en volver. Te lo prometo... —añadió, intentando que su voz sonara lo más firme y tranquila posible.

Chewbacca se sentó sobre los talones y rodeó a Jaina con un brazo mientras atraía a Jacen hacia él con el otro.

—Deprisa, Lelila —dijo Rillao mientras Leia se ponía en pie. El último Guardián de Hethrir acababa de entrar en el templo de Waru.

Rillao y Leia bajaron corriendo por la pendiente.

Leia oyó un repiqueteo de gravilla y el roce de unas botas que se deslizaban por la cuesta, y se volvió a mirar.

Han estaba bajando a la carrera por la pendiente, rodeando la cúpula sin preocuparse de seguir el camino. Luke y otra persona casi le pisaban los talones.

—¡Han!

Leia corrió hacia él. Se apartó los cabellos de la cara y su cabellera revoloteó detrás de ella, impulsada por el viento de su carrera. Han terminó deteniéndose entre una pequeña avalancha de guijarros y polvo. Después la contempló en silencio con el rostro lleno de asombro y acabó estrechándola en sus brazos.

—Leia... ¿Qué...?

Le rozó los cabellos, las mejillas y una ceja pintada.

—He encontrado a Jaina y Jacen —dijo Leia—. Están bien. —Señaló la cima de la colina donde Chewbacca estaba inmóvil al lado de los gemelos, contemplándoles con estoica preocupación—. Pero Anakin... ¡Creemos que Hethrir ha traído al pequeño aquí!

—Anakin está aquí —dijo Luke.

Se volvió hacia Rillao, la miró durante un momento y después la contempló con más atención. Rillao le devolvió la mirada con gélida impasibilidad.

—Está dentro —dijo Han—. Vimos cómo entraba... ¿Qué ha ocurrido?

Leia le cogió de la mano, y los dos echaron a correr hacia el templo de Waru.

La excitación de la multitud era contagiosa, y Tigris no tardó en sentir cómo se iba adueñando de él. Los invitados de Tigris se congregaron alrededor del estrado, debajo del inmenso altar dorado que era el cuerpo de Waru. Su señor se puso de cara a él, y los Guardianes se desplegaron a ambos lados de la entrada con la espalda vuelta hacia el muro del fondo en actitud alerta y vigilante.

—Saludos, Aliado Hethrir.

Tigris había estado observando disimuladamente al nuevo Guardián, y le divirtió ver cómo se sorprendía. ¡El altar hablaba! ¡Y se movía! Las escamas doradas temblaron y ondularon.

Anakin estaba inmóvil en los brazos de Tigris, y lo observaba todo en silencio y con los ojos muy abiertos.

—Saludos, Aliado Waru.

—¿Qué me has traído, amigo mío? —preguntó la criatura dorada.

Su forma cambió y se expandió, y la carne escarlata se hinchó entre las escamas resplandecientes.

—Lo que deseabas —respondió Lord Hethrir—. Voy a hacerte un gran regalo, y tú honrarás la promesa que me hiciste. Me abrirás a los límites de la Fuerza.

—¿Qué me has traído? —volvió a preguntar la criatura con voz suave y un poco sorprendida—. He esperado durante mucho tiempo. Estoy cansado. Estoy solo.

Los invitados de Hethrir se acercaron un poco más al estrado. —Tomad el mío, tomad el mío... —murmuraron.

Los niños que habían traído hasta allí retrocedieron con el rostro lleno de temor, pero los invitados impidieron que huyeran. Un invitado tuvo que hacer considerables esfuerzos para impedir que la niña centauroide color rojo y oro se soltara y escapase. Los cascos de la niña repiquetearon sobre el liso suelo de piedra.

La mirada de Lord Hethrir se deslizó sobre sus cabezas. Hethrir llamó a Tigris con un gesto de la mano.

Tigris avanzó por entre el gentío. Al principio se resistieron a dejarle pasar: no era más que Tigris con su túnica mugrienta, la niñera que siempre era objeto de las burlas y el desprecio de todos. Tigris deseó que la fea mascota de Anakin se encargara de abrirles paso en vez de seguirle pegada a sus talones. Estaba seguro de que los invitados de Lord Hethrir se hubiesen apresurado a apartarse ante aquellos colmillos que goteaban saliva.

Lord Hethrir volvió a mover la mano, y sus seguidores se dieron cuenta de que estaba llamando a Tigris.

Los invitados abrieron un camino para dejar pasar a Tigris y al pequeño Anakin.

Después se arrodillaron sobre el suelo de piedra. Tigris estaba maravillado y asombrado.

«Ah, si Lord Hethrir quisiera purificarme... --pensó—. Sé que podría servirle mejor. ¡Yo sí que podría ayudar a la causa del Imperio Renacido!»

Se detuvo delante de Lord Hethrir con la vista nublada por lágrimas de esperanza y deseo.

—Entrégame al pequeño Anakin —dijo Hethrir—. Yo haré la ofrenda.

Anakin se agarró al cuello de Tigris y escondió la cara. Tigris dedicó unos momentos a tranquilizarle.

--No vaciles cuando te doy una orden —dijo Hethrir en voz baja y suave, y Tigris percibió furia en su voz por primera vez en todos los años que habían transcurrido desde que conoció a su señor y empezó a honrarle.

Anakin seguía agarrándose a su cuello con todas sus fuerzas.

—Suelta, Anakin... —Tigris intentó separar las manecitas del niño de su cuello y de su cabellera—. Te prometo que esto va a ser maravilloso. Eres un niño muy afortunado...

Anakin temblaba e intentaba utilizar sus capacidades incipientes que aún no habían recibido ningún adiestramiento, pero incluso su luz se había desvanecido. Lord Hethrir debía de tenerle completamente en su poder. Tigris acabó consiguiendo soltar las manecitas de Anakin.

Tigris deseó que el control de Lord Hethrir se extendiera hasta el extremo de hacer que Anakin obedeciera las órdenes que se le daban.

Anakin alzó la mirada hacia el rostro de Tigris y le puso la mano en la mejilla.

—Tigris llora—dijo.

Tigris agachó la cabeza sintiéndose terriblemente avergonzado e incómodo e intentó limpiarse las lágrimas con la manga de su túnica, pero le resultaba imposible hacerlo con Anakin en brazos. Dejó al pequeño en el suelo y se limpió aquellas lágrimas tan humillantes. Después cogió al pequeño de la mano y tiró de él hasta llevarle ante Hethrir.

—No, Tigris... —dijo Anakin—. No. ¿Por favor...?

Hethrir cogió la mano de Anakin en la suya y llevó al niño hacia Waru. Anakin se resistía con todas sus fuerzas, y alargaba la mano libre hacia Tigris. La criatura de Anakin intentó seguir a su pequeño amo, pero Tigris la agarró por el collar y la retuvo. El animal siguió debatiéndose y empezó a gimotear.

Todos los seguidores de Hethrir tenían los ojos clavados en el estrado, envidiando al pequeño Anakin la gloria de ser purificado mientras los niños que habían traído eran despreciados.

Anakin se dejó caer al suelo y se negó a moverse.

—Levántate, niño —dijo Hethrir—. Ve a tu destino con honor. Lord Tigris tiró de Anakin y consiguió arrastrarle un par de metros.

Anakin empezó a gritar y a dar patadas, y su rostro se volvió de color carmesí. Hethrir frunció el ceño y acabó cogiéndole en brazos. Después le sujetó las piernas para impedir que pataleara y siguió avanzando hacia Waru.

—Te he traído lo que deseabas dijo Lord Hethrir—. El niño

más poderoso... —Hizo una breve pausa antes de seguir hablando

Te he traído al nieto de Darth Vader.

Tigris les observaba sintiendo una extraña mezcla de celos, pena, horror y consternación. Acababa de entender por qué aquella reunión era tan distinta de las otras, y por qué Hethrir no había hecho que Anakin pasara por el adiestramiento obligatorio en la jerarquía de ayudantes, Guardianes y Jóvenes del Imperio. Anakin ascendería al nivel más alto de un solo paso.

O moriría en el ritual de purificación.

La niña centauroide se encabritó detrás de Tigris, lanzó un grito de horror y trató de escapar. Sus cascos resbalaron sobre la piedra y arañaron las losas.

La criatura de los colmillos babeantes había seguido debatiéndose y dando tirones hasta que su collar se escurrió entre los dedos de Tigris. El animal quedó libre y corrió hacia Anakin lanzando aullidos quejumbrosos.

«Ningún invitado de Hethrir ha traído a sus hijos —pensó Tigris—. Ninguno de estos niños puede elegir. ¡No es justo! Yo elegiría...»

Las escamas de Waru volvieron a ondular y emitieron el resplandor iridiscente que indicaba el comienzo de la licuefacción.

Anakin se hundió en la masa de oro fundido con un último chillido de terror.

—¡Tigis! ¡Tigis!

El pequeño extendió los brazos hacia Tigris.

«Yo elegiría entregarme a Waru —pensó Tigris—. ¡No me importa el peligro! Pero Anakin no ha podido elegir...»

Tigris corrió hacia el estrado, agarró al pequeño y arrancó su cuerpo al altar que era Waru, y giró sobre sí mismo disponiéndose a huir.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Hethrir.

Waru se alzó sobre el estrado. Su cuerpo se alargó de una manera increíble, y el icor escarlata empezó a brotar de su carne. La criatura rugió, lanzando un grito ensordecedor de ira, protesta y desesperación.

El rugido estridente del extraño ser dorado ahogó el grito que lanzó Leia en cuanto vio a Anakin. Un joven tiró de su hijo hasta apartarlo de la convulsa criatura dorada. El joven retrocedió tambaleándose e intentó huir. El wyrwulf del señor Iyon se había agazapado al pie del estrado y gruñía.

Leia corrió hacia el joven, hacia Anakin. Han le pisaba los talones.

Leia corrió a través de la multitud, avanzando por el sendero que habían abierto los invitados cuando se arrodillaron. Algunos estaban intentando ponerse en pie. Todos los adultos eran humanos, pero los niños pertenecían a muchas especies distintas.

Leia y Han llegaron hasta el joven que había rescatado a Anakin. —¡Papá! ¡Mamá! —gritó Anakin.

Su rostro estaba lleno de lágrimas y enrojecido por la ira y el terror. El joven también estaba llorando. «Debe de ser Tigris —pensó Leia—. ¡Oh, pero si es igual que Rillao!»

Anakin se debatió hasta que logró escapar de los brazos de Tigris, y dio un salto que acabó haciéndole caer en los brazos de Leia. Leia le abrazó sintiendo una desesperada gratitud, y estrechó al pequeño contra ella mientras cubría de besos su rostro pegajoso por el llanto. Han, que parecía asombrado, acarició el cabello de Anakin con una vacilante delicadeza.

—Todo va bien, cariño —dijo Leia—. Estoy aquí, papá está aquí...

La criatura dorada se había estado estirando hacia ellos. Leia nunca había visto nada parecido, y retrocedió lentamente hasta que acabó tropezando con su esposo. Han también había empezado a retroceder, y rodeó con los brazos a Leia y Anakin.

Anakin trepó por encima de los hombros de Leia y rodeó el cuello de su padre con los brazos. Han abrazó al pequeño con el rostro radiante de alivio y alegría.

Un hombre vestido con una túnica blanca —Leia pensó que debía de ser Hethrir— agarró a Tigris por el cuello y le sacudió. —¡Estúpido! —aulló—. ¡Maldito estúpido inútil...!

—¡Waru!

Luke pasó corriendo junto a ellos, dejó atrás a Tigris y subió de un salto al estrado.

—¡Luke, no!

«¡Tiene las manos vacías! —pensó Leia—. Está atacando a esa cosa... Nos está defendiendo... ¡Y ni siquiera tiene su espada de luz!» —¡Deténte! —gritó Hethrir.

Luke ya había llegado a las primeras escamas doradas. —¡Waru! —repitió.

—¿Qué quieres, Skywalker? —preguntó Waru, y su voz era un rugido ahogado—. Sufro un inmenso dolor, y no tengo nada que ofrecer a mis seguidores.

Hethrir había estado contemplando a Luke con el rostro lleno de ira y confusión, pero su expresión cambió para convertirse en una mueca de asombro y reconocimiento en cuanto oyó su nombre.

—¡Skywalker! —exclamó—. Acepta esta ofrenda, Waru... ¡Luke Skywalker es un Jedi adiestrado! ¡Es el hijo de Vader!

La inmensa criatura dorada se alzó sobre Luke, y Luke se encaró con ella sin hacer ningún intento de protegerse y con los brazos abiertos. Sus botas se hundieron en el oro a medio licuar. La forma de la criatura dorada se fue agrandando hasta crear una superficie cóncava provista de una especie de alas gigantescas que se curvaron hacia adelante para rodear al hermano de Leia. El reflejo de Luke visible en las escamas estaba distorsionado, invertido y deforme.

—Sí... Acéptame —murmuró Luke—. Tómame.

El ser volvió a rugir, pero su voz se había suavizado y el rugido acabó pareciendo un inmenso suspiro de satisfacción.

—¡Luke! —gritó Leia.

Las alas doradas se desmoronaron antes de que pudiera reaccionar, y cayeron sobre Luke como una inundación de líquido color oro. Las escamas se licuaron, y avanzaron como olas para acabar retrocediendo como la marea un instante después.

Y Luke desapareció.

—¡No! —gritó Leia, horrorizada.

Era demasiado parecido al espantoso recuerdo de ver cómo Han quedaba congelado en aquel bloque de negrura...

Anakin estaba a salvo en los brazos de su esposo. Han había clavado la mirada en Waru, y la alegría que había iluminado su rostro tan sólo unos momentos antes estaba convirtiéndose en pena y dolor.

Leia le rozó la mejilla con las puntas de los dedos, y Han bajó la mirada hacia ella.

Leia se volvió hacia la masa hirviente de oro fundido que aprisionaba a Luke.

Y corrió hacia su hermano.

Leia se lanzó sobre la superficie de la esfera dorada y la atravesó.

Se encontró nadando entre una luz dorada con su cabellera desplegándose a su alrededor. Vio a Luke muy lejos de ella, debatiéndose y retorciéndose entre enormes escudos de oro solidificado que ondulaban lentamente. Leia nadó hacia él. Las contorsiones de Luke no parecían estarle sirviendo de nada. Leia recordó el tiempo que Luke había pasado dentro del tanque de regeneración, donde durmió y tuvo pesadillas mientras trataba de escapar sin conseguirlo.

El aliento le ardía en los pulmones. No se atrevía a respirar, pues temía ahogarse en aquella espesa luz color miel; pero no tenía otra elección. Abrió la boca, y la viscosa y cálida radiación introdujo oxígeno en sus pulmones. Leia exhaló y volvió a inspirar. Resultaba bastante agotador, pero por lo menos no se estaba ahogando.

Los escudos dorados se retorcían y bailoteaban entre Leia y Luke. Intentó apartar uno, pero el escudo giró rápidamente hasta dejar encarado su filo hacia ella y la atacó como si fuese una espada. El golpe le desgarró la manga. Leia salió despedida hacia atrás, pero logró impulsarse con una potente patada —apenas podía percibir la gravedad en aquel entorno tan extraño—, y esquivó uno de los escudos. Otro se lanzó velozmente sobre ella, y Leia lo recibió con las botas. Golpeó el escudo con todas sus fuerzas, y lo hizo añicos. Los fragmentos volvieron a desmenuzarse convirtiéndose en pedacitos cada vez más pequeños, y éstos acabaron transformándose en un fino polvillo dorado que desapareció en cuestión de segundos.

Leia se deslizó entre dos placas resplandecientes y logró llegar hasta Luke.

—¡No nos podemos quedar aquí, Chewie! —exclamó Jaina.

—Mamá está ahí abajo, y papá, y el tío Luke... —dijo Jacen. —Tenemos que ayudarles.

Jaina sabía que algo andaba terriblemente mal, pero no conseguía averiguar qué era. Tenía un

espantoso dolor de cabeza.

El gruñido de Chewbacca se convirtió en un grito. Haberse quedado allí fuera no le gustaba en lo más mínimo y además ardía en deseos de entrar en el edificio para poder ayudar, al igual que Jaina y Jacen. Los gemelos tiraban de sus manos y el wookie ya había descendido media pendiente, pero de repente se detuvo en el centro de la cuesta.

«Mamá le ha dejado aquí para protegernos —pensó Jaina—. Para proteger a los niños...»

La cúpula reverberó con un alarido quejumbroso.

—¡Es el wyrwulf del señor Chambelán, Chewie!

El wookie bajó la mirada hacia la pendiente y dejó escapar un resoplido lleno de indecisión.

Otro niño gritó.

—¡Es Lusa! —exclamó Jaina—. ¡Oh, Chewie, por favor...!

Le golpeó la pierna con sus puñitos, dominada por la desesperación e intentando hacerle bajar por la pendiente y convencerle de que debían ir al templo. Chewbacca bajó la mirada hacia ella, y Jaina dejó de darle puñetazos. Se dio cuenta de que le había hecho daño, y se horrorizó al comprender que había estado golpeando a su querido amigo.

—¡Lo siento! ¡Oh, Chewie, lo siento muchísimo! —Jaina deslizó las manos sobre su pelaje y le dio golpecitos, intentando alisarlo alrededor del vendaje—. Pero es Lusa, le están cortando los cuernos... ¡Por favor, Chewie! ¡Tenemos que ir allí!

Jaina logró soltarse y echó a correr.

Chewbacca rugió. Agarró a Jaina y la detuvo. Después la alzó en vilo con una mano, cogió a Jacen con la otra y puso a los gemelos sobre sus hombros, y empezó a bajar por la pendiente moviéndose con una asombrosa velocidad.

Chewbacca pasó por debajo de los arcos y entró en el edificio. Tuvo que abrirse paso a través de una hilera de Guardianes de Hethrir, que bloqueaban la entrada e intentaban rechazar a una multitud que hacía esfuerzos desesperados para huir del auditorio. Aquellas personas llevaban ropas muy elegantes y estaban cubiertas de joyas, y todas gritaban y daban empujones, y parecían dominadas por el pánico. Chewbacca pasó a través de ellas como si no estuvieran allí. Jaina temía lo que pudieran hacer los Guardianes, ¡pero ni siquiera consiguieron activar sus espadas de luz! Jaina tampoco podía utilizar sus capacidades, pero Chewbacca no les tenía ningún miedo. El wookie atravesó la hilera de Guardianes en un instante, y apenas aflojó el paso al hacerlo.

Todo el mundo gritaba, aullaba y corría de un lado a otro. Todos los niños que Hethrir había sacado del mundo artificial estaban allí, y todos lloraban de miedo. No tenían ningún sitio al que huir, pero todos estaban intentando escapar.

Todos..., salvo Lusa. La niña centauroide corría, pero no lo hacía para huir. Lusa se lanzó sobre un Guardián, volvió grupas cuando ya estaba a punto de chocar con él y le golpeó tan fuerte con sus pezuñas traseras que el Guardián cayó al suelo. El Guardián se quedó inmóvil sobre las losas, gimiendo de dolor. El wyrwulf del señor Chambelán corría detrás de Lusa, y se detuvo un momento para lanzar una mirada llena de curiosidad al Guardián.

Jaina dejó escapar una carcajada de alivio y deleite.

—¡Lusa!

El estrépito y la confusión que se habían adueñado del auditorio eran tan ensordecedores que Jaina no estaba segura de que Lusa pudiese oírla, y en realidad ella misma apenas pudo oír su grito.

Chewbacca siguió avanzando sin detenerse. El wookie fue hasta la parte delantera del auditorio, donde Han estaba inmóvil con Anakin en brazos. Los dos se encontraban a salvo, y los dos estaban llorando.

—¡Anakin! —gritó Jaina, sintiéndose llena de alegría—. ¡Papá! —Extendió los brazos desde el hombro de Chewbacca para poder tocar a su padre y asegurarse de que era real—. ¡No llores! No estás muerto... ¡Siempre supe que no habíais muerto! ¿Dónde está mamá? ¿Has visto a mamá? ¿Dónde está el tío Luke?

Tigris estaba inmóvil al lado de su padre, y parecía confuso, triste y muy dolido. La firrerreo se interponía entre él y Hethrir.

La firrerreo se lanzó sobre Hethrir. Sus manos se cerraron sobre su cuello, y Hethrir cayó al

suelo.

Han depositó al pequeño Anakin en los brazos de Chewbacca. —Cuida de los niños —dijo.

Jaina nunca le había oído emplear aquel tono de voz. Su padre la miró y después miró a Jacen, pero la mirada fue tan rápida que ni siquiera duró un segundo.

—Os quiero... —dijo—. Siempre os querré.

Después giró sobre sí mismo, echó a correr y saltó hacia una gigantesca esfera dorada que temblaba sobre el estrado.

Y desapareció debajo de su superficie.

—¡Papá!

Anakin enterró el rostro en el pelaje de Chewbacca y empezó a llorar.

Jaina pensó que la esfera era muy hermosa, y se preguntó si su padre saldría de ella con todo el cuerpo dorado igual que Cetrespeó. Lusa acababa de aparecer junto a Chewbacca.

—¡Jaina! Esto es muy divertido, ¿verdad? Dar coces a los Guardianes es muy divertido...

—¡Oh, cómo me alegra verte! ¡No te han cortado los cuernos! —No, pero iban a entregarme a ese monstruo para que fuese su comida. Ese monstruo come personas, ¿sabes?

—¿Come... personas...? —murmuró Jaina.

Clavó la mirada en la esfera dorada dentro de la que acababa de desaparecer su padre, y de repente creyó saber qué les había ocurrido a su madre y al tío Luke y se horrorizó.

Tigris retrocedió hasta que su espalda chocó con el estrado. La transformación de Waru seguía temblando y agitándose sobre él. Estaba paralizado de estupor. Nunca había esperado volver a ver a su madre. Hethrir le había dicho que estaba muerta. Su madre había sido ejecutada por traicionar al Imperio, por negarse a apoyar la causa del Imperio Renacido..., y Tigris se había alegrado de ello.

Pero su madre había surgido de la nada, y estaba luchando salvajemente con Lord Hethrir delante de sus ojos.

Tigris pensó que debía ayudar a su señor, pero no podía moverse.

Hethrir logró sacar la espada de luz de debajo de su túnica, pero en vez de activarse obedeciendo su orden el arma reaccionó emitiendo un aullido electrónico y un chorro de chispas y ozono. Hethrir masculló una maldición y la arrojó al suelo. La espada de luz giró sobre las losas y acabó chocando con una pared. El impacto hizo que se rompiera, y la energía bruscamente liberada derribó la piedra debajo de ella.

Rillao estaba arañando el rostro de Hethrir. La segunda espada de luz, la más pequeña y ligera, se desprendió del cinturón de Hethrir. Rillao retrocedió de un salto alejándose de Hethrir, y los dos se enfrentaron en silencio, jadeando y sangrando. Rillao hizo una finta y Hethrir se lanzó sobre ella, pero Rillao se agachó esquivando su ataque y agarró la espada de luz que había caído al suelo.

No la activó, y se limitó a guardarla debajo de su túnica. Hethrir aprovechó aquel momento de descuido para saltar sobre su espalda. Rillao se tambaleó. Hethrir empezó a estrangularla con un brazo. Las rodillas de Rillao se fueron doblando poco a poco con un temblor convulsivo, y Hethrir abrió la boca revelando sus afilados y blancos dientes. Iba a hundirlos en la columna vertebral de Rillao y la partiría de un mordisco, dejándola paralizada o matándola...

—¡No! —gritó Tigris.

Agarró la túnica de Hethrir y tiró de ella hasta hacerle retroceder. Los dientes del Lord entrechocaron en un feroz mordisco que sólo consiguió atrapar un poco de aire, y las afiladas puntas desgarraron su propio labio. Rillao logró escapar de su presa y cayó de bruces, jadeando y tosiendo.

—¡Muchacho estúpido! ¡Idiota! Es una traidora...

La sangre chorreaba por el mentón de Hethrir.

—No matéis a mi madre, mi señor, os lo ruego...

Hethrir soltó un bufido de disgusto.

—¡Es una traidora! Traicionó al Imperio... ¡Te traicionó! Rillao estaba intentando ponerse en pie.

—Tú eres el traidor —dijo.

Tigris la fulminó con la mirada.

—¿Cómo osas decirle esas cosas a Lord Hethrir? —preguntó con voz enfurecida.

Rillao contempló en silencio a Tigris con el rostro lleno de tristeza, y después volvió a encararse con Hethrir.

—No has sido capaz de decírselo, ¿verdad, Hethrir?

—¡No pronuncies mi nombre! —gritó Hethrir.

—Te ha traicionado —dijo Rillao volviéndose hacia Tigris. Tigris meneó la cabeza, sintiéndose cada vez más confundido.

—Hethrir es tu padre...

Han nadaba hacia Leia y Luke, debatiéndose frenéticamente a través de aquella claridad extrañamente espesa. Siguió nadando durante una eternidad hasta que no le quedó ni un solo músculo que no estuviera desgarrado por el dolor.

Waru era mucho más grande por dentro que por fuera. La circulación de la criatura formaba un remolino que giraba alrededor de un punto de oscuridad central, creando una estructura muy parecida al agujero negro y su disco de acreción.

Han se preguntó si el agujero negro podía ser una puerta que diera acceso a otro universo. «¿Será de ahí de donde ha venido Waru?», pensó.

Nada podía escapar de la gravedad del agujero negro, pero la singularidad distorsionaba el tiempo y el espacio a su alrededor.

Pero todo aquello carecía de importancia. Lo único que importaba era llegar hasta Leia y Luke. Los hermanos nadaban espalda contra espalda, y esquivaban los ataques de criaturas que tan pronto parecían hojas de cuchillo como esbeltos y veloces depredadores con la piel de oro fundido. Han se abrió paso a través del círculo de atacantes, y su loca embestida tuvo éxito porque los depredadores de Waru estaban tan concentrados en la presa que se agitaba en el centro de su círculo que no se habían percatado de su presencia.

¡Han!

Los dedos cálidos y suaves de Leia se cerraron sobre los suyos, y Han se fundió en un círculo con su amada y su amigo. Los tres siguieron nadando espalda contra espalda, retorciéndose, luchando y dando patadas.

El torbellino tiraba de ellos en una veloz rotación que se iba dirigiendo hacia el punto de oscuridad absoluta.

—¡Nadad! —gritó Han.

Sabía que si rozaban aquella oscuridad estarían condenados para siempre. «¿Cómo lo sabes? —Se preguntó, y enseguida se respondió a sí mismo sin la más mínima vacilación—. No lo sé, sólo sé lo que sé...»

Creyó poder oír las voces de los fantasmas de las criaturas a las que Waru había matado.

Han movió los pies en una violenta patada de natación. Intentó impulsarse lejos del centro llevándose consigo a Luke y Leia, y se debatió en una frenética contorsión para salir del torbellino y volver a la piel fundida de Waru. Leia se unió a sus esfuerzos.

Pero Luke estaba flotando entre ellos, extrañamente inmóvil, y el peso muerto de su cuerpo impidió que pudieran escapar del remolino.

—Entrégate a mí, Skywalker —dijo Waru—. Te mostraré cosas increíbles... Te abriré al poder más grande que puedas imaginar..

Luke se separó del círculo y empezó a alejarse hacia la trampa de Waru.

—¡Está mintiendo! —gritó Leia.

Podía sentir cómo su hermano empezaba a caer. Luke estaba tirando de ella, y la tentaba para que cediese con él.

Luke se le escapó de entre los dedos, y Leia nadó en pos de él. El torbellino seguía atrayendo sus cuerpos, y se hundían un poco más cada momento que pasaba.

—Es la verdad —dijo Waru—. Yo soy la verdad.

El cántico de sirena de Waru calmó los temores de Leia. Sus de dos resbalaron entre los de Han hasta que dejaron de tocarse, y la luz dorada la cegó cuando intentó volver a encontrarle.

El torbellino le cogió la mano.

Capítulo 13.

Jaina estaba sentada sobre el hombro de Chewbacca con Jacen a su lado. Chewie mantenía al pequeño Anakin pegado a su pecho con un brazo, y usó su mano libre para agarrar a un Guardián por el pescuezo y sacudirle salvajemente. El Guardián aferró su espada de luz, pero Jaina no tenía ningún miedo del arma. Sabía que la espada de luz estallaría en cuanto el Guardián intentara activarla. El Guardián lo intentó y la espada de luz quedó envuelta en chispas y le quemó la mano, y después estalló y esparció los fragmentos de sus componentes por el suelo. Jaina se alegró.

Chewbacca volvió a sacudirle.

—¡Me rindo! —chilló el Guardián—. Para, por favor... —Chewbacca volvió a sacudirle y le soltó. El Guardián se hizo un ovillo en el suelo.

Todos los niños corrían de un lado a otro gritando 'y chillando, agarrándose a las piernas de los Guardianes o mordiéndoles, poniéndoles la zancadilla y huyendo antes de que pudieran reaccionar. Lusa y el wyrwulf del señor Chambelán actuaban en equipo, y se estaban divirtiendo enormemente con ellos. Lusa se lanzaba a la carga y volvía grupas para cocear, mientras el wyrwulf se agazapaba detrás de las rodillas del Guardián. El Guardián retrocedía y caía encima del wyrwulf. Lusa reía, el wyrwulf soltaba un aullido y los dos se alejaban corriendo.

Si el Guardián no retrocedía, Lusa se encargaba de tirarle al suelo con sus cascos. A veces coceaba incluso cuando no era realmente necesario que lo hiciera.

Los Guardianes habían llevado unos cuantos invitados a un rincón del auditorio. Jaina no sabía por qué estaban intentando impedir que los invitados salieran del edificio. Quizá Hethrir quería utilizarlos para alimentar al monstruo dorado. Muchos invitados habían escapado, dejando a los niños en el auditorio.

Los Guardianes podrían haber escapado si hubieran permitido que los invitados huyeran, e incluso podrían haber vencido ya que su número era muy superior al de los amigos de Jaina. Pero no podían utilizar sus espadas de luz y no tenían a Hethrir para que les dijera lo que debían hacer, y eso hacía que estuvieran perdidos.

Chewbacca agarró a otro Guardián, lo sacudió y dejó que cayera al suelo. El Guardián intentó levantarse y Chewie volvió a cogerle, lo sacudió y extendió el brazo hasta que el Guardián quedó suspendido a un par de metros de altura antes de soltarle. El Guardián cayó al suelo y se quedó inmóvil.

La mujer que había bajado por la pendiente con su padre y el tío Luke dejó que unos cuantos Guardianes se lanzaran sobre ella, y después se agachó ágilmente y esquivó su ataque. Los Guardianes chocaron unos con otros, y la mujer agarró sus brazos, los retorció e hizo que los Guardianes cayeran al suelo. Después les desgarró las mangas hasta los codos y les ató los brazos a la espalda, y luego desgarró las perneras de sus pantalones hasta media pierna y usó los trozos de tela para atarles las rodillas.

Chewbacca y la amiga de su padre avanzaron hacia los dos últimos Guardianes que quedaban en pie. Los Guardianes enarbolaron las empuñaduras de sus inservibles espadas de luz. Jaina se alegró de que los Guardianes no pudieran utilizar sus espadas de luz en aquel lugar tan extraño, pero también lo lamentaba porque eso quería decir que ella no podía hacer nada para ayudar en la pelea.

«¡Ojalá tuviera cuatro patas y pezuñas como Lusa! —pensó—. O unos colmillos enormes como el wyrwulf del señor Chambelán...»

Los dos últimos Guardianes soltaron sus espadas de luz y cayeron de rodillas.

La amiga de su padre se inclinó para atarles. Jaina se dejó resbalar por la espalda de Chewbacca agarrándose a su pelaje hasta llegar al suelo, y corrió hacia Lusa y la abrazó. Lusa se inclinó y abrazó a Jaina, y frotó la coronilla de Jaina con su frente y sus cuernos. Los cuernos de Lusa ya se habían abierto paso a través del terciopelo. En vez de ser unas suaves protuberancias recubiertas de pelitos rojos, los nuevos cuernos de Lusa eran transparentes y tan duros como el diamante, y Jaina sintió el liso frescor del pequeño surco que corría en espiral a lo largo de ellos.

—Gracias, Jaina —murmuró Lusa—. Gracias, gracias... Jaina se echó a llorar.

Unos cuantos invitados estaban intentando escapar sigilosamente del rincón en el que

habían sido retenidos por los Guardianes. Chewbacca gruñó, y los invitados se apresuraron a quedarse quietos.

Pero el rugido de Chewbacca no asustó en lo más mínimo a los niños, y todos se apelotonaron a su alrededor. Jaina vio que la amiga de su padre también estaba allí.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó a Chewbacca—. He cambiado, pero soy Xaverri.

El wookiee dejó escapar un resoplido de sorpresa, y después puso suavemente una de sus enormes manos sobre su hombro. Xaverri le dio unas palmaditas en la muñeca.

—Papá... —gimoteó Anakin—. ¡Vuelve, papá!

Todos se volvieron hacia la esfera de oro fundido. Anakin extendió las manos hacia la superficie resplandeciente.

No había ni rastro de sus padres ni del tío Luke.

—¡Tenemos que rescatarlos! —gritó Jaina.

Echó a correr hacia la esfera dorada. Lusa se apresuró a seguirla. Chewbacca lanzó un rugido de preocupación. Corrió detrás de

Jaina y la cogió en brazos. Jaina se debatió, pero Chewbacca la abrazó y Jaina pegó el rostro a su áspero pelaje y se echó a llorar. —¿Qué vamos a hacer, Chewie?

El wookiee se volvió hacia el estrado y rugió.

—¡Papá! ¡Mamá! —volvió a gritar Anakin.

¡Tío Luke! —gritaron Jaina y Jacen—. ¡Mamá! ¡Papá! —¡Solo! —gritó Xaverri.

Lusa se unió a sus gritos, y el wyrwulf volvió a aullar. Los otros niños se fueron acercando, se sentaron a los pies de Chewbacca y también empezaron a gritar.

Tigris contemplaba a Hethrir con los ojos llenos de perplejidad y confusión.

¿Mi padre...?

—Es una traidora y una mentirosa —dijo Hethrir— ¿Qué esperas de alguien que es capaz de faltar a su juramento al Imperio y a los que hizo ante Lord Vader... y ante mí?

¿Y qué hay de lo que tú me juraste? —preguntó Rillao con tristeza.

—Perdiste cualquier derecho a...

Tigris comprendió que su madre estaba diciendo la verdad. Hethrir había sido sorprendido en flagrante delito de mentira. Tigris nunca le había visto titubear y quedarse sin palabras.

—¿Tanto te decepcioné que no pudiste reconocer a nuestro hijo? —preguntó Rillao.

—Nuestro hijo no merecía que le reconociese —replicó Hethrir, y en su voz sólo había desprecio—. Nunca podrá heredar mi legado. Es un niño normal y corriente.

El rostro de Tigris estaba ardiendo de humillación.

Hethrir dio la espalda a Rillao y a Tigris, y saltó al estrado.

—¡Ha llegado el momento, Waru! Ya tienes a Skywalker... ¡Cumple la promesa que me hiciste! ¡Hazme omnipotente!

Tigris intentó seguirle, pero Rillao le rodeó con sus brazos y le detuvo.

—¡Suéltame!

—¡No merece tu lealtad! ¡No merece que des tu vida por él!

Han estaba haciendo esfuerzos desesperados para que la mano de Leia no se le escurriera entre los dedos, y seguía nadando frenéticamente para escapar del torbellino.

—¡Nada! —gritó—. Por favor, Leia... ¡Te quiero! ¡Nada!

Pero Leia ya había sido capturada por las promesas de Waru y por la fascinación de Luke. Los dedos de su esposa resbalaron entre los suyos. Su hermosa cabellera onduló a su alrededor ocultándola como una capa, y Leia empezó a descender hacia la claridad dorada.

—¡Leía!

Han se lanzó detrás de ella, y fue bajando hacia la gélida oscuridad.

Leia flotaba en la canción de sirena de las promesas de Waru. La melodía hizo que olvidara la voz que gritaba su nombre detrás de ella. Siguió a Luke hacia...

—¿Mamá, papá, tío Luke!

Leia titubeó. El torbellino tiró de ella, impulsándola hacia abajo en una veloz trayectoria espiral. Leia intentó recordar qué significaban aquellas palabras, y empezó a moverse más despacio. Dio unas cuantas brazadas vacilantes mientras las promesas que Waru le enviaba sin necesidad de hablar seguían tirando de ella.

¡Mamá! ¡Vuelve, mamá!

Leia se acordó de la voz de Jacen, y recordó la alegría que había sentido cuando el niño le besaba la mejilla, y el asombro y el deleite que había experimentado a medida que él y Jaina crecían, cambiaban y aprendían cosas nuevas.

—¡Mamá!

Y se acordó de cómo brillaba el espíritu de Anakin.

Leia se quedó inmóvil y empezó a girar sobre sí misma. La luz dorada resplandecía debajo de ella, y su peso impalpable caía desde las alturas intentando llevarla hasta las profundidades.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Tío Luke!

El rugido de Chewbacca envolvió a las voces de los niños y permitió que se abrieran paso a través de la luz.

Luke titubeó por debajo de ella e interrumpió durante un momento su veloz descenso hacia el abismo. Ya estaba muy cerca del punto de oscuridad. Si llegaba a tocarlo, nunca podría escapar y sería destruido.

—Luke... —murmuró Leia—. Tenemos que volver, Luke.

Han apareció junto a ella, una silueta resplandeciente envuelta en la cegadora claridad de Waru, y le cogió la mano.

—¡Luke!

—Entregádmelo —dijo Waru—. Dejad que se quede aquí y os liberaré.

—¡No! —gritó Leia—. Devuélvenos a Luke... ¿Por qué quieres quedarte con él?

—Puede ayudarme a volver a mi hogar. —La voz de Waru se suavizó—. ¿No vais a ayudarme? Tú sabes lo que es echar de menos tu hogar y soñar con el regreso... Puedo percibirlo. Llevo tanto tiempo lejos de él...

La voz de Waru estaba tan llena de tristeza que Leia dejó que la corriente tirase de ella y la acercara un poco más a la oscuridad.

—¿Cómo podemos ayudarte?

—¡Leia! —Han estaba intentando obligarla a retroceder—. ¡No le escuches!

—Su poder puede ayudarme a abrir una puerta...

Luke alzó la cabeza. Sus ojos estaban vacíos de toda expresión. Leia dejó escapar una exclamación ahogada. Apenas reconocía a su hermano.

Sabía que tratar de ayudar a Waru significaría la destrucción para su hermano. Leia intentó llegar hasta él para sacarle del torbellino, y Luke se resistió frenéticamente.

La oscuridad se abrió y se expandió, y los brazos de negrura se estiraron y giraron ávidamente junto a los pies de Luke. —¡Tío Luke! —gritó Jaina.

Luke se estremeció. Cerró los ojos y meneó la cabeza.

Cuando volvió a abrir los ojos parecía confuso y sorprendido, pero volvía a ser Luke.

—¿Dónde...? ¿Qué...?

—¡Ven con nosotros! —gritó Leia.

Luke movió los pies y se impulsó hacia arriba con todas sus energías. Leia y Han tiraron de él.

Lograron escapar de la negrura nocturna cuando ya estaba a punto de caer sobre ellos. Leia abrazó a Luke y dejó escapar un suspiro de alivio.

Huyeron de la noche que avanzaba velozmente en su persecución y se abrieron paso a través de la iluminación de Waru. El torbellino estalló en un sinfín de remolinos caóticos y espirales erráticas, y las corrientes que produjo hicieron que Leia se bamboleara de un lado a otro mientras huía.

Extendió los brazos hacia la superficie dorada que temblaba en una continua agitación iridiscente. Las puntas de sus dedos la tocaron, se abrieron paso a través de ella y rozaron el aire.

Leia cayó sobre el estrado y tiró de Luke y Han con un último y desesperado esfuerzo. Se quedó inmóvil, jadeando y tosiendo, e intentó recobrar el aliento. Después se levantó y bajó del estrado, medio resbalando y medio cayendo. Sólo podía pensar en una cosa, y era en lo mucho que deseaba alejarse de Waru para que no pudiera volver a tocarla. Luke se había derrumbado junto a ella, y Leia ayudó a Han a sacar su cuerpo flácido e inmóvil del altar.

Jaina, Jacen y Anakin corrieron hacia el estrado y se lanzaron sobre ella. Leia se arrodilló para abrazar a sus hijos, y las lágrimas corrieron por su rostro. Chewbacca se alzó sobre ella.

Han cogió en brazos al pequeño Anakin, y Luke hizo lo mismo con Jaina. Leia se puso en pie sin dejar de abrazar a Jacen, y Chewbacca los rodeó a todos con los brazos.

Los niños estaban a salvo.

La voz de Waru hizo temblar el auditorio.

—No has cumplido tu promesa, Hethrir. No me entregaste al niño. No me entregaste al Jedi. No te debo nada... Tengo hambre, Hethrir. Tengo hambre y estoy solo y me muero, y quiero volver a casa.

—¡No! —gritó Hethrir, aterrorizado.

La superficie dorada se expandió en un movimiento tan veloz como el de una serpiente que se lanza al ataque. La ola cayó sobre Hethrir y envolvió su cuerpo.

Hethrir desapareció, y no dejó detrás de él nada salvo un último alarido.

Y entonces ocurrió algo. Los niños gritaron. Lusa dio un gran salto. Rillao se encogió sobre sí misma y Luke gimió, y Leia creyó oír cómo un gong colosal resonaba dentro de su cabeza. Fue como si la Fuerza hubiese desaparecido del universo durante un momento.

La sensación se desvaneció. Leia se había quedado sin aliento y temblaba.

Tigris, que no había sido afectado y no había percibido las alteraciones que habían vibrado a su alrededor desgarrando la textura del espacio y del tiempo, se soltó de los brazos de Rillao y subió de un salto al estrado. Rillao se lanzó sobre él y consiguió agarrarle por un tobillo, y se aferró a él con tenaz desesperación. Xaverri corrió en su ayuda.

—¡Suéltame!

Tigris se debatía frenéticamente, y Rillao estaba tan afectada que no podía sujetarle. El muchacho logró soltarse en el mismo instante en que Xaverri extendía las manos hacia él.

Rillao lanzó un grito de desesperación.

Tigris saltó sobre el caparazón dorado de Waru.

La superficie dorada pareció ceder, pero volvió a tensarse con una increíble elasticidad. Tigris rebotó en ella y salió despedido. El caparazón dorado de Waru tembló, y todo el auditorio vibró con una reverberación musical tan lenta y grave como la de una gigantesca campana. Tigris cayó del estrado.

La reverberación se fue desvaneciendo lentamente.

El silencio se adueñó del auditorio, roto únicamente por los sollozos ahogados de Tigris.

El caparazón dorado de Waru se solidificó.

Después empezó a contraerse.

Rillao y Xaverri bajaron a Tigris del estrado.

Tigris, mi queridísimo hijo... —murmuró Rillao.

—¡No me toques! —rugió Tigris. No pronuncies mi nombre... ¡No quiero oírte pronunciar nunca!

Dio unos cuantos pasos tambaleantes y se detuvo, temblando y con los hombros encorvados.

—¿Mamá! —murmuró Jaina.

—Estoy bien, cariño.

Leia se volvió hacia Han, le miró a los ojos y sonrió. Abrazó a Jacen mientras le sostenía con un brazo y rozó el rostro de Luke con su mano libre, y después apretó suavemente el brazo de Chewbacca, que había encerrado a todos sus amigos humanos, su Familia del Honor, en un inmenso abrazo protector.

—Todos estamos bien —dijo Leia—. Volvamos a casa.

Jaina contempló el auditorio desde el hombro del tío Luke.

—¡Todos los Guardianes han escapado! —exclamó—. ¡Y los demás también se han ido!

Los invitados huyeron en cuanto vieron que los Guardianes estaban atados. Xaverri había utilizado sus uniformes para atarles, pero los Guardianes se habían retorcido frenéticamente hasta que lograron desgarrar la tela, y se habían ido desatando los unos a los otros. Todos habían huido. El suelo estaba cubierto de trocitos de uniformes azules y fragmentos de las empuñaduras inservibles de las espadas de luz.

Pero Jaina se equivocaba, porque no todos los Guardianes habían huido. Aún quedaba uno, el que acababa de ser ascendido. Nadie se había tomado la molestia de desatarle, y no había podido soltarse. Todavía estaba debatiéndose, pero no conseguía deshacer los nudos de su

uniforme.

—Tendríamos que ir detrás de ellos —dijo Han.

—Sin Hethrir ya no son ninguna amenaza —replicó Xaverri—. Los que deben preocuparte son los que Hethrir infiltró en la República... —Xaverri sonrió con melancolía—. Pero sospecho que no tardarán en quedarse sin trabajo.

—Nos ocuparemos de ellos —dijo Han. Parecía estar muy enfadado—. ¡Y los invitados, esos malditos traficantes de esclavos...! ¡Todos tendrían que estar entre rejas!

—Te diré dónde puedes encontrarles —replicó Xaverri—. No tardaré mucho en hacerlo, Solo, pero antes debo ocuparme de ellos. Y tú tienes que terminar una labor muy importante: debes devolver estos niños a sus hogares. —Su sonrisa se desvaneció—. Estos niños todavía tienen hogares... —añadió, y le temblaba la voz.

—Xaverri... —empezó a decir Han.

—Adiós, Solo. —Xaverri se volvió hacia Leia—. Adiós, princesa Leia. Me alegra haberte conocido.

—Adiós —dijo Leia—. Y muchas gracias, Xaverri.

—Adiós, Xaverri —dijo Han.

Xaverri se alejó sin decir ni una palabra más, y fue subiendo poco a poco por la suave pendiente del pasillo. Se detuvo el tiempo suficiente para dejar en libertad al último Guardián y arrojar lejos su espada de luz, y después salió del auditorio sin haber mirado hacia atrás.

El Guardián se levantó. Su uniforme desgarrado y la ausencia de los brazos y las perneras le daban un aspecto tan extraño y ridículo que Jaina se echó a reír. El Guardián la fulminó con la mirada, pero no podía hacer nada. Volvió la cabeza hacia su espada de luz, pero estaba demasiado asustado para tratar de recuperarla. El Guardián huyó en una torpe carrera tambaleante.

La esfera dorada se había contraído hasta alcanzar el tamaño de un balón. Hethrir debía de estar aplastado dentro de ella. Jaina por fin se sintió a salvo.

Por primera vez en mucho —demasiado— tiempo, Leia ya no tenía que temer por nadie. Estaba preocupada por Rillao y Tigris, que seguían estando separados por las mentiras de Hethrir a pesar de haberse reunido al fin; pero ya había quedado libre de las garras del miedo.

—Volvamos a casa. —Han contempló la pequeña esfera que había sido Waru—. Este sitio me da escalofríos.

—Pues a mí me da dolor de cabeza —dijo Rillao—. Este sistema no me gusta nada. Todo está... revuelto, y nada encaja con nada.

Leia fue hacia su hermano. Dejó a Jacen en el suelo y extendió las manos hacia Jaina, que seguía sobre los hombros de Luke.

—Baja, cariño —le dijo—. Tu tío Luke está muy cansado.

Jaina se lanzó a las manos de Leia y la abrazó con todas sus fuerzas, y después bajó de un salto y rodeó la cintura de Luke con sus brazos.

—¡Puedes apoyarte en mí, tío Luke! —dijo.

Luke tenía el rostro grisáceo a causa de la fatiga y el dolor. —Gracias, Jaina —dijo.

Su mirada volvía una y otra vez a la esfera en que se había convertido Waru.

—¿Qué quería de nosotros? —preguntó Leia.

«Waru le habló en susurros —pensó—. Habló con Luke, y le dijo cosas y..., y le tentó...»

—Se había perdido —respondió Luke con los ojos clavados en la nada—. Sólo podía obtener energía aniquilando la Fuerza de nuestro universo con la anti-Fuerza del suyo.

—Y Waru entraba en contacto con la Fuerza... —dijo Leia, horrorizada.

—Sí. A través de las personas..., destruyéndolas.

—Lusa dijo que se comía a la gente —intervino Jaina. El niño ithoriano... —murmuró Han. Luke asintió.

—Pero Waru no siempre mataba a sus víctimas —siguió diciendo—. A veces... Cuando estaba saciado devolvía el poder. Era realmente capaz de curar, o de dar nuevas energías. Eso es lo que les ocurría a los Guardianes de Hethrir si sobrevivían..., si llegaban a renacer. Y eso es lo que Hethrir deseaba para sí mismo. Quería que su conexión con la Fuerza fuese mejorada y refinada. Es una..., una oferta muy tentadora. —Luke meneó la cabeza como si estuviera intentando expulsar un recuerdo de su mente—. Hethrir tenía que saciar a Waru antes de

correr ese inmenso riesgo. Necesitaba a alguien más fuerte que él, alguien que fuese una ofrenda más apetecible para Waru que él..., pero que pudiera ser controlado por Hethrir.

—Anakin —murmuró Leia.

Han alisó la negra cabellera del pequeño y lo estrechó contra su pecho en un gesto instintivo de protección.

—¡Anakin quiere bajar! —chilló Anakin.

Han bajó al pequeño de mala gana. Anakin fue corriendo hasta Luke y alzó la mirada hacia él.

—A Waru le daba igual lo que Hethrir pudiera querer de él —siguió explicando Luke—. Waru necesitaba acumular el poder suficiente para abrir un sendero a través del espacio-tiempo y así poder volver a su universo. Como un electrón y un positrón. Haz que entren en contacto, y... —Luke dio una palmada—. Aniquilación, una cantidad de energía totalmente inimaginable. —Cerró los ojos—. Hethrir pensó que podría tener acceso a una parte de ese poder. Y... Y por un momento yo también lo pensé.

—¿Se ha ido para siempre? preguntó Han.

Luke asintió.

—Y Hethrir también se ha ido con él. Waru quería volver a casa. Leia no consiguió sentir la más mínima simpatía por Waru. Luke rodeó con los brazos a Jaina, Jacen y Anakin, y besó a cada niño en la frente.

—Gracias por haberme llamado y por haberme hecho volver, jóvenes Caballeros Jedi.

—De nada, tío Luke —dijeron los niños a coro.

¡Eh! —protestó Han—. ¿Y qué pasa con Leia y con un servidor? ¿Es que no hicimos nada?

Luke abrazó a los niños y sonrió.

Leia y Chewbacca fueron reuniendo a los niños robados. Rillao rodeó a Tigris con su brazo, y Tigris se lo quitó de encima con un irritado encogimiento de hombros. Intentó coger la esfera de oro que había sido Waru, pero no pudo levantarla y no consiguió moverla ni un milímetro. Tigris salió corriendo del auditorio, y Rillao se quedó inmóvil y se limitó a verle marchar en silencio. Leia le cogió la mano y se la apretó suavemente, esperando que el contacto consolara un poco a la firrerreo.

—Oh, Lelila —dijo Rillao—. Mi pobre hijo...

—Dale tiempo.

—Sí. Y paz, si es que podemos encontrarla.

—Te ayudaré —dijo Leia—. Luke también puede ayudarte...

—¡No! —Rillao le cogió la mano y se la apretó mientras clavaba la mirada en sus ojos—. Tigris ha pasado demasiado tiempo bajo la influencia de Hethrir, y no es capaz de contrarrestarla. Hay que darle tiempo para que pueda encontrarse a sí mismo sin más interferencias... Si vuelve a mí, debe hacerlo por su propia voluntad y porque así lo desee.

Leia percibió el temor y la preocupación que impregnaban la voz de Rillao, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Conozco un lugar en el que podréis descansar, pensar, hablar y jugar... Es un lugar lleno de paz y un magnífico refugio, y podéis utilizarlo durante todo el tiempo que os haga falta.

Rillao se tensó. Su pueblo no estaba acostumbrado a aceptar la caridad, o ni siquiera la simpatía. Leia temía que Rillao respondiera gruñendo un «¿Quién te ha pedido tu ayuda?» y se alejara sin mirar hacia atrás.

—¡Mi familia ha contraído una deuda tan grande contigo...! —se apresuró a exclamar, y era totalmente sincera—. Siempre estaremos en deuda contigo, firrerreo... —Leia comprendió que nunca volvería a pronunciar el nombre de Rillao en público, y supo que nunca volvería a emplear el poder que eso le daba sobre ella—. Deja que pague una pequeña parte de esa deuda... Por favor, firrerreo...

Rillao titubeó durante unos momentos.

—Lo acepto, Lelila —dijo por fin.

Rillao volvió la mirada hacia el altar. La esfera se había contraído hasta quedar reducida a la mitad de su tamaño original, y el proceso se repitió y volvió a repetirse. Cada contracción duraba un poco menos que la anterior. La esfera se volvió del tamaño de una naranja, un huevo, una canica. Sus contornos se hicieron borrosos.

Un grano de arena dorada yacía inmóvil en el centro del estrado. El grano desapareció con un cegador destello de energía acompañado por el *jpop!* del aire que se apresuró a llenar el vacío.

Rillao se estremeció y dio la espalda al estrado.

—Ven conmigo —dijo Leia.

—Muy bien, Lelila.

Salieron juntas a la luz de la estrella de cristal.

Tigris había subido corriendo hasta la mitad de la pendiente y se había detenido allí. El muchacho se sentó en el suelo dándoles la espalda e inclinó la cabeza. Rillao le observó sin tratar de acercarse a él. Leia pasó por debajo del arco de acceso al templo de Waru, y el calor y la cegadora luz estelar cayeron sobre ella. Estaba tan agotada que le temblaban las rodillas, y se sentó en el suelo. Jacen corrió hacia ella, visiblemente preocupado, y se le puso en el regazo. Leia abrazó al niño y deslizó una mano por los rebeldes mechones de su cabellera tratando de alisarlos. Rillao se había sentado sobre los talones al lado de ellos, y no apartaba la mirada de su hijo.

Leia pensó que el cielo que se extendía más allá de la cúpula era realmente asombroso. La estrella de cristal orbitaba el agujero negro acercándose cada vez más y más a él, y se abría paso a través del torbellino resplandeciente. La tensión gravitatoria estaba haciéndola pedazos. El agujero negro arrancó una hilacha de reluciente materia estelar de la superficie de la enana y la lanzó hacia el disco de acreción, cuyo llamear se estaba volviendo cada vez más cegador. Leia tuvo que desviar la mirada antes de que la deslumbrara.

El wyrwulf del señor Chambelán se arrojó a sus pies y la contempló con sus enormes ojos dorados mientras jadeaba rítmicamente.

Libres por primera vez en Leia no sabía cuánto tiempo, los niños robados corrían, gritaban y jugaban. Lusa hizo una cabriola, saltando hasta una gran altura y dando una coz con las patas traseras antes de volver a caer al suelo.

Han se sentó detrás de Leia.

—¿Te encuentras bien?

Leia asintió. Estaba demasiado cansada para poder hablar.

Jaina se había instalado en su regazo al lado de Jacen. Anakin se apresuró a venir corriendo y se pegó a su hermano y su hermana. Leia rodeó a los niños con sus brazos. Han deslizó un brazo alrededor de los cuatro, y acarició la cabellera de Leia. Leia se apoyó en su esposo, y agradeció el calor y la fuerza de Han con un suspiro de alivio.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo Han—, pero antes tenemos que encontrar a Cetrespeó.

—Y a Erredós —dijo Leia.

--Vaya, quizá tendrías que haber hablado de ellos antes... —dijo Luke.

Cetrespeó y Erredós acababan de aparecer en el sendero y estaban bajando por él. Erredós rodaba a toda velocidad, y Cetrespeó caminaba todo lo deprisa que podía hacerlo.

—¡Ama Leia! ¡Amo Luke, amo Han!

—¡Señor Trespi!

Anakin se levantó de un salto, corrió hacia Cetrespeó y le rodeó una pierna con sus bracitos.

—¡Amo Anakin! —exclamó Cetrespeó—. ¡Oh, cómo me alegra ver que se encuentra bien!

Anakin se instaló sobre el pie de Cetrespeó para volver con Leia, y se dedicó a lanzar chillidos de placer durante todo el trayecto.

Los dos androides empezaron a ir un poco más despacio en cuanto vieron a Tigris, pero el joven no reaccionó ante su presencia. Erredós pasó rodando junto a él, y Cetrespeó le lanzó una mirada llena de curiosidad mientras pasaba a su lado.

Anakin saltó del pie de Erredós y corrió hacia Tigris. Agarró un pliegue de la sucia túnica de Tigris y empezó a tirar de él para llevarle hacia los demás. Tigris se encogió de hombros y arrancó el pliegue de la túnica de entre los dedos de Anakin.

El wyrwulf del señor Chambelán trotó detrás de Anakin. La gruesa cadena unida a su collar rebotaba en el suelo con un tintineo metálico.

Cetrespeó se detuvo delante de Han y Leia.

¡Debemos apresurarnos, amo Han! —exclamó.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Han—. ¿Y qué te ha ocurrido?

—Un hombre muy extraño... Iba acompañado por ese chico, ¿sabe? —Cetrespeó señaló a Tigris—. ¡Bien, pues el amo Anakin estaba con él! Cuando le solicité una explicación, ¡ese hombre me atacó! ¡Me golpeó con una espada de luz! Quedé totalmente incapacitado, por supuesto. ¡Tuve mucha suerte al no acabar desmembrado! Amo Luke, si las personas a las que está buscando son como ese hombre, ¡le suplico que no intente encontrar a ninguna de ellas!

—No te preocupes, Cetrespeó —dijo Luke.

¡Me encerraron! Erredós me encontró, y resucitó mis circuitos...

Erredós dejó escapar un enfático trino electrónico.

—¡Pero no hay tiempo para eso! —exclamó Cetrespeó—. ¡Erredós ha hecho un descubrimiento ominoso!

—No estoy muy seguro de que podamos aguantar otro descubrimiento ominoso —dijo Han con despreocupación—. ¿No podría esperar hasta después de la cena?

—Me temo que no, señor. La enana blanca se ha enfriado lo suficiente para convertirse en un cristal cuántico perfecto. Es algo muy raro... ¡Único, que yo sepa! A medida que el agujero negro vaya incrementando la amplitud de su resonancia...

—¿La estrella de cristal se halla en fase de resonancia? —¿Cómo ha dicho, amo Luke?

—Te he preguntado que si la estrella de cristal se halla en fase de resonancia.

—Por supuesto que sí, señor... Creo que es lo que acabo de decir, ¿no? Las resonancias desestabilizan su órbita. La estrella de cristal corre el peligro de caer dentro del agujero negro en cualquier momento.

Cetrespeó hizo una pausa para asegurarse de que todo el mundo sabía lo que significaba aquello.

Todo el mundo lo sabía.

El androide dorado decidió seguir hablando y explicarlo a pesar de todo.

—Cuando eso ocurra... La violencia de la explosión, la densidad del flujo de rayos X... Ningún ser vivo podrá sobrevivir, ya sea biológico o mecánico.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Han —Lamento tener que decir que las posibilidades nunca son totalmente calculables —respondió Cetrespeó.

Erredós lanzó un silbido apremiante.

—Creo que también lo he dejado lo suficientemente claro, Erredós —replicó Cetrespeó—. Todo el mundo ha comprendido que no disponemos de mucho tiempo.

Leia bajó a Jaina y Jacen de su regazo y se levantó de un salto.

—¡Niños! —gritó—. ¡Venid, deprisa! ¡Es hora de volver a casa!

Ni uno solo de los niños robados suplicó que se le permitiera seguir corriendo y jugando un ratito más e incluso Lusa, que había estado galopando alrededor del templo de Waru y acababa de dejar atrás a Leia y se disponía a iniciar otra vuelta, se detuvo nada más oír la gritar. La niña-centauroide agitó las patas y golpeó el suelo con sus pezuñas, pero no se movió del sitio.

—¡Casa! —exclamó—. ¡Casa!

Los niños robados empezaron a subir por la ladera guiados por Chewbacca, Erredós y Cetrespeó. Chewbacca parecía haberse convertido en un montón de niños, porque transportaba a muchos de ellos a la espalda y en brazos. Dos de los más pequeños viajaban sobre sus pies, agarrándose a su pelaje y lanzando chillidos de placer a cada zancada que daba el wookie. Los otros niños intentaban mantenerse lo más cerca posible de Chewbacca.

—Vamos, cariño —dijo Han volviéndose hacia Leia.

Se cogieron de la mano y fueron hacia el sendero de la colina. Rillao, Luke y los gemelos les siguieron.

Ya estaban cerca de Tigris y Anakin cuando Tigris se incorporó y le quitó el collar y la cadena al wyrwulf del señor Chambelán. Después los arrojó lo más lejos posible.

El wyrwulf del señor Chambelán se sentó sobre sus cuartos traseros y se rascó enérgicamente el cuello con todas las garras de sus patas centrales.

Rillao se detuvo a unos cuantos pasos de Tigris.

—Debemos irnos, hijo mío —le dijo con dulzura.
Tigris la fulminó con la mirada.
—No.
—Este sistema no tardará en morir.
—¡Me da igual!
Leia se reunió con ellos.
—Entonces no importa que vengas con nosotros o no —dijo—, así que no veo por qué no puedes venir.
Tigris le lanzó una mirada interrogativa.
—¡Tigris viene casa! —exigió Anakin.
Tigris puso una mano sobre la rizada cabellera negra del pequeño.
—No tengo casa, pequeño.
—¡Galletas!
Anakin le cogió de la mano y empezó a tirar.
Tigris alzó la cabeza y miró a su madre a los ojos.
—No me robaste la Fuerza, ¿verdad?
No, cariño —murmuró Rillao.
—Nunca tuve la más mínima capacidad, ¿verdad?
Rillao meneó la cabeza en una negativa llena de tristeza.
—¡Eh, un momento! —exclamó Han—. Le salvaste la vida a mi hijo, chico. De acuerdo, tal vez no puedes utilizar la Fuerza... ¿Y qué? Yo tampoco puedo hacerlo, y eso nunca ha sido un problema para mí.
—¿Quién eres? —preguntó Tigris.
Han rió y puso cara de sorpresa.
—¡Vaya, puede que mi disfraz sea mejor de lo que pensaba! Soy Han Solo.
—Se me enseñó que debía odiarte —dijo Tigris—. Igual que se me enseñó que debía odiar a mi madre... —añadió con voz pensativa.
—Oh, lo siento —dijo Han con auténtica pena—. Te estoy muy agradecido, y te agradezco que nos hayas devuelto al pequeño Anakin.
—Y se me enseñó a respetarte —dijo Tigris.
Bueno, ya es un comienzo...
... como enemigo.
Han le sonrió con su sonrisa torcida.
—Es un comienzo bastante raro, pero no deja de ser un comienzo —dijo—. Venga, chico... Salgamos de aquí.
—No tengo elección, ¿verdad? —preguntó Tigris en un tono beligerante.
—No mucha, francamente.
Tigris siguió a los otros niños, procurando dejar bien claro con su expresión y su manera de moverse que lo hacía de muy mala gana. Rillao le vio marchar con los hombros encorvados. Leia rodeó a su nueva amiga con un brazo.
—Es un comienzo —dijo.
—Sí, Lelila... Es un comienzo.
Han emitió una mezcla de jadeo y tos ahogada. Leia se sobresaltó y alzó la mirada. Su esposo estaba haciendo un tremendo esfuerzo de voluntad para no reírse de Tigris.
—¡Han! —exclamó Leia—. ¡Oh, para ya!
—De acuerdo —dijo Han con un hilo de voz. Logró controlar la risa, y le sonrió con la misma sonrisa torcida que había empleado cuando miraba a Tigris—. No sé qué piensa ese chico, pero no creo que quiera morir —dijo.
Incluso Rillao se animó un poco al oír aquellas palabras. —Creo que tienes razón —dijo.
—¿Luke? —dijo Leia.
Su hermano estaba contemplando el templo de Waru, y de repente Leia sintió el temor irracional de que decidiera ir corriendo hacia él y entrara en el edificio.
—Resonancia —dijo Luke—. Claro, eso es...
—¿Qué? —preguntó Han.

—La resonancia de la estrella de cristal. Está perturbando la Fuerza... Eso es lo que me ha estado ocurriendo.

—A mí también me ha ocurrido —dijo Rillao.

Luke giró sobre sí mismo y la miró.

—¿Tú... eres una Jedi?

Rillao sacó la espada de luz inactiva de debajo de su túnica. No intentó conectarla, y se limitó a colgarla de su cinturón.

—Veo que has encontrado tu «pequeña máquina» —dijo Leia. Rillao asintió solemnemente y miró a Luke.

—Cuando hayamos salido de aquí tal vez podríamos hacer unos cuantos ejercicios de esgrima —dijo—, aunque te advierto que hace mucho que no practico.

Luke logró sonreír.

—Me encantaría.

«Disponemos de tres horas para salir de aquí —pensó Han—. Tres horas, más o menos... Lo que me preocupa es el "menos", claro. Como dijo Cetrespeó, las posibilidades nunca son totalmente calculables.»

—¿Y Crseih? —preguntó volviéndose hacia Leia.

—¿Qué pasa con Crseih? —replicó ella.

—Cuando la estrella desaparezca... Bueno, la estación quedará convertida en polvo, ¿no?

—Es más probable que se convierta en una nube de partículas subatómicas —dijo Leia con una cierta satisfacción.

—¡Leia! —protestó Han.

—Tiene razón —dijo Rillao—. Es preferible que este lugar quede destruido.

—Pero hay gente que vive aquí —dijo Han—. Una amiga mía vive aquí...

—Avísala —dijo Rillao.

—Si consigo encontrarla --replicó Han.

—Si Xaverri no sobrevive... Bien, eso no debe ocurrir —dijo Rillao.

Leia les miró, y su expresión se suavizó un poco.

Advertiremos a todo el mundo, naturalmente —dijo—. Pero estoy segura de que observan a su estrella, ¿no? Después de todo es su estrella, y seguramente ya saben que han de evacuar Crseih... Se supone que este lugar es una estación de investigación.

No sé muy bien qué han hecho aquí, pero no creo que se le pueda llamar investigación —dijo Han.

Leia deslizó la mano entre sus dedos.

—¿Cómo es posible que no estuviera enterada de la existencia del tráfico de esclavos? —murmuró—. Creía que todo iba tan bien, y mientras tanto el Imperio seguía aterrorizando a la gente, actuando en secreto...

—Enviaste a Invierno a investigar...

—Nunca hablé con las personas que podían estar siendo afectadas por todo ello. Cuando estaba en Munto Codru, dediqué un día entero a hablar con altos cargos y embajadores, y cuando pregunté por las personas que seguían esperando para hablar conmigo, permití que me convencieran de que no era necesario que las viera, y les creí cuando me dijeron que no tenían nada importante que contarme.

—Oh, cariño... —dijo Han. Le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia él. Leia se apoyó en su pecho y le abrazó, y los dos siguieron caminando unidos en ese estrecho abrazo—. Te has estado matando a trabajar, ¿sabes? Esperas demasiado de ti misma.

—Yo podría decir lo mismo de ti —replicó Leia con ternura.

—Y yo podría decir que tendría que haber conocido la existencia de ese horrible tráfico de esclavos.

—Pero...

—He averiguado muchas cosas sobre Hethrir y sus seguidores gracias a Xaverri —dijo Han—. Son listos y saben esconderse, y cuentan con enormes recursos. El botín del Imperio...

—Una razón más para dar con ellos.

—Sí. Ahora.

—Siempre me gusta tener un proyecto importante que me mantenga muy ocupada —dijo secamente Leia.

Han soltó una risita que parecía pedirle disculpas.

Siguieron subiendo por la cuesta en silencio y entraron en la conexión atmosférica.

Han se inclinó sobre Leia.

—Oye, ¿te he dicho lo mucho que me gusta esa nueva forma de llevar el pelo? —murmuró mientras enroscaba los suaves mechones alrededor de sus dedos.

La mano libre de Leia voló a su cabeza.

—¡Había olvidado que lo llevaba suelto! —exclamó.

Leia decidió dejarlo así.

Han recorrió la pista con la mirada. La explanada se había convertido en una cacofonía de naves estelares que partían, propietarios de naves que discutían con el personal de las instalaciones y residentes de la estación que intentaban conseguir una litera de pasajero a bordo de alguna nave.

—Bien, parece que unas cuantas personas se han enterado de lo que le está ocurriendo a su estrella —dijo.

Leia y Chewbacca dividieron a los niños en dos grupos, uno que viajaría en el *Alderaan* y el otro que partiría en el *Halcón Milenario*, y Han corrió hacia Cetrespeó.

—¿Puedes ponerte en contacto con Xaverri? —preguntó—. No ha querido decirme dónde vivía o cómo podía ponerme en contacto con ella...

—Ya me he ocupado de ello, amo Han —dijo Cetrespeó—. De hecho... —Señaló una nave de aspecto bastante maltrecho, que estaba despegando de la pista con una precisión y una velocidad que no encajaban en lo más mínimo con su fealdad—. Creo que ésa es su nave, y me parece que se dispone a entrar en el hiperespacio.

Han se relajó y sonrió.

—Siempre le han gustado las apariencias engañosas.

—¡Papá! —gritó Anakin, que estaba montado sobre los hombros de Han, y le golpeó el pecho con sus diminutos talones—. ¡Mira lo que le pasa al guau del señor Chambelán!

El wyrwulf se había hecho un ovillo sobre la pista. Su hocico quedaba oculto por el espeso pelaje negro de su cola, y había recogido las seis patas debajo de ella. Han fue hasta el wyrwulf y se acuclilló junto a él.

—Eh, amigo... ¿Te encuentras bien?

El wyrwulf entreabrió un ojo, dejó escapar un gáñido ahogado y tensó el cuerpo formando una bola todavía más pequeña. Leia se reunió con Han.

—Oh, vaya... —exclamó.

—¿Sabes qué le ocurre?

—Nada.

—Pues es una clase de nada francamente rara.

La criatura estaba sudando profusamente. El sudor que brotaba de sus poros era muy espeso y de color azul, y empezó a deslizarse por el pelaje del wyrwulf uniendo los gruesos pelos y apelmazándolos.

Leia sonrió.

Verás, cuando volvamos a Munto Codru... Bueno, creo que el Chambelán lyon recibirá un niño o una niña en vez de su wyrwulf.

—¿Qué?

El sudor azul se solidificó sobre el cuerpo del wyrwulf y formó una capa de aspecto gomoso.

—Se está metamorfoseando —dijo Leia. Cuando vuelva a despertar habrá adquirido inteligencia, y se habrá convertido en un niño codruji.

El sudor azul fluyó sobre el rostro del wyrwulf. El animal resopló y el sudor le cubrió la boca y la nariz. La capa azul de aspecto gomoso acabó de envolver el cuerpo del wyrwulf.

—Ayúdame a llevarlo a la nave.

Luke se reunió con ellos.

—Estoy tan agotado que yo también debería tener ese aspecto —dijo.

—Sí, la verdad es que no tienes muy buen color —dijo Han.

—Me encontraré bien en cuanto hayamos salido de... —empezó a decir Luke, y se desmayó.

Jaina estaba esperando el despegue a bordo del *Alderaan* y sostenía la mano del tío Luke entre sus dedos. Jacen estaba sentado a otro lado de su tío, y entre los dos cuidaban de él. ¡Ah, si pudieran alejarse de aquel sistema! El señor Cetrespeó había intentado explicarles qué era una estrella en fase de resonancia y lo que era un cristal cuántico. Jaina no entendió por qué la enana blanca no parecía una gema enorme, un gigantesco diamante suspendido en el espacio; pero sí comprendió que era la causante de que no pudiera utilizar sus capacidades. También había comprendido que la estrella tenía la culpa de que el tío Luke estuviera enfermo, y que ella, su madre, Jacen y Rillao, y sobre todo Anakin, no tardarían en enfermar si no se iban de allí.

—Ya casi estamos preparados —dijo la voz sin cuerpo de su madre.

Estaba en la cabina de pilotaje con Rillao. Su padre y Chewbacca estaban en el *Halcón Milenario*, con Cetrespeó, Erredós y Anakin y la mayor parte de los niños. Tigris estaba en el *Alderaan*, pero a efectos prácticos bien podría haber estado en otro sitio o en ninguno, ya que se negaba a hablar con nadie.

Lusa y la crisálida del wyrwulf yacían sobre la litera de su madre en el otro camarote. Lusa estaba asustada. No había hecho muchos viajes espaciales, y Jaina deseó poder estar con ella.

—Ya estamos listos, mamá —dijo.

—¿Cómo se encuentra Luke?

—Está... Está muy callado, mamá.

Los motores susurraron.

—¿Está Erredós contigo, Leia?

La voz de su padre surgió del comunicador, un poco deformada por la estática.

—No —replicó su madre—. Creía que estaba a bordo del *Halcón Milenario*.

—¿Qué? De acuerdo... Saca a Luke de aquí, y yo trataré de encontrar a Erredós.

Han no podía despegar sin Erredós.

Los escudos anti-radiaciones se apartaron, y el camino hacia el cielo quedó despejado por encima del *Halcón Milenario* y el *Alderaan*.

Pero Han no podía marcharse sin el pequeño androide. Se levantó de su sillón y masculló una maldición.

—¿Viste adónde fue Erredós?

Chewbacca soltó un bufido de negativa.

—Oh, no sé qué hacer —dijo Cetrespeó—. El que Erredós nunca haga lo que se le pide, el que nunca se comporte como se espera de él...

—¿Adónde ha ido? —preguntó Han.

—Creo... Bien, es posible que me equivoque, por supuesto, ya que a veces me proporciona información incorrecta, pero... ¿Adónde ha ido, maldita sea?

—Dijo que intentaría encontrar los controles motrices de la Estación Crseih.

Han salió de la cabina y corrió hacia la rampa del *Halcón Milenario*.

—Si no he vuelto dentro de quince minutos...

El rugido de Chewbacca ahogó el final de la frase. Han sonrió. Chewbacca nunca se iría sin él.

Erredós entró en la pista y rodó velozmente hacia la rampa de entrada del *Halcón* entre pitidos y silbidos, y un instante después estaba dentro de la cabina.

—¡Ya iba siendo hora! —exclamó Han—. Nos íbamos a marchar sin ti.

Erredós dejó escapar un silbido y pasó junto a Han sin inmutarse. Han y Cetrespeó siguieron al pequeño androide.

—¿Qué has dicho? —gritó Cetrespeó, muy ofendido—. ¿Qué quieres decir con eso de que te daba igual que nos fuéramos sin ti? ¿Es que quieres quedar vaporizado? ¡Oh, llevamos tanto tiempo esperándote que es muy posible que todos acabemos vaporizados!

Erredós soltó una retahíla de zumbidos y trinos electrónicos.

Ah, vaya... —murmuró Cetrespeó—. Bueno, yo... En fin, debo confesar que ha sido muy inteligente por tu parte.

Han se dejó caer en el asiento de pilotaje y se puso el arnés de seguridad.

—Bien, salgamos de aquí.

El *Halcón Milenario* cobró vida a su alrededor.

—Erredós ha programado los controles para que la Estación Crseih nos siga y salga de este sistema, con lo que se evitará que quede vaporizada —explicó Cetrespeó. Muchos de los invitados de Lord Hethrir siguen a bordo...

—Y no nos costará mucho dar con ellos —dijo Han.

El *Halcón* se alzó por encima de la maltrecha pista de la Estación Crseih y salió disparado al espacio en pos del *Alderaan*.

Leia dirigió su nave hacia el punto del hiperespacio, pero tenía la atención concentrada en algo que se encontraba detrás de ella, y mientras manejaba los controles del *Alderaan* sólo podía pensar en la Estación Crseih, el *Halcón Milenario* y el tumulto de fuerzas elementales que no tardaría en estallar. La estrella de cristal giraba alrededor del agujero negro moviéndose cada vez más y más deprisa y más cerca de él, y cada giro hacía que una parte más grande de su superficie fuese arrancada y se precipitara hacia el agujero negro, formando gigantescas cintas resplandecientes de plasma en llamas.

Leia tenía un terrible dolor de cabeza, y sentía como si su cerebro estuviera vibrando al compás de la resonancia del sistema estelar. Rillao también estaba pálida y parecía encontrarse muy mal.

—Aguenta... —dijo Leia, dirigiéndose tanto a sí misma como a Rillao—. Unos momentos más y estaremos muy lejos de este sitio.

—Sí —murmuró Rillao.

La nave de Xaverri desapareció en el hiperespacio. Leia sentía una gran curiosidad por ella. Quería hablar con Xaverri, y saber más cosas sobre toda aquella época de la vida de su esposo de la que Han normalmente evitaba hablar. Lo más extraño de todo era que no sentía ni pizca de celos.

«Siempre he creído que si algún día llegaba a conocerla no me parecería lo bastante buena para Han —pensó—. Pero lo era, y me alegro de que lo fuese.»

Escrutó el espacio buscando el disco del *Halcón Milenario*. «¿Dónde estás?», gritó dentro de su mente.

—¿Mamá?

—¿Sí, Jaina?

—Creo que... Creo que será mejor que te des prisa... El tío Luke...

El torbellino llameante giraba a una velocidad increíble, y estaba haciendo pedazos la superficie de la estrella de cristal. El torbellino escupía un torrente de rayos X, rayos gamma y claridad cegadora. Leia cerró los ojos e intentó disipar el dolor con un desesperado esfuerzo de voluntad.

—¡Han! —gritó.

Pero ninguna transmisión podía abrirse paso a través de aquella cacofonía primordial.

Y de repente un puntito de oscuridad apareció sobre el resplandor de las estrellas agonizantes, y se fue expandiendo rápidamente. ¡Es el *Halcón Milenario*! —gritó Leia.

El puntito se aproximó velozmente al *Alderaan*. Leia aceleró, y una alegría incontrolable se adueñó de ella y se fue imponiendo al dolor de las resonancias. El *Halcón Milenario* y el *Alderaan* entablaron una carrera con el hiperespacio como meta.

La estrella de cristal seguía precipitándose en su espiral incontrolable lejos de ellos. La Estación Crseih empezó a moverse, y sus motores temblaron e impulsaron hacia adelante la gigantesca masa del antiguo centro de investigación imperial.

La estrella de cristal llegó al horizonte eventual del agujero negro.

La estrella de cristal se hizo añicos, desgarrada por fuerzas inimaginables. Se desintegró convirtiéndose en átomos, electrones y núcleos despojados de sus corolas y partículas subatómicas. El torrente de restos cayó hacia el agujero negro, y la energía escapó de él. La radiación engendró una ola de presión formada por gases y átomos que salió disparada hacia el exterior y se dispuso a barrer cuanto encontrara en su camino.

Leia sintió la disrupción en la Fuerza a bordo del *Alderaan* antes de que la tormenta hubiera tenido tiempo de llegar hasta ellos, y comprendió que debían escapar antes de que la luz, los rayos X y la ola de presión pudieran alcanzarles.

El hiperespacio se desplegó delante de sus ojos. Su nave se lanzó hacia la seguridad, con el *Halcón Milenario* junto a ella y la Estación Crseih siguiéndoles muy de cerca.

El peso invisible de la disrupción generada por la estrella de cristal desapareció de los hombros de Leia.

Era libre.

Y volvía a casa.

Leia sacó el *Alderaan* del hiperespacio, introdujo el rumbo hacia el espacio normal del sistema estelar de Munto Codru y esperó impacientemente.

El *Halcón Milenario* apareció un instante después.

—¡Han! —gritó Leia.

Los canales de transmisión volvían a estar despejados y funcionaban con toda normalidad. Han replicó desde el *Halcón Milenario*. —Lo conseguimos —dijo.

—¿Estás bien? ¿Cómo está Anakin?

—Está bien. Al final me sentía un poco preocupado, pero ahora todo va bien y se encuentra estupendamente.

La Estación Crseih surgió del hiperespacio a unos cuantos segundos-luz de distancia antes de que Han hubiera terminado de hablar y se colocó en órbita alrededor del sol de Munto Codru. Los motores siguieron las instrucciones de Erredós y se desconectaron. La estación que había vivido fuera de la ley durante tanto tiempo y sus habitantes habían quedado varados en el espacio.

El mundo artificial de Hethrir seguía girando serenamente en el espacio, y no tardó en quedar rodeado por todas las naves del sistema de Munto Codru. Los asesores de Leia y los funcionarios de Munto Codru rescataron a los niños perdidos e iniciaron la larga y complicada labor de devolverlos a sus hogares.

Leia se quitó el arnés de seguridad del sillón de pilotaje del *Alderaan* y fue corriendo a reunirse con los gemelos. Jaina y Jacen estaban excitados y exhaustos, y tenían los ojos tan brillantes como si acabaran de padecer una fiebre muy alta. Leia abrazó y besó a sus hijos.

—Sois tan valientes... —dijo—. Tan valientes, y tan listos... Estoy muy orgullosa de vosotros.

Después se inclinó sobre Luke y le cogió la mano. Los dedos de su hermano estaban fríos y flácidos.

—Luke...

—¡Tío Luke! —exclamó Jaina.

—¡Despierta! —dijo Jacen.

Rillao se reunió con ellos.

—Dejad que os ayude —dijo.

Se acuclilló al lado de la litera. Luke no se movió.

—No nos dejes ahora... —murmuró Rillao—. Estuviste sometido a la influencia de la estrella de cristal, pero sobreviviste. Estuviste sometido a la influencia de Waru, pero sobreviviste.

Le acarició la frente.

—Has vuelto con nosotros, Jedi...

Los párpados de Luke temblaron levemente.

—¿Vas a permitir que una insignificancia como este desgarrón del espacio-tiempo te haga guardar cama?

Luke abrió los ojos, la miró y sonrió.

Tigris estaba inmóvil al otro lado del camarote y contemplaba a su madre en silencio.

Lusa galopó ruidosamente por el pasillo y dobló la esquina con un ensordecedor repiqueteo de cascos.

—¿Todavía no hemos llegado a casa? —preguntó.

FIN